TEORÍA Y CRÍTICA DE LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICO-IDEALISTA ALEMANA

Juan A. Ortega y Medina

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan A. Ortega y Medina

TEORÍA Y CRÍTICA DE LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICO-IDEALISTA ALEMANA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Tiene aquí el lector ante sí un libro que, conforme el plan original trazado fue avanzando, nos fue complicando más y más su confección hasta alcanzar un volumen y densidad con los que no contábamos en un principio. Habiéndonos procurado unos textos de Guillermo de Humboldt y de Leopoldo von Ranke (el von (de) honorífico y ennoblecedor le fue otorgado a Ranke en 1863 por el rey de Prusia) poco conocidos y que, por lo que toca al historiador alemán, éste nunca publicó en vida, nos pareció oportuno darlos a conocer en español, a fin de que nuestros estudiantes facultativos (presuntos historiadores) y los muchos estudiosos de la teoría histórica los conocieran y se enriqueciesen intelectualmente con la función y con la idea que los dos grandes germanos del siglo XIX *tenían de la historia.*

La presentación de los once ensayos traducidos nos obligó a situarlos dentro del extenso e inmenso campo creativo de la producción histórica rankeiana y, por consiguiente, nos vimos obligados a estudiar, así fuese someramente, las obras fundamentales del autor y sintetizar su contenido para que sirviese de antecedente a los textos vertidos al castellano: esto es lo que constituye la "segunda parte" de nuestro libro. Empero he aquí que precisamente la presentación de tal antecedente nos impuso el tener que remontarnos más hacia atrás buscando el punto de partida y las raíces teóricas, religiosas, filosóficas y metodológicas que conformaron la idea y el método de la historia de Ranke, que es lo que constituye la denominada "primera parte".

Hubiera sido de todo punto imposible analizar muy particularizadamente el pensamiento de los filósofos ilustrados alemanes del siglo XVIII, *además de las ideas dialécticas materialistas y positivistas del siglo* XIX; *no tuvimos otra opción que la de sintetizar aquellos rasgos generales que sirvieran a nuestro propósito. No tenemos, pues, empacho en declarar que nos hemos servido con amplitud no únicamente de ciertas ideas consagradas en las obras que podemos llamar clásicas, sino también de las exégesis contemporáneas, que quedan registradas en nuestra bibliografía general.*

Cabría ahora cuestionar qué razones tuvimos para traducir y dar a conocer los once textos incluidos en nuestra tercera parte. Pues bien, los dos primeros, de Guillermo de Humboldt, hermano de nuestro *Alejandro de Humboldt, por ser los primeros ensayos escritos en Europa sobre la tesis científicista de la metodología de la historia, y los nueve restantes de Ranke porque completan la teoría humboldtiana y porque no se encuentran en ninguna de las obras históricas publicadas por el gran historiador sajón nacido en Wiehe, Turingia. Además, que nosotros sepamos, las traducciones de las obras históricas de Ranke al español son pocas. En Madrid, en 1857, don Jerónimo Eranzo tradujo* Los imperios otomano y español; *pero fue precisamente en México, con la llegada de los trasterrados españoles, cuando se tradujeron y publicaron otras obras de Ranke. Eugenio Ímaz tradujo la* Historia de los Papas en la época moderna, *que fue editada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1943; Manuel Pedrozo tradujo* La monarquía española de los siglos XVI y XVII, *publicada por la Editorial Leyenda, S. A., en 1946; Wenceslao Roces tradujo y recopiló una serie miscelánea a la que intituló* Pueblos y estados en la historia moderna, *que editó en México el Fondo de Cultura Económica en 1948, y del mismo traductor tenemos la versión de* Grandes figuras de la historia, *que las Biografías Gandesa publicó en México en 1952. Fuera de esto nada más se ha traducido de Ranke salvo la selección que Fritz Wagner hizo de la obra de Ranke en* La ciencia de la historia, *vertida al español por el historiador mexicano Juan Brom y publicada por la UNAM en 1951. Ante tan parco conocimiento creímos que era necesario ampliarlo, así fuera en parva parte, y esto creemos que explica nuestro deseo de dar a conocer la teoría científica de la historia no inventada, pero sí perfeccionada y practicada al máximo posible por Leopoldo Ranke.*

No queremos terminar esta advertencia sin dar las más cumplidas gracias a nuestro alumno Jesús Monjarás-Ruiz y a la profesora Ute Rampolt, quienes desde la Alemania Federal buscaron y nos proporcionaron los textos rankeianos sugeridos por nosotros.

Queremos asimismo agradecer a nuestra estimada amiga y colega, la señorita Guadalupe Borgonio, el interés que ha puesto en la engorrosa cuanto necesaria corrección de las pruebas y contrapruebas de imprenta, durante la impresión de este libro.

Ingresados, por lo que toca a nosotros, al Instituto de Investigaciones Históricas (noviembre de 1977), tenemos el gusto de

contribuir con nuestro primer aporte a las publicaciones de la institución. La buena acogida que ha obtenido este libro por parte del director del Instituto, doctor Jorge Gurría Lacroix, así como de los colegas y miembros de la comisión editorial interna, nos hace sentirnos asimismo agradecidos y satisfechos. Falta ahora, y ojalá así sea, que el público lector respalde la favorable opinión alentada bajo tan favorables auspicios.

Villa Olímpica, Tlalpan, mayo de 1978

F S

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DE LOS ORÍGENES

1. LA RECAÍDA TEOLÓGICA

Los pensadores alemanes del siglo XVIII enfocaron la historia y la vieron como una revelación permanente de Dios. A pesar de la famosa consigna kantiana, que incitaba a la audacia del pensamiento (*sapere aude!*), de hecho los historiadores filósofos o, por mejor decir, los filósofos enfrascados en tareas históricas idealistas no pudieron, en verdad, desembarazarse del peso de su tradición agustino-luterana y fueron, pues, casi sin excepción, recorriendo el viacrucis de las sucesivas recaídas teológicas. Por supuesto, Dios, molestísimo personaje para los filósofos ilustrados, sobre todo los franceses, fue declarado inoperante, procesado y condenado a ser desterrado de la historia; pero inútilmente, cuando menos por lo que toca a los filósofos alemanes de la historia, sobre quienes, en última instancia, pesó la esencia y presencia del Dios cristiano-protestante por encima de toda solución secularizante o disolutora.

El tema capital de estos pensadores ilustrados alemanes es justamente el de la caída (*peccatum originale*), que será reconocida con diversos nombres y que será considerada, así sea a regañadientes, como la causa de la pecaminosidad, de la irracionalidad y de las tormentosas pasiones que se mueven y mueven la historia. En un principio se rechaza el que por causa del pecado original haya perdido el hombre todas sus capacidades y que, sin ayuda de la gracia divina, sea capaz del bien y de la verdad. Para el siglo XVIII la predestinación protestante y el albedrío siervo han perdido mucha de su antañona y dramática fuerza agustiniana; pero siguen aún operantes esclavizando la voluntad del hombre.

Gottfried Guillermo Leibniz (1646-1716) —"Sosiego de Dios"— que así fue como le pusieron sus padres, personas sin duda piadosas, postula una teodicea, de acuerdo con la cual este mundo es perfecto y el mejor de todos los posibles, puesto que es expresión de la bondad divina y defensa, al mismo tiempo, de la existencia del mal en dicho mundo. El mal existe porque

se trata de un mundo finito y limitado, histórico. La presencia del mal en él es necesaria como castigo del pecado y consiguiente purificación. Leibniz no puede eliminar, pese a su optimismo, la irracionalidad que se desprende de la mayor parte de los actos humanos por causa del lapso; es decir, las sinrazones de la historia.

De acuerdo con su punto de vista, los problemas de la historia son insolubles sin una interpretación filosófica. La existencia del mal en el mundo no implica que Dios sea el autor del pecado; el espíritu humano no puede comprender, por causa de sus limitaciones, que el mal es una parte indispensable en el conjunto armónico del mundo, el mejor, repitamos, que Dios haya podido crear. La imperfección que el hombre contempla, que sufre, sin duda, y que no comprende, es la presencia del pecado en la historia; es decir, la presencia de lo imperfecto en el orden perfecto moral. Por consiguiente, la supuesta deficiencia desempeña un papel importante en la comprensión de que los males de la historia son ineludibles dentro de la armonía universal. Empero, la aceptación histórica y metafísica del pecado en la construcción del orden en el mundo equivale no sólo a la absolución del mal, sino a aceptar también que éste y su inexcusable secuela irracional son forzosamente necesarios. En cierto modo de aquí parte su concepción pragmática, ejemplar, de la historia, que nos muestra la virtud, la prudencia y el vicio repulsivo.

Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781) —"Sostén de Dios", llamado así por sus padres, y respondiendo el cognomento, como en el caso anterior, a la costumbre pietista alemana de entonces— partiendo de la religión y de la filosofía de su tiempo escribió *La educación del género humano* (1780), obra en la cual la historia es considerada como el proceso constante en la investigación de la verdad. Al hombre no le es dado descubrirla de una sola vez, ya por la vía de la revelación ya por la de la razón; sin embargo, el sentido de la historia está determinado por la aspiración del hombre a alcanzar tal verdad. Lessing se preguntaba sobre la clase de certeza que correspondía a la fe religiosa. ¿Descansa tal certeza sobre una base racional-intemporal o sobre una base histórico-temporal? Lessing no puede renunciar a la racionalidad de la religión ni tampoco puede dudar de su vinculación histórica. La solución será considerar que lo histórico no constituye lo contrario de lo racional; que lo racional se cumple en lo histórico, con lo cual se adelanta a Hegel. La propia revelación queda, por

tanto, incluida dentro de la unidad superior de la verdad conquistada en los sucesivos periodos de la historia humana. Lessing intenta con su libro reconciliar la religión con lo histórico, lo trascendental con lo inmanente, la salvación con la condena y el pecado; más aún, lo histórico es reconocido como un factor necesario e imprescindible de lo religioso. En la historia anda en juego la mano de la Providencia Divina; pero Lessing no se atreve a descubrir el secreto por entero; una empresa que, como veremos, estaba reservada a otro filósofo-historiador de mayor intuición histórica.

De lo que se trata, según lo vemos, es de cerrar la fisura provocada por la reforma luterana entre el ideal de la libertad (dignidad humana) y la doctrina de la servidumbre y perdición de la voluntad; entre la salvación y el pecado; entre la razón y la sinrazón. El siglo alemán de la Ilustración es el de la fusión de la reforma religiosa con el humanismo; el de la reconciliación de Lutero con Erasmo, cediendo aquí el absolutismo del *servum arbitrium* a la humanista y evangélica *Philosophia Christi* erasmiana. Esta reconciliación con el humanismo permite que el protestantismo luterano del siglo XVIII se convierta en religión de la libertad y que se dé paso a la secularización de la historia.

2. LA HISTORIA FILOSÓFICA

En 1784 Juan Godofredo —Gottfried, como Leibniz, "Sosiego de Dios"— Herder (1744-1803) comenzó a escribir sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad,* obra en la que, partiendo de las audacias críticas de la escuela filosófica ilustrada, censura (sin romper, no obstante, con la ilustración) el limitado espíritu histórico de ésta, a la vez tan clásico, tan abstractamente racionalista y tan desprovisto sentimental y románticamente de sentimiento por el pasado nacional. La concepción dinámica y particularista del hombre, la naturaleza transitoria de éste, su esencia e inmersión en lo religioso, recaída teológica en que incurre Herder, presuponen una divinidad, un dios cuya voluntad rige al mundo moral o humano a la par que ordena el universo natural. Se trata de un organismo cósmico, todo él penetrado o compenetrado de un soplo sobrenatural.

En la historia se manifiesta la naturaleza del hombre y en el plano histórico es donde se proyectan las fuerzas *instintivas* de éste

y se realizan todas las posibilidades de perfeccionamiento, sin que en estos sucesivos cambios pierda el hombre su continuidad esencial. La historia es, por consiguiente, para Herder la marcha del hombre hacia la realización de su ser esencial en el orden o plano moral. En este sentido el pasado histórico es el recorrido teleológico, vital y salvador del hombre hacia el modelo de sí mismo: *Humanitas* (el hombre general). Un camino de perfección a través de progresivas imperfecciones. El género humano no se desarrolla lineal, progresivamente, sino que cada cultura nacional es única y, pues, florece de modo distinto frente al desenvolvimiento de las otras. Cada cultura desenvuelve su propio genio en función de sus inherentes principios de crecimiento, y todas y cada una expresan la voluntad de Dios en una forma histórica única. Desde esta perspectiva Herder estudia las diversas civilizaciones en términos de su propio estándar de valor y rechaza la aplicabilidad de cualquier norma universal, humana y válida, en el avalúo de una situación histórica. Herder estaba convencido de que los pueblos son netamente distintos unos de los otros, de que no existe una unidad humana, de que esta idea no es exacta. Cada pueblo tiene su individualidad propia, forma un todo distinto y original: *Volkgeist.*

Las fases históricas son todas necesarias y se justifican. La *primera edad* es la infancia de la humanidad y corresponde a la edad primitiva de los patriarcas (Oriente). Sigue a ésta la era o *edad de la adolescencia temprana* (Egipto y Fenicia). Grecia representa la *juventud*: edad de la armonía, del saber, de las artes y, sobre todo, del patriotismo. Roma representa la *virilidad* la *serenidad* y el *dominio político.* Por último, los pueblos bárbaros (los germanos), que a su vez han pasado por las fases primitivas patriarcales, irrumpen y en el cristianismo se funden todas las culturas alcanzándose así la *edad provecta,* que se prolonga hasta el siglo XVIII o de las Luces (*Aufklärung*). Por supuesto, estas fases, eras o etapas, son *ensayos humanos* del organismo cósmico; intentos o caminos que el impulso divino inicia mediante la adecuada interacción del soplo y del hombre en su medio ambiente. El clima sólo coadyuva; no compele sino predispone. Contrariamente a lo que sostenían los racionalistas (Voltaire, Montesquieu) la originalidad no la debe un pueblo al medio físico, concretamente el clima. Son así etapas culturales inacabadas, ensayos no plenos, que van apareciendo en la historia y que, como dados

amañados, cargan consigo un plúmbeo y perturbador gravamen de irracionalidad, de pasiones, sentimientos e instintos humanos desaforados que, paradójicamente, son pneumatizados divinal, racionalmente, puesto que los hechos históricos, perturbadores e irracionales a causa de la caída, son vistos como etapas de un proceso rigurosamente racional. Para decirlo de otra manera, lo irracional se puede entender como embebido en la etapa o marcha racional.

El problema que se le presenta a Herder, como el que estará presente en Kant, Schiller, Fichte, Schelling, Hegel, etcétera, es el de resolver la dificultad que la ilustración le había dejado al filósofo historiador: explicar dentro del proceso histórico abierto al futuro el vergonzante sector íntimo de activa irracionalidad. Herder intenta, pues, la salvación (absolución) del vasto sector de pecaminosidad humana (los crímenes de la historia, de acuerdo con Voltaire) sin apelar al viejo Dios cristiano. Por supuesto, no alcanzará del todo su aventurero propósito de quedarse sin Dios ni tampoco logrará integrar la historia en su totalidad. Pero la continuación de esta aventura espiritual pertenece ya a otro pensador.

Immanuel —"Dios con nosotros"— Kant (1724-1804) piensa que la historia constituye una suma de acciones humanas que el historiador observa especialmente desde afuera; es decir: fenoménicamente, sin interesarse en la peculiar tarea nouménica del filósofo, que consiste en resolver esencias. Como en el caso de Herder, la historia es también para Kant movimiento, una marcha hacia una meta o final, un proceso teleológico. Esta marcha o proceso dinámico es necesario y está regido por una ley o por leyes naturales. En la *Crítica del juicio* y, sobre todo, en la *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, la humanidad se ha descargado, según parece, de Dios; se ha quitado de encima al ser providencial por excelencia, rector de la historia. El hombre queda simplemente convertido en un ente natural-racional; pero sin que deje por ello de estar lastrado de imperfecciones (irracionalidades: pecaminosidades). La tarea inmediata a la que se ha de abocar Kant es a la del deshuesamiento del hombre, por decirlo así; es a saber: quedarse con un ser general, natural-racional y explicar o escamotear al mismo tiempo su entrañable sector de irracionalidad.

Hemos aludido líneas arriba a una norma o normas naturales

que rigen la historia. La normatividad rectora no emana de Dios porque, como hemos dicho, la Providencia Divina ha sido declarada inexistente; tampoco proviene la marcha de la historia de una voluntad individual conscientemente interesada y determinante. El hombre concreto, el individuo, al ejecutar lo particular realiza precisamente esas leyes o normas. En los actos contingentes puede observarse la normativa regularidad que los transciende. Sin darse cuenta, los hombres cumplen y siguen fielmente el *supuesto* llamado plan de la naturaleza; verbigracia: el que la naturaleza le impone a la historia o, lo que viene a ser lo mismo, las leyes históricas que constituyen las normas del plan natural. No se trata, por consiguiente, de aceptar una *intencionalidad* en la naturaleza, porque sería, como en el caso de Herder, una recaída providencialista sino simplemente de suponer unas intenciones. Existe, por un lado, un plan de la naturaleza que es previo a toda realización; por el otro, una naturaleza humana apasionada, material, sobre el que ha de realizar la forma anticipada en el plan. La historia es, por consiguiente, la unión de dos abstracciones, sin que se haya demostrado la necesidad de ayuntar ambas.

Se ha, pues, arbitrado por Kant un supuesto instrumento conceptual apriorístico que de hecho no explica el proceso histórico, si bien no cae en la trampa conclusiva. El providencialismo vergonzante del que no pudo escapar Herder ha sido al parecer evitado por Kant.

También, como en Herder, estamos ante una teleología histórica. En el plan de la naturaleza existe indudablemente una meta que alcanzar; una finalidad que consiste en la realización plenaria de la naturaleza del hombre, o culminación del esquema más perfecto de la esencia humana: la plena autonomía moral mediante normas racionales autoimpuestas, de validez absoluta, imperativamente categóricas. Yugo ético autónomo sin referencia trascendental alguna. La meta (*Ziel*), hacia la que se encamina la humanidad, consiste en alcanzar la máxima libertad o plena autonomía moral, como ya se dijo. Hay que añadir que mediante la liberadora ilustración el hombre redime sus pecados; es decir, se desembaraza de su culpable incapacidad. En este proceso o marcha histórica, el hombre va realizando el supuesto (mitológico) plan intencional de la naturaleza; va alcanzando su plena esencia humana en la historia; a saber: en un proceso generacional liberante regido por leyes naturales, necesarias y, por ende, racionales. La historia

justifica la existencia y presencia del hombre y éste se realiza en ella a través del descubrimiento progresivo de la libertad humana.

Sin embargo, el peligro de la irracionalidad acecha a Kant lo mismo que acechaba a Herder y para conjurarlo, para evitar que las pasiones humanas pudieran alterar o detener, incluso, la marcha cósmica del proceso moral autónomo liberador, el filósofo königsberguiano incorpora a la marcha racional de la historia lo irracional; verbigracia: la irracionalidad mueve, motiva y es causa de la racionalidad mediante sucesivos rompimientos y revoluciones, porque a la naturaleza no le importa el equilibrio o bienestar momentáneo; lo que de seguro le interesa es el mejoramiento moral paulatino de la especie humana. Desde el punto de vista kantiano la tarea del historiador no consiste en mostrar cómo ha cobrado existencia el presente, sino predecir cómo será el futuro, imaginando que para entonces desaparecerán del todo la pasión y la ignorancia, o lo que viene a ser lo mismo: la irracionalidad motora. Pero postular una meta e imaginar la posibilidad de alcanzarla significa la cancelación de la historia y su reemplazo por una metahistoria. Kant sueña con una *constitución* política eficaz y perfectamente cosmopolita como premio para la especie humana cuando pise ésta victoriosamente la meta de la paz perpetua; es a saber: cuando finiquite la historia en tanto que racional proceso de lo irracional o sinrazón racionalizada.

Federico Schiller (1759-1805), estudioso de Kant, joven y excelente poeta amén de mediano filósofo y aceptable historiador, al tomar posesión de la cátedra de historia en la Universidad de Jena, dictó un famoso discurso académico (26-v-1789), como profesor de historia, ante un espectante cónclave de juveniles alumnos y graves y solemnes colegas: "A qué se llama y con qué fin se estudia la historia universal", en donde, entre otras muchas cosas, establece con cierta rigidez kantiana y nominalista la línea divisoria entre la historia universal y la particular. El tema de la conferencia y la exposición de la misma, kantianos en su desarrollo y finalidad, establecen primeramente la distinción entre el historiador tradicional y rutinario, el mero erudito gana-pan (*Brotgelehrte*) y el historiador poseedor de una firme y clara conciencia filosófica y, en tal virtud, atento a la marcha del proceso racional que acontece en la historia. Frente a la tradición erudita Schiller declara críticamente que el nuevo tipo de historiador tiene que preocuparse no sólo de saber acerca de hechos y fuentes, sino también,

FACULTAD DE F. Y L. BIBLIOTECA

y mucho más fundamentalmente, de la reflexión filosófica, del comentario lógico y del juicio ético en los grandes lineamientos históricos.

Por supuesto este discurso de Schiller no puede compararse, desde el punto de vista de la reflexión filosófica, con las nueve rigurosas proposiciones kantianas acerca de la *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*; empero los matices historiográficos de Schiller dan a su discurso una valoración profesional y acontecial que la hace históricamente superior a las susocitadas proposiciones de Kant.

Las tareas y preocupaciones del historiador consisten en ir explicando el cambiante espectáculo de la historia mediante el estudio de la realización, por parte del hombre general, del plan supuesto, que, según analizamos al referirnos a Kant, la naturaleza le impone a la historia. Este designio o programa normativo, que la naturaleza asigna a la historia, presupone que los individuos, ejecutando lo particular y contingente, realizan lo regulado y legal. Creyendo, pues, el hombre que actúa con libertad lo que hace es cumplir el propósito latente de la naturaleza; por tanto, el viejo plan providencial cristiano ha sido secularizado y trocado en el plan de la naturaleza: lo trascendental ha cedido ante lo secular e inmanente.

La historia está constituida por una serie de acciones concatenadas que tiene por mira última la formación coherente de una totalidad racional. Las acciones humanas que se dan en la historia están determinadas de acuerdo con las leyes de la naturaleza y, por consiguiente, pueden ser conocidas por la relación de causa-efecto. Esta historia así planteada se mueve o es automovida gracias a un proceso interno de oposición, de sociable insociabilidad. La ignorancia y las pasiones humanas son los medios arbitrados para alcanzar la felicidad racional de la especie, su perfeccionamiento moral. Sin embargo, Schiller, menos teólogo y, por tanto, menos pesimista que Kant, postula un mecanismo dialéctico en el que queda sintetizada la oposición de lo racional e irracional. Este proceso lo desenvolvió Schiller en su otro ensayo intitulado: *Algo sobre la primera sociedad humana según el documento mosaico*, al estadio de la inocencia (tesis) sigue el de perversión (antítesis) y a éste un tercer estadio, adecuado a la verdadera naturaleza racional humana (síntesis). Claramente son perceptibles los fundamentos

religiosos tradicionales de la triada dialéctica: paraíso, pecado —expulsión, regeneración— salvación. La exposición histórica de Schiller está deducida teológicamente y se halla montada sobre un concepto, que se desarrolla, por supuesto, dialécticamente y en la misma dirección conceptual alcanzada posteriormente por Fichte. Mediante la oposición entre el *logos* (razón) y la estofa histórica (sinrazón) se va tejiendo el encaje dialéctico de la historia.

La marcha de este programado proceso histórico tiene por meta final la realización plena del hombre, el desarrollo de su libertad moral, la cumplimentación de su esencia racional. Pero, si bien esta meta significaba para Kant, según expresamos, una incomprensión de la historia presente; para Schiller, por contra, connota una intelección de ésta *hic et nunc*. El quehacer historiográfico schilleriano consistirá, pues, en hacer ver cómo ha adquirido existencia el presente y no cómo se desplegará la historia en el futuro. El objetivo de la historia universal consiste, de acuerdo con Schiller, en mostrar cómo el presente es como es. Un rasgo más del filósofo e historiador que fue Schiller es el de no ver en los acontecimientos meros objetos de conocimiento científico, sino verlos y sentirlos, experimentarlos imaginativa, románticamente, como propios. La simpatía cumple así un papel importante e integral supuesto que es la que proporciona al historiador la capacidad para penetrar en los hechos que estudia y sentirlos como suyos. El romanticismo fue la herencia roussoniana que tanto Schiller como Herder aportaron a la actividad y comprensión de la historiografía alemana, en su deseo de comprender el mundo desde el alma de los hombres: el camino quedaba, pues, despejado para la endopatía (*Einfühlung*) historicista.

Aunque Schiller soñó también, como Kant, en un estado universal y en una constitución cosmopolita perfecta, sus ideas con referencia a una historia del presente son, por un lado, el enlace con Herder y Rousseau y, por el otro, con Fichte e incluso con Hegel. El famoso aforismo schilleriano, tan mechado de teología y teleología, expresa los puntos extremos de este puente historiográfico ideal y conceptual: "La historia universal es el Juicio Final" (*Die Weltgeschichte ist das Weltgerichte*).

3. LA INTERPRETACIÓN DIALÉCTICA IDEALISTA

El problema fundamental no resuelto, pese a todo, por Kant y semirresuelto por Schiller es la presencia de lo irracional en el

seno más profundo del hombre a consecuencia de la *caída*. Johann Gottlieb —Teófilo— Fichte (1762-1814), que estudió en Königsberg y fue en cierto modo alumno de Kant y al que éste ayudó en sus primeros pasos por el campo de la filosofía, considera que su maestro redujo la historia a un mero concepto: la marcha progresiva de la humanidad hacia la meta futura de la libertad o autonomía moral. La obra de Fichte, *Características de la edad contemporánea* (1804-1805), que precede a sus patrióticos y nacionalistas *Discursos a la nación alemana*, es el intento del filósofo, y, en cierto sentido, historiador de explicar precisa y totalitariamente la historia del presente; o, por mejor decir, la estructura conceptual de éste: suma sintética de conceptos, la cual lo aparta de Kant y lo aproxima a Schiller. Tales conceptos son inteligibles y pueden entenderse por separado y en conjunto: aislados y totalizados. Tienen, por consiguiente, dos sentidos: el propio y el de la serie en que se dan. En cada fracción del presente se halla la historia entera y, además, el sentido peculiar o propio de esa porción del presente. Ahora bien, si esto es así, en la historia se hace compatible la causalidad del acontecer presente con la libertad del mundo moral; cada concepto histórico es meta y eslabón de una encadenada y beatificante meta suprema; o, dicho de otra suerte, se trata de una serie de conceptos lógicamente estructurados y vinculados. Los conceptos tienen, por tanto, que pasar de uno a otro por la vía lógica triple o dialéctica. El concepto, que es primariamente una forma pura o abstracta, genera luego su propio contrario y se realiza como una antítesis entre sí mismo y su oponente; luego se supera la antítesis por la negación del contrario. Pero expresemos lo mismo en forma diferente: un concepto o tesis (*yo*), que se propone a sí mismo con libertad, implica necesariamente algo opuesto, contrario o contradictorio, antitético (*no-yo*); mas la escisión de la realidad en una *tesis* que a sí misma se opone o contrapone una *antítesis* requiere por fuerza una *síntesis* que anule sin destruirlas las dos primeras. La síntesis supera de este modo las dos concepciones parciales que la lógica tradicional había considerado estáticas. El mecanismo fichteano lógico-dialéctico explica dinámicamente la marcha de la historia, puesto que en el seno propio de los conceptos se produce el movimiento, el cual se origina en las puras y vivas ideas, sin agentes externos impulsores como en Herder y como en Kant-Schiller.

Si las ideas son lógicas, se deduce que son necesarias; lo irracional y contigente poseen de suyo un sentido, porqué además de ser conceptualmente lógicos son necesarios; es decir, tienen que haber sido como fueron. El historiador se encuentra ancorado en el presente y sólo desde éste puede mirar al pasado y conocer, pues, la historia. Todo suceso histórico se encuentra en el pasado; pero esta generalización no es descubierta empíricamente por el historiador, sino que es una condición *a priori* del conocimiento histórico; verbigracia: se trata de una representación esquemática, lógica, conceptual. Todo conocimiento histórico contiene conceptos y juicios apriorísticos: relación entre la secuencia temporal y la implicación lógica. La historia queda así constituida por una serie o series necesarias y, por lo mismo, ya no es preciso comprobar empíricamente los hechos; en definitiva, no hay necesidad de conocerlos sino que, antes bien, de los propios conceptos esquemáticos se irán deduciendo los meros hechos.

La historia procede dialécticamente a través de los siguientes estadios o épocas: *tesis*: estado de inocencia o concepto puro (libertad ciega); antítesis: estado de pecaminosidad (libertad mediatizada por el gobernante) y *síntesis*: estado de acabada pecaminosidad (libertad revolucionaria y, pues, caótica). Mas como la idea lleva en sí misma el movimiento generador (o regenerador), esta primera síntesis se presentará a sí misma como nueva tesis a la que se opondrá una antítesis, que será dinámicamente superada en una síntesis nueva. He aquí, pues, un dinámico e ininterrumpido proceso histórico o movimiento ascendente que culminará en la síntesis de la conciencia racional. La meta de cada época está en ella misma y, por lo tanto, el presente será siempre perfecto si logra ser lo que se había propuesto ser.

De nuevo encontramos aquí, como en Schiller, un proceso predialéctico sustentado en la lógica y en la tradición bíblico-cristiana. La síntesis racional última viene a ser como el paraíso reganado, en donde la inocencia y la felicidad han de reinar nuevamente, puesto que la historia se encuentra ya liberada de toda irracionalidad (pecaminosidad). Fichte cree posible dicha liberación puesto que los actos humanos, no importa su grado de pecaminosa irracionalidad, originan conceptos que se van superando lógicamente. De la hipótesis dialéctica fichteana se deduce, por consiguiente, que los hechos históricos no pueden ser irracionales, puesto que todos ellos poseen su íntima y dinámica racionalidad lógico-dialéc-

tica. Se trata, sin embargo, de una hipótesis, de una teoría, de una deducción teorética y no de una comprobación empírica. Si los actos humanos criminosos no son *a priori* irracionales tienen que ser *a fortiori* racionales; pero, si bien se mira, la irracionalidad no ha sido del todo eliminada pese a los denodados esfuerzos de Fichte en la dirección kantiana en este caso.

Federico Guillermo José Schelling (1775-1854) publicó sus meditaciones sobre la historia, incluidas en su *Sistema del idealismo trascendental* (1800), antes de que Hegel publicara en la *Enciclopedia* su ensayo sobre filosofía de la historia, que como *Lecciones sobre la filosofía de la historia* aparecieron después de su muerte, si bien comenzó a dictarlas en 1822.

Partiendo de Kant y Fichte expuso que todo lo existente es cognoscible por cuanto se trata de una encarnación de la racionalidad, la cual, para decirlo conceptualmente como él, es teóricamente el sucesivo despliegue de la conciencia absoluta en su relación con la dialéctica de la filosofía natural y, prácticamente, el desarrollo de la conciencia en el curso de la historia, la cual es concebida (simultaneidad en este punto de Schelling con Hegel) como una manifestación o revelación del absoluto. Éste es la total indiferenciación de sujeto y objeto; de naturaleza y espíritu; de identidad de los contrarios, los cuales no ofrecen, en efecto, una oposición real sino una manera distinta de participación o identificación con el Absoluto mismo.

La naturaleza y la historia (esta última en cuanto manifestación del espíritu) constituyen dos reinos de inteligibilidad que se manifiestan en el Absoluto, aunque, como dijimos, lo encarnan de modo distinto. La historia está constituida por pensamientos y acciones mentales que son a la vez inteligentes e inteligibles sólo para ellos mismos; forman la carne y el hueso del Absoluto porque son a la par sujeto y objeto del conocimiento. La actividad de la mente humana en la historia es necesaria y libre. En el curso del desarrollo histórico adquiere la mente una completa conciencia de sí y se percibe al mismo tiempo libre y sujeta a la ley. Siguiendo ahora no a Kant sino a Fichte, considera Schelling que, a grandes rasgos, el desarrollo histórico pasa conceptualmente por dos etapas o fases: en la primera el hombre piensa al Absoluto como naturaleza, en la cual la realidad se concibe rota, dispersa, como ocurre en el politeísmo, y donde las formas políticas viven y mueren como organismos naturales (época antigua); en la segunda fase,

el Absoluto se concibe como historia, como un desarrollo continuo en donde el hombre realiza los propósitos providenciales del Absoluto, llevando a cabo el plan racionalmente programado y dispuesto. Es la época moderna, la vida humana está gobernada por el pensamiento científico, filosófico e histórico y, por lo mismo, las muestras de irracionalidad se hallan en trance de total desaparición.

La historia es un proceso temporal en el que el conocimiento y lo que es factible de conocer contribuyen a la autorrealización del Absoluto, y donde éste es al mismo tiempo razón cognoscible y razón cognoscente. Empero, el estudioso de teología que fue siempre Schelling, al identificar al universo con el Asoluto recae en un panteísmo cristiano, si es que se nos permite decirlo así, que quiebra la identidad y da paso a la separación del mundo finito histórico respecto del Absoluto. Se trata aquí, una vez más, de una recaída en el pecado provocada por el mal uso de la libertad. Al liberarse de lo absoluto lo que es finito, incurre en el pecado (caída); pero desde ese momento comienza a aspirar y acaso suspirar por reincorporarse (salvarse en) al bien perdido, lo cual se realiza a través de la evolución natural (el mundo) y del proceso histórico (el hombre). La filosofía schellingiana de la historia tiene por misión relatar la paulatina reincorporación del hombre a la divinidad, al perdido edén. La evolución, tanto del mundo natural como del histórico, se lleva a cabo a través de la tríada potencial procedente de Dios, lo cual da lugar sucesivamente a la naturaleza, al espíritu y al alma universal. En la fase final de su pensamiento, Schelling sustituye la religión, que él llama "positiva", y la filosofía de la razón por una religión espiritual, en la cual el íntimo e irreductible sector de pecaminosidad queda, si no absuelto (cosa imposible para una conciencia protestante), cuando menos sí subsumido.

El problema definitivo que le tocó resolver a Jorge Federico Guillermo Hegel (1770-1813), condiscípulo de Schelling en Tubinga y, como éste, estudiante de teología, fue el de eliminar las pasiones, la pecaminosidad; en suma, la irracionalidad, puesto que él pensaba, recogiéndolo de Herder, que en su esencia la realidad misma es racional, o, para decirlo más apegadamente a su pensamiento, que en la historia se realiza la tesis de la racionalidad de lo real y de la realidad de lo racional. Hegel ve la historia como un unitario y totalizante proceso emproado hacia el

puerto de la máxima racionalidad. Dado que la historia se nos presenta como la instancia empírica que parece mostrar mejor el efecto de lo irracional, Hegel propondrá una nueva historia, a la que llamará filosofía de la historia, la cual no será, a la manera volteriana, una reflexión filosófica sobre aquélla (por ejemplo, la irracionalidad inherente a la misma a lo largo de su penosa marcha ascendente hacia la luz de la razón) sino una historia tornada filosófica, elevada a una potencia superior y, por lo mismo, distinta también a la meramente empírica. Una nueva historia filosófica interesada en *comprender* los hechos; en averiguar las razones por las cuales acontecieron los hechos como acontecieron y no tan sólo preocupada en comprobarlos empíricamente. De esta suerte, el nuevo historiador-filósofo estará interesado en saber lo que *pensaron* las gentes que actuaron en tales o cuales hechos y no tan sólo lo que *hicieron*; porque en definitiva, los hechos históricos no pueden ni deben ser entendidos como puro acontecer. La tarea del historiador consistirá en establecer los hechos; es decir: examinar en primer lugar de un modo empírico los hechos registrados en las fuentes; en segundo término, considerarlos desde dentro y expresar cómo se ven desde ese punto de vista. O sea, *ver* los pensamientos que están detrás de los hechos para percibir, inclusive en los más desaforados, la conexión lógica del acontecer histórico. El proceso histórico es un proceso lógico, dado que toda historia es historia del pensamiento, y considerado asimismo que muestra el autodesarrollo de la razón. Ahora bien, si los acontecimientos que constituyen la historia son lógicos, ello quiere decir que no son accidentales sino necesarios; de aquí que el conocimiento de la historia por parte del historiador no sea simplemente empírico, sino también a priorístico, supuesto que podemos ver y palpar su necesidad.

Todo lo que ha sucedido y sucederá en la historia, aconteció y acontecerá por la voluntad del hombre, y la voluntad de éste no es sino pensamiento traducido en acción, o bien porque *todo acto* (racional o irracional) es exteriorización de un pensamiento y tiene tras de sí una intención. De esta manera es como puede Hegel enmendarle la plana a Voltaire, al sostener que inclusive los crímenes de la historia muestran la racionalidad circunstancial de aquel momento. Las pasiones son la materia de que está hecha la historia; pero son al mismo tiempo exhibiciones racionales o *astucias de la razón*, mediante las cuales esta última utiliza instru-

mentalmente a aquéllas para alcanzar sus fines. La razón posee realidad y se encarna en los hechos históricos. El hombre es siempre y al mismo tiempo pasional y racional; racionaliza sus pasiones y se apasiona de sus pensamientos. Así, pues, la posición racionalista de Hegel, frente al espectáculo enloquecedor de la historia, consiste en considerar esenciales para la razón misma los elementos irracionales. De este modo cree Hegel eludir el escollo de las pasiones en la historia, puesto que ellas mismas quedan integradas a la armonía del absoluto cósmico por la vía lógica; es decir: por la afirmación de que no hay eventos irracionales en la historia.

La filosofía de la historia de Hegel es una síntesis intencionada de las ideas de Kant, Herder, Schiller, Fichte y Schelling; de cada uno de estos pensadores extrae y utiliza Hegel algunas ideas o tesis; pero combinándolas hábilmente hasta constituir una explicación totalizadora, una *summa* de la época moderna y un resumen global de toda la historia. El método histórico hegeliano es dinámico, dialéctico en un principio; pero congelante y estático en su evolución final, como lo muestra la historia de la filosofía, en la que se revela finalmente la verdad espiritual de la Idea Absoluta o síntesis del espíritu subjetivo y del objetivo que se despliega y manifiesta en la historia. Como en Fichte, la lógica hegeliana postula una *tesis* A (ser: afirmación), que una vez analizada dará lugar a una *antítesis* No-A (no ser: negación), que analizada a su vez nos lleva a la *síntesis* A_1 (devenir: negación de la negación). De la oposición de los dos términos surge, pues, la síntesis que es un nuevo concepto o una nueva realidad; un nuevo enriquecimiento progresivo pleno de contenido.

Si el pensamiento (no lo que se piensa sino aquello que el pensamiento piensa, de acuerdo con Hegel) hace a la historia, la hace en grados de perfección. El punto de partida del pensamiento (mente o espíritu subjetivo) es el más bajo y menos perfecto, puesto que apenas si es conciencia sensorial del hombre; sigue luego una escala superior, la del espíritu objetivo, creador del Derecho, de la Moralidad y del Estado, o sea, expresiones de la divinidad en el territorio histórico (humano) de lo finito, y remata por último en el Espíritu Absoluto o síntesis filosófica de los dos anteriores. Por lo que toca al proceso del devenir, éste se desarrolla dialécticamente y por lo que concierne al desarrollo del estado en la fase segunda creadora del espíritu objetivo, éste se mueve o pasa históricamente

por las etapas progresivas de la infancia, la mocedad, la virilidad y la senectud o perfecta madurez (no decadencia) representadas respectivamente, siguiendo muy de cerca el modelo herderiano, por el Antiguo Imperio Chino, la India y el Asia central y, sobre todo, Grecia, el imperio romano y el cristianismo. También en el reino del Espíritu Absoluto evolucionan histórica y progresivamente las artes de acuerdo con el modelo generacional propuesto, pero son sobrepasadas por el reino de la religión y éste a su vez por el de la filosofía, en donde se da la plenitud de la razón o revelación del Espíritu Absoluto.

En Hegel, al igual que en sus predecesores, la presencia del Dios cristiano resulta expresa, o se presenta veladamente oculta. Hegel imagina que la Providencia Divina rige a la historia; el Espíritu Absoluto, la idea Absoluta, la idea Universal o la Razón y Voluntad (distintos nombres para un mismo sujeto o concepto) determinan el curso de la historia mundial. La historia es el reino u orden donde se realiza el Absoluto y éste, por consiguiente, no podrá consumarse sino en el hombre a través del conocimiento filosófico. Por último, se nos ocurre pensar que como el hombre Hegel no puede salvarse mediante las obras (restricción luterana y pietistoluterana), ha de idear un plan operante creado por el Espíritu Absoluto (Dios), mediante cuyo cumplimiento (que no es voluntad humana sino exclusivamente divina) se logra alcanzar la revelación (salvación) suprema filosófica. El motor irracional actuante arbitrado por Dios deja históricamente de operar al alcanzarse la beatitud o felicidad (racionalidad plena); empero si la irracionalidad hasta entonces operante en la historia se agota y, pues, cesa de actuar, ello quiere decir que el proceso se detiene y que lo que habrá de seguir ya no será historia sino metahistoria.

Como puede observarse en todos estos historiadores-filósofos ya citados, la teología o la criptoteología se encuentra básicamente sustentando la especulación filosófico-histórica. Frente a la dramática conciencia protestante de estos pensadores alemanes, provocada por una voluntad dependiente (*servum arbitrium*), erigen una salvación fundada en el *pneuma* divino, fincada en un plan natural sustituto de la divinidad o en un proceso dinámico-dialéctico (tales las soluciones de Leibniz, Herder, Schiller, Kant y Fichte). La humanidad, se piensa, irá regenerándose espiritual, lógica y conceptualmente de la caída del pecado, de la contingencia irracional. Lo paradójico del hecho es que el rechazo de

la voluntad liberada (*liberum arbitrium*) los va a llevar, como es patente en el caso de Schelling, a una teofanía o revelación (autodesarrollo) de Dios en el universo natural y moral, en donde, para decirlo de una buena vez, el hombre concreto no cuenta o cuenta muy poco, puesto que no se relata un proceso humano sino un proceso cósmico.

Esta recaída teológica, como ya se dijo, nos lleva también a pensar que estos historiadores filósofos imaginaran la historia de la humanidad como un gigantesco guiñol, cuyos hilos invisibles mueve el Dios-Naturaleza y en donde los hombres creen actuar con libertad, autónomamente, cuando de hecho son meros títeres apasionados. La razón de esto reside, a nuestro modo de ver interpretativo, en que la persona humana no puede ser libre supuesto que esa libertad menoscabaría, aunque fuere en ínfimo grado, la omnipotencia divina, de acuerdo con Lutero y el pietismo posterior, o la de la naturaleza, de acuerdo con Kant-Schiller. Inclusive la posición criptoteológica de Hegel ("astucias de la razón") nos remite a una razón humana superior y externa que es fácilmente confundible con Dios: divinización del hombre.

¿Y a qué ente pertenece esta razón calificada de humana? A un hombre general privado ya de su cogollo de irracionalidad; a un hombre desprovisto de lo que más entrañablemente le pertenece y autentifica: sus pasiones. Si esto es así, el hombre de carne, hueso y espíritu, como decía Goethe y repetiría Unamuno, queda reducido a ser tan sólo un instrumento del Absoluto. El hombre concreto no cuenta; el hombre dueño de su libre albedrío no es ni siquiera protestantemente pensable. A pesar de tan formidables esfuerzos, la filosofía criptoteológica alemana no pudo resolver la aporía entre un ente que no posee libertad y que no obstante la va alcanzando a lo largo de su penoso y progresivo transitar histórico. En suma, si el hombre racionalmente abstracto no es real, tampoco lo es el desprovisto de pasiones.

4. LA INTERPRETACIÓN DIALÉCTICA MATERIALISTA

La consigna con que la nueva aventura histórica dará comienzo será la recuperación del hombre concreto con sus sentidos, sentimientos, pasiones, debilidades y grandezas. Este rescate del hombre ha de ir acompañado de una comprensión totalitaria del proceso histórico. Lo que para el idealismo fue una empresa impo-

sible, puesto que rescatar al hombre individual significaba para él renunciar a una historia totalizante, lo llevarán a cabo las nuevas corrientes historiográficas: hallar sentido a la historia sin destruir el sentido propio del individuo. Hay que interpretar la historia del hombre a partir del hombre mismo.

Pocos años después de la muerte de Hegel (1831) sobrevino el derrumbe del hegelianismo y de la escuela hegeliana. Los discípulos y seguidores del maestro se escindieron en una derecha ortodoxa y en una izquierda radical, las cuales se polarizaron no sólo en el campo de las doctrinas políticas, sino también en el territorio perteneciente al sistema filosófico y al método dialéctico. La derecha hegeliana aceptó, sobre todo, el contenido; la izquierda el método. La tesis de Hegel sobre la racionalidad de lo real y la realidad de lo racional resultaba apropiada y eficacísima para la justificación del estado prusiano como existente, así como para el sostén y fortalecimiento de las posiciones políticas y jurídicas conservadoras. Para Hegel lo primario es el espíritu humano, y la realidad exterior es una forma de realización del espíritu; la izquierda hegeliana sostendrá lo contrario.

La izquierda hegeliana, constituida por los llamados "jóvenes hegelianos", se caracterizó inmediatamente por su oposición teórica al hegelianismo de derecha y por su impugnación práctica del régimen prusiano neoabsolutista. La causa inmediata del rompimiento que hendió en dos alas al hegelianismo fue la publicación en 1835 de la *Vida de Jesús*, escrita por David Federico Strauss (1808-1874), la cual suscitó enconadas polémicas. Strauss, frente a la idea del filósofo y teólogo Hegel de considerar eternos los dogmas cristianos, preguntaba con crítica agudeza: ¿cómo se han desarrollado estos dogmas históricamente? Aunque mostraba Strauss respeto tradicional ante las normas, no deja de reconocer que los Evangelios eran "creaciones de la fantasía". A pesar de esto y pese a su inclinación filosófica materialista, Strauss no intentó en sus comienzos afectar el contenido espiritual del cristianismo, el cual seguía siendo para él la más alta expresión moral de la humanidad. Obsérvese que, una vez más, como tenía que ser, la crítica de la religión y de la teología abrían la brecha en los muros de la filosofía idealista e ilustrada de Alemania.

En este rompimiento crítico izquierdista destacaron Bruno Bauer (1809-1882), con la denominada "crítica pura negativa", que lo llevó a la doctrina de la supremacía del hombre como supe-

ración de las contradicciones implícitas en la masa gregaria y en el individuo privado, y Ludwig Feuerbach (1804-1872) con su explicación antropológica de la teología. Ambos filósofos, además del propio Hegel, influyeron en los jóvenes Marx y Engels, los cuales, aplicando el método dialéctico e invirtiendo la tesis capital hegeliana, resquebrajaron críticamente los cimientos de la sociedad burguesa: "¿Quién ha barrido la dialéctica de los conceptos, terminadas las guerras de los dioses? Feuerbach. ¿Quién colocó al hombre en el trono ocupado por el antiguo fárrago y por la conciencia infinita? Feuerbach y sólo Feuerbach", escribió el joven Marx.

Feuerbach fue entre los jóvenes hegelianos el que más contribuyó a fundar la izquierda. A partir de 1836 se dedicó a estudios de historia y de crítica religiosa y filosófica que, en cierto sentido, resultaron demoledores para su época: *La esencia del cristianismo* (1841), *Tesis provisionales para una reforma de la filosofía* (1842), *La esencia de la religión* (1845) y *Filosofía y cristianismo* (1859). Frente a la tesis hegeliana de la creación y reproducción del mundo por el espíritu, sostiene que este último no es más que una manifestación de la naturaleza, la cual es la realidad primaria. Esta inversión de la tesis hegeliana precede a la famosa de Marx, si bien Feuerbach no rechazará el hecho de que en el valor de lo espiritual se halla el mérito superior: la más elevada manifestación de la naturaleza. Sin la razón, piensa además Feuerbach, no hay propiamente conocimiento; pero sin sensibilidad no es posible alcanzar el menor saber verdadero. Quiere sustituir la religión por un nuevo humanismo, puesto que, según él, el único dios del hombre es el hombre mismo. "Los tiempos modernos —escribe— han tenido por tarea la realización y humanización de Dios; es decir, la transformación, ya indicada, de la teología en antropología." El hombre ha creado sus dioses a su imagen y semejanza, y los crea de acuerdo con sus necesidades, deseos y angustias: "Como es el hombre, así son sus dioses", idea que con anterioridad había ya expresado Spinoza en su *Tratado teológico-político*: "Así como uno es, así es su Dios." La religión de cada cultura o de cada hombre particular refleja sus tendencias íntimas, su secreta intimidad; de aquí que el contenido de las religiones no debe ser tan sólo criticado sino comprendido. La crítica del dogmatismo religioso lleva a Feuerbach a una especie

de ateísmo ético-idealista, que finalizará, adelantándose en esto a Comte, en un culto a la humanidad.

La verdadera tarea de la filosofía no debe ser abstraer y sistematizar hasta el punto en que lo hace Hegel, sino hacer entender la vida misma; vivir al hilo de la vida concreta, sensible, material. Ver la filosofía como pensamiento abstracto equivale a vivir enajenado, alejado de la vida y de la existencia. Si invertimos el pensamiento de Feuerbach y reducimos la antropología a la teología, la enajenación vital significa tanto como vivir en el pecado, y vivir alienado equivale, ni más ni menos, a un vivir irracional. La filosofía, prosigue Feuerbach, no debe empezar, como acontece en Hegel, por la noción del ser abstracto, sino debe hacerlo por el ser sensible. Ahora bien, el ser sensible es el hombre mismo o, más precisamente, la conciencia humana en cuanto sentimiento, voluntad y razón. El sujeto de esa conciencia es el hombre individual y específico; su objeto es también el hombre, el hombre declarado infinito, convertido en su propio dios. "El ser divino —escribe Feuerbach— no es sino el ser humano o, mejor dicho, el ser del hombre liberado de los límites del hombre individual." En esta forma el hombre desalienado (lo que para nosotros vale tanto como decir des-irracionalizado, regenerado) puede llegar a ser objeto de su propio culto: no el Dios-Hombre, sino el Hombre, en tanto que especie humana divinizada en la Tierra. Huyendo Feuerbach del Escila divinal cristiano, naufraga en el Caribdis de la divinización antropológica; lo que a la larga explica, tal vez, la exhibición del cuerpo momificado de Lenin en el mausoleo de la Plaza Roja de Moscú, pasándose así de la desalienación a una nueva alienación; de la no-irracionalidad a una más comprometedora irracionalidad, a la que sólo le faltaría el elemento popular milagrero (a lo mejor nos equivocamos) para quedar enajenadamente completa. Y es que, como escribe Ramón Xirau, tanto Feuerbach como Marx y la mayoría de los filósofos del siglo XIX "sufre[n] una ausencia de divinidad, de una nostalgia del ser divino que quiere[n] encontrar y piensa[n] encontrar en la historia terrestre de los hombres".[1] Por su parte, y con su punzante e inimitable irónico estilo, O'Gorman expresó hace ya más de tres décadas, que "el hombre de ciencia moderna siempre ha tenido muchísimas ganas de suplantar al sacerdote".[2] Nos-

[1] Xirau, p. 364.
[2] O'Gorman, p. 55.

otros nos atrevemos a añadir, que sus ganas llegan hasta el deseo de ser santificado e incluso deificado. Así los orientales comunistas, para no ser menos y competir en todos los campos con sus camaradas (?) moscovitas, no han titubeado en momificar el cuerpo de Ho Chi Min y levantarle un soberbio y rivalizante mausoleo en la ciudad de Hanoi.

Partiendo Feuerbach del materialismo francés del siglo XVIII y del sensualismo inglés lockiano lleva su tesis a extremos enajenantes. La alimentación se convierte en sangre, ésta en corazón y éste en cerebro, en ideas y en materias de reflexión: el hombre es lo que come (*Der Mensch ist, was isst*). La comida constituye la base de la cultura y civilización humanas. Si se quiere mejorar al pueblo deben dársele alimentos más ricos en lugar de declaraciones contra el pecado. Tiene en parte razón Feuerbach, porque la miseria social, que trae aparejada la mala alimentación, es muchas veces, si no es que todas, el suelo nutricio de la inmoralidad y del crimen; es decir: de la irracionalidad. Sin embargo, el filósofo materialista alemán no podía prever que en sociedades modernas muy bien alimentadas pululasen el crimen y el vicio; y, sobre todo, a sabiendas quería ignorar que no sólo de pan vive el hombre.

Carlos Marx (1818-1883), en su *Tesis sobre Feuerbach* (1845), usa y critica las ideas del filósofo y, desde luego, sigue la ruta del materialismo dialéctico iniciada por éste, evitando, empero, algunos de los excesos en que incurrió su colega. En la primera parte de la *Ideología alemana* no asume Marx el humanismo abstracto de Feuerbach, supuesto que el hombre no existe al margen de las circunstancias de clase y producción social. Acepta que lo primario es la naturaleza y lo secundario el espíritu; asimismo lo valioso que él extrae de Hegel es el método dialéctico y no el contenido de la filosofía hegeliana. Coincide, ciertamente, con Feuerbach en el ataque que éste hace a la filosofía de Hegel, a la cual define como religión trocada en pensamiento abstracto; y el materialismo de Marx es feuerbachiano sólo en la idea de que debe fundarse en una relación de hombre a hombre y en la consideración de que el fin del hombre es el hombre mismo. Marx sigue en muchos aspectos críticos, como hemos dicho, la ruta marcada por Feuerbach (la enajenación religiosa, por ejemplo); pero no acepta la idea feuerbachiana de un hombre fundamentalmente pasivo y receptivo, y trueca dicha concepción en la idea de un hombre

las acciones de los hombres en la historia. De acuerdo con el materialismo dialéctico, el conflicto o pugna entre las clases sociales por causa de los distintos intereses que las mueven, constituye la fuerza motriz de la historia; de lo cual se sigue, que al clausurarse o disolverse la oposición clasista tras la victoria de la revolución proletaria, se inaugurará el reino de la libertad, fundado a su vez en el reino de la necesidad. De este modo, la sociedad burguesa-capitalista constituye "el capítulo final del estadio prehistórico de la sociedad humana".

La definición general marxista, al declarar que la historia de toda sociedad existente hasta la actualidad es la historia de la lucha de clases,[5] terminaba al parecer en el callejón sin salida de la paralización de la historia, dado que su motor, la lucha de clases, dejaba de actuar; pero no ocurrirá así, porque los "hombres nuevos" comunistas dirigirán ahora sus esfuezos a la infinita tarea de la *praxis*, que ante ellos no será otra cosa sino una libertad consciente de la necesidad.

5. EL MESIANISMO JUDÍO DEL MANIFIESTO COMUNISTA

Marx, hijo de padre judío —el cual abandonó la ley mosaica para poder ejercer un importante puesto en el Estado prusiano—, fue educado en el luteranismo y, pese a esto, mostró desde muy joven un talante antirreligioso e incluso una marcada inclinación antisemita. A pesar de ello, el ambiente familiar judío hubo de influir hondamente sobre él, porque nunca dejó de poseer el talante y el empaque físico y psíquico de un profeta bíblico del Viejo Testamento. El antiguo mesianismo y el profetismo judíos pueden explicar la base idealista del materialismo de Marx.

Marx exigía, no sin cierta fogosidad, la presencia de un hombre nuevo: *el hombre comunista*, el hombre regenerado moralmente, liberado de toda enajenación, de toda irracionalidad religiosa y económica. ¿Y cómo y de dónde ha de surgir este nuevo tipo humano? El molde donde vaciarlo es precisa y paradójicamente la criatura más desgraciada de la sociedad capitalista: el proletariado, el ser más completamente enajenado de sí mismo porque tiene que venderse por el salario al capitalista, al dueño de los medios de producción.

[5] Posteriormente excluirán del proceso la época prehistórica (sociedad comunista no clasista).

Hay que aclarar que no existe en Marx ningún romanticismo compasivo, ninguna caridad humana por el destino individual del proletariado; pero el proletariado viene a ser el nuevo pueblo electo del materialismo histórico, porque él se halla excluido de todo privilegio en la sociedad actual (primera mitad del siglo XIX). Dicho proletariado es el nuevo instrumento de la historia del mundo y, en cuanto tal, se ha de alcanzar con él, mediante la revolución, el fin escatológico de toda la historia mundial. Resulta curioso en Marx tal rezago del idealismo alemán. Refiriéndose éste en 1853 a la inmisericorde explotación inglesa en la India, no excusa pero sí justifica históricamente la acción depredadora inglesa "La cuestión es —pregunta Marx— ¿puede la humanidad realizar su destino sin una revolución a fondo en el estado social de Asia? Si no es posible, cualesquiera que puedan ser los crímenes de Inglaterra [en la India], *ella fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución*" [6] (cursivas nuestras). La secularización del providencialismo agustiniano hace acto de presencia por la vía planificante de Kant y Hegel. También Marx consideró la absorción de México y de toda Hispanoamérica por los Estados Unidos, un crimen necesario por cuanto los norteamericanos eran también los instrumentos de que se valía la historia para consumar el plan revolucionario mundial. Una vez más y cuando ya podría suponerse arrumbada la vieja tesis ilustrada de considerar que la historia se desenvuelve a impulsos de lo irracional, he aquí que la irracionalidad conquistante y explotadora conducirá a la felicidad futura de la especie tras la cruenta y necesaria eclosión revolucionaria.

En 1924 el proletario Stalin, refiriéndose a él mismo y al *proletario* Lenin, en los funerales de éste, se expresaba así: "Nosotros, los comunistas, somos individuos de una hechura aparte." Cierto es que la frase pudo ser alusiva a la originalidad de la acción política de los miembros del partido; pero la expresión también denota la ínfima conciencia orgullosa de excepcionalidad y de misteriosa elección.

El *Manifiesto Comunista* (1848) contiene la filosofía del proletariado en cuanto pueblo elegido, y puesto que ese pueblo electo no es nada, posee, consecuentemente, los títulos para poseer y ser todo. Tiene además, como justa compensación (justicia retribu-

[6] C. Marx, I, p. 330.

tiva) a su inopia de origen, una misión universal dentro de la sociedad de la que ha surgido. Sólo el proletariado, no la burguesía, tiene una misión redentora; es una nueva clase que no forma parte de la sociedad actual; se halla fuera de ella y potencialmente constituye una sociedad absoluta, sin clases. El proletariado concentra y resume en sí todas las contradicciones y antagonismos sociales; es la clave del problema de la sociedad total de los hombres.

En la *Ideología alemana* Marx define así la importancia universal del proletariado:

> Solamente los proletarios, completamente excluidos de todo ejercicio espontáneo de sus facultades humanas, son capaces de alcanzar una emancipación total, no parcial, haciéndose dueños de todos los medios de producción. El proletariado, ese "productor impersonal de mercaderías", ese "asalariado" preocupado en obtener dinero para poder vivir, es la única fuerza revolucionaria que puede, a fin de cuentas, redimir a la sociedad.

El interés particular de la clase proletaria coincide con el interés común de la sociedad y, por lo tanto, se yergue frente al interés privado del capital. En suma, desde la perspectiva universal y escatológica el proletariado es el corazón de la historia futura y la filosofía de Marx su cerebro y orientador. El curso entero de la historia se modificará cuando el proletariado adquiera conciencia de clase, se organice y se deje conducir por esa pequeña sección de la clase intelectual dirigente, de la que el propio Marx (nuevo Moisés) se sentía su máximo representante y guía, que se echa al garete y se alía a la clase revolucionaria, porque es la única que tiene el futuro en las manos. El burgués ideólogo que fue Marx, quien insistía machaconamente en que él no era comunista, como de hecho nunca lo fue, se adhiere al proletariado porque barrunta, puede ver y penetrar teóricamente los movimientos históricos en conjunto. El síntoma de la inminencia del cambio revolucionario es precisamente esa adhesión del pequeño sector burgués pensante. Y Marx nos recuerda, a guisa de ejemplo, que durante la crisis anterior a la Revolución Francesa un sector de la nobleza se pasó a la burguesía. Empero, lo que hasta ahora nadie ha podido explicar por la vía dialéctica material es, cómo se opera en este nuevo camino de Damasco (materialismo consciente de Marx y

Engels) el tránsito o adherencia desde una clase a otra: del noble al burgués y del burgués al proletario. Más aún, si el ser social determina la conciencia social, ¿cómo pudo el propio Marx engendrar una conciencia sociocrítica antiburguesa? Si se destierra el amor al prójimo (trasunto del *enajenado* amor a Dios), sólo cabe apelar al imperativo categórico kantiano, recurrir al mero interés o recaer en el miserable e inhumano resentimiento.

El *Manifiesto Comunista* se abre con una sentencia famosa, que se enarbola resentida, casi vengativamente, no ya tan sólo contra la inmoral sociedad capitalista, lo cual sería hasta justificadísimo, sino contra todas las sociedades existentes, lo cual ya no tiene justificación histórica ni ética, porque el concepto de *explotación* (especie de pecado original) no puede ser aplicado a épocas históricas que no conocieron el desarrollo de la sociedad burguesa. El hecho de que toda la historia hasta el presente sea la expresión del antagonismo clasista, no abona el que se interprete y valore este hecho como explotación. Así, la esclavitud en el mundo clásico no era un hecho repulsivo, sino natural (contrariamente a lo que fue la esclavitud en la época moderna) y San Agustín la consideró un hecho social entre muchos que la caridad debía mitigar. Tampoco la servidumbre feudal fue considerada y vivida como un hecho antinatural y, pues, odioso, cuando menos durante la alta Edad Media. Es probable que en el futuro transcurrir de los siglos, y por causas muy diversas, la humanidad cambie de régimen alimenticio y satisfaga su hambre consumiendo píldoras y vegetales; mas esperamos, aunque no confiamos, en que no nos sentenciarán como inmorales por la dieta carnívora de ayer y de hoy (exceptuando sin duda de la condena a los vegetarianos, que en la India, como se sabe, constituyen la mayor parte de la población) a costa de los inocentes animales que con su sacrificio han contribuido hasta el presente, en gran parte y necesariamente, a la supervivencia de la especie humana.

La explotación del hombre moderno, eso sí, encuentra la explicación empírico-científica más notable en la teoría marxista de la plusvalía. La diferencia entre lo que recibe el obrero como salario para atender a sus necesidades básicas y el beneficio que obtiene el capitalista a cuenta de las horas-trabajo extraordinarias, que permiten la acumulación de cantidades progresivas de capital. La explotación del trabajador se realiza bajo la nueva fórmula o ley

de Dinero-Mercancía-Dinero. Marx demuestra científicamente la existencia, el uso y provecho de la plusvalía para el capitalista; pero la explotación implica, con todo, un juicio ético, una injusticia, un pecado, una sinrazón, una enajenación. Un mal supremo que todo lo penetra y emponzoña y que, por lo mismo, es algo más que un factor económico; es un algo, en suma, que exige la reparación total.

Precisamente, la propia dialéctica de la historia va a contribuir al ajuste de cuentas. Del propio seno de la sociedad burguesa brotará la fuerza disolutora de la misma. Al desarrollar la sociedad capitalista la moderna industria y los ejércitos industriales no solamente puso fin a las relaciones patriarcales humanas y a las artesanales de producción, sino que rompió los lazos naturales que unían al hombre con su superior natural. No dejó otro nexo entre hombre y hombre, afirma Marx, que el desnudo egoísmo, el trabajo-mercancía, el pago al contado. A esta fase de evolución corresponde un constante cambio de las relaciones y de los instrumentos de producción. De la sociedad capitalista surge una nueva clase explotada, la proletaria, que aniquilará a su progenitora burguesa. Es decir, la clase capitalista crea lo que será el principio de su propia destrucción: tesis y antítesis que se resolverán, a través de la lucha, en la síntesis de la futura sociedad comunista.

Por último y de acuerdo con lo analizado, el *Manifiesto Comunista*, extraordinaria síntesis de la teoría marxista y evangelio breve, contundente y combativo para la desenajenación de la clase proletaria, obedece de manera fundamental al espíritu religioso del profetismo. No es sólo una manifestación puramente científica basada en la evidencia empírica de hechos tangibles, sino también, y ante todo, un documento profético, combativo, que no tiene nada de jeremiaco. Un juicio y un vibrante y mesiánico clarinazo a la acción liberadora mundial: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

6. EL POSITIVISMO COMTIANO

Augusto Comte (1798-1857), tres años mayor que Ranke, pero que sólo vivió 59 años frente a los 91 del historiador alemán, publicó sus principales obras (entre 1830 y 1856) con cierto atraso cronológico, como podrá verse, respecto a la aparición del *Fragmento sobre Lutero* (1817) y de las *Historias de las naciones*

latinas y germánicas (1824), con los cuales inició Ranke su carrera de gran historiador. Viene esto a cuento porque el prefacio y el apéndice rankeianos (*Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber*), incluidos en dicha obra, dan cuenta y razón del contenido de la historia y de las normas científico-metodológicas en la investigación de la misma. Si incluimos aquí ahora el análisis somero de la filosofía comtiana, es porque los métodos científicos de Comte y de Ranke nos remiten a aquel positivismo de las primeras décadas del siglo XIX, que rechazaba todos los apriorismos y toda metafísica, y que se negaba a admitir cualquier realidad no determinada por los hechos o por las relaciones entre los mismos. Además, el filósofo y el historiador fueron herederos directos del mecanicismo político, social y matemático, que apareció en el siglo XVI y que fue enriquecido con las sabias aportaciones de Descartes, Spinoza, Stuart Mill, Leibniz, etcétera.

La reacción contra el idealismo fue violenta y justa. La bandera que enarbolará la nueva aventura histórica será la recuperación del hombre concreto, con sus sentidos, apetitos, sentimientos y pasiones; el rescate de la individualidad y, con ella, la comprensión totalitaria del proceso histórico, cosa que el idealismo no había podido realizar puesto que para él, según vimos, la aporía resultó irreductible: aceptar al hombre concreto y dar a la vez sentido a la historia como proceso totalizador.

La filosofía positiva se desembarazará de todos los aprioris idealistas y se entregará de lleno, concienzudamente, a la realidad, para hallar el sentido de la historia y del hombre. Dos son, pues, las tareas inmediatas que el positivismo tiene frente a sí: crítica de las doctrinas idealistas, por cuanto ellas fracasan ante el hombre real, y elaboración inmediata de un nuevo programa para hallar un auténtico sentido a la historia, sin destruir el propio del individuo. Para resolver el problema Comte encuentra una *ley* a la que denomina *de los tres estados*, con la cual intenta explicar la evolución de la sociedad. Se trata de una ley única que, inspirada en la de la gravitación universal descubierta por Newton, será capaz de resolver todos los fenómenos del mundo social, al paso que permitirá, asimismo, la reforma concreta, la perfección en el estado positivo. Comte aspira, mediante su filosofía positiva y su doctrina sociológica, no sólo a reformar al hombre purificándolo en lo religioso (religión de la humanidad), sino también a transformarlo y renovarlo prácticamente.

El desarrollo del hombre se realiza de manera fundamental por el lado de las facultades humanas, que son con facilidad observables. Este desarrollo por etapas de la humanidad se realiza, según el montpellieriense, en tres momentos progresivos: estado teológico, estado metafísico y estado positivo. Tales estados no son simplemente formas abrazadas por el conocimiento científico, sino actitudes totales, experimentables, adoptadas por la humanidad en cada uno de esos periodos fundamentales. En la etapa teológica intenta el hombre explicarse los fenómenos naturales, el universo entero, la realidad de éste y la suya propia por medio de seres sobrenaturales y potencias divinas o demoniacas; a saber: por medio de entes sobrenaturales llamados dioses. El espíritu humano bucea en la naturaleza íntima de los seres, busca las causas primeras y finales de todos los efectos. De esta manera, las anomalías aparenciales del universo son achacadas a la intervención arbitraria y directa de los agentes sobrenaturales. A esta etapa, cuyas fases son fetichismo, politeísmo y monoteísmo, corresponde un poder espiritual teocrático y un poder temporal monárquico unidos en un fuerte estado de tipo militar. El monoteísmo final de esta etapa, que comprende y subsume todas las fuerzas divinas en un sólo ser, al personalizarse en dicha unidad monoteísta, permite al propio tiempo su despersonalización, su degeneración.

La segunda etapa, que ha de ser sobrepasada si es que el progreso ha de existir, es imperfecta respecto a la primera. En este estado metafísico intenta el hombre explicarse la realidad mediante "fuerzas arbitrarias" o entidades metafísicas, las cuales, no son, en definitiva, sino sucedáneos de los dioses primeros. Las causas de los fenómenos se convierten en ideas abstractas. La naturaleza se transforma en un ente metafísico que substituye a Dios. Este segundo periodo lo considera Comte anárquico y, pues, disolutor de la inteligencia y desorganizador de los poderes espirituales y temporales.

Finalmente sobreviene el estado positivo en donde el hombre sobrepasa las dos etapas primitivas y alcanza y reconoce la emancipación de su propia razón. La teología y la metafísica dejan de ser ciencias, dado que se hurtan a las leyes naturales y quedan, por tanto, al margen de toda experiencia; las hipótesis e hipóstasis teológicas y metafísicas son sustituidas por la investigación de los fenómenos, la cual se limita a la enunciación de sus relaciones. La

humanidad toca los límites de la razón y el hombre llega, por fin, a saber hasta dónde puede alcanzar su actividad cognoscitiva. La razón renuncia a todo lo trascendente y se limita a la observación, averiguación y comprobación de las leyes dadas en la experiencia, no tan sólo del mundo físico sino asimismo del moral y social: visión racional del mundo. El poder espiritual queda en manos de los sabios y el temporal en las de los industriales.

He aquí, pues, los tres momentos ínsitos en el pensamiento comtiano: conocimiento relativo a los límites de la razón, conocimiento fundado en la observación y conocimiento positivo observable, verificable, experimentable y repetible. En suma, el programa científico normativo de Comte consiste en observar inteligente y sostenidamente los fenómenos naturales y sociales, para averiguar si tales fenómenos están sujetos o no lo están a leyes naturales invariables.

Comte acaba así con la aventura metafísica y reinaugura el viejo programa empírico inglés, volcado sobre los hechos e interesado en encontrar, más allá de ellos, leyes universales. Como nuestros pensamientos siempre son relativos, Comte, al renunciar a toda tentativa idealista de conocimiento absoluto, lo que logra en realidad es rescatar al hombre. La tarea del filósofo positivista es menos soberbia que la del idealista; más humilde y paciente: establecer por la vía empírica los eventos históricos. Hay que empezar a fijar en la historia hechos; asomarse a la concreto-humano y otorgarle el valor que se merece. Pero no basta con establecer, con rescatar hechos objetivos, porque para poder obtener con ellos un cuadro o una visión totalizadora de la historia, tendremos que ensartarlos inteligiblemente por medio de un hilo conector u organizador a fin de obtener una imagen fiel del proceso, en donde el caos, la dispersión y el atomismo históricos quedan anulados. Mas esta conexión u ordenación debe ser obtenida empíricamente, no *a priori*, para evitar la recaída metafísica: la *Idea* rectora. Se trata de preguntar por las relaciones que entretejen y dan sentido a los hechos. Si encontramos, por fin, las conexiones que relacionan a los acontecimientos y vemos, además, que dichas conexiones son constantes y uniformes, entonces con sólo observarlas tenemos ante nosotros una luz normativa en la historia y sin necesidad de echar mano a ningún principio *a priori* para establecer la marcha de la misma. La regularidad del proceso está sacado, por

modo positivo, de las propias (relaciones y conexiones de los hechos) que son empíricamente observables. El conocimiento histórico así obtenido será forzosamente conocimiento de lo particular y de lo general; del todo y la parte, y será además un conocimiento positivo. Más allá de esto no podemos conocer; nuestra capacidad cognoscitiva no debe ni quiere ni puede traspasar la frontera de lo real y concreto, so pena de situarse en el campo de lo trascendental. Más aún, uno no debe interesarse en saber si más allá del límite fijado existe algo.

El positivismo comtiano, en tanto que método histórico, es un proceso que observa a la historia desde afuera; lo histórico es un puro fenómeno observable. Empero si se repara en que es un proceso en movimiento, ello quiere decir que se trata de una marcha regular, uniforme y normativa en la que se muestran patentes los cambios y transformaciones cuyo sentido progresivo o regresivo, ascendente o descendente no se conoce, supuesto que, de antemano, no se ha fijado una meta.

Como lo ha señalado Laski, [7] el vocabulario de los ilustrados y posilustrados tomó a préstamo, del acuñado por los astrónomos (Copérnico, Kepler, Newton, etcétera), muchas palabras y conceptos (evolución, revolución, progreso, marcha orbital, etcétera) que fueron utilizados para dar cuenta de los fenómenos del mundo social. Asimismo, y por lo que toca exclusivamente ahora a la filosofía positivista, Comte tuvo que recurrir al lenguaje y a la teoría biológica en boga por entonces (Lamarck-Darwin) para resolver la aporía en que se encontraba el historiador, que observaba la marcha y no conocía, sin embargo, el rumbo de la misma. Si no se postula previamente una meta, las transformaciones carecen de *sentido*; pero si se piensa que los cambios implican la existencia de un sentido, ¿no estaremos formulando un *a priori*? Comte recurre a eficaces auxiliares: a la *filosofía zoológica* de Lamarck (variaciones de las especies mediante adaptaciones sucesivas al medio); a la *Teoría general de la evolución natural de las especies*, de Darwin (selección natural, lucha por la vida y supervivencias de las especies más aptas, puesto que sus funciones se han adaptado mejor a las exigencias del medio) y a la aplicación por Spencer del principio de la evolución a todos los dominios de la naturaleza y de la cultura (selección natural

[7] *Apud*, Laski, p. 68.

y darwinismo social). De este modo el darwinismo se alió de modo natural con el positivismo imperante y con el evolucionismo naturalista, entendido a la vez como un *proceso* y como un *progreso*. La teoría darwinista funcionaba como un proceso semejante al histórico; la teoría evolucionista abarcaba por igual a lo histórico y a lo natural. En biología los cambios y transformaciones eran observables y esto llevó a formular las leyes de la evolución de las especies, de la superación biológica y de la escala de gradual perfección en los seres vivos. Ahora bien, como la historia no podía quedar al margen de la sustentante armonía del cosmos y como, antes bien, participa en dicha inmensa resonancia al igual que todas las cosas, fue fácil imaginar que las leyes descubiertas en el proceso biológico eran aplicables a los procesos históricos. En la historia se podía también observar la marcha del hombre hacia su continuo perfeccionamiento moral: el progreso como fin de la humanidad. Toda la historia será, por consiguiente, un inmenso proceso que abarca desde los inicios de la vida orgánica en la Tierra hasta el presente y el futuro en una incesante prosecución de perfeccionamiento físico y ético.

Postular una meta y esperar, pues, un futuro de felicidad mediante leyes cada vez más generales y perfectas implica, al fin y al cabo, un sentido estático de la historia, puesto que en alcanzándose la meta mediante el pensamiento positivo, se establece para siempre un orden social definitivo, paralizador, estático, conservador y negativo de los propios principios comtianos. Además, la filosofía positivista fue reaccionaria y burguesa. El *Curso* (1830-1842), el *Sistema* (1851), el *Catecismo positivista* (1852) y el *Llamado* o manifiesto a los conservadores son, francamente, antirrevolucionarios. Comte vio con cierto ligero desdén a la Edad Media y con máximo horror la reforma protestante destructora de la *universitas christiana*; deseó reconstruir a Europa, unificarla nuevamente y darle el generoso y científico consuelo racional de la religión de la humanidad, inventada por él, y con la que intentaría oficiar como sumo sacerdote en Nôtre Dame (¡nada menos!), como consta en carta (1851) escrita al General de los jesuitas, proponiéndole una alianza y conminándolo a que le dejase libre la catedral para inaugurar el nuevo culto, en el que los sabios como él reemplazarían a los antiguos sacerdotes católicos. Esta adoración o divinización del hombre, constante espiritual de todos estos pensadores y filósofos, como hemos visto, proviene

en el caso de Comte de la comunidad religiosa fraternal fundada por Saint-Simon, en la que participaron, además del creador del positivismo, Leroux, Carnot, Thierry y Enfantin; por cierto que este último llevó su emoción religiosa positivista, su sed de Dios, al extremo de creerse la nueva encarnación del Mesías (Cristo) en la Tierra.

Por último, la teoría positivista va a enajenar la propia historia del hombre porque su decidida intención naturalista, la exigencia de ver al hombre por fuera y no por dentro y de considerar fenoménicamente los hechos históricos, a-historiza al ser concreto, al hombre, lo separa de su historia y nos impide penetrarla. El positivismo exige gnoseológicamente que la historia sea objeto de un conocimiento por parte de un sujeto que se halla separado de ella. Y la confusión proviene del hecho de que el positivismo considera al proceso histórico idéntico al proceso natural; reduce la historia a la naturaleza; asimila el método histórico al científico y, por tanto, confunde el hecho científico, perceptible empíricamente, con el hecho histórico, que está siempre más allá de toda recreación o repetición y que no puede ser, como el otro, un objeto perceptible.

He aquí, pues, el germen, el comienzo de la enajenación del pasado. Podemos añadir que el idealismo, por querer salvar a la historia perdió al hombre en su afán de esencializarlo; y que el positivismo perderá a la historia, a fuerza de biologizarla. Y no sólo perderá a ésta sino también al hombre por transformarlo en un ente natural simplemente biológico.

SEGUNDA PARTE

LA IDEA DE LA HISTORIA EN RANKE

1. ANTECEDENTES DEL MÉTODO

Ranke, como se sabe, no recibió como historiador un entrenamiento formal ni tampoco fue, como algunos críticos supusieron, el inventor del método científico de investigación aplicado a la historia. En 1566 Juan Bodino (1530-1596) escribió un tratado en latín, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* ("Método para el conocimiento fácil de las historias"), en el que ya se apuntan reglas para escribir la historia. Fue asimismo en Francia, en el siglo XVII, donde se fundaron los estudios modernos de historia y los llevaron a cabo, primeramente, los monjes de la orden de San Mauro. Dentro del notable grupo de eruditos y lexicógrafos destaca el benedictino Mabillon y el portroyaliano Tillemon, los cuales prestaron gran atención a las ciencias auxiliares de la historia y las trabajaron con cuidadoso método. Si bien éstos dos, así como sus compañeros y seguidores, no pueden ser considerados historiadores destacados, al menos aportaron a la investigación de las fuentes históricas un método crítico con el qué distinguir los documentos verdaderos de los falsos y con el qué hacer prevalecer la tradición más antigua sobre la más reciente. En *De Re Diplomatica* (1681) Mabillon da reglas y expone criterios para juzgar las fuentes y determinar su autenticidad en función de su coetaneidad, posterioridad y testimonialidad oral o escrita. Frente a la desconfianza del *crítico* jesuita Papebroek, quien tenía por falsos todos los diplomas merovingios, Mabillon sostuvo que también los había auténticos y que por ellos era posible descubrir la falsedad del resto. Por supuesto estos regulares trabajaron a la mayor gloria de Dios y de la Iglesia católica y su búsqueda de la verdad histórica tuvo siempre por meta la comprobación de las doctrinas eclesiásticas y, pues, la defensa del catolicismo contra los ataques críticos de los historiadores, de los librepensadores y de los teólogos protestantes.

Estos historiadores benedictinos sólo actualizaron de hecho y por lo que toca a la exactitud de las citas lo que siempre se había

realizado en las historias eclesiásticas, utilizando los márgenes y pie de páginas. Las limitaciones de la escuela benedictina no provinieron de coacciones confesionales o disciplinarias; estos monjes historiadores escribieron sus historias con gran libertad, y la independencia económica y política de su orden les permitió hurtarse a la servidumbre del absolutismo monárquico. Fueron, no obstante, un tanto ingenuos, pues nunca cuestionaron entre ellos si las constancias contemporáneas de una fuente no habrían sido urdidas por un interés especial; no escrutaron la tendencia de las fuentes ni la credulidad que merecían y siguieron creyendo en los valores cualitativos de las mismas. Como eran buenos creyentes, cosa que no puede reprochárseles, admitieron con ingenuidad que la buena tradición y los testimonios mejores se identificaban con la verdad; por eso aceptaron como auténticos los milagros, los cuales todo no creyente rechazaba y consideraba falsos. No entienden tampoco el desarrollo orgánico de los hechos históricos y éstos quedan ligados tan sólo exteriormente; es decir, por la cronología y la genealogía. De hecho, como ocurre en la obra de Jean Mabillon, *Anales de la orden de los benedictinos* (1668-1701), obra maestra de la nueva historiografía erudita, conocemos todo lo relativo a la historia externa de la orden; pero nada aprendemos de su desarrollo interno ni de las vicisitudes de su posición en el seno de la Iglesia, como apunta críticamente Ed. Fueter. [1] Al lado de estos *Anales* podemos poner la *Historia de los emperadores* (1690-1738) escrita por Louis Sebastien *Le Nain* de Tillemont (1637-1698), que según el mismo crítico representa el tipo más puro de la nueva historiografía erudita. [2] Otro benedictino, Bernard de Montfaucon (1655-1741), se ocupó de paleografía; asimismo los benedictinos redactaron colectivamente el famoso tratado de cronología *Arte de verificar las fechas*, en 1750. El oratoriano Richard Simon, dedicado desde 1638 a la exégesis bíblica, dio a la palabra *crítica*, que entonces significaba únicamente un juicio sobre el gusto, una significación mayor mediante el descubrimiento de un método de aplicabilidad casi universal. También el filósofo Spinoza contribuyó con su *Tratado teológico-político* (1632) a la crítica filológica e histórica. Y con el *Discurso del método* proporcionó Descartes, a despecho suyo, las reglas para

[1] *Vide* Ed Fueter, vol. I, p. 344.
[2] *Ibidem*, 345.

llevar a cabo la investigación histórica. Junto a los benedictinos, los jesuitas Sirmond, Labbe, Hardouin y Bolland escribieron vidas de santos y constituyeron colecciones de concilios.

Mabillon, a quien se deben las reglas mediante las cuales se podía verificar la legitimidad de los documentos (Diplomática), ejerció gran influencia en Alemania a través de la escuela histórica de la Universidad de Gotinga, la cual combinaba el método erudito del monje benedictino con el interés de los historiadores-filósofos del siglo XVIII, tales como Voltaire y Gibbon, quienes buscaron escribir una historia universal sin molestarse particularmente acerca de la evaluación crítica de sus fuentes. Cuando Ranke, ya historiador, recoja la tradición de la escuela histórica citada, limitará la universalidad del panorama historiográfico de ésta y pondrá un gran énfasis en el carácter profesional y técnico de la historia y en la concepción de ésta. Ranke no añade nada al nuevo método erudito e ilustrado que había desarrollado en gran extensión la escuela histórica de Gotinga.

Ya hemos escrito en la primera parte de esta obra sobre las ideas histórico-filosóficas de Leibniz; pero ahora tenemos que añadir, en relación con el nuevo método erudito de la historia, que fue el leipziguiano el primero que intentó aplicarlo en Alemania. Adoptó los principios de la congregación de San Mauro y participó de sus cualidades y defectos. Leibniz recoge materiales; realiza la crítica interna de las fuentes; fija los hechos por éstas citados, considerando el punto de vista cronológico y genealógico, pero no proporciona una explicación histórica. Los *Anales imperiales* (1703-1716) están construidos ciertamente a base de documentos tratados jurídicamente para probar la autenticidad de los mismos; el examen de tales fuentes acusa también la tendencia filosófica moderna del tratadista, que profundiza críticamente en la tradición. El mismo tratamiento recibieron sus otras dos obras históricas: *Escritores de Brunswick* y los *Orígenes de los güelfos*.

En 1738 publicó el abate francés Gabriel Mably su libro de técnica o de metodología histórica intitulado así: *De la manera de escribir la historia*. Además del correcto manejo de la investigación, el historiador debe mostrar, según Mably, el espíritu que insufla y da vida a su tema; las delicadas relaciones morales, sociales y culturales que sólo aprehende el ojo sagaz del observador. Debe también el historiador *expatriarse de sí mismo* para poder percibir correctamente la verdadera forma y los latidos e impulsos

de la época que intenta conocer y trazar. Para evitar que se le infame y califique de historiador chapucero, debe prestar la más escrupulosa atención a los datos cronológicos y geográficos, y tiene que procurar, asimismo, hacerse de un bello estilo literario que le sea propio; desplegar su tema a la manera dramática, contrastando los caracteres, las luces y sombras, manteniendo un interés novelístico constante. En suma, el historiador digno de tal nombre no debe solamente hacer que la historia sea interesante para el lector, sino también que sea utilitaria, que finalice en la moraleja reflexiva y pragmática.

No tenemos constancia de que Ranke conociese la obra de Próspero Brugière, barón de Barante (1782-1866), *Historia de los duques de Borgoña* (1824-1826), el cual, como Quintiliano, escribía no para probar sino para narrar y, además, quería devolver a la historia el interés que las novelas históricas (las de Walter Scott fundamentalmente y, entre éstas, su famosa *Quentin Durward*, aclamada en Francia) habían tomado de ella. Este historiador, al igual que Agustín Thierry (1795-1856), autor de la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* (1825), amén de la erudición y el empleo exhaustivo de las crónicas medievales, quiso presentar al lector la resurrección del pasado y ambicionó llevarlo de un modo ingenioso, pero históricamente falso, al país y a la época cuyas respectivas historias cuenta. Ponían ambos la emoción, el sentimiento y la imaginación románticas por encima de la fría razón analítica; más interés pusieron en el colorido poético y en lo pintoresco que en lo profundo; más inclinación por gustar los detalles externos que por ahondar en los grandes problemas históricos. Inspirados por la novelística romántica, aportaron a sus obras el llamado *color local*, la *descripción pictórica del paisaje* y las *escenas espectaculares*. Thierry y Ranke, con diferencia de un año entre la aparición de la obra ya citada del primero y las *Historias de los pueblos latinos y germánicos* (1824), del segundo, introdujeron la forma romántica en sus respectivos países. Pero la diferencia entre ambos historiadores se encuentra en que el francés no llevó el examen crítico de sus fuentes a la profundidad a que el alemán llevó las suyas, examinándolas meticulosamente para otorgar a cada una el grado de confianza que merecían. Thierry no hacía distingos entre una fuente que fuese contemporánea a un determinado acontecimiento y otra compuesta unos siglos después, que fuese

oficiosa o independiente, reciente o que reprodujere los informes de un autor más antiguo.

Hacia 1820 publicó Thierry las diez primeras de sus *Veinticinco cartas* sobre la historia de Francia en el *Courrier Français*. Fue tal vez aquí donde las leyó Ranke y le hicieron decir en un discurso que pronunció con motivo del nonagésimo aniversario de su nacimiento, "que los primeros libros de A. Thierry le excitaron [su] admiración por la forma... No somos capaces de hacer otro tanto". [3] Si como sabe y puede comprobarse la lengua usada por Thierry está carente de encanto y perfección literaria, la forma a la que se refiere Ranke bien podría ser traducida como dependencia relativa en un principio frente al mismo método empleado por ambos, aunque, como analizamos, más depurado y científico en el historiador alemán que en el francés, puesto que este último no tuvo tan a la mano las influencias metodológicas inmediatas emanadas de Niebuhr.

2. DE LA FILOLOGÍA A LA HISTORIA

A las obras de Bertoldo Jorge Niebuhr (1776-1831) debió Ranke, según confesión propia, el convencimiento de que también podían existir historiadores del mundo moderno. Encontrándose Ranke en Leipzig estudiando filología se le obligó a llevar un curso de historia que lo dejó molesto e insatisfecho. Leyó diversas obras de historia, que le hicieron decir que eran masas indigestas de notas, de exposiciones, de hechos mal comprendidos. Tuvo, no obstante, la suerte de que cayó en sus manos la *Historia romana* 1811) del historiador danés y desde ese momento quedó enamorado y prisionero del conocimiento histórico. Su sólida formación filológica le hizo frecuentar las Sagradas Escrituras (en hebreo) y a los historiadores clásicos grecorromanos, entre los cuales Tucídides le influyó extraordinariamente. A partir de la decisiva lectura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* se le mostró claramente al joven Ranke la idea sobre las tendencias y directrices dominantes de toda historia, que son las que dan sentido al relato histórico por la conexión que ellas establecen entre los dispersos acontecimientos. La guerra es juzgada como resultado

[3] Cit. Ed. Fueter, I, p. 125.

del enfrentamiento de dos fuerzas o energías éticas y psíquicas, opuestas y dramáticamente contrarias; pero, no obstante, contribuyendo ambas ciegamente a la unificación de Grecia. Sus lecturas le llevaron a escribir disertaciones sobre Heródoto, Tito Livio y, por supuesto, sobre Tucídides, su favorito. Leyó también las obras de Paulo Jovio y de Guicciardini y las encontró inconsistentes; sin embargo, la lectura de la *Historia de Italia* (1561) y de la *Historia florentina*, a la que se refiere Ranke en el apéndice de su primer libro, le llevaron casi de la mano a la elaboración de la obra ya citada sobre los pueblos latinos y germánicos.

Los siete años que pasó como profesor del gimnasio (instituto o preparatoria) de Francfort del Oder, enseñando historia y literatura clásica, le condujeron expeditamente al campo de la historia a costa de la teología y filología. Lee de nuevo a Niebuhr y estudia la descripción del estado ateniense de Augusto Böckh.

Pasa del mundo antiguo a la invasión de los bárbaros y la Edad Media, y saca de los cronicones medievales, que se conservaban en la biblioteca de la escuela, fragmentos sobre la época carolingia. Hacia 1820 se interesa por la historia europea del siglo XV, y como vio que era imposible conciliar la historia de las naciones europeas en esa centuria a base de Jovio y Guicciardini, se decidió a escribir su propio relato. Para 1824 y dependiendo fundamentalmente más de obras escritas que de fuentes documentales, aparece su *Historias de los pueblos románicos y germánicos*, que le abren, por obra de los dos Humboldt, las puertas de la Universidad de Berlín. En dicha universidad, que fue fundada para *enseñar* e *investigar* (el centro de estudios más desafiante de aquel entonces en Alemania, como lo prueban la Escuela Filosófica Hegeliana y la Histórica de Jurisprudencia de Savigny y Eichorn) empezó Ranke a impartir clases y dirigir seminarios, dedicando su tiempo facultativo a buscar y estudiar hechos históricos concretos, sin reducirlos a formulaciones abstractas racionales, tal y como la Escuela Histórica de Jurisprudencia realizaba en la esfera del derecho.

3. RANKE COMO PROFESOR

En sus clases no fue muy feliz Ranke y todavía lo fueron menos sus alumnos. Su voz era apagada, farfullante, y los discípulos se quejaban de la monologal monotonía. Preparaba sólidamente

sus clases y revisaba regularmente sus notas. Hablaba siguiendo dichas notas; no leía los manuscritos aludidos en ellas y llevaba a tal extremo su responsabilidad profesional que incluso el día que murió su padre no faltó a clase. En el curso de 1841-42 tuvo 153 estudiantes; a partir de 1848 declina rápidamente la asistencia, y para 1860 baja a veinte alumnos. En el verano de 1871 cancela su curso: no tiene alumnos, nadie se ha inscrito. El clima político e intelectual del estudiantado ha cambiado, y éste no entiende a Ranke ni él a los estudiantes. El demagogo e historiador Heinrich von Treitschke es llamado a la Universidad de Berlín y, naturalmente, se ve rodeado de un fácil éxito tumultuoso y patriotero. El Ranke importante, debe subrayarse, no fue el de las aulas sino el de los seminarios.

El seminario de Ranke fue otra cosa y de él surgió la llamada escuela rankeana de historiografía, de la que brotó toda una brillante pléyade de historiadores alumnos suyos: *Waitz, Sybel, Giesebrecht*, Köpke, Hirsch, Stenzel, Donniges, Wilman, Schimidt, Nitzsch, Duncker, *Burckhardt*,[4] Gneist, Roscher y Pauli. Fue inaugurado el seminario en el verano de 1835 y en su primer semestre anunció el maestro que se realizarían ejercicios (*Übungen*) para orientar a los estudiantes que seriamente se iban a dedicar a la historia. Dos tipos de sesiones se realizaban en el seno del seminario: teoría y filosofía de la historia y tratamiento crítico de las fuentes. El punto dos fue siempre el predominante; pero Ranke nunca descuidó el primero, relativo a la base teórica de la ciencia histórica. El seminario era una comunidad intelectual sumamente trabajadora y productiva; el número de seminaristas era restringido y, por lo general, oscilaba entre cinco y diez, y a veces tan sólo tres. Los asistentes al seminario escribían sus ponencias, resultantes de la investigación, y las analizaban críticamente, o bien entre todos discutían las ideas de un autor o de un grupo de autores. Era considerado un honor especial cuando el propio Ranke asumía la crítica de un trabajo.

Ranke permitía la mayor libertad en la elección de los temas; pero cada estudiante al elegir el suyo debería poner el mayor énfasis no sólo en el contenido sino también en el método crítico. No parece que el maestro orientase la selección de los temas buscando su propio interés como investigador. La mayor parte de los

[4] Subrayamos a los más notables y de mayor fama mundial.

tópicos de investigación en el seminario versaron sobre la Edad Media. A partir de 1837 empezaron a darse los primeros frutos y los estudiantes comenzaron a publicar sus estudios e investigaciones en los *Anales del Imperio Germánico bajo la Casa de Sajonia*, pequeños volúmenes que inauguraron el estudio crítico de la época medieval. Para estimular a sus discípulos, Ranke persuadió a la universidad para que ofreciera un premio sobre un tema determinado. En 1834 ganó el premio el joven Waitz y su trabajo constituyó el primer volumen de la serie de los *Anales*.

4. DIRECTRICES Y REGLAS DE INVESTIGACIÓN

Ranke enseñó a sus discípulos y él lo practicó durante toda su vida como historiador, que éste debe presentar los hechos no importa cuán condicionados y carentes de belleza puedan ser; no presentarlos tampoco aislados, sino buscar la manera de unificarlos de suerte que se vea en la unificación la progresión de los acontecimientos. Hemos señalado que no fue Ranke el creador del método crítico en la historia; pero sí se puede afirmar rotundamente, que fue el que mejor lo utilizó. Fundado en esto es por lo que se le ha llamado el padre de la historiografía moderna. Decía Ranke que en el futuro la historia moderna no descansaría sobre los relatos de los historiadores, ni siquiera sobre los de los contemporáneos y mucho menos sobre los historiadores de segunda mano. La historia futura se escribiría con base en los documentos originales y en los relatos de los testigos oculares. Fundado en éstas un tanto ingenuas ideas, Ranke, después de su viaje a Italia, expresó que pensaba "edificar una obra importante . . . y llevarla a cabo sin apartar[se] en un átomo de la verdad". [5] El historiador debe, pues, ser imparcial y atenerse estrictamente, en la frase ya consagrada, *a lo que verdaderamente pasó*; empero debiéndose entender por ello aquella parte o partes significativamente históricas, de acuerdo con sus fuentes testimoniales, de lo que sucedió y no de *todo* lo que aconteció. Porque, en efecto, pensamos que jamás nadie ha podido contar de un específico hecho todas sus infinitas facetas y circunstancias, y sí sólo aquellas que

[5] Cit. G. P. Gooch, p. 90.

para el testigo ocular cobraron una determinada y subjetiva significación.[6]

La yuxtaposición de fuentes dispares que permiten al historiador aspirar a la imparcialidad está montada sobre las dos reglas eruditas de los historiadores benedictinos, las cuales fueron remozadas y utilizadas primero por Niehbuhr y luego por Ranke:

> Antes de usar [un] libro, debemos preguntarnos si sus noticias son originales; y si están tomadas de algún lado, de qué modo; y qué forma de investigación las ha reunido. En el caso de los historiadores documentales, que hemos convenido en llamar fuentes, debemos preguntar primero si fueron copartícipes y testigos presenciales, o solamente contemporáneos.[7]

Él estableció la imprescindible necesidad de basar la construcción histórica en fuentes estrictamente contemporáneas; fundó el estudio científico de los materiales y la ciencia de la prueba mediante el análisis de autoridades coetáneas a la luz del temperamento de los autores y por medio de la comparación con otros escritos testimoniales. Exigió, asimismo, de todo historiador la obligación de manifestar sus fuentes y de investigar críticamente de dónde obtuvieron sus datos los informadores. Con todo ello, Ranke afirmó la supremacía de la erudición histórica alemana. La regla primera expresa que cuanto más cercano en el tiempo y en el espacio el testimonio, mayor será la posibilidad de verdad que hay en la historia. El testigo más cercano al hecho investigado es, en principio, el más digno de fe. Aquí demuestra Ranke su preferencia apriorística en términos abstractos cuantitativos; con su *a priori* rechaza el historiador alemán lo cualitativo y concreto y se le introduce, por tanto, la parcialidad que pretendía evitar. La preferencia, la elección del testigo más próximo está, pues, basada en un *a priori*. La segunda regla se refiere a la disyuntiva o contradicción de dos fuentes o testigos frente a un mismo y único hecho histórico. ¿Cómo podrá decidirse en este caso el historiador sin ser tachado de subjetivo? La escapatoria a esta trampa aporítica la hallará el historiador sosteniendo que la contradicción resulta inoperante, que no existe; es decir, se niega que las contradicciones históricas sean contradictorias. De las dos

[6] Cf. Arthur C. Danto, p. 131.
[7] Cf. L. Ranke, en Fritz Wagner, p. 249.

versiones opugnantes, una de ellas —se decide— es dudosa o falsa: la contradicción, en suma, no existe. Lo que hay son errores históricos. El historiador lo que hace entonces es mostrar el error; él no tiene por qué decidirse, supuesto que las contradicciones son siempre aparentes resultados del error. Con todo, si el historiador no puede por el momento *mostrar* el error, lo que debe hacer es dejar la puerta abierta a la posibilidad del documento inédito que venga a descubrir el equívoco. El historiador suspende, por consiguiente, su juicio y deja en incómoda espera a los dos términos opuestos. El historiador Ranke al declarar inexistente lo contradictorio, como escribe O'Gorman, a quien hemos glosado para confeccionar este largo parágrafo, lo que hace es concebir lo contradictorio "bajo la especie lógica del error". [8]

5. EL PROBLEMA DE LA VERDAD EN LA HISTORIA

La objetividad que pretende Ranke viene abonada por su método, en el cual los hechos por él manipulados hablan por sí solos, sin querer caer en la cuenta de que el manejo de tales o cuales eventos no puede escapar a la doble contingencia de la subjetividad de toda fuente (su gravamen de intencionalidad por parte del testigo) y a la subjetividad íntima del historiador que la sopesa e interpreta. Toda fuente documental, inclusive las estadísticas, no puede expresarse por sí misma, y cuando lo hace no es ella sino su intérprete o intérpretes los que la hacen hablar incluso contradictoriamente. La historia no puede sustraerse al ambiente, a las circunstancias y a los valores filosóficos de quien la escribe. Ranke mismo nos da una interpretación valiosa sobre la causa, para él esencial, que motivó la Revolución Francesa: la pérdida de poder y prestigio experimentada por Francia tras su derrota en la Guerra de Siete Años (1756-1763). Pero esta *verdad*, que no deja de ser la suya, discrepa, por ejemplo, muy notablemente de las respectivas *verdades* de Michelet, Tocqueville, Taine, Jaurès, Mathiez y Carlyle sobre el mismo asunto. Para Jules Michelet los impuestos excesivos desde la época de Luis XIV empobrecen al campesino, y su miseria y desesperación hacen crisis y provocan la revolución bajo el reinado de Luis XVI; para Alexis

[8] Cf. E. O'Gorman, p. 68.

de Tocqueville, el aumento de la riqueza pública, el de la población, el enriquecimiento de los burgueses y, frente a este dinámico proceso, el endeudamiento del Estado y su estancamiento originan la ruptura, supuesto que la inventiva, la dinamicidad y la ambición emprendedora de la nueva clase desborda los límites opresores impuestos por el estado semifeudal. Hipólito Taine repite y amplía la tesis de Michelet y frente a él el socialista Jean Jaurès sostiene que el "realista" Taine no quiso caer en la cuenta del papel representado por la burguesía francesa y la energía revolucionaria que desplegó para subvertir el viejo orden tradicional. No vio, prosigue Jaurès, que la burguesía era una potencia de primer orden y que, por lo mismo, estaba obligada a defender sus intereses y asumir la dirección. Más heterodoxo que los cuatro historiadores ya citados, Mathiez sostendrá, con intencionada y paradójica interpretación provocativa, que la revolución estallará antes bien en un país floreciente (así lo pensarán igualmente Marx y Engels) que en uno atrasado, servil y exhausto. La miseria y el hambre no producen revoluciones (lo que hay que abonarle en su haber de historiador, pues de no ser así la historia de la India y la de la China habría sido una permanente revolución desde hace ya milenios; lo cual, como es sabido, nunca fue el caso salvo en nuestro tiempo y no precisamente por el hambre como causa determinante). Para Mathiez el crecimiento y enriquecimiento de la burguesía francesa fueron los que permitieron a ésta buscar la manera de acabar con su inferioridad legal frente a la aristocracia arruinada, por la vía revolucionaria. Para Thomas Carlyle fueron el hambre y la opresión de veinticinco millones de franceses los instigadores de la revolución y no las ideas ni las filosofías refutadas de los abogados filósofos, de los ricos tenderos o de la nobleza rural. [9]

¿Dónde está la verdad? ¿Acaso son mendaces congénitos todos los historiadores? Mienten, por cierto, cuando buscan objetivos extracientíficos ocultándolos so capa de imparcialidad; pero no mienten, aunque pronuncien discursos diferentes, discrepantes, excluyentes, si en lugar de tender a la verdad absoluta y naturalista del conocimiento (proyecto inalcanzable y frustráneo) se dedican humilde y resignadamente a perseguir las sucesivas verdades relativas. Creemos que todas esas versiones particulares son

[9] *Vide* capítulo introductorio en Adam Schaff, *passim*.

FACULTAD DE F. Y LETRAS BIBLIOTECA

ciertas, poseen su íntima verdad y son dramáticamente verdaderas y tantomontistas, si bien, como tiene que ser (y no es escepticismo ni pirronismo, ni relativismo históricos) contradictorias, de signos vitalmente contrarios. ¿Por qué sostener contra viento y marea un determinismo que podríamos llamar simple, y no aceptar mejor uno más complejo y abarcante?

La actitud política del historiador y su nacionalismo influyen decisivamente, como no podía ser menos, en su actividad y en sus juicios históricos. Ranke, como era en extremo conservador, despreciaba la democracia y el parlamentarismo, y sus ideas sobre el estado correspondían a una trasnochada teoría neoabsolutista del mismo. Odiaba a la Revolución Francesa por los daños causados por ésta a Alemania (invasión napoleónica) aplaudió la campaña contra Napoleón III y consideró la derrota de Francia en 1870 como una victoria del principio conservador frente al principio liberal o revolucionario, o, para decirlo maliciosamente, del nacionalismo alemán sobre el francés.

El Comte positivista y el Ranke positivizante coinciden en su justipreciación y empleo del método científico de investigación; pero como el primero procede del ambiente espiritual y emocional católico y el segundo de la heterodoxia luterana, discreparán notablemente en sus juicios sobre la Reforma protestante: Comte la niega como obstructora de su gran ideal de reconstrucción de Europa; Ranke la afirma como plataforma unificadora y reconstructora del espíritu hegemónico alemán y como esencial fundamento de la diversidad nacional europea. Comte rechazó, asimismo, la revolución de Reforma por la secuela histórica que trajeron consigo las subsiguientes revoluciones inglesa y norteamericana; Ranke, por contra, la acepta porque restableció la balanza de poder, desequilibrada primero por el imperio católico español y después por el imperio galicano francés encabezado por el Rey Sol. Frente a un mismo hecho dos verdades polarizadas, nacionalistas y contrarias.

6. LA HISTORIA INSTRUMENTAL

Véase pues aquí a un filósofo y a un historiador que, apegados estrictamente a los hechos, sujetándose exclusivamente a ellos, obtienen resultados pragmáticos, científicamente contrarios, dis-

tintos; lo cual no deja de ser una sorprendente incongruencia, si es que uno se atiene al supuesto rigor cientificista exigido por el método. Ambos habían comenzado por comprobar hechos, pero no podían ponerse de acuerdo en cuanto al descubrimiento de las conexiones causales entre éstos. Se contaba en primer término con los hechos; pero no se decía qué eran ni en qué consistía su normatividad. Ranke, como hemos dicho, quería que los hechos hablasen por sí solos, con lo cual, como escribió Ramón Iglesia, se asentaba un enorme prejuicio. [10] Los hechos, como se sabe, no hablan por sí mismos, sólo lo hacen cuando el historiador apela a ellos. Querer escribir así la historia, bajo estas exageradas restricciones metodológicas, resulta una vana empresa que aparta al historiador de lo esencial y lo sume en lo meramente instrumental. ¿Empero, preguntémonos, será posible establecer los hechos y no explicar al mismo tiempo lo que son? ¿Y presuponer tales o cuales hechos, que, en cuanto tales, son pensados, no significa verlos totalmente explicados? Ranke contestaría a nuestras preguntas diciéndonos que la misión del historiador consiste en expresar únicamente verdades objetivas, cosificadas, de la historia; que el relato del historiador debe moverse independientemente de sus opiniones e ideas, de su imaginación e invención, supuesto que la verdad es más interesante y bella que la ficción.

Entre los presupuestos teóricos de Ranke tenemos, en primer término, la tesis de la independencia total del historiador respecto al objeto de su conocimiento; el primero frente al segundo y éste frente al anterior. La segunda tesis rankeiana supone que la historia posee de suyo una estructura ya dada, de suerte que, con ayuda de documentos, basta descubrir, reunir y presentar hechos para que la historia brote de ellos y podamos así conocer lo que en verdad aconteció. La tercera tesis sostiene que el historiador puede y debe ser un observador imparcial, no comprometido, que se limite a describir los hechos absteniéndose de juzgarlos; es decir que debe eliminar todo juicio de valor en la ciencia histórica. Ranke olvidaba que la valoración ya está contenida en los hechos mismos que describen las fuentes; olvidaba asimismo que entre objeto y sujeto históricos, entre hecho e historiador la interdependencia es lo medularmente constitutivo y, por último, olvidaba sobre todo, que los hechos nunca se dan ya brutalmente

[10] Cf. Prólogo a *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, p. 28.

determinados, cúbicamente homogéneos (la imagen es de L. Febvre, p. 179), y que basta simplemente con reunirlos y ordenarlos, mas no escogerlos, para obtener verdades históricas perfectas, imperecederas e inmodificables. Si se apela a la objetividad, la única válida es la que puede y debe establecerse entre el dato y su intérprete.

Mediante la contundencia instrumental del método científico de investigación se intenta obtener verdades objetivas incontrovertibles, de valor universal; verdades absolutamente imparciales, eternas, que eliminen las contradicciones de las fuentes y de los testigos y que eleven a la historia a la categoría de una ciencia natural. Elevar a la historia a la categoría de una ciencia quería decir llevarla a la tarea de trazar leyes generales para que pasase a ocupar su puesto junto a la química, la física o la mecánica. La ciencia en que había que convertirla recibió diversos nombres: antropología, economía, ciencia política o social, filosofía de la historia y sociología. El propio Ranke engaña y se engaña a sí mismo cuando sostiene "que los historiadores, convencidos de la infabilidad de sus opiniones, intervienen en la lucha y participan en ella hasta donde pueden. El relato mismo llega a ser un arma y la historia se convierte, así, en política". [11] Ahora bien, ninguna de las grandes obras históricas de Ranke y de su escuela está exenta de juicios y de una teoría política al servicio de los intereses nacionales de Prusia y del imperio alemán forjado por ella. La *objetiva verdad* de Ranke resulta eficaz por cuanto camufla y hace casi imperceptible su parcialidad. El estudio de los documentos originales depositados en los archivos es el procedimiento que, a decir de Ranke, "corresponde sobre todo a la investigación histórica alemana que, de acuerdo con el genio de la nación, trata de abarcar la historia de todos los demás pueblos con el mismo detalle y la misma penetración que la propia." [12]

El hombre creyente y cristiano que fue Ranke afirmó en muchas partes de su inmensa obra que todas las sociedades humanas, que todas las naciones son de igual dignidad y, por ello, de igual interés para el historiador. Sin embargo, nunca escribió una historia universal, pese a que así se titule su última obra, sino una historia de los pueblos determinantes de Europa. Para Ranke igual

[11] *Apud* F. Wagner, p. 245.
[12] *Ibidem*, p. 247.

que para Hegel, Europa no era únicamente una cultura entre otras, sino que ella se identificaba con la civilización del mundo moderno. En Asia, por contraste, y en esto el historiador está de acuerdo con el filósofo de la historia, el desarrollo cultural se detuvo. La historia de los pueblos no europeos, incluyendo el chino y el hindú, son de poco interés para el historiador y pertenecen más propiamente a la provincia de la historia natural. Mas he aquí que Ranke al sostener estas ideas se contradice, por cuanto el afirmar el predominio histórico europeo va contra la idea anterior rankeana de que todas las épocas y naciones están igualmente inmediatas a Dios y que, por lo mismo, no hay estadios más altos ni más bajos de civilización.

7. LA INTUICIÓN HISTORIOGRÁFICA

Por otra parte, la historia se interesa fundamentalmente, según Ranke, en lo particular, en lo individual, en las personalidades notables. Según él, las tendencias generales en la historia no son las únicas que deciden, siempre son necesarias grandes personalidades para hacerlas efectivas. La fuerza que caracteriza a determinados personajes es la que mueve a la historia, pues que tales héroes entran en conflicto entre ellos al disputarse la supremacía política. La influencia de Tucídides, como puede apreciarse, es claramente perceptible en el historiador alemán. Empero la comprensión de las individualidades singulares que aparecen en la historia requiere por parte del historiador una estricta dedicación a los hechos relevantes; de aquí la insistencia rankeana sobre el método estrictamente crítico. Sin embargo, el establecimiento factual de los acontecimientos no constituye ni conforma únicamente lo histórico, porque el historiador no es un observador pasivo que meramente recuerda los eventos del pasado, sino que más bien, de acuerdo con Ranke, es como el poeta, que recrea activamente una situación. Mas a pesar del peso de la tradición aristotélica en este punto, el poeta no expresa más verdad que el historiador, dado que, a diferencia de éste, no se apoya en la observación empírica ni se atiende a la realidad de su tema o asunto. El historiador, para poder aprehender la realidad a la que se enfrenta, para conocer lo que de hecho pasó, tiene que penetrar los

empero mediante este procedimiento su percepción no toma la forma de un conocimiento preciso, comunicable, puesto que es más bien una insinuación, un aviso, algo que él quiere hacer pasar como conocimiento objetivo, científico; mas que no lo es en modo alguno. No existe, por consiguiente, un criterio racional mediante el cual la objetividad de tal conocimiento histórico pueda ser juzgada o que un subjetivo sentido de certidumbre se establezca desde el punto de vista del historiador. El método de Ranke no va más allá del examen crítico de evidencia; los lazos entre los hechos (lo general dentro de lo particular) se revelan traslógicamente. En suma, Ranke se cuida mucho de no reducir las "ideas directrices" y las "tendencias dominantes" de cada siglo a conceptos racionales; ellas pueden ser descritas, por cierto, pero en último análisis no pueden ser reducidas o subsumidas a conceptos.

8. OBRAS, VIDA Y EVENTOS

Como hemos ya escrito, la primera obra de Ranke fue la *Historias de los pueblos latinos y germánicos*, publicada en 1824 cuando el historiador tenía veinte y nueve años. Comprende un relato (de 1494 a 1514) en el que presenta la emergencia del moderno sistema de estado, la visión histórica del gran cisma producido en la Europa cristiana por la Reforma y, sobre todo, en tanto que idea directriz y tendencia dominante, la interrelación entre las naciones germánicas y latinas. Ranke quiere mostrar hasta qué punto dichas naciones se desarrollaron unitaria y paralelamente mediante movimientos afines. Más que de una Historia se trata de una serie de relatos históricos (historias) interrumpidos por una masa de detalles sobre negociaciones diplomáticas, decisiones políticas y acontecimientos militares. Dicho libro rankeano fue precedido por el famoso prefacio (Selección VII) y por un apéndice que el propio Ranke eliminó en ediciones posteriores: *Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber* (Para la crítica de las fuentes por parte del historiógrafo moderno).

La segunda obra publicada por Ranke fue el primer volumen de *Príncipes y pueblos de la Europa meridional. Los otomanos y la monarquía española en los siglos* XVI y XVII (1827). Fue escrita a base de documentos diplomáticos y comprende tres siglos de historia. A la administración imperial otomana dedica menos de

cien páginas y, por contra, se muestra más detallado en la descripción del imperio español en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Presenta a un Felipe II un tanto liberado de la tradicional condena nórdica y protestante, y describe la degeneración de la rama española de la dinastía habsburguiana. A Bettina, la amiga de Goethe, le pareció un libro maravillosamente bello. Aunque esta obra es superior a la primera desde el punto de vista técnico, Ranke, pese a lo que afirma, no consultó la documentación, al respecto, del archivo de Simancas, que a la sazón y por obra napoleónica se hallaba en París.

Durante su estancia en Viena (1827-1828) logra la autorización del político conservador Federico Gentz, consejero de Metternich, para consultar los archivos oficiales; y de esta investigación surgirá la *Historia de Servia y de su revolución* (1829), en donde sigue fundamentalmente el esquema del patriota y revolucionario eslavo Wuck Stephanowich. Da qué pensar que un historiador tan conservador como Ranke historiara una revolución; pero en este caso hizo a un lado sus fobias para exponer el esfuerzo heroico de los servios para sacudirse el poder otomano. Ranke estaba convencido de la incapacidad turca para gobernar pueblos cristianos. Niebuhr consideró la obra como la mejor historia contemporánea y Goethe se mostró complacido con la lectura de la misma. Sus ideas moderadas, en un principio le habían permitido frecuentar el salón que la señora Rachel, esposa del brillante liberal Varnhagen von Ense, sostenía en Berlín. En aquellas tertulias tan intelectualizadas encontró a Börne, estrechó su amistad con el más joven de los Humboldt y obtuvo recomendaciones que le facilitaron el acceso a los salones de Viena, Roma, Venecia y Florencia. La *tour* por Italia fue tan importante para Ranke como lo había sido para Goethe. El rudo, el ingenuo y primitivo barbarismo intelectualizado del Ranke alemán fue pulido, remozado y puesto a punto por el refinado humanismo itálico. De este viaje serán frutos suyos su *Venecia a fines del siglo XVI*, publicado tardíamente (1878); su ensayo sobre Don Carlos, reivindicando la memoria de Felipe II y, pues, refutando el conocido drama de Schiller sobre el personaje. Su contacto con Italia le permitió ahondar y comprender el desarrollo político de la Europa moderna.

Entre 1832 y 1836 encontramos a Ranke como editor de la *Revista Histórico-Política* (*Historisch-Politsche Zeitzchrift*), pu-

blicación apadrinada por el gobierno prusiano y cuyo objetivo era contrarrestar al semanario político de Berlín, de corte liberal e influencia francesa, *Berliner Politisches Wochenblatt.* Esta empresa política reaccionaria de Ranke, puesto que su revista propagaba y defendía la doctrina feudal corporativa de Karl Ludwig von Haller, lo separó de los liberales y le ocasionó el rompimiento con Alejandro de Humboldt y Varnhagen von Enses. Desde París el desterrado poeta Heine enviaba sus cartas críticas mordaces contra Ranke al *Allgemeine Zeitung,* diario liberal. Los ensayos de Ranke, *Los grandes poderes* (Selección X) y el *Diálogo político* (Selección XI) fueron publicados en su revista. El político conservador Perthes había sugerido al ministro prusiano de Relaciones Exteriores la creación de dicha revista en defensa de los valores e intereses tradicionales que la revolución Norteamericana y la Francesa habían puesto en crisis. La revista consideró venenosa la doctrina de la soberanía popular y constitucional y rechazó el parlamentarismo y el republicanismo, por desestabilizadores de todos los gobiernos europeos. A las teorías liberales moderadas de los Humboldt, de Haller y del barón von Stein se opuso tenazmente Ranke, el cual no reconocía la concepción liberal de los derechos del individuo frente al estado. Pugnó contra la idea de que se dotara a Prusia de una constitución y arguyó contra la creación de un parlamento prusiano representativo de los estados (*Ständversammlung*). Sin embargo, a los reaccionarios recalcitrantes como Joseph von Radowitz, Friedrich von Raumer, Leopold von Gerlach y otros, que rodeaban al príncipe de la corona, no les gustaba la revista porque si bien era cierto que su editor subestimaba el valor de las ideas liberales, no olvidaba sin embargo algo importante: la asociación del pueblo, en una u otra forma, a la obra del gobierno. Murió, pues, la revista y al desaparecer, dejó Ranke de participar en la política de su país, aunque no cesó de escribir importantes memorandos para el rey Guillermo IV y su sucesor. El último eco rankeano sobre la revista fue su discurso inaugural (1836) al ser ascendido a profesor ordinario (*Ordinariat*), de tiempo completo diríamos hoy, en la universidad berlinesa: "Relaciones entre la historia y la política."

En 1834 aparece el segundo volumen de *Príncipes y pueblos de la Europa meridional.* Heine escribe: "Pobre Ranke; tiene un bonito talento para pintar figurillas históricas y pegarlas juntas,

y un alma tan buena, tan infeliz como la de un cordero." [13] En 1828 visitó Ranke a Italia y es el primer historiador que va a trabajar por extenso las famosas *Relazioni* de los embajadores venecianos. Usó también los archivos de Florencia y Roma, así como muchos otros privados; pero no se le permitió el acceso al Archivo Vaticano, del que se expresó con cierto desdén en cuanto a su posible contenido, en comparación, escribe, "con la riqueza de las colecciones particulares, sobre todo la de Barberini". [14] En ese mismo año aparece el volumen primero de la *Historia de los Papas en la época moderna* y en 1836 el segundo y tercero, además del tercero y cuarto correspondientes a *Príncipes y pueblos*. En 1837 publica Ranke un ensayo sobre la *Historia de la poesía italiana*.

En la *Historia de los Papas* muestra Ranke la función asumida por la Iglesia de moldear a los pueblos románicos y germánicos en una común civilización cristiana. El Papado es, pues, mostrado como un factor decisivo en la formación y desarrollo de Europa. A partir de la Reforma el poder papal sufre el reto de las nuevas fuerzas nacionales y de las modernas monarquías, en un periodo en que el poder eclesiástico ya no era necesario, como antes lo fue, en la consolidación de las naciones. Es una obra brillantísima, científica, artística, a base de biografías extraordinarias, como la de Sixto V, que trasluce afortunadamente el fondo religioso luterano de Ranke y, pues, apasionado, subjetivo, cuando, por ejemplo, tiene que calificar a tales o cuales papas. A pesar de toda su pretendida objetividad, Ranke no se limita a copiar o trasladar mecánicamente las fuentes originales, sino que se atreve a opinar por su cuenta y riesgo. Así, como escribe donosamente O'Gorman, el historiador alemán, "que era en extremo talentoso, no pudo siempre estar a la bajeza de semejantes alturas. A veces su poderoso genio triunfa sobre el método, y por eso da tanto gusto enterarse de que el Papa Alejandro VI, de tan escandalosa memoria, le parezca un cochino abominable". [15]

El mundo moderno, que comienza en el siglo XVI y abarca hasta la primera mitad del XIX, fue visto como la resultante de las fuerzas creadoras que trabajaron incesantemente y lo condujeron a una gran racionalización, a la secularización de los valores religiosos

[13] Cit. G. P. Gooch, p. 91.
[14] *Ibidem*, p. 89.
[15] *Op. cit.*, p. 77.

y a la nivelación de las diferencias sociales. La nacionalidad fue, según Ranke, la marca de la Edad Moderna; pero la interrelación del mundo europeo se alcanzó y mantuvo mediante la balanza de poder. El mundo moderno, conforme a la visión de Ranke, era asimismo profundamente religioso, cristiano, y aunque la modernidad estaba marcada por la secularización de la vida política, dicha secularización correspondía a las naciones protestantes que liberaron lo espiritual de la envoltura material que había corrompido a la Iglesia del medievo. Por tanto, y ésta es la idea central de la *Historia de Alemania en la época de la Reforma* (1839-1847, seis volúmenes), los orígenes del mundo moderno están en la Reforma, que marcó la renovación, no la negación de la religiosidad. La reforma protestante no fue meramente un fenómeno religioso, sino también un fenómeno político. De la lucha de opuestos (príncipes alemanes contra el poder central del Emperador y el del Papa) surgirá la purificación de la religión cristiana y el despertar de la nación germánica. Esta obra de Ranke fue acogida en Alemania con gran entusiasmo; su éxito fue fabuloso y se alabó al autor por su patriotismo dirigido a poner de manifiesto la mayor proeza del espíritu germano: la obra de Lutero, de Melanchthon, de Felipe de Hesse. Por supuesto, la *imparcialidad* (?) de Ranke se muestra de cuerpo entero en el flojo estudio que hace de la cruenta guerra de los campesinos germanos, soliviantados por el evangelio luterano y por la arrojada acción de los caudillos populares Munzer, Leyde, Pfeiffer, etcétera; por la poca atención, asimismo, que presta a los puntos doctrinales de los dos credos, sin cuyo análisis nada se entiende del conflicto Reforma-Contrarreforma y, asimismo, como algunos historiadores católicos han sostenido, porque Ranke presenta la víspera de la Reforma como algo muy sombrío, y la victoria reformista la ve demasiado optimistamente, toda de color rosa.

En 1844 aparece su estudio sobre el origen de la *Historia de la Guerra de Siete Años* y dos años después el relativo a la *Asamblea de la nobleza francesa en 1787*. Entre 1847 y 1848, los *Nueve libros sobre la historia de Prusia* continúan en cierto modo la historia de la Reforma y se refieren al surgimiento de la mayor potencia o estado alemán por obra de Guillermo I y a la consumación del mismo bajo Federico II. El Kronprinz de Prusia había visitado a Ranke cuando éste se hallaba investigando en Venecia (1828), y en 1848, siendo ya rey bajo el nombre de Federico Gui-

llermo IV, lo nombró consejero suyo y en 1854 miembro del recién constituido Consejo de Estado. El rey admiraba a Ranke, prusiano sólo por adopción, y el cargo con que lo honró no implicaba para el historiador una representación y responsabilidad públicas, sino más bien áulicas, intelectuales. Las relaciones amistosas entre rey e historiador aumentaron y se enriquecieron mutuamente. Sumergido Ranke en sus estudios, al igual que en la universidad no participó sino rara vez en puestos de representación o simplemente burocráticos (sólo fue una vez deán facultativo), tampoco en la corte obtuvo mayor nombramiento que el de historiógrafo oficial de Prusia. En 1851, por encargo del rey, escribió un *Memorándum político* sobre los acontecimientos revolucionarios de 1848 y 1851. Se mostró inflexible en sus opiniones políticas conservadoras frente a los cambios. Se oponía a la ley electoral prusiana de 1848, que garantizaba el sufragio universal, porque él temía que así se pavimentaba el camino que conduciría a la república y al gobierno de artesanos y jornaleros que poco o nada sabían del uso del poder político. Ranke aconsejó al rey de Prusia que disolviese la Asamblea y restringiese el sufragio; que promulgase una constitución en la que el poder central político quedase en manos del rey; que en manos del monarca quedase la fuerza estable y única de Alemania, el ejército, y que el Parlamento no tuviese ninguna injerencia en el control de las fuerzas armadas. Proyectó Ranke una confederación germana basada en el dualismo político Prusia-Austria, pero que preservase la diversidad de los estados alemanes. Tras la falla de la unificación germánica (1848-1849) y la humillación o sometimiento prusiano en Olmutz (1850), recomendó una política bipartita que favoreciese el predominio de Prusia en el Norte y el de Austria en el Sur.

Su amigo, el rey de Baviera Maximiliano II, quiso llevarlo a Munich; pero Ranke desistió y fuera de una visita y hasta estancia vacacional, a solicitud del rey, gozadas en la real residencia campestre de Berchtesgaden, solamente aceptó ser nombrado presidente de la Academia de Ciencias de Baviera. Esta institución o fundación real fue un centro de estudios interesado en la historia de Alemania y de todos los pueblos de lengua alemana. Bajo la influencia de la citada academia, presidida por Ranke, comenzaron a publicarse los *Anales del Imperio Medieval* y las *Actas*

de la dieta imperial, además de una biografía general alemana (*Allgemeine Deutsche Biographie*).

A las obras ya citadas sobre el Papado, la Reforma y la historia de Prusia, siguen los volúmenes sobre las otras dos potencias europeas: Francia e Inglaterra. La *Historia de Francia* comenzó a aparecer en 1852 y no se completó hasta 1861; la *Historia de Inglaterra*, en 1859 y la terminó en 1866. Por supuesto se trata del estudio de la historia de estas dos naciones durante los siglos XVI y XVII, y ambas historias poseen el doble carácter de ser nacionales y de pertenecer por su evolución a los destinos del mundo occidental. En 1841 estuvo el historiador en París para estudiar la historia de la Revolución Francesa y, remontándose en sus causas, halló que las sucesivas políticas de los Luises tuvieron por fuerza que desembocar en la erupción revolucionaria. Sin embargo, pospuso su trabajo sobre la revolución y dirigió su atención al descubrimiento de documentos relativos a Prusia y a la monarquía absolutista francesa. En la primera obra citada nos presenta la consolidación del poder monárquico tras la amarga contienda contra la nobleza de Francia y, sobre todo, contra el poder de los Austrias españoles. Historia relatada por Ranke en términos de conflictos políticos, religiosos; contiendas vistas, como era habitual en el historiador alemán, no solamente como choque de doctrinas y lucha por el poder, sino también en relación con el equilibrio internacional entre las potencias europeas. Según Ranke, fue y era peculiar de Francia el romper cada cien años el círculo de legalidad internacional mantenido por las naciones; la ruptura moderna comienza y se consolida desde el reinado de Luis XIII al de Luis XIV mediante la política de Richelieu y continuadores; pero aunque Ranke condena tal política por desestabilizadora, aplaude, no obstante, los servicios prestados a Francia por los tres primeros Borbones. Como es costumbre en Ranke, nos presenta en esta historia una notable galería de retratos, de personajes excepcionales (Enrique IV, Richelieu, Mazarino, Luis XIII, Madame Maintenon, Luis XIV, etcétera); pero la mejor tarea cumplida por el historiador es el haber liberado a la historia de Francia de los memorialistas. A pesar de que esta historia de Francia fue criticada por no apoyarse sólida y extensamente en fuentes documentales de primera mano (del archivo de Simancas no consultó más de diez volúmenes), Thiers la consideró excelente y saludó en Ranke al más grande de los historiadores ale-

manes y acaso de Europa. Lo que no sabemos es lo que pensó el historiador francés de la caracterización de Francia como país del absolutismo, de las innovaciones y de la agresión; pero el que calla otorga.

En la *Historia de Inglaterra* el conflicto religioso es, asimismo, la clave que explica la lucha constitucional y la Revolución de 1688. La fundación de la monarquía parlamentaria y las dos revoluciones del siglo XVII (1649 y 1688) constituyen los momentos culminantes de la historia de Inglaterra. Ranke estima que la última revolución victoriosa dio paso al parlamentarismo constitucionalista y que fue, en suma, una victoria del protestantismo inglés. Asimismo, la solución inglesa representa dentro del típico conflicto de poderes, de acuerdo con la fórmula rankeana, un reto frente a la dominante actitud ambiciosa y hegemónica de Francia. Por razones de Estado y no sólo por convicciones religiosas, Holanda y los estados principescos alemanes se ven directamente envueltos en los sucesos de 1688. Con esta obra, Ranke arrojó mucha luz sobre las relaciones de Inglaterra con el resto del continente, y sobre las reacciones de tales contactos en la vida interna de ambos. Como siempre, no faltan retratos biográficos de personajes y, entre ellos, el de Cromwell, que ciertamente no está diseñado con mucha simpatía.

Sólo una vez, como en páginas atrás escribimos, consideró Ranke la posibilidad de abandonar Berlín cuando su amigo el rey de Baviera le propuso en 1854 un importante puesto en la Universidad de Munich. En Berlín llevó siempre una vida solitaria y retraída; trabajaba incesantemente siguiendo un rígido plan que sólo interrumpía con paseos en Tiersgarten, su lugar favorito, que le procuraban reposo y reflexión. A sus cuarenta y ocho años, célibe y aislado de sus colegas y compañeros universitarios, se encontraba "asustado —como él escribe— por el carácter de varios viejos solterones cuyo conocimiento había hecho antes".[16] Para liberarse de toda monomanía, aberración y melancolía decidió abandonar la casa paterna y casarse, poniendo en su decisión mucha más conveniencia que romanticismo. La elegida fue Clara Graves, doce años más joven que Ranke, hija de un abogado protestante irlandés. Pese a tan ominosos auspicios el casamiento resultó bien, y entre marido y mujer se estableció una viva relación huma-

[16] Cit. G. G. Iggers y K. von Moltke, "Introduction", p. XXXI.

na —aunque no intelectualmente estimulante— que duró hasta 1871, año en que murió la esposa después de treinta de casamiento equilibrado y feliz, según se deduce de la correspondencia privada del historiador. Fue en esta década de los cincuenta y al seguro amparo de la felicidad casera, cuando Ranke publicó, según hemos anotado, las historias de Francia e Inglaterra.

En el otoño de 1854, en compañía de su mujer e hijos, visita en Berchtesgaden al rey de Baviera y da diecinueve conferencias, con asistencia de la corte, en torno a las *Épocas de la historia moderna* (Selección VIII). Sigue a estas conferencias toda una serie de reediciones y trabajos menores, entre los cuales citaremos el volumen primero de una *Colección de obras* (1867); las *Aportaciones a la historia de Alemania, 1555-1618*, publicada al año siguiente, en donde reanuda la historia de la Reforma y estudia las figuras de los emperadores austriacos, Fernando I y Maximiliano II, y la personalidad en extremo misteriosa de Rodolfo II. La *Historia de Wallenstein* (1869) es la de un hombre codicioso que aspira a fundar una dinastía, de un gran soldado católico que juega con la traición, pero que no la consuma. Grandiosa y egoísta figura a la que nadie quería y que Ranke contrapone a la de Gustavo Adolfo de Suecia, el protestante al que todos amaban.

Desde el punto y hora en que Bismark tomó en sus manos las riendas políticas del poder, Ranke mostró recelo por las manipulaciones del Canciller de Hierro, que condujeron a la guerra austroprusiana de 1866, aunque posteriormente estuvo de acuerdo en que esta guerra permitió la creación de un fuerte Estado prusiano opuesto a la amenaza de Francia. En 1870 aplaudió la campaña contra Napoleón III (1870) y consideró la derrota de Francia —según advertimos— como una victoria del principio conservador a costa del principio revolucionario fomentado por la azogada Francia. Su gozo por la creación del imperio alemán de 1871 se vio entristecido por la muerte de su esposa, con la que había convivido durante casi tres décadas. La política de Bismark entre 1871 y 1878 llegó nuevamente a alarmarle; las concepciones liberales del canciller y la introducción del sufragio universal en la elección del Reichstag, que permitió la presencia de la social democracia alemana en el escenario político, así como la legislación amenazante de la *Kulturkampf*, que conmovió la base religiosa sobre la que se asentaba una sociedad estable, hicieron que Ranke disipase su tradicional optimismo de conservador. Cuando en

1878 rompió Bismark con los liberales, recuperó Ranke una cierta confianza y le permitió soñar respecto al futuro esperanzador de la civilización conservadora europea. En el transcurso del siglo XIX había quedado demostrado que las fuerzas conservadoras-restauradoras eran capaces de mantener a raya a las fuerzas revolucionarias. El "fantasma" comunista de 1848 no inquietó a Ranke.

La década de los setenta es impresionantemente productiva a pesar de que Ranke tiene a comienzos de ella setenta y cinco años y al acabar la misma carga consigo los ochenta y cinco. Su *Origen de la Guerra de Siete Años* es de 1870, y Ranke insiste en su tesis de 1844 de que Federico II de Prusia quería la paz, pero que combatía y conquistaba para salvaguardar lo suyo: idea que no deja de tener cierto fondo de verdad; pero que no obstante está arbitrada para hacer recaer en Francia la responsabilidad de la guerra. En el año de 1871-1872 aparece su estudio sobre *Las potencias alemanas y la liga de los príncipes germanos (Fürstenbund)* de 1780-1790, donde destaca el papel del héroe José y la figura de Federico Guillermo II, un rey de pocos amigos; de 1814 es *La génesis del estado prusiano* y al año siguiente aparecen *Los orígenes de las guerras de Revolución* en donde culpa al clero y a la aristocracia de Francia por no haberse decidido a tiempo a realizar una reforma. Se muestra hostil, como siempre, a la Revolución y atribuye a la torpe intromisión de las potencias extranjeras en Francia la violenta irrupción de nacionalismo francés en los destinos de Europa (Napoleón). También insiste en esta obra sobre el choque de dos principios e intereses opuestos: revolucionarios y conservadores. De 1875 es asimismo el libro sobre *La historia de Austria y Prusia desde el tratado de Aquisgrán al de Hubertusburg*, y dos años después publica Ranke unos *Estudios histórico-biográficos*, a los cuales siguen la biografía de su héroe favorito Federico II (1878) y la de su señor Federico Guillermo IV (1878). Al año siguiente, los que en la edición de 1847-1848 eran nueve libros de historia prusiana, aparecen ahora aumentados en tres: *Doce libros sobre historia de Prusia.*

Bismark había confiado a Ranke los papeles del estadista Hardenberg, y con ellos y con las *Memorias de un hombre de estado* (1827) confeccionó el historiador una historia de la política prusiana durante la guerra, a cuenta de la personalidad del fallecido hombre político: *Handenberg y la historia del Estado prusiano*

(1879-1881). No acaba la década y Ranke, ya bastante anciano, edita con Bunsen la correspondencia de Federico Guillermo IV.

Asombra el extraordinario periplo intelectual realizado por Ranke en el océano de la historia; pero aún le faltaba, a sus ochenta y cinco años, una singladura final pasmosa. En un escrito fragmentario, recogido por Dove, había asentado Ranke lo que sigue:

> Tengo suficiente confianza en el público y en el mundo para en mi extrema vejez emprender una obra para cuya ejecución serían necesarias fuerzas frescas y juveniles. Empero no es una obra de estos últimos años lo que presento, pues que se basa en trabajos realizados a lo largo de mi vida. Durante los años precedentes en que he estado encargado de la enseñanza de la historia y más tarde ocupado expresamente con ella, concebí la idea de una historia general, la cual jamás perdí de vista. A la par que enfrascado sin cesar con mis trabajos históricos, para los cuales investigué en los archivos de la mayor parte de los países europeos, sobre cada una de las épocas respectivas, exponía asimismo en la universidad la historia de la edad media, moderna y contemporánea con el propósito de comprender y demostrar la conexión histórica universal de las diversas épocas históricas. Para ello llevé a cabo cierto día ante el hoy difunto rey Maximiliano II de Baviera, en su residencia campestre de Berchtesgaden, una exposición de mis ideas que justamente fue tan sólo un ensayo de unificación de la totalidad en un cuadro sinóptico. Mas el trabajo de exhibirlo ante el público en ésta o en otra forma parecida, no habría satisfecho sin embargo mis deseos ni tampoco hubiese complacido a mis oyentes . . . [17]

9. LA HISTORIA UNIVERSAL SEGÚN RANKE

Desde 1830 venía dándole vueltas en la cabeza a Ranke dicho proyecto: escribir una historia universal (entiéndase a la manera hegeliana), en la cual pondría el mayor énfasis en la continuidad de la civilización europea; una historia cultural que no sería nacional (quiere decir germánica) sino completamente universal (es

[17] *Apud*, "Vorwort" de A. Dove, p. v.

a saber, continental). En carta a su hermano Heinrich, fechada en Roma en el mes de abril de 1830, le expone que la futura tarea de su vida como historiador será escribir una historia de los más importantes momentos de los tiempos modernos, que será universal en la forma y comprenderá así lo cultural, como lo político.[18] En el prefacio de su *Historia Universal* (1880-1888, vol. I-IX) insiste por última vez Ranke en su tesis histórica relativa a los conflictos de poder entre las potencias:

> Pero el desenvolvimiento histórico —escribe— no sólo descansa en las tendencias hacia la civilización. Se produce asimismo a causas de impulsos de un género diferente, especialmente a consecuencia de la rivalidad de las naciones comprometidas en conflictos entre ellas por la posesión de territorios o por la supremacía política. Por consiguiente, es por éste o a través de este conflicto, que siempre afecta al orden y dominio de la cultura, como se forman las grandes potencias en la historia. En su incesante pugna por el poder las peculiares características de cada nación se truecan en tendencias universales; pero al mismo tiempo se resisten y reaccionan sobre ellas.[19]

Ranke no quiere que se entienda por historia universal una colección de historias nacionales, porque en la simple yuxtaposición la conexión general de los acontecimientos y cosas no puede hallarse. La tarea del historiador, en su empresa de escribir una historia universal, consiste en reconocer esta conexión, trazar la secuencia de los grandes hechos que ligan a todas las naciones entre sí y controlar sus destinos.

La historia universal degeneraría, empero, en mera fantasía y especulación si no se apoyara sobre el firme terreno de la historia nacional. En el conflicto entre los distintos grupos nacionales adquiere existencia la historia universal y las nacionalidades llegan a ser conscientes de sí mismas; porque las naciones no son enteramente productos de la naturaleza. Nacionalidades tan poderosamente distintivas como la inglesa o la italiana no lo son tanto por su origen territorial y racial, como por los grandes acontecimientos que las han sacudido y constituido. Para escribir una historia universal Ranke exige del historiador, investigación crítica

[18] Cit. "Introduction", p. LVI (n. 49).
[19] *Apud*, edición de G. G. Iggers y R. von Moltke, p. 160-164.

y síntesis inteligente, pero apoyándose mutuamente ambas. La empresa, lo sabía muy bien el historiador alemán, era difícil; mas valía la pena intentarla:

> En el transcurso de las centurias —escribe Ranke en su último parágrafo introductorio a su *Historia Universal*— la raza humana se ha ganado por sí misma una especie de propiedad o heredad en la escala del progreso material y social realizado por ella; pero todavía ha alcanzado una mayor ganancia en su desenvolvimiento religioso. Una parte de esta herencia, la más preciosa joya de la totalidad, consiste de aquellas obras inmortales de poesía y literatura, de ciencia y arte creadas por el genio, las cuales, aunque originadas bajo condiciones determinadas, representan sin embargo lo que es común a todo el género humano. Con esta posesión se hallan inseparablemente combinados los recuerdos de ciertos acontecimientos, de instituciones y de los grandes hombres del pasado. Una generación transmite a otra esta tradición, la cual puede una y otra vez ser revivida y recordada por la mente de los hombres, al igual que yo tengo el valor y la confianza de hacerlo ahora. [20]

La *Historia Universal* fue la proeza intelectual de un hombre entre los ochenta y noventa años, que ya casi no podía leer ni escribir. La tarea rankeana, como ya se anuncia en el prefacio, consiste en mostrar el desarrollo de la civilización occidental a partir de la Antigüedad; una herencia sobre la cual descansa firmemente la historia moderna de Europa. Al morir Ranke en 1886 su redacción histórica había avanzado desde el antiguo Cercano Oriente hasta la muerte del emperador del SIRG, Otón el Grande. Los alumnos de Ranke, utilizando sus notas y apuntes, continuaron la historia hasta llegar a los comienzos de la Edad Moderna, con Enrique IV de Francia: el gigantesco plan rankeano había quedado casi realizado.

[20] *Ibidem.*

TERCERA PARTE

LOS TEXTOS

1. PROCEDENCIA Y BREVE ANÁLISIS CRÍTICO

El ensayo incluido aquí como número uno, *Reflexiones sobre las causas determinantes en la historia universal,*[1] fue escrito por Guillermo de Humboldt (1767-1835); leído, sin duda, en alguna de las sesiones ordinarias de la Academia Prusiana de Ciencias y publicado en 1818. De este trabajo ha dicho el historiador y teórico francés Paul Veyne, que es uno de los mejores ensayos sobre la historia que se hayan escrito.[2] Tomándolo de los peripatéticos y de Alejandro de Afrodisia, Humboldt percibe las tres clases de causas que descubrimos a nuestro alrededor ("causas de los acontecimientos de alcance mundial", los llama él): la naturaleza de las cosas, la libertad del hombre y la disposición del azar. Humboldt, científico ante todo, soslaya el viejo papel de la Providencia Divina en la historia y se limita a la triple explicación sublunar indicada líneas arriba. No se interesa por rastrear las causas finales sino las motoras o determinantes, que son las que constituyen el tejido de la historia. Hay en este ensayo de Humboldt resonancias kantianas sobre la manera en que los acontecimientos humanos están sometidos a la regularidad o legalidad del plan de la naturaleza; también se encuentran en el texto ecos hegelianos por cuanto lo que Humboldt llama la oposición e interacción de la fatalidad y la libertad viene a ser algo así como las artimañas racionales a las que aludía Hegel; las cuales, como escribe el autor, no pueden ser reconocidas ni resueltas experimental, inteligentemente. Como en la filosofía de la historia hegeliana, la libertad va cristalizando en las individualidades; la fatalidad es todavía privativa de la masa.

[1] "Betrachtungen über die bewegenden Ursache in der Weltgeschichte", en *Gesammelte Schriften,* Berlín, 1903, vol. III, p. 361-366.

[2] *Apud. Cómo se escribe la historia,* p. 134.

El segundo ensayo de Guillermo de Humboldt, *Sobre la tarea del historiador*,[3] fue leído por éste en la Academia prusiana ya indicada, el 12 de abril de 1821, y publicado en las memorias de la Real Academia de Ciencias (1820-1821). Este ensayo representa la primera y más acabada formulación de la doctrina de las ideas (*Ideenlehre*) y fue expuesto como lección un año antes de que Hegel diese la primera suya sobre Filosofía de la Historia. El historiador alemán Karl Lamprecht llamó a Humboldt el máximo teórico de la doctrina citada y Croce lo acredita, por el ensayo que estamos analizando, como el autor que estableció el almácigo donde florecería el historicismo. En este ensayo intenta Humboldt mantener en equilibrio un determinado número de ideas que resultan incompatibles en cierto nivel y compatibles en otro. Como la historiografía es la narración de lo que ha acontecido, exige Humboldt a los historiadores la facultad intuitiva dentro de las ideas para poder deducir qué repeticiones y cambios son meramente apariencias fenoménicas. Admite que existen fuerzas ocultas y leyes del desarrollo histórico; pero reclama la creativa energía de la libre acción individual. Desde luego, estas ideas jamás han vuelto a ser formuladas con la fe y precisión con que las expresó Guillermo de Humboldt, hombre de Estado, profesor y fundador de la admirable Universidad de Berlín (1810), que, como diría el rey Federico Guillermo III, compensaría intelectualmente lo que Prusia había materialmente perdido en las guerras napoleónicas. En efecto, Humboldt agrupó en la recién fundada Universidad a Fichte, Hegel, Schleiermacher, Savigny, Eichorn, Wolf, Ranke, Boeckh, Lachmann, etcétera.

Tres son las ideas centrales de la teoría idealista de la historiografía alemana. *La doctrina de las ideas*: los fenómenos históricos son meramente manifestaciones externas de las ideas eternas subyacentes. *El concepto de individualidad*: las ideas, mientras son intemporales, no son abstractas o universalmente válidas, ellas expresan más bien individualidades históricas concretas, manifestadas en el tiempo. No sólo cada persona sino también toda gran institución social (por ejemplo, cualquier gran estado o nación) constituye una tal individualidad. Como expresa Humboldt, "cada individualidad humana [constituye] una idea enraizada en la realidad". *La teoría de la comprensión simpatética*:

[3] "Über die Aufgabe des Geschichtschreiber", en *Gesammelte Schriften*, vol. IV, p. 585-606.

la tarea del historiador es comprender cada individualidad histórica en su singularidad; penetrar a través de su apariencia superficial en su estructura interna. No es posible abstraer en este encausamiento un pensamiento deductivo. La comprensión requiere un doble proceso: primero, la imparcial, exacta y crítica investigación de los acontecimientos mediante el intelecto inquisitivo; segundo, la comprensión intuitiva (*ahnen*) de la estructura interna de la individualidad histórica sometida a estudio, la cual no puede ser alcanzada por el medio primero. El curso de la historia no puede ser completamente conocido sino sólo adivinado, intuido o conjeturado. Fue Guillermo de Humboldt uno de los primeros que cultivó con gran éxito las llamadas ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*), especie de gnoseología que él aplicó al estudio de la historia. La comprensión es el acto original mediante el cual se capta el mundo histórico.

Para Humboldt resulta inoperante cualquier esquema filosófico con el que se quiera reducir a la historia, porque el elemento de individualidad, de espontaneidad y de libertad, conectado con el individuo, lo hacen imposible. La singularidad de la individualidad garantiza un residuo de espontaneidad y libertad en la historia que desafía todo determinismo. La implicación de la teoría de las ideas para el estudio de la historia consiste en que toda individualidad histórica (individualidad cuyo origen permanece en misterio) debe ser estudiada por su propio conocimiento. Cualquier intento, insistamos en ello, de aplicar esquemas o conceptos abstractos a individuos vivientes es una violación de la realidad, como lo es, asimismo, la tentativa de formular explicaciones generales de la conducta humana.

La idea sólo puede ser gobernada por una ley de suyo propia; no puede ser sometida a las leyes que gobiernan la naturaleza. La regulación y el crecimiento únicamente pueden ser comprendidos en términos del único principio inherente en las individualidades que componen la historia. Ahora bien, estas ideas, repitamos, son algo concreto, se manifiestan en el tiempo y aunque son eternas, no son universales ni abstractas en el sentido de la filosofía tradicional. Una idea, además, sólo puede operar en conjunción con la naturaleza. Esta teoría de las ideas ha sido llamada neoplatónica; se trata de un neoplatonismo que se parece más a la idea monádica leibniziana que al universo mecanicista de Newton. De esta suerte el mundo histórico de Humboldt desafía la

reducción de la *cualidad* a la *cantidad*. Las ideas, sostendrá Humboldt y repetirá posteriormente Ranke, tienen su origen en Dios: recaída teológica que, como hemos visto, resulta típica en todos los filósofos-historiadores alemanes y en sus epígonos.

Subrayar el contenido temático, rico y sugestivo, de este ensayo de Humboldt con el que se inicia la reflexión epistemológica sobre la historiografía moderna, cientificista por un lado e historicista por el otro, resultaría ocioso. Sin embargo, indicaremos algunos puntos esenciales para que el lector los examine con cuidado conforme avance en la lectura. Humboldt cuestiona la conocida afirmación aristotélica sobre que la poesía expresa mayor verdad que la historia; pero reconoce que el historiador y el poeta dicen más que los esquemas forjados por los filósofos. Rechaza de paso y casi imperceptiblemente la historiografía romántica y elimina el discutido tema sobre el papel del azar en la historia. Se adelanta en el rechazo crítico de lo que andando el tiempo será la historiografía cuantitativa y matematizante, puesto que ésta no nos puede decir ni mostrar nada de esa idea que se refiere al plan (reminiscencia kantiana) histórico trazado con vista al gobierno mundial. El objetivo de la historia es alcanzar esa meta, la realización plena de la idea entreverada en la cadena de los eventos. El progreso, finalmente, de acuerdo con Humboldt, dependerá del grado de libertad alcanzado.

El conocimiento histórico consiste en un proceso mediante el cual el historiador permite que los hechos, o, mejor, las ideas que se tienen de ellos hablen por sí mismos. Más aún, el conocimiento histórico es posible porque el historiador y su tema son parte del proceso histórico y ambos tienen su base en la voluntad de Dios.

Considera también Guillermo de Humboldt que es una equivocación el que se quiera buscar la culminación de la raza humana en la adquisición de una perfección general concebida abstractamente; en lugar de considerarla en función de un amplio desarrollo de una riqueza constituida por grandes formas individuales. Como él expresa, la humanidad sólo existe como un todo "en la nunca alcanzable totalidad de todas las individualidades que en el transcurso del tiempo han llegado a ser reales". [4]

Observaremos, por último, que la tan traída y llevada expresión

[4] *Vide* "Die bewegenden Krafte der Weltgeschichte" (Las fuerzas determinantes de la historia universal), en *Werke in fünf Banden*, Darmstadt, 1960, vol. I, p. 578.

de Leopoldo Ranke sobre la verdad histórica: "lo que de hecho [o verdaderamente] ocurrió" (*wie es eigentlich gewesen*), tiene como inmediato y eficaz antecedente la expresión humboldtiana expresada así: *was sich wirklich zugetragen hat* ("lo que verdaderamente ha sucedido"). Advirtamos también que Humboldt sólo emplea al referirse a la historia el término alemán *Geschichte*, que nos remite al verbo *geschehen* (suceder, acontecer); en cambio Ranke, no únicamente utiliza éste, sino, asimismo, el derivado de la raíz grecolatina, que él escribe así: *Historie*. Para distinguirlas hemos escrito siempre historia cuando se trata del término primero; *historia*, cuando se trata del segundo y hemos puesto con mayúscula la palabra (Historia) cuando se refiere expresamente no al acontecer sino a la ciencia del acontecer histórico. De modo parecido a Tucídides, Guillermo de Humboldt siempre se refiere al historiógrafo (*Geschichtschreiber*) y no al historiador (*Historiker*).

Guillermo de Humboldt.

SELECCIÓN I

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS DETERMINANTES EN LA HISTORIA UNIVERSAL (1818)

Las presentes reflexiones son distintas a todos los trabajos elaborados hasta ahora sobre la historia universal.

Su propósito no es explicar la conexión de los acontecimientos entre sí; tampoco explicar el porqué del destino del género humano en los sucesos ni constituir con los hechos particulares un tejido tan coherente como lo permitiría la serie establecida entre ellos.

Tampoco están determinadas, como suele suceder en la llamada historia de la humanidad y de su cultura, a observar la interna coherencia de la finalidad y a mostrar cómo la raza humana ha prosperado siempre, con acrecentada perfección, mediante brutales y desproporcionadas luchas.

Si se llama a esto, con justicia, la filosofía de la historia universal, podría decir aquí, si es que la expresión no resulta osada, la física de la misma. No deben ser rastreadas las causas finales sino las motoras; no deben ser pormenorizados los acontecimientos previos de los cuales han surgido los subsiguientes; inclusive las fuerzas tienen que demostrar a quiénes deben su origen. Por consiguiente, hay que realizar aquí una disección de la historia universal para hallar una solución, mediante el trabajo, al tejido constitutivo de la misma, y al cual aludimos líneas arriba, tan sólo para encontrar nuevamente un desenlace en aquella parte integral no comprendida. Empero a las causas finales torna

también el presente trabajo, puesto que las primeras causas motoras o determinantes sólo pueden estar en una zona en la que la fuerza y la intención se tocan y activan recíprocamente.

Por lo demás, apenas si se necesita la advertencia de que la idea sobre los acontecimientos históricos memorables, promovidos por una providencia divina, queda aquí soslayada puesto que tal concepto, si considerado en su fundamento explicativo, impide toda ulterior indagación. Nosotros sólo encontramos estas causas perceptiblemente determinantes en la naturaleza y en el carácter del aquel supremo y primer ente Creador.

Las causas de los acontecimientos de alcance mundial se reducen a uno de los tres siguientes argumentos:

la naturaleza de las cosas,
la libertad del hombre, y
la disposición del azar.

La naturaleza de las cosas o está determinada absolutamente o lo hace dentro de ciertos límites, y en ella debe ser calculado con extrema perfección lo ético del hombre, puesto que también éste, cuando se le considera en conjunto y se le trata sobre todo como masa, es mantenido en una cierta vía uniforme; recibe poco más o menos las mismas impresiones de los mismos objetos, y sobre ellos reacciona aproximadamente de la misma manera. Considerando la situación por este lado, toda la historia universal en el pasado y en el futuro podría, en cierto modo, calcularse matemáticamente y la integridad del cálculo dependería tan sólo de la extensión de nuestro conocimiento en relación con las causas actuantes. Hasta cierto punto esto resulta también evidentemente verdadero. En el orto y acaso de muchos pueblos se advierte una marcha muy uniforme. Si uno recapacita sobre la situación política del mundo hacia finales de la segunda guerra púnica y se considera el carácter peculiar de los romanos, se llega a deducir paso a pasito, casi con perfeccionada precisión, el dominio mundial de Roma. Determinadas comarcas, como la Lom-

bardía en Italia, la Sajonia Media en Alemania del Norte y la Champagne en Francia están hasta cierto punto sentenciadas por la naturaleza a ser campos de batallas y escenarios de la guerra; por lo que toca a la política, hay puntos que como Sicilia en la historia antigua y Bravante en la historia moderna perduran a través de los siglos como blanco de las pasiones y deseos. Hay épocas, como la transcurrida entre la batalla de Salamina y el fin de la Guerra del Peloponeso, en que el poder rivalizante de Atenas y de Esparta no permitió la entronización de ninguna autocracia; singular situación bélica que hubiese podido desembocar entonces en la desaparición de Grecia. Edades hay también como la que transcurre inmediatamente después de la muerte de Carlos V, cuando la grandeza de su ahora dividido imperio a ningún otro poder le hubiese permitido encumbrarse; como la que va desde la muerte de Luis XIV a la Revolución Francesa, cuando el poder del Estado se había convertido en cierto modo en un arte mecánico, que paulatinamente transmitía y producía de alguna manera un cierto equilibrio, en el que resulta casi imposible probar que algún hombre extraordinario hubiese podido ejercer el arte de dominar al mundo. Incluso los sucesos accidentales, como matrimonios, defunciones, nacimientos ilegítimos, delitos, muestran a lo largo de una serie de años una admirable y, por lo mismo, explicable regularidad, dado que las acciones voluntariosas de los hombres aceptan los caracteres de la naturaleza, la cual sigue siempre en su recurrente curso unas leyes uniformes. El estudio de esta mecánica y química especie de aclaración ilustrativa de la historia mundial —en donde nada desempeña una influencia tan importante sobre los acontecimientos humanos como la fuerza moral de las afinidades electivas (*Wahlverwandtschaft*)— es en sumo grado importante y llega a ser preferente si dicho estudio nos lleva al más exacto conocimiento de las leyes, conforme a las cuales operan y repercuten reflexivamente los componentes particulares de la historia: las fuerzas y las reacciones. Así, por ejemplo, la

FACULTAD DE F. Y LETRAS

naturaleza interna de las lenguas de los griegos, latinos, italianos y franceses y el dechado de muchas otras particulares permiten probar que la duración vital y, por consiguiente, la fuerza conservadora y la belleza de un idioma dependen de aquello que podría llamarse su material; es decir, de la abundancia, vivacidad expresiva y estilo delicado de las naciones a través de cuyas gargantas y labios ha funcionado; pero no, en lo absoluto, de la cultura respectiva de esas naciones. Por consiguiente, no puede prosperar ninguna lengua que sólo es hablada por un reducido número de hombres y solamente se han abierto paso a lo largo de las centurias hasta alcanzar un destino maravilloso, aquellas que han logrado una adecuada extensión y volumen, que han formado, por así decirlo, un mundo propio dentro de sí y cuyos pueblos, como suelen comúnmente indicarlo todas las historias conocidas hasta ahora, pueden ser reconocidos por su lexicología y superior forma [*Gestalt*] gramatical. Finalmente, todo queda tranquilo tan pronto como la nación reclama y se limita a llevar una dormida existencia en tanto que masa y como nación. Inclusive la vida de las naciones tiene como la del individuo su organización, sus grados y sus cambios. Porque evidentemente existen todavía en el hombre, además de la efectiva individualidad numérica, otras ampliaciones y gradaciones del mismo, en la familia, en la nación, a través de los distintos círculos de pequeños y grandes linajes, así como en toda la estirpe. En cada una de estas diferentes circunferencias están organizados los hombres de modo semejante y no sólo se encuentran coaligados formando pequeños o grandes vínculos, sino que también hay relaciones en donde, como ocurre con los miembros de un cuerpo, todos son uno y el mismo ser. En relación con las naciones, hasta ahora casi siempre se ha hablado únicamente de los aspectos externos, de las causas operativas, preferentemente de su religión y constituciones; pero muy poco de sus desigualdades internas; por ejemplo, de la más curiosa de todas: que algunas de ellas viven por cierto a la manera en que lo hacen socialmente las especies

animales y que otras siguen el modo individual de vida. Que de ellas surge proporcionalmente, en unos casos más y en otros menos, la división de las mismas en pequeños linajes o troncos y se establece la cooperación entre éstos. De modo parecido, una exacta e íntegra investigación logra incluso muchas informaciones mediante el examen de su modo de operar, y esta primera operación de desmembramiento de la historia mundial, como la presente, ha de proseguir estas indagaciones y llevarlas tan lejos como sea posible, asimismo las ha de comparar con la masa de los acontecimientos mundiales.

Pero continuaría siendo absolutamente inútil querer sacar de aquí, por cierto, la explicación de esto. Su relación sólo estriba en la parte mécanica, solamente en tanto que como fuerzas muertas o vivas actúan hasta un determinado punto de manera parecida; en donde, por lo contrario, las mismas fuerzas afectan al territorio de la libertad, cesa todo cálculo; lo nuevo y nunca experimentado puede súbitamente proceder de un gran espíritu o de una poderosa voluntad, que sólo dentro de muy dilatadas fronteras y solamente después de una escala de apreciación muy distinta se deja enjuiciar. Esto es lo que propiamente constituye el bello y apasionado sector de la historia universal, puesto que él está dominado por la fuerza creadora del carácter humano. Así como un espíritu poderoso, consciente o inconsciente de su propio mérito, dominado por grandes ideas, medita hábil y suficientemente sobre las características de un asunto, así también surge siempre algo de tales ideas afines y, por consiguiente, del regular curso natural de lo que ocurre en el exterior. Sin embargo, esto depende respectivamente de todo lo que le ha precedido, por supuesto en compañía de una serie externa; pero su fuerza interna nada deja de todo ello y, por lo general, no se interpreta mecánicamente. De qué clase de asunto y de qué tipo de nacimiento sea la palabra, da igual, y el fenómeno resulta absolutamente el mismo no importa que se trate del pensador, del poeta, del guerrero o del

hombre de estado, y de estos dos últimos dependen preferentemente los acontecimientos de alcance mundial. Todos siguen a una fuerza superior y allí donde su empeño ha salido bien, logran algo de lo que antes sólo era para ellos una difusa idea; su actuación pertenece a un orden de cosas del que nosotros sólo notamos que depende de una conexión totalmente opuesta. De modo parecido a como ocurre con el genio, la pasión está engranada al curso de los eventos mundiales. El nombre de la verdaderamente profunda, auténtica y meritoria pasión (que con frecuencia está mal empleado y que se califica como deseo violento) es allí semejante a la idea lógica, puesto que busca algo infinito e inalcanzable; pero lo busca como apetencia, con medios limitados y, en definitiva, sensibles como tales. Ella es, por consiguiente, un completo trastrueque de las esferas y más o menos conduce siempre a una destrucción de las propias fuerzas corporales de uno mismo. Así como resulta, en efecto, un simple cambio de las esferas y su meta es inclusive infinita, como acontece con el fanatismo religioso y con el amor puro, así también es un error mayúsculo apellidarla de esta suerte; pero sólo puede ser el error de un alma noble cuya finita existencia se podría incluso llamar un error de la naturaleza. El deseo, de acuerdo con lo divino, consume entonces la fuerza telúrica. Pero las más de las veces sólo hay pasión en la forma de ambición infinita y depende de la naturaleza, con sus limitaciones e insignificancias, que esta forma pueda ser capaz de ennoblecerse o de hacerse odiosa y despreciable. Considerando aquí la manera ya mencionada, pocas pasiones tienen, no obstante, una importancia histórica mundial. Porque la pasión vulgar dará lugar únicamente a grandes cambios mediante la combinación de diversas circunstancias, como es el caso en la muerte de Virginia [1] y en

[1] Se refiere a la joven plebeya romana, hija del centurión Virginio quien, en el año 449 a.C., la mató antes de dejarla vender como esclava por el decenviro Apio Claudio. Esta muerte trágica provocó la caída de los decenviros.

otros innumerables ejemplos de esta clase, ya que dicha pasión quedará justamente inserta en la serie eventual de los acontecimientos. Que la eficacia del hombre de genio y de la pasión profunda pertenezcan a un orden de cosas que es diferente al curso natural mecánico de las mismas, resulta comprensible; pero considerándolo con todo rigor, así ocurre con cualquier resultado de la individualidad humana. Pues aquello que yace en lo hondo de los hombres es algo en sí mismo inexplorable, independiente y existente de su yo; su eficacia resulta espontáneamente incipiente y no es explicable merced a ningún influjo ni experiencia, dado que, antes bien, todo está determinado reflexivamente. Inclusive, si el asunto mismo fuese conflictivo, éste se extinguiría por medio de la forma individual, puesto que sólo cabalmente la fuerza suficiente o excedente, la agilidad o el esfuerzo y todas las pequeñas e inexplicables determinaciones son las que constituyen el sello característico de la individualidad y son las que en cada momento se observan en la vida diaria. Pero éstas pueden, asimismo, adquirir importancia histórico-mundial como caracteres de naciones y épocas, y la medición y reflexión sobre la historia de los griegos, alemanes, franceses e ingleses muestran claramente, por ejemplo, cuál fue la influencia decisiva que ejercieron la diversidad del espacio, el lapso temporal, la continuidad de su pensamiento y el sentimiento de sí mismo sobre su destino en el mundo.

Dos son, por tanto, las determinantes causas que saltan a la vista en la historia mundial: la fatalidad o curso inevitable del que no puede desligarse el hombre por completo, y la libertad, que acaso también únicamente de una manera desconocida para nosotros contribuye al cambio de la naturaleza humana. Ambas se integran siempre recíprocamente; pero con la curiosa distinción de que es mucho más fácil determinar lo que la contingencia natural no ha permitido nunca que lleve a cabo la libertad, que lo que ésta se ha propuesto iniciar en aquélla. El examen a fondo de ambas se limita a los hombres en general, pero

la libertad aparece más frecuentemente en el individuo; la fatalidad en la masa y en la raza. Y para poder medir en cierto modo el dominio de la primera se debe desarrollar ante todo el concepto de individualidad; pero después debe tornarse a las ideas, las cuales, como en la infinidad de un tipo dado, sirven al concepto de individualidad desde su raíz y son de suyo nuevamente imitadas aquí. Entonces la individualidad en cada género de vida sólo es parte de una indivisible fuerza conforme a un tipo uniforme (puesto que sólo esta idea es verdaderamente comprensible) que domina el volumen de datos; y la idea y la sensible configuración saben de toda suerte de individuos: aquélla como causa de la cultura, ésta como símbolo en el descubrimiento de encaminar una a las otras. La contienda entre la libertad y la fatalidad no puede ser reconocida en la experiencia ni incluso resuelta satisfactoriamente por la inteligencia.

Guillermo de Humboldt. Estatua que se encuentra a la entrada de la Universidad de Berlín.

SELECCIÓN II

SOBRE LA TAREA DEL HISTORIÓGRAFO (1821)

La tarea del historiógrafo consiste en la descripción de lo sucedido. Cuanto más pura y por completo logre esto tanto más cabalmente habrá acertado en su trabajo. La simple descripción es al mismo tiempo la exigencia primera de su quehacer y lo máximo que él podría realizar. Considerándolo por este lado, él parece ser únicamente intérprete y reproductor; pero no es espontáneamente activo ni creador.

Mas lo sucedido es sólo parcialmente visible en el mundo de lo sensitivo; el resto tiene además que ser intuido, inferido y adivinado. Lo que de lo sucedido comparece se halla disperso, se muestra incoherente y aislado; lo que unifica a esta taracea, lo que presenta en su verdadera luz a lo particular y da forma al todo queda oculto a la observación directa. Ella puede únicamente percibir las circunstancias que se siguen o se acompañan las unas tras las otras; pero no la interna conexión causal misma, sobre la que, no obstante, se apoya también la verdad interior. Cuando uno intenta relatar los hechos más significativos, pero quiere tan sólo expresar con rigor lo que verdaderamente ha sucedido (*was sich wirklich zugetragen hat*), pronto observa que sin poner el máximo cuidado en la elección y ponderación de las expresiones, por todas partes se le filtran pequeñas determinaciones que van más allá de lo sucedido, de donde se originan falsedades e inseguridades. Inclusive el lenguaje contribuye a ello, pues aunque

éste brota íntegramente de la plenitud del alma, carece frecuentemente de expresiones que se hallen libres de ideas accesorias. Por eso nada hay más raro que un relato literal cierto; nada es mejor prueba de ello que una sana, bien ordenada y acrisolada inteligencia y una libre y objetiva disposición de ánimo; por lo tanto la verdad histórica se parece en cierto modo a las nubes, que reciben por de pronto forma cuando se presentan ante los ojos en la lejanía; y por esta razón los hechos de la historia (*Geschichte*), si los consideramos vinculados en sus particulares circunstancias, no son sino el resultado de la tradición e investigación que se ha convenido en aceptar; porque ellos son verosímilmente de suyo los más apropiados y porque se ajustan mejor a la coherencia del todo.

Pero con la desnuda separación de lo sucedido, en realidad se ha ganado apenas el esqueleto del acontecimiento. Lo que se obtiene mediante esto constituye el funcionamiento necesario de la historia; la materia para ella; mas no la historia misma. Detenerse aquí significaría sacrificar la verdad interna real, fundada en el nexo causal, a una externa, literal y ficticia verdad; vendría a ser como elegir un error auténtico para escapar al falso peligro del yerro. La verdad de todo lo sucedido se basa en la agregación de aquella invisible parte, mencionada arriba, de cada hecho, y, por consiguiente, debe el historiógrafo [*Geschichtschreiber*] adicionarla. Considerándolo por este lado, él es, en verdad, espontáneo e incluso creador, no en tanto que produzca lo que es existente, sino en tanto que por su propia fuerza da forma a lo que, como realmente fue, no podía percibir él por simple intuición. De modo distinto pero semejante al del poeta debe el historiógrafo transformar los fragmentos reunidos en un todo.

Podría parecer dudoso que el territorio del historiógrafo y el del poeta se toquen también sólo en un punto. Pero la actividad de ambos está evidentemente relacionada. Porque el primero, según se ha dicho, no alcanza la verdad de lo sucedido sino mediante la representación, comple-

tando y conectando los dispersos fragmentos de la directa observación, y puede hacerlo así, al igual que el poeta, recurriendo únicamente a la fantasía. Pero cuando él subordina dicha fantasía a la experiencia y a la investigación de la realidad, la diferencia consiste en la eliminación de todo peligro. Ella actúa en esta subordinación no como pura fantasía y, por lo mismo, es llamada con mayor propiedad don de adivinación y concatenación. Sin embargo, con esta calificación se asignaría sólo a la historia un punto de vista demasiado bajo. La verdad de lo sucedido parece cosa bien sencilla de alcanzar; pero es lo máximo que puede ser pensado. Porque si ella fuese completamente conquistada, quedaría al descubierto todo lo que la realidad determina como una necesaria cadena. El historiógrafo debe esforzarse, por lo tanto, en hallar la necesidad de los acontecimientos y no hacer como el poeta que impone a su material la apariencia de necesidad; pero debe conservar constantemente en su mente las ideas, que son las leyes de la necesidad, porque tan sólo penetrándolas puede él hallar sus huellas en la pura investigación de lo real en su realidad.

El historiógrafo tiene en su mano todos los hilos de la actividad temporal y todas las impresiones de las ideas supratemporales; la suma de la existencia es más directa o indirectamente, el objeto de su cultivo y, por lo mismo, debe perseguir también todas las tendencias del espíritu. Especulación, experiencia y fantasía no son, sin embargo, actividades aisladas y distintas de la mente ni recíprocamente opuestas, sino sólo diferentes direcciones radiantes de la misma.

Así, dos métodos tienen que ser seguidos al mismo tiempo para aproximarse a la verdad histórica: el uno es la exacta, imparcial y crítica investigación de lo sucedido; el otro, la conexión de lo investigado y la comprensión institutiva de lo que no puede ser alcanzable por el primer medio. Quien sólo sigue el primero equivoca la esencia de

la verdad misma; el que, en cambio, descuida precisamente éste y pone más énfasis en el otro, corre el riesgo de adulterarla en el detalle. Inclusive la más simple descripción de la naturaleza no se contenta con la enumeración y descripción de las partes, con la medida de los lados y ángulos; hay todavía una viva aspiración en el todo; expresa un carácter interno de él que no se deja medir ni meramente describir. También la descripción de la naturaleza estará sometida al segundo método, que para ella es la representación de la forma de la existencia universal e individual del objeto físico. Asimismo en la historia no debe ser encontrado nada aislado mediante el segundo método, ni menos algo añadido imaginativamente por su propia cuenta. El espíritu del historiógrafo debe sencillamente de este modo comprender mejor el genuino material investigable, puesto que él hace suya la conformación de todo lo sucedido; aprender a reconocer más en ese material que como lo podría hacer por la mera operación del entendimiento. De la asimilación de la fuerza investigadora con el escudriñado objeto depende todo. Cuanto más profundamente comprende el investigador de la historia al género humano y sus acciones por medio del estudio y el ingenio, o cuanto más humanamente está predispuesto por naturaleza y circunstancias, y cuanto con mayor pureza permite que actúe su humanidad, tanto más cabalmente resolverá los problemas de su profesión. Esto prueban las crónicas. Nadie puede negar que las mejores entre las existentes se basan justamente en la más genuina verdad histórica, no importa los muchos hechos desfigurados y las muchas notorias patrañas. Ellas pertenecen al tipo antiguo entre las denominadas memorias, si bien la estrecha dependencia de éstas respecto a lo individual perjudica con frecuencia el interés general por la humanidad, el cual demanda la historia incluso cuando opera sobre un asunto particular, aislado.

Además de que la historia, como cualquier otra ocupación científica, sirve a muchos subordinados propósitos, su

cultivo, no menos que el de la filosofía y la poesía, es un arte libre, autosuficiente. La tremenda confusión de los apremiantes acontecimientos políticos mundiales, que emergen en cierto modo de la disposición del suelo, de la naturaleza humana y del carácter de las naciones e individuos, que se origina en parte en la nada, como plantado milagrosamente y dependiendo obscuramente de poderes vislumbrados y visiblemente activados por eternas y profundas ideas arraigadas en el pecho del hombre, es un infinito que la mente nunca puede reducir a una forma única; pero que siempre la incita a ensayar y le da fuerza para parcialmente perfeccionarla. Así como la filosofía procura alcanzar el primer fundamento de las cosas y el arte el ideal de la belleza, la historia aspira alcanzar la imagen del destino del hombre en su más fidedigna verdad, viva abundancia y pura claridad. Una imagen espiritual de tal modo experimentada y sentida sobre el objeto, que las opiniones, sentimientos y exigencias personales se pierden y diluyen. El último objetivo del historiógrafo es producir y nutrir este estado de ánimo; pero que él sólo lo alcanza si con escrupulosa fidelidad, como su más inmediato propósito, persigue el relato sencillo de lo sucedido.

Porque es el historiógrafo el que se decide a despertar y estimular la sensibilidad por la realidad, y su quehacer es subjetivo por la evolución de esta idea, así como es objetivo por medio de la narración histórica transcrita. Cada tentativa intelectual que actúa sobre el hombre como un todo posee algo que podría ser llamado su elemento esencial, su fuerza ejercitante, el secreto de su influjo sobre la mente, que es tan visiblemente distinta de los objetos que en su círculo cultiva, que con frecuencia sólo sirven para dirigir la atención de ella por nuevos y distintos rumbos. En las matemáticas el elemento esencial radica en el aislamiento del número y la línea; en la metafísica, en la abstracción de toda experiencia; en el arte, en el maravilloso manejo de la naturaleza, de suerte que todo en él parece ser tomado de ella y, sin embargo, nada autén-

ticamente como ella existe en la obra de arte. El elemento que mueve a la historia es el sentido de la realidad, y en éste se encuentra la sensación de la fugacidad de la existencia en el tiempo y de la dependencia sobre las pasadas y presentes causas. Frente a esto existe la conciencia de la libertad espiritual interior y el reconocimiento de la razón, de modo que la realidad, no obstante su aparente contingencia, está ligada, a pesar de todo, por una interna necesidad. Si con la mente se observa una sola vida humana, quedará uno conmovido ante los diversos motivos con los que la historia estimula, sugiere y cautiva. Para llevar a cabo con acierto la tarea de su profesión, el historiógrafo debe combinar los acontecimientos de tal manera, que éstos conmuevan emocionalmente al lector como si se tratara de la realidad misma.

Considerada así, la historia es semejante a la vida activa. Ella no tanto nos sirve por mostrarnos especiales ejemplos, que frecuentemente descarrían y rara vez instruyen, acerca de qué realizar o qué prevenir. Su verdadera e inmensurable utilidad radica más bien en su capacidad de vivificar y depurar el sentido para la manipulación de la realidad; más útil mediante la forma adherida a los acontecimientos que por medio de ellos mismos. Esto evita que el sentido de realidad irrumpa en el territorio de las puras ideas y que, además, lo someta mediante ellas. Sobre este estrecho camino intermedio se mantiene vivo en la mente el hecho de que no hay ninguna otra próspera intervención en el impulso de los acontecimientos, salvo reconocer con clara mirada la verdad en la cada vez más dominante dirección de las ideas en un tiempo dado y unirse a ellas con firme sentido.

La historia debe siempre producir este interno efecto, independientemente de cuál pueda ser asimismo su asunto, ya sea que relate un coherente tejido de acontecimientos o que narre uno solo. El historiógrafo digno de este nombre debe interpretar cada suceso como una parte del todo o,

lo que viene a ser lo mismo, presentar, en suma, la forma de la historia en cada uno.

Esto representa el más exacto desarrollo de la idea de la representación promovido por el historiógrafo. El tejido de los acontecimientos se encuentra en aparente confusión ante él, cronológica y geográficamente dividido. Él debe separar lo necesario de lo eventual, descubrir su interna trabazón y secuela, hacer visibles las verdaderas fuerzas operantes para dar a la forma de su representación no un imaginario o superfluo valor filosófico, o un poético encanto del mismo, sino su primera y esencial necesidad, su verdad y exactitud. Porque los acontecimientos o son solamente semicomprendidos o están desfigurados si uno se limita a la observación superficial; más aún, el observador corriente mezcla en todo momento errores y falsedades. Estos males son disipados únicamente mediante la verdadera forma acontecial, la cual sólo se revela naturalmente al investigador de la historia. (*Geschichtforscher*), cuya afortunada vista es aguzada mediante el estudio y el ejercicio. ¿Cómo ha de comenzar ahora él su tarea para llevarla felizmente a buen término?

La representación histórica es, como la artística, imitación de la naturaleza. El fundamento de ambas consiste en reconocer la verdadera forma, en descubrir lo necesario y eliminar lo fortuito. Por lo tanto, no tenemos por qué arrepentirnos de aplicar el método más ligera y adecuadamente reconocible del artista a la comprensión del más dudoso método empleado por el historiógrafo.

La imitación de la forma orgánica puede realizarse por una doble vía: mediante una directa e inmediata reproducción del contorno externo, tan exacto como el ojo y la mano lo permitan; o del interno, por medio de un estudio previo de la manera en que la forma externa brota de la idea y de la estructura total por medio de la abstracción de sus proporciones; por medio también de una tarea a costa de la cual la forma es primeramente reconocida de una manera completamente distinta de como la percibe

la inartística mirada, y entonces renace mediante la forma de la imaginación de una manera tal, dejando a un lado su literal coincidencia con la naturaleza, que ella contiene además dentro de sí misma una nueva y más elevada verdad. Porque el mayor mérito de la obra de arte es mostrar ostensiblemente la interna verdad de las formas que está eclipsada en su apariencia real. Justamente los dos caminos indicados son, para todas las épocas y géneros, los criterios distintivos para el falso y el verdadero arte. Hay dos pueblos, egipcios y mexicanos, muy alejados el uno del otro en el tiempo y en el espacio, que representan para nosotros dos puntos de partida de la cultura y en los cuales esta diferencia artística es extremadamente visible. Con toda razón y reiteradamente se han mostrado las semejanzas existentes entre ambos; pero el uno y el otro tuvieron que vencer el temible escollo de todo arte: el empleo de la imagen para representar letras, y en los dibujos y pinturas de los mexicanos no hallamos tampoco una correcta representación de la forma, que entre los egipcios aparece, por lo contrario, como estilo en el jeroglífico más insignificante. * Lo que es muy natural. En los dibujos mexicanos

* Sólo he querido explicar mediante un ejemplo lo expresado sobre el arte; por consiguiente, estoy bien lejos de pronunciar un juicio definitivo sobre los mexicanos. Existen incluso esculturas de ellos, como la cabeza que mi hermano [Alejandro de Humboldt] donó al Museo Real de esta ciudad [Berlín], que nos permiten expresar un juicio más favorable sobre su destreza artística. Si se considera cuán poco tiempo hace de nuestro conocimiento de los mexicanos, así como cuán recientes son relativamente las pinturas suyas que conocemos, sería muy aventurado enjuiciar su arte por objetos que pueden provenir muy bien de un periodo de extrema decadencia. Que las monstruosidades en el arte pueden existir junto a la más suprema ejecución fue para mí evidente en extremo en las figurillas de bronce que se encuentran en Cerdeña, las cuales se ve que proceden de griegos y romanos; pero que no ceden nada al arte mexicano por lo que toca a la incorrección de las proporciones. Una colección de esta clase se encuentra en el *Collegium Romanum* de Roma. Es, asimismo, probable por otras razones que los mexicanos se encontrasen en un más elevado nivel de cultura en una época anterior y en otra región; incluso las huellas históricas de sus migraciones, cuidadosamente reunidas y comparadas, según puede verse en las obras de mi hermano, son evidentes.

apenas si existe un rasgo de forma interna o de orgánico conocimiento de la estructura; todo tiende, por eso, a la imitación de la apariencia externa. Además, el arte defectuoso tiene, empero, que fracasar en su intento de trazar el curso del contorno exterior y debe entonces caer en las distorsiones, puesto que, por otra parte, la búsqueda de la proporción y simetría hace resaltar, evidentemente, la inhabilidad de la mano y de los instrumentos.

Si se quiere comprender el contorno de la forma desde dentro, uno tiene que retroceder, en resumidas cuentas, a la forma y al ser del organismo; por consiguiente, a las matemáticas y a la historia natural. Ésta proporciona el concepto, aquélla la idea de la forma. A las dos debe añadirse, como tercer elemento de enlace, la expresión del alma, de la vida espiritual. Mas la pura forma, tal como ella se presenta en la simetría de las partes y en el equilibrio de las proporciones, es lo más esencial y, asimismo, es la primera cosa accesible al espíritu juvenil, puesto que éste, cuando todavía está fresco, es atraído más por la ciencia pura (y puede también penetrarla más fácilmente) que por la mucha preparación que exige el conocimiento práctico. Esto resulta evidente en las obras plásticas de egipcios y griegos. En todas ellas surgen primeramente la pureza y el rigor de la forma (la cual casi no se espanta de la rigidez), la regularidad del círculo y del semicírculo, la agudeza del ángulo y la seguridad de la línea; sobre este firme fundamento descansa el contorno exterior remanente. Inclusive allí, donde aún falta el exacto conocimiento de la forma orgánica, se muestra ya todo esto con radiante claridad. Y cuando el artista había alcanzado su maestría, cuando él sabía cómo crear la etérea gracia e insuflar divina expresión, nunca se le hubiera ocurrido seducir por estos medios si él no hubiese cuidado de dicha forma. Lo esencial es también para él lo primero y más sublime.

Toda la variedad y belleza de la vida no ayuda, por lo tanto, al artista si él no afronta en la soledad de su fantasía el apasionado amor a la acendrada forma. De esta suerte

es comprensible cómo se originaría justamente el arte en un pueblo cuyo vivir no fuese ciertamente lo más flexible y encantador; un pueblo que con dificultad fuese agraciado mediante la belleza, pero cuyo más profundo pensamiento tornase a las matemáticas y mecánica, que encontrase gusto en erigir colosales construcciones, sencillísimas, pero rigurosamente reguladas, que también aplicase esta arquitectura de las proporciones a la imitación de la forma humana y al cual su duro material le hiciese batallar con el elemento de cada línea. La situación del griego fue en todo distinta; estaba rodeado de una estimulante belleza; de una vida en extremo emocionante y vivaz y, en ocasiones, hasta desordenada; de una variada y exuberante mitología. Y su cincel conquistaba al dócil mármol, así como lo había hecho en tiempos más remotos con la madera, y obtenía con facilidad toda suerte de formas. Tanto más es admirable la profundidad y gravedad de su sentido artístico puesto que él, pese a todos estos atractivos de encanto superficial, realzaba la austeridad egipcia mediante un conocimiento más profundo de la estructura orgánica.

Puede que parezca extraño fundamentar el arte no exclusivamente sobre la riqueza de la vida, sino también y al mismo tiempo sobre la sequedad de la concepción matemática. Mas por esto mismo ello resulta no menos cierto y el artista no necesitaría de la alada fuerza del genio si él estuviese decidido a transformar la profunda seriedad de las ideas estrictamente dominantes en la apariencia del libre juego. Pero hay también un cautivador hechizo en la pura intuición de las verdades matemáticas, de la eterna relación del espacio y del tiempo; ellas podrían ahora revelarse en sonidos, números o líneas. Su contemplación ofrece también por sí misma una satisfacción constantemente renovada por medio del descubrimiento de proporciones siempre nuevas y mediante problemas que siempre pueden ser totalmente resueltos. La prematura y múltiple aplicación de la ciencia pura es la que debilita

demasiado pronto en nosotros el sentido de la belleza de las formas.

La imitación por parte del artista tiene, por consiguiente, su origen en las ideas, y la verdad de la forma, sólo aparece ante él mediante dichas ideas. Lo mismo debe ocurrir aquí con la imitación histórica, porque en ambos casos es a la naturaleza a la que hay que imitar. Sólo queda preguntar si hay ideas capaces de guiar al historiógrafo en su oficio y de qué clase son.

Empero, hemos aquí de tomar grandes precauciones para que la sola mención de las ideas no lesione la pureza de la verdad histórica. Porque si bien el artista y el historiógrafo están ambos representando e imitando, su respectivo objetivo es, no obstante, completamente diferente. Aquél únicamente extrae la fugaz apariencia de realidad, sólo la toca para escapar a ella; éste la busca exclusivamente y tiene que andar profundamente en ella. Justo por eso y porque no puede contentarse el historiógrafo meramente con la aislada conexión externa de lo particular, tiene que alcanzar el punto central desde el cual puede llegar a conocer la verdadera concatenación. De esta manera debe buscar la verdad de un acontecer por un camino semejante al que sigue el artista que busca la verdad de la forma. Los acontecimientos en la historia son, incluso, mucho menos descubribles que los fenómenos pertenecientes al mundo sensible, puesto que no pueden ser estrictamente descifrados. La comprensión de ellos es el concentrado producto de su constitutiva condición y de las facultades sensitivas que añade el observador, y, como ocurre con el arte, no todo puede ser deducido lógicamente mediante la mera operación intelectual, derivando una cosa de la otra y descomponiéndola en conceptos; se aprehende lo que es real y sutil y lo que está oculto, porque el espíritu está justamente predispuesto a concebirlo. El historiógrafo del mismo modo que el dibujante produce únicamente caricaturas si sólo dibuja los detalles de los acontecimientos y los coloca unos tras otros tal y como ellos aparentemente

se presentan; si él, asimismo, no da rigurosamente cuenta de la conexión interna; si no facilita la contemplación de las fuerzas aparentes ni reconoce el rumbo que toman justamente ellas en un momento determinado; si no se pregunta sobre las relaciones de ambas fuerzas con la situación existente y no investiga los cambios previos. Mas para saber todo esto el historiógrafo debe, en suma, estar familiarizado con la condición, con la operación y con la mutua dependencia de estas fuerzas, porque la cabal comprensión de lo particular siempre presupone el conocimiento de lo general, bajo el cual está concebido. En este sentido es como la interpretación de lo sucedido debe ser conducida por ideas. Sin embargo, se comprende de suyo que estas ideas provienen de la plétora de los acontecimientos mismos, o, para expresarlo con mayor exactitud, que brotan de la mente por medio de la contemplación de los eventos, determinados con un espíritu verdaderamente histórico; así pues, las ideas no son préstamos que hace la historia como si se tratara de una extraña adehala, un error en el que fácilmente cae la llamada historia filosófica. Por lo general la verdad histórica está más peligrosamente amenazada por el tratamiento filosófico [ilustrado] que por el poético, dado que por lo menos este último está acostumbrado a dejar en libertad el asunto. La filosofía prescribe una meta a los acontecimientos. Esta búsqueda de causas finales si bien puede ser deducida de la esencia del hombre y de la misma naturaleza, perturba y adultera todo juicio independiente de la peculiar actuación de las fuerzas. La historia teleológica nunca alcanza, por lo mismo, la viva verdad del destino universal. Porque el individuo debe encontrar siempre su cenit dentro del margen de su fugaz existencia; por consiguiente, la historia teleológica no puede propiamente establecer como último fin del acontecimiento lo que está vivo, sino que, en cierto modo, lo pone en instituciones muertas y busca la noción de una ideal totalidad, ya en la creciente generalidad del cultivo del suelo y de la población terrestre, en la progresiva cultura del pueblo,

en una más entrañable asociación de todos, en la consecución, por último, de un estado de perfección de la sociedad burguesa (*der bürgerlichen Gesellschaff*), o bien en alguna otra idea de este género. De todo esto depende verdadera e inmediatamente la actividad y dicha del individuo; no obstante todo lo que cualquier generación haya ganado y recibido de las precedentes, no es ello prueba de su vigor y ni siquiera es siempre un instructivo material para el ejercicio de su fuerza. Porque inclusive lo que es fruto de la mente y del carácter (ciencia, arte, instituciones éticas) pierde la espiritualidad y se hace materialista si el espíritu no lo reanima siempre de nuevo. Todas estas cosas participan en principio de la naturaleza del pensamiento, el cual sólo puede sustentarse en tanto que es pensado.

El historiógrafo ha de volver, por tanto, a las operantes y creadoras fuerzas. Aquí se encuentra en su peculiar territorio. Lo que puede hacer para *traer*, impresa en su alma esa forma a la observación de los laberínticamente enredados acontecimientos de la historia universal, y bajo la cual aparece únicamente su verdadera conexión, es *abstraer* dicha forma de los eventos mismos. La contradicción que parece haber aquí desaparece ante un examen más acucioso. Toda comprensión de algo presupone ya, como condición de posibilidad del comprendiente, una analogía de lo que después será de hecho comprendido, una previa y original correspondencia entre el sujeto y el objeto. El comprender no es en modo alguno un despliegue único del primero; tampoco es una mera inferencia del segundo, sino más bien de ambos al mismo tiempo. Porque el comprender consiste siempre en la aplicación de una preexistente generalización a una nueva particularización. Cuando dos seres se encuentran enteramente separados por una sima no existe entre uno y otro ningún puente de comunicación y para poder comprenderse deben, en algún otro sentido, haberse ya comprendido el uno al otro. En la historia es muy claro este precedente

fundamental del entender puesto que lo que en la historia universal es activo se mueve también en el interior del corazón del hombre. Así, pues, cuanto más profundamente siente el alma de una nación todo lo que es humano, cuanto más delicada, polifacética y puramente es conmovida por ello, tanto mayor será su aptitud para producir historiógrafos, tomando esta palabra en su verdadero sentido. A esta previa situación debemos añadir la práctica, críticamente ya comprobado, que intenta corregir las ideas preconcebidas enarboladas contra el objeto, hasta que por medio de este reiterado efecto recíproco surgen simultáneamente la claridad y la certidumbre.

De este modo el historiógrafo, mediante el estudio de las creadoras fuerzas de la historia universal, concibe una imagen general de la forma en que todos los acontecimientos se conectan, y dentro de esta esfera se encuentran las ideas de las que antes hablamos. Ellas no han sido proyectadas dentro de la historia, sino, antes bien, constituyen la esencia de ésta. Porque cada fuerza, viva o muerta, actúa según las leyes de su naturaleza y todo lo que acontece se encuentra, conforme al espacio y el tiempo, en inseparable conexión.

Siendo esto así, la historia, no importa cuán variada y vivamente se mueva incluso ante nuestra vista, aparece, sin embargo, como un muerto mecanismo de reloj impelido por fuerzas mecánicas y gobernado por inexorables leyes. Porque un acontecimiento engendra a otro; el grado de extensión y la calidad de cada efecto están determinados mediante sus causas e inclusive la voluntad del hombre, al parecer libre, se halla condicionada por las circunstancias que estaban inexorablemente dadas bastante antes de su nacimiento y antes ciertamente del desarrollo de la nación a que él pertenece. El intento de querer calcular la serie total del pasado e incluso del futuro recurriendo en cada caso a un acontecimiento único no parece imposible en sí mismo, sino que lo es más bien por falta de conocimiento de un gran número de eslabones intermedios. Empero, ha

sido reconocido desde hace mucho tiempo que el exclusivo curso de este camino apartaría precisamente del conocimiento de las fuerzas verdaderamente creadoras; que en toda actividad, en que la vida está implicada, el elemento central se sustrae justamente a todo cómputo, y que dicha aparente determinación mecánica obedece, sin embargo, a impulsos activos originalmente libres.

Por tanto, además de la mecánica determinación de un acontecimiento por otro, se debe prestar mayor atención a la peculiar naturaleza de las fuerzas, y aquí encontramos el primer peldaño de su fisiológica actividad. Todas las fuerzas vivientes, el hombre al igual que las plantas, así las naciones como el individuo, el género humano lo mismo que el pueblo particular, e inclusive los productos de la mente, como la literatura, el arte, la moral o la forma externa de la sociedad civil, hasta el punto en que ellos se basan en una continua y tradicional actividad, tienen en común cualidades, leyes y procesos de desarrollo. Así ocurre también en la ascensión gradual de una cumbre y en el paulatino descenso de la misma, o en la transición desde una determinada perfección a una cierta degeneración, etcétera. Indudablemente aquí se encuentran muchas explicaciones históricas; pero tampoco llega a ser visible por este medio el creativo principio mismo, sino sólo reconoce una forma a la que debe él someterse, salvo que encuentre en ella un sublime y alado portador.

Las fuerzas psicológicas de las diversas y bien engranadas habilidades, emociones, inclinaciones y pasiones humanas son inclusive más difíciles de calcular durante su curso; no están sometidas a normas discernibles y sólo son concebidas en ciertas analogías. El historiógrafo se ocupa de ellas como el más directo móvil de las acciones y como las causas más inmediatas de los sucesos, y son también las que se emplean con mayor frecuencia en la explicación de los acontecimientos. Pero este modo de ver las cosas requiere justamente del máximo cuidado. Dicho modo hace menos a lo histórico-universal; reduce la tragedia de la

historia universal al drama vulgar de la vida cotidiana; induce con la mayor facilidad a separar violentamente el evento individual de su conexión con el todo y en lugar del destino universal se afirma en las pequeñas agitaciones del impulso personal. Todo queda fincado en lo individual por la vía de suyo propia, y no obstante, lo individual no reconoce su verdadero ser en su unidad y profundidad. Porque éste no se deja hendir de esta manera, no permite que se le analice ni juzgue de acuerdo con las experiencias, las cuales, derivadas de la multitud, se supone que pueden ser apropiadas para la multitud. La propia fuerza de lo individual recorre toda la escala de las emociones y pasiones humanas; pero imprime sobre todas ellas su propio cuño y carácter.

Se podría ahora intentar la clasificación de la historiografía de acuerdo con las tres opiniones aquí indicadas; pero ninguna de ellas por sí misma ni todas en conjunto agotarían la significación del historiógrafo verdaderamente genial. Porque desde luego estas opiniones no agotan tampoco las causas de la conexión de los acontecimientos, y la idea básica, por la que sólo es posible la comprensión de esto en su plena verdad, no pertenece a su esfera. Ellas abarcan únicamente los inteligibles fenómenos de la naturaleza muerta, viva y espiritual, que se reproducen con regulado orden; por lo tanto, aquellos fenómenos dan tan solo cuenta de reguladas y periódicas evoluciones que se realizan de acuerdo con conocidas leyes y mediante garantizada experiencia. Mas lo que surge como un milagro y es acompañado de explicaciones mecánicas, fisiológicas y psicológicas, si bien no se deja verdaderamente deducir de ninguna de ellas, permanece no únicamente inexplicable sino también irreconocible dentro de aquel círculo.

Pero de cualquier manera que se comience a actuar, el territorio de las apariencias sólo puede ser comprendido desde un punto exterior a éste, y el prudente que se sale de aquél queda justamente tan exento de peligro cuanto el yerro es tanto más cierto si ciegamente se encierra uno

en el mismo. La historia universal no es comprensible sin un gobierno mundial.

Sujetándose a este punto de vista se lográ la importante ventaja de no aceptar absolutamente la comprensión de los acontecimientos como explicaciones tomadas del reino de la naturaleza. Pero de este modo, al historiógrafo se le hace en verdad poco fácil, además, la parte última, la más pesada y más importante de su camino. Porque no hay en él ningún órgano ni préstamo que le permita inmediatamente indagar sobre los planes del gobierno mundial y porque cada intento en esa dirección podría únicamente conducirle, como inquiridor de causas finales, por un camino errado. Pero las leyes que rigen los acontecimientos, aunque se hallan más allá del proceso natural, se revelan, no obstante, en esos eventos. Tales leyes proceden así mediante acciones que no son ellas mismas objetos fenoménicos, empero que están conectadas a ellas y pueden ser percibidas en las mismas como seres incorpóreos que uno no puede apreciar, a menos que se abandone la esfera de lo fenoménico y se penetre mentalmente en el reino donde ellas se originan. El historiógrafo se encuentra atado a su investigación, la cual es, por consiguiente, la condición última de su tarea historiográfica.

El número de las fuerzas creativas en la historia no se agota en los acontecimientos directamente presentes y actuantes. Aun cuando el historiógrafo las haya investigado todas en detalle, por separado y en sus interrelaciones —la configuración y las transformaciones del suelo, las variaciones del clima, la capacidad intelectual y el carácter de las naciones, incluso los pormenores y caracterizaciones individuales, el influjo del arte y de las ciencias, la profundamente ingerente y muy difundida influencia de las instituciones civiles— todavía queda un activo e incluso más poderoso principio, el cual, aunque no es inmediatamente visible, presta a esas mismas fuerzas el impulso y la dirección; a saber, ideas que se encuentran fuera del círculo

de la finitud, pero que penetran y dominan en todas sus partes a la historia universal.

No cabe duda que tales ideas se muestran patentes y que ciertos fenómenos, que no pueden ser explicados únicamente como operativas leyes naturales, deben tan sólo su existencia al soplo poderoso y actuante de aquéllas. Tampoco cabe la menor duda de que existe, por lo tanto, un punto al que se remite el historiógrafo para conocer la verdadera configuración de los acontecimientos, asentándose sobre un territorio que se encuentra exento de ellos.

Pero la idea se manifiesta por un doble camino: en primer lugar, como un rumbo que se inicia imperceptiblemente, pero que poco a poco se va haciendo visible y finalmente irresistible, y que afecta a muchas cosas en diferentes lugares y bajo diversas circunstancias; en segundo lugar, como un generador de energías que no puede ser derivado en su proporción y majestad de sus concomitantes condiciones.

Del primero uno encuentra ejemplos sin mayor dificultad; difícilmente se hallaría una época en que no hayan sido reconocidos. Pero es muy verosímil que muchos acontecimientos que al presente nos explicamos en términos más materiales y mecánicos deberán ser vistos de este modo.

Ejemplos de generación de energías, de fenómenos para cuya explicación no bastan las condiciones circundantes, son la antes mencionada irrupción del arte en su pura forma en Egipto, y quizás aún más la súbita evolución en Grecia de una libre y, sin embargo, nueva y recíprocamente limitada individualidad, con que el lenguaje, la literatura y el arte se dan allí conjuntamente en una gradual perfección, cuyo paulatino camino rastrea uno en vano. Porque siempre me ha parecido que lo más admirable de la cultura griega, así como la clave para comprenderla, fue que los griegos permanecieron libres de la tiranía de las castas, aunque heredaron de las naciones divididas bajo este sistema todas las cosas más importantes que ellas utilizaban; pero aunque siempre retuvieron algo semejante a

las castas, atenuaron el sistema y transformaron el riguroso concepto de éstas en uno más moderado a base de la escuela y de las asociaciones libres: ellos llevaron lo diverso de la individualidad a la más activa cooperación por medio de la compleja división del espíritu nacional primario (como nunca se había dado antes en ningún pueblo), comprendiendo tribus, naciones y ciudades particulares, y ascendiendo justamente de nuevo hasta alcanzar la unión. Grecia formuló, de este modo, una idea de nacional individualidad que no existía antes y que tampoco después de ella perduró; y como el secreto de toda existencia radica en la individualidad, de esta suerte todo el progreso histórico-universal del género humano se basa en el grado de libertad y en lo singular de su efecto recíproco.

Verdaderamente la idea sólo puede actuar y presentarse en asociación con la naturaleza, y así puede uno, incluso, comprobar en aquellos fenómenos cierto número de causas favorables y una transición desde lo menos perfecto a lo más perfecto; y todo esto puede ser justa y razonablemente admitido pese al monstruoso vacío de nuestro conocimiento. Mas por tal motivo lo maravilloso consiste en no menor grado en el milagro de dar el primer paso; el centelleo de las primeras chispas. Sin ello no podría actuar ninguna de las circunstancias favorables, ninguna práctica, ningún gradual adelanto, inclusive durante centurias, de los que conducen a un objetivo propuesto. La idea puede confiarse solamente a una fuerza espiritual individualista; mas el germen que ella pone en dicha fuerza se desarrolla a su manera y este modo de desarrollo permanece igual, no importa en qué otro individuo quede depositado; y la planta que brota de aquí florece y alcanza su sazón por sí misma y después se marchita y desaparece, sin que importen las condiciones y los individuos que se pudieron formar; lo cual muestra que la naturaleza independiente de la idea es la que determina su curso en el marco del fenómeno. Por esta vía se obtienen realmente formas en todos los diferentes géneros de existencia y de espiritual producción,

en las que se refleja alguna faceta de eternidad y cuya intervención en la vida produce nuevas apariencias.

En el mundo material, y puesto que siempre es un camino seguro en la investigación de lo espiritual el seguir de cerca las analogías del mundo físico, no se puede esperar el nacimiento de tan importantes nuevas formas. Las diferencias de organización han encontrado ya las suyas de modo permanente, y aunque estas diferencias nunca agotan su orgánica individualidad dentro de tales formas, sus delicados matices no son directamente visibles y apenas si lo son, asimismo, en su actividad sobre la formación espiritual de la cultura. La creación del mundo material tiene lugar de una sola vez en el espacio; la del mundo espiritual o de las ideas se lleva a cabo paulatinamente en el tiempo, o bien la creación primera encuentra antes su punto de reposo, sobre el que la creación se desvanece en la uniforme reproducción. Pero la vida orgánica está más próxima a la vida del espíritu que a su forma y a su estructura material, y las leyes que rigen a las dos son aplicables presta y recíprocamente. En un estado de sano vigor resulta esto menos evidente, aunque con mucha probabilidad, incluso en tal condición, ocurren cambios de circunstancias y de dirección, los cuales obedecen a ocultas causas que determinan de una y otra manera, época tras época, la vida orgánica. Pero en un estado de vida anormal, en situaciones enfermizas, existe incontestablemente una analogía de direcciones que súbitamente o poco a poco surge sin causas explicables, que parecen obedecer a sus propias leyes y que remiten a una misteriosa conexión de las cosas. Todo lo dicho queda confirmado por múltiples observaciones, aunque tal vez sólo se logre tardíamente el empleo histórico de ellas.

Cada individualidad humana es una idea enraizada en la realidad, y en algunos individuos brilla tan radiantemente que la idea parece haber adoptado sencillamente la forma individual para revelarse. Cuando se despliega la actividad humana, después de la deducción de todas sus

determinantes causas, se rezaga algo original que en lugar de sofocar aquellas influencias antes bien las reorganiza, y en el mismo elemento se halla un esfuerzo permanentemente activo para proporcionar existencia exterior a su interna e individual naturaleza. No ocurre de modo distinto con la individualidad de las naciones y en muchos sectores de la historia es más perceptible el impulso interno en ellas que en los individuos, puesto que el hombre en ciertas épocas y bajo determinadas condiciones se desarrolla, por decirlo así, organizándose en hordas. El principio espiritual de individualidad sigue, por lo tanto, operando en medio de los acontecimientos históricos de las naciones, guiado por la necesidad, la pasión y, según parece, por el azar, y resulta más poderoso que aquellos elementos. Este principio busca la manera de proporcionar espacio a sus ideas innatas y lo logra como lo hace la más tierna planta, que mediante su orgánico crecimiento rompe la maceta que la aprisiona. Y esto lo lleva a cabo dicho principio bastante antes de que las influencias de los siglos se opongan a ello. Además de la dirección que naciones e individuos imprimen por sus acciones al género humano, unas y otros dejan atrás formas de espiritual individualidad que son más duraderas y eficaces que los acontecimientos y sucesos.

Pero existen también formas ideales, las cuales, sin ser propiamente individualidades humanas, sólo de un modo indirecto se refieren a ellas. Las lenguas se hallan en este caso, pues aunque el espíritu de la nación se refleja en cada lenguaje, cada uno de éstos tiene también una base más libre, más independiente, y su propio carácter y su interna conexión son tan poderosos y determinantes que su independencia resulta más influyente que influenciable; de suerte que cada lengua importante aparece como una peculiar forma de creación y comunicación de ideas.

De un modo, incluso más puro y completo, adquieren existencia y validez las eternas ideas primordiales de todo eso: la belleza en todas las formas corpóreas y espirituales, la verdad en la inevitable actividad de cada fuerza, de

acuerdo con su innata ley, y la justicia en la inexorable marcha de los sucesos a los que eternamente juzga y sanciona.

Para el humano juicio, que no percibe de inmediato los planes trazados con vista al gobierno mundial, pero que puede adivinarlos únicamente en las ideas, a través de las cuales se revelan ellos, toda la historia es, por consiguiente, la realización tan sólo de una idea y en ésta reside al mismo tiempo la fuerza y la meta. Y de este modo uno alcanza adentrarse meramente en la contemplación de las creativas fuerzas, buscando las causas finales a las que el espíritu naturalmente aspira, a lo largo de un camino más correcto. El objetivo de la historia sólo puede ser la realización de la idea descriptiva mediante el género humano, recurriendo a todas las figuras y direcciones en que la finita forma puede combinarse en la idea. El curso de los acontecimientos únicamente puede interrumpirse allí donde la una y la otra no se encuentran ya en estado de mutua compenetración.

Así, pues, hemos llegado a las ideas que deben guiar al historiógrafo, y podemos ahora regresar a la comparación entre él y el artista utilizada páginas atrás. Lo que para éste es el conocimiento de la naturaleza, el estudio de la estructura orgánica, es para aquél la investigación de las fuerzas presentes en la vida, en tanto que operantes y directoras; lo que para el artista son la proporción, la simetría y el concepto de la pura forma, son para el historiógrafo las ideas que se despliegan serena y grandiosamente en el nexo de los acontecimientos mundiales, sin pertenecer, no obstante, a ellos. El quehacer y oficio del historiógrafo, en su última y, sin embargo, más sencilla solución, es la representación del esfuerzo de una idea en su lucha por alcanzar existencia en la realidad. Porque no siempre la idea lo logra en el primer intento y no pocas veces se bastardea en tanto que no consigue dominar absolutamente la materia activamente resistente, reaccionante.

Dos cosas se ha intentado mantener firmemente duran-

te el curso de esta indagación: que en todo lo que acontece actúa una idea que no es inmediatamente perceptible; pero que esta idea sólo puede ser conocida en los eventos mismos. El historiógrafo debe, por tanto, no excluir el poder de la idea de su representación mediante la búsqueda exclusiva de todo en el elemento material; cuando menos debe dejar espacio para la acción de ella, y debe ulteriormente, prosiguiendo camino adelante, predisponer su espíritu para la recepción viva de la idea y mantenerlo abierto a la percepción y reconocimiento de la misma. Pero, sobre todo, debe guardarse de atribuir a la realidad las arbitrarias ideas creadas por él mismo y no sacrificar alguna de la viva y activa riqueza de las partes en la busca de la coherencia de la totalidad. Esta libertad y sutileza en su modo de ver las cosas debe convertirse en una parte tan distintiva de su naturaleza, que él las utilizará y traerá a cuento en el examen de cada suceso; porque ningún evento está separado por completo del nexo general de las cosas y cualquiera parte de lo acontecido, como se mostró páginas arriba, se encuentra fuera del círculo de la inmediata y directa percepción. Si el historiógrafo carece de esta libertad de opinión no reconocerá a los acontecimientos en su extensión ni en su profundidad; si carece asimismo de una fina y adecuada sensibilidad atentará contra su simple y viva verdad.

2. ORIGEN Y PROCEDENCIA. SOMERA CRÍTICA

La única vez que Leopoldo Ranke publicó sus observaciones técnicas en relación con el carácter de la historia y de las ciencias históricas fue al ocupar en 1836, en la Universidad de Berlín, su cátedra de historia. El discurso inaugural fue todo un acontecimiento y versó "Sobre las afirmaciones y las diferencias entre la historia y la política." [1] Empero Ranke comenzó muchos de sus cursos con observaciones teóricas generales. En el invierno de 1831-1832 dedicó todo un curso completo al *Estudio de la Historia.*

Las observaciones de Leopoldo Ranke sobre la teoría y el conocimiento históricos están sepultadas bajo las extensas y numerosas notas de lecturas que dejó después de su muerte. Nosotros incluimo aquí siete selecciones, de la número III a la IX, de dichas notas, en las cuales defiende el historiador la autonomía de la historia contra las exigencias absolutistas de la filosofía dieciochesca de la historia. No es precisamente Ranke en este punto crítico original, si bien insiste y amplía las observaciones del ensayo aquí incluido de Humboldt (núm. II). La filosofía, explica Ranke en su manuscrito de 1830, inserto aquí por nosotros (núm. III), [2] procede a través de la percepción de lo particular. El filósofo falla al no poder aprehender la concreta realidad viviente de los individuos que componen la historia, la cual nunca puede ser caracterizada mediante una sola idea o una palabra, o circunscrita por un concepto. En cambio el historiador se concentra en el genio original, que se expresa en cada individuo, y no pierde de vista, observando con ojos bien abiertos, lo general. A diferencia del filósofo ilustrado no se acercará a lo particular con ideas pre-

[1] Traducción incluida por W. Roces en su edición de Leopoldo von Ranke, *op. cit.*, p. 509-511.

[2] Publicado por primera vez en la edición de Alfred Dove de la *Weltgeschichte,* Introducción a la parte IX, sección II, Leipzig, 1888, p. VII-XI. Originalmente la conferencia fue dictada en latín, posteriormente el propio Ranke la tradujo al alemán.

concebidas; más bien lo particular le revelará al historiador lo general a causa de que las externas manifestaciones de cada individualidad descansan sobre una base espiritual y poseen un contenido semejante. De modo distinto al filósofo, el historiador se atiene a los hechos. Intenta comprender la totalidad sin menospreciar la actividad investigadora de lo particular: percepción de la conexión general de los acontecimientos e investigación particularizada de los mismos (núm. IX).[3] Lo particular, sugiere Ranke en dicha sección nueve, está siempre ligado a un contexto mayor. El método crítico y una amplia síntesis pueden y deben ir siempre juntos en la investigación histórica y en la redacción. Sin una visión general la investigación sería estéril.

En la "Introducción a un curso sobre historia universal" (núm. VI)[4] rechaza el historiador alemán un puro método orientado exclusivamente a los hechos, concentrado en su mayor parte en lo externo. Rechaza los métodos tradicionales o teóricos; pasa revista crítica a las ideas de Fichte y Hegel respecto a que la razón rige al mundo; es decir: la conciencia espiritual de su libertad, la cual se concretará todo lo que se quiera, pero que, pese a ello, no será suficiente para la investigación histórica. En su ensayo sobre la idea de la *historia* universal (*Idee der Universalhistorie*) (núm. IV[5] expone Ranke con mayor detalle y claridad las implicaciones metodológicas. El historiador puede abordar lo general a través de lo particular a causa de que él reconoce algo infinito, algo eterno en cada existencia, en cada condición humana, en cada ser que viene de Dios, lo cual constituye su principio vital. Al igual que Humboldt, Ranke cree que el historiador debe de ir más allá de las manifestaciones externas de los fenómenos históricos para aprehender los principios esenciales que se le revelan a su contemplación crítica. En un último análisis cada unidad es espiritual (*geistig*), y justo por causa de su espiritualidad, es capaz de "espiritual apercepción". El camino hacia ésta comienza con la confrontación crítica de la realidad histórica, tal y como ella se manifiesta en los documentos disponibles. Pero esto no acaba aquí, Ranke apela al historiador para que éste tenga un amplio interés universal en todos los aspectos

[3] *Apud* A. Dove, *op. cit.*, p. XIII-XVI.

[4] "Einleitung zu einer Vorlesung über Universalgeschichte", editado por Eberhard Kessel en *Historische Zeïtschrift*, vol. CLXXXVIII, 1954, p. 304-307

[5] *Ibidem*, p. 290-301.

de la vida social e intelectual y no meramente, como se acostumbraba entonces, en la temática política y guerrera. El historiador debe buscar el nexo causal de los acontecimientos teniendo cuidado de no proyectar una extraña imagen sobre el pasado. La observación de los mismos eventos pone en evidencia su interna conexión. Objetividad significa imparcialidad; esto es, se exige del historiador que reconozca ambas partes, en cualquier conflicto, en sus propios términos. *Audiatur altera pars* (óigase a la otra parte) era el santo y seña de la jurisprudencia romana y que Ranke hace suyo para poder *comprender* las dos partes en conflicto antes de juzgarlas. Considerando el análisis formal, la tarea de la historia era la misma que la de la filosofía; a saber: comprensión de las últimas cosas. "Si la filosofía fuera lo que debe ser —escribe Ranke— y si la historia fuera completamente clara y completa, entonces coincidirían ambas entre sí." Pero la historia se aproxima al problema de la coherencia de la historia universal *confrontando* la realidad, no como la filosofía ilustrada que la subordina a un esquema. De modo distinto a la filosofía, la historia reconoce que la solución al enigma de la historia mundial es solamente conocida de Dios; los hombres únicamente pueden adivinar su curso, ver la marcha desde lejos. Finalmente Ranke, siguiendo a Hegel, declara —no importa repetirlo— que la India y la China pertenecen más que a la historia a la historia natural.

En la sección intitulada "Final de la Introducción al Curso de Historia Moderna" (núm. v) [6] insiste Ranke en la diferencia entre filosofía e historia y sostiene que esta última finca la vida espiritual en el supuesto de su necesidad, lo que también hace la primera; pero asimismo la percibe en su desarrollo y aparición fenoménica. La historia se apoya indudablemente en los hechos; pero los comprende y posee espiritualmente.

En la primera conferencia del 25 de septiembre de 1854, cuya primera parte lleva este significativo título, "Cómo se ha concebido la idea de 'Progreso' en la historia" (núm. VIII), [7] y que

[6] "Schluss einer einleitung zur Vorlesung uber neueste Geschichte", *apud* A Kessel, *op. cit.*, p. 303-304.

[7] "Wie der Begriff 'fostschritt' in der Geschichte aufzufassen sei", en *Weltgeschichte*, *op. cit.*, p. 1-9. La segunda parte, "Was von den sogenannten leitenden Ideen in der Geschichte zu halten sei" ("Qué se ha de considerar acerca de las llamadas ideas directrices en la historia") va seguida de un breve diálogo entre el rey y Ranke.

Ranke pronunció ante el rey de Baviera Maximiliano II, pone el mayor énfasis en lo individual como una entidad irreductible a lo largo del proceso histórico. Aquí, como en otras secciones ya tratadas, Ranke rechaza una filosofía de la historia que ve las épocas históricas como escalones de un gran proceso cósmico. "Cada época —como él escribe— está inmediata a Dios y su valor no se basa tanto en lo que de ella se deriva, sino que descansa en su propia existencia, en sí misma." Este énfasis sobre la objetiva igualdad de todas las épocas históricas aparece por contraste frente a la afirmación rankeana (núms. III y VII) de que sólo ciertas épocas y naciones (las cristiano-europeas, por supuesto) merecen la atención del historiador. En las selecciones VIII y IX busca Ranke la manera de reconciliar la individualidad espontánea y la libertad con el papel importante que representa la necesidad. Y por lo que toca estrictamente a la selección VIII, Ranke rechaza la teoría de la idea que reduce a la humanidad a un mero esquema, a una sombra. La idea directriz es para Ranke la tendencia dominante en cada siglo. Ciertas ideas directrices o grandes tendencias dan constantemente una coherencia a la historia; empero, tales tendencias no pueden ser de hecho descritas sino solamente subsumidas bajo un concepto. El género humano lo ve históricamente, a diferencia de Hegel, como un desarrollo múltiple, como un proceso no unificante.

La selección séptima está constituida por el famoso y citadísimo prefacio a la primera edición de las *Historias de los pueblos latinos y germánicos* (1824). La idea dominante en dicho prefacio (núm. VII) [8] es que los pueblos latinos y germánicos constituyen una unidad mucho más significativa históricamente que el concepto geográfico de Europa, o el de civilización cristiana o católico-romana. El meollo de la historia moderna se encuentra en las historias de los pueblos germánicos y latinos, y el libro de Ranke, que recoge estas historias, marca la serie de vicisitudes y los años cruciales que motivaron el desarrollo de las naciones europeas, con las cuales comienza la llamada historia moderna.

"Los grandes poderes" (núm. X), [9] nos parece que fue el

[8] En *Samtliche Werke*, Leipzig, 1873-1890, vol. XXIII, p. V-VIII.

[9] "Die grossen Mächte" (o "Grandes potencias"), en *Rankes Meister Werke*, vol. X (Kleinere Schriften). Munich-Leipzig, Duncker & Humblot, 1915, p. 425-482.

plan o bosquejo sobre el cual escribió, ampliándolo, su *Historia Universal* (1880-1888). Sobre todo coinciden el plan y el desarrollo posterior en la presencia de las llamadas ideas directrices o tendencias históricas. La historia está constituida por numerosas fuerzas espirituales que se suceden, interaccionan y entran en conflicto entre sí no sólo en cuanto Estados constituidos por un afán de predominio y poder, sino más fundamentalmente como choque de fuerzas espirituales creadoras y como energías morales en pugna. Estas fuerzas espirituales, tan conflictivas, no pueden ser abstractamente definidas, pero sí pueden ser observadas. Se trata de un verdadero drama que puede ser contemplado en sus momentos individuales; de esta manera lo particular histórico lleva siempre implícito dentro de sí lo general.

Ranke observa el orden que impera y opera en la historia, el cual se traduce históricamente en la *balanza de poder* (*Cui adhaereo prae est*, según la famosa expresión),[10] que se convierte en el instrumento político-diplomático mediante el cual mantener el equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias europeas. Ranke examina cuidadosamente la historia de las relaciones internacionales desde la época de Luis XIV a la restauración posnapoleónica; observa las recurrentes y reiteradas amenazas contra el orden (balanza de poder) y reflexiona sobre las fuerzas, siempre actuantes, que dentro del sistema conducen al restablecimiento del orden legítimo (idea directriz) donde quiera que haya sido temporalmente amenazado o turbado. Ranke cree que este juego de poder continuará indefinidamente y, por ello mismo, se opone al establecimiento de un gobierno mundial o a la hegemonía de una potencia sobre el resto del mundo. El que tal posibilidad llegara a realizarse ensombrece el ánimo de Ranke y le hace pensar que ello resultaría desastroso para el género humano; porque una mezcla de todos los Estados aniquilaría la esencia de cada uno de ellos. La posibilidad de progreso, del cambio y desarrollo fecundo, que es lo que tipifica a las naciones de Europa, se basa en la multinacionalidad europea: lección de Ranke que el fascismo alemán no quiso aprender. El futuro del mundo descansa sobre la constante diversidad, que sólo puede lograrse mediante la activación continua de la balanza de poder. Como cosa notable hay que advertir, que en este ensayo Ranke nos da una explicación de la Revolución Francesa que, como vimos en la segunda parte,

[10] Véase sección x, nota 16.

no era la tradicional de su tiempo. En lugar de derivarla de la situación general de Francia, Ranke —vale la pena repetirlo— sostiene que fue provocada por el cambio repentino que desde el siglo XVII se había operado en las relaciones de Francia con las potencias nórdicas y con Rusia.

Como se trata de un texto de historia política y no, como los anteriores, de teoría de la historia, nos hemos visto obligados a incluir un gran número de notas para esclarecer o iluminar el texto. Desde luego podrían parecer obvias tales notas; pero las hemos incluido pensando como siempre en el nivel científico de nuestros alumnos facultativos y en el nivel medio intelectual de los lectores no profesionales.

El "Diálogo Político" constituye nuestra última selección de textos rankeanos (núm. XI).[11] Representa este diálogo, literaria e históricamente arbitrado, un análisis abstracto en extremo de la teoría absoluta del estado. Para Ranke el estado es una cosa viva, una individualidad única en sí misma, una fuerza espiritual que no proviene, sin embargo, de altos principios. La política en abstracto no tiene, por eso, una significación. Las instituciones, como pensaba Montesquieu y acepta Ranke, no pueden ser trasplantadas de un estado a otro, y lo ejemplifica con el intento francés de copiar el sistema de enseñanza prusiano, sin caer en la cuenta del fundamento espiritual religioso (luteranismo) de la mayor parte de los pueblos germanos.

Leopoldo Ranke, enemigo declarado, como Fichte, de la Revolución Francesa, fue un hombre extremadamente conservador, para quien el estado lo era todo y el individuo nada o casi nada. Frente a la leviatanesca u hobbeiana idea del estado, en donde la guerra es de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*), que supone, a fin de cuentas, la destrucción del todo y la parte, de todos y cada uno, lo cual obliga, en aras de la conservación, a la coacción de un contrato o dejación de derechos, Ranke siente la necesidad de un estado fuerte, creación original de la mente humana y substancialmente espiritual. Según él, sería ridículo explicar la existencia del estado por el beneficio económico o por la seguridad. Sin embargo, a dos años del éxito del *Zollverein*, Unión Aduanera Alemana (1834), Ranke insiste, naturalmente,

[11] "Politisches Gespräch (1836)", *Samtliche, Werke*, vol. XLIX, p. 314-339.

en la unificación de los estados germanos como la mejor y única solución para la patria grande que las nuevas generaciones y los nuevos intereses económicos y políticos exigían. El poder público no descansa sobre un contrato y el conflicto entre él y la moral, de hecho, no existe supuesto que el estado es una idea de Dios realizada en los hombres.

Las guerras que sostenían los estados entre sí son juzgadas por Ranke como expresiones de la moral combativa; pocas guerras podrían señalarse en las que la victoria final de uno de los contendientes no hubiera estado sostenida por una genuina energía moral. La guerra pone a prueba el vigor ético y tensa la fuerza moral de las naciones.

De las nueve selecciones rankeanas traducidas e incluidas por nosotros en el texto, la número III, la VII, la VIII y la X habían sido traducidas anteriormente por Wenceslao Roces, y publicadas en la edición de Ranke ya citada. El hecho de que hayamos considerado necesario realizar unas nuevas versiones de dichas selecciones no se debe a que las de Roces no sean correctas, sino al hecho de que pensamos que era más expedito trabajar por nuestra cuenta que llevar a cabo los un tanto o un mucho engorrosos trámites de solicitación de permisos de derechos de autor, de editorial y demás. Por supuesto, las selecciones restantes son la primera vez que se traducen al español y lo mismo ocurre con las dos primeras pertenecientes a Guillermo de Humboldt.

Como en el caso anterior ("Los grandes poderes") hemos añadido al texto del "Diálogo político" bastantes notas y la justificación de tal tarea esclarecedora es la misma que ya apuntamos en páginas atrás.

Leopoldo Ranke en su atuendo de Consejero Real.

SELECCIÓN III

[DE HISTORIA Y FILOSOFÍA]
(Manuscrito de 1830)

Con frecuencia se ha observado un cierto antagonismo entre una inmadura filosofía y la *historia*. Mediante apriorísticos pensamientos se han deducido conclusiones sobre lo que debiera ser. Sin reparar que tales pensamientos están expuestos a muchas dudas, se ha intentado buscarlos de nuevo en la *historia* del mundo. De la infinita cantidad de hechos se han elegido entonces aquellos que parecían dar fe de aquellas ideas. Pero estos escritos históricos, así conformados, son los que constituyen la llamada filosofía de la historia. Una de las ideas con la que la filosofía se confronta siempre, con apremiante e irrefutable exigencia, a la *historia*, es que el género humano avanza ininterrumpidamente por la vía del progreso en un continuo desarrollo hacia la perfección. Fichte, uno de los primeros filósofos en este renglón, admitió cinco épocas, un plan mundial, como él dice: razón dominante mediante el instinto, razón dominante por medio de la ley, emancipación por obra de la autoridad de la razón, razón científica, razón artística; o bien: inocencia, pecaminosidad incipiente, pecaminosidad consumada, justificación incipiente y justificación consumada; épocas que en la vida de un individuo pueden haberse dado. Si en cierto modo fuese verdadero este esquema u otro semejante, entonces la historia tendría que proseguir por el camino del progreso que la raza humana ha tomado de una época a la siguiente. El tema y materia totales de la historia serían entonces el desarrollo de semejantes ideas tal y como ellas aparecen en el mundo de los fenómenos. Sin em-

bargo, éste no es ni con mucho el caso. Es decir, los mismos filósofos son de diferente parecer acerca de la naturaleza y selección de aquellas ideas supuestamente dominantes. Pero después, con prudencia, sólo toman en consideración a unos pocos pueblos de la historia universal, considerando la vida de todo el resto como nada, como un mero suplemento. Por otra parte, ni por un instante se les podía ocultar que los pueblos del mundo, desde el principio hasta el día de hoy, se han hallado en las más diversas situaciones.

Para llegar a conocer las cosas humanas existen dos caminos: el del conocimiento de lo particular y el de la abstracción. Uno es el camino de la filosofía; otro el de la historia. No hay otras vías e inclusive la Revelación incluye a ambas: doctrinas abstractas e *historia*. Estas dos fuentes de conocimiento han de quedar, por tanto, muy bien definidas. No obstante, yerran asimismo aquellos historiadores que examinan meramente toda la *historia* como un monstruoso agregado de hechos que confiar a la memoria; por donde sucede que lo particular queda enhebrado a lo particular y solamente por medio de una moral general se conservan juntos. Soy antes bien del parecer que la ciencia histórica al alcanzar su máxima perfección será hábil y animosa por sí misma para crear su propia vía de investigación y contemplación de lo particular, elevándose a una visión general de los acontecimientos y al reconocimiento de su trabazón objetiva.

En mi opinión dos son las cualidades necesarias para formar a un auténtico historiador. Principalmente una participación y goce en lo particular en y por sí mismo. Si se tiene una real inclinación por la raza de estas multiformes criaturas, de la que nosotros mismos somos parte —de este ser que siempre es el mismo y siempre distinto, que es tan bueno y tan malo, tan espiritualmente noble y tan bestial, tan civilizado y tan tosco, tan en extremo encaminado hacia lo eterno y tan sumiso ante el instante, tan feliz y tan siniestro, satisfecho con poco y ardiendo de deseo por todo— y si se muestra una pasión por el fenómeno viviente

del hombre por antonomasia, uno se alegrará viendo como él ha procurado siempre vivir sin reparar en el curso de los acontecimientos; se esforzará en seguir de cerca, atentamente, las virtudes a las que él aspiraba, las imperfecciones que en él se perciben, su fortuna e infortunio, el desarrollo de su naturaleza bajo tan diversas condiciones, sus instituciones y costumbres. Y para abarcarlo todo, se incluirá también a los reyes, bajo los cuales han vivido las generaciones, la sucesión de los acontecimientos y el desenvolvimiento de las principales empresas, todo sin ulterior propósito, solamente por el goce ante la vida individual, así como uno goza de las flores sin pensar en ellas, sin intentar saber a qué clase pertenecen de acuerdo con la clasificación de Linneo, [1] o a qué género y especie según Oncken, [2] o para decirlo muy brevemente: sin pensar cómo la totalidad se manifiesta en lo particular y concreto.

Sin embargo, esto no es suficiente; es necesario que el historiador mantenga abiertos sus ojos para lo general. A diferencia del filósofo él no tendrá ideas preconcebidas, sino que de la contemplación de lo particular se le irá mostrando el curso que, en general, ha tomado el desarrollo del mundo. Pero este desarrollo no se refiere a conceptos generales que en tal o cual época pueden haber predominado, sino que se refiere absolutamente a cosas diferentes. No hay ningún pueblo sobre la tierra que se haya hurtado al contacto con otros. En esta relación, que depende de su propio carácter, es en la que entra un pueblo en la historia universal, y es esta peculiaridad la que debe ser puesta de relieve en la *historia*. Ahora bien, algunos pueblos de la tierra han adquirido más poder que otros y han ejercido ante todo una acción decisiva sobre el resto. Por consiguiente, de ellos irradian especialmente las transformaciones que para bien o para mal ha experimentado el mundo. En virtud de lo cual

[1] Carlos Linneo (o Carolus Linnaeus). Naturalista sueco (1707-1778), famoso botánico a quien se debe la clasificación de las plantas en veinticuatro clases.

[2] Lorenzo Oncken (1779-1851), naturalista alemán.

no fijaremos nuestra atención sobre los conceptos que algunos hombres parecen haber asumido como fuerzas dominantes, sino a los propios pueblos que han destacado activamente en la *historia*; la fijaremos también sobre las influencias que recíprocamente han ejercido entre ellos; sobre las luchas que entre sí sostuvieron; sobre el desarrollo alcanzado en medio de estas relaciones amistosas o guerreras. Porque sería infinitamente falso buscar sólo el operar de las fuerzas brutales en las luchas de lo poderes históricos y, pues, asir únicamente lo transitorio del fenómeno. Ningún Estado ha existido nunca sin un fundamento espiritual y sin un psíquico contenido. En el poder en sí aparece una esencia anímica, un genio original que tiene su propia vida, cumple más o menos con sus propias condiciones y se crea su propia esfera de acción. La misión de la *historia* consiste en la observación de esta vida, la cual no se deja caracterizar mediante un pensamiento o una palabra. El espíritu que se manifiesta en el mundo no es de naturaleza tan conceptual; todos los límites de su existencia llena él con su presencia; nada en él hay de accidental, sus manifestaciones tienen fundamento en todo.

SELECCIÓN IV

IDEA DE LA HISTORIA UNIVERSAL
(Manuscrito 1830)

Introducción

La *historia* se distingue así de todas las otras ciencias en que ella es al mismo tiempo arte.

Es ciencia en tanto que colecciona, encuentra, penetra; arte, supuesto que configura y describe nuevamente lo que ella ha encontrado y reconocido.

Otras ciencias se contentan sencillamente con registrar lo hallado; a la *historia* pertenece además la facultad de recrear.

Como ciencia está emparentada con la filosofía, como arte con la poesía. La diferencia estriba en que la filosofía y la poesía se mueven, de acuerdo con su naturaleza, en el elemento ideal, mientras que la *historia* no puede prescindir de la realidad. Si se asignase a la filosofía la tarea de penetrar la imagen aparecida en el tiempo, tendría que examinar a fondo la causalidad y se aplicaría a la conceptualización del corazón de la existencia: ¿Y acaso la filosofía de la historia no es también historia? Si la filosofía de la historia diese como objetivo a la poesía el reproducir de nuevo la vida pasada, entonces sería *historia.*

La historia no se distingue de la poesía y filosofía respecto a su capacidad, sino por el sujeto material dado que se impone y queda sometido a lo empírico. Ella reúne a ambas con un tercer elemento que propiamente sólo es suyo. Ella no es ni la una ni la otra; pero exige una unión de ambas

activas fuerzas del espíritu bajo la condición de que las dos, filosofía y poesía, dejen de ocuparse de lo ideal y se dediquen ahora a lo real.

Hay naciones que no tienen habilidad para enseñorearse de tales elementos. Los indios asiáticos tenían filosofía y poesía; pero no tenían historia.

Es raro cómo ella se desarrolló entre los griegos a partir de la poesía y se desprendió de ésta. Los griegos han tenido una teoría de la historia que, aunque ni de lejos igualaba a su práctica, siempre fue, pese a todo, importante. Los unos han realzado más el carácter científico, los otros el artístico; pero ninguno ha negado la necesidad de unir ambas tendencias. La teoría se mueve entre ambos elementos y no puede decidirse por ninguno. Incluso Quintiliano [1] expresa: *Historia est proxima poetis et quodammodo carmen solutum.* [2]

En los tiempos modernos, en casos dudosos, o se ha dispuesto únicamente del elemento real o bien sólo de la ciencia como obligado principio. Se ha llegado al extremo de hacer desaparecer a la historia por considerarla como una parte de la filosofía. Sin embargo, ella debe ser, como hemos dicho, ciencia y arte a la vez. Nunca es lo uno sin lo otro; empero bien puede por de pronto adelantarse más en la ciencia o bien hacerlo prontamente en el arte. En lecciones de cátedra puede naturalmente aparecer sólo como ciencia; precisamente por esto es necesario que nos resolvamos a manejar por ahora la idea de la *historia.*

El arte se apoya en sí mismo: su existencia prueba su validez; por el contrario la ciencia debe ser trabajada cabalmente hasta alcanzar el fondo conceptual, hasta que se haga diáfana lo más interno de ella.

Por esto deseo hacer clara la idea de la *historia* universal en algunas lecciones preliminares —procederé mientras

[1] Marco Fabio Quintiliana (¿35-96?) nació en Calahorra, Hispania, retórico clásico y autor de las rebuscadas *Instituciones oratorias.*

[2] "La Historia colinda con los poetas y de alguna manera con un poema libre" [amétrico].

tanto con el histórico principio, con la extensión y con mi . . . [?] [3]

1. *Del principio histórico*

Hablan acerca de lo que justifica el esfuerzo del historiador en sí mismo. No con respecto a la vida. Su esfuerzo es reconocidamente necesario y sobre su utilidad sería inútil hablar, puesto que nadie la pone en duda. La sociedad, la interconexión de las cosas la favorecen. Pero nosotros debemos colocarnos sobre un punto de vista superior; buscamos establecer relación con lo más alto para justificar nuestra ciencia contra la pretensión de la filosofía; inquirimos por un principio mediante el cual le corresponda de suyo a la historia una vida única; para concebirlo deseamos considerarla en su conflicto con la filosofía. Por el camino de la especulación hablamos de los resultados alcanzados por la filosofía, la cual pretende ejercer dominio sobre la *historia.*

¿Pero cuáles son estas pretensiones? Fichte, entre otros, las ha postulado así:

> Si el filósofo ha de deducir los fenómenos que son posibles en la experiencia de la unidad de su supuesto concepto, resulta claro que no necesitará en lo absoluto de ninguna experiencia para su trabajo, y permaneciendo libre dentro de los límites de la filosofía, sin consideración por ninguna experiencia, debe poder describir, sencillamente *a priori*, la totalidad del tiempo y todas las posibles épocas del mismo *a priori.*

Él exige a la filosofía: una idea unificada de toda la vida, que se divide en diversas épocas, cada una de las cuales es comprensible lógicamente o lo son entre sí, recíprocamente, y asimismo cada una de estas especiales épocas es de nuevo una idea unitaria de una especial era: la cual se manifiesta en variados fenómenos.

[3] Se interrumpe el manuscrito con una serie de palabras confusas.

De aquí resulta que el filósofo partiendo de una verdad encontrada en cualquiera otra parte y siguiendo una peculiar vía suya se construye toda la *historia*: como debe ella haber transcurrido de acuerdo con su concepto de humanidad. No contento entonces con el curso de lo realmente sucedido, sin ilusión sobre ello y sin llevar a cabo la prueba para saber si su idea es verdadera o falsa, emprende la tarea de subordinar el suceder mismo a su propio concepto. Ciertamente él reconoce únicamente la verdad de la historia si ella se subordina a su idea. En esto consiste la construcción histórica.

Si este proceder fuera correcto la *historia* perdería toda independencia; sería regida sencillamente por una tesis extraída de la filosofía; pero con la verdad filosófica se pararía y decaería. Todo su característico interés desaparecería; todo lo que en ella es digno de saberse tendería solamente a conocer hasta qué punto el principio filosófico se muestra en la *historia*; cómo y en qué extensión tiene lugar el progreso del género humano visto *a priori*; pero en tal caso no tendría para nosotros ningún interés el profundizar en las cosas que han ocurrido; el desear saber cómo el hombre vivió y pensó en general durante determinado tiempo. Un interés tal sólo consistiría en el conocimiento de la totalidad de las vivas ideas que se manifiestan en la historia del hombre; nunca se lograría alcanzar a través del estudio de la *historia* una segura y universal certeza. La única posible diversidad se encontraría en una división de conceptos; en una deducción de los más bajos por los más altos. Es suficiente agregar que la *historia* llegaría a ser dependiente sin un inmanente interés propio y que su fuente vital se secaría. Difícilmente valdría la pena dedicarse a su estudio, puesto que ella estaría ya implícita en (y junto con) el concepto filosófico.

Estas pretensiones han sido ya formuladas por la teología en épocas anteriores; exigencias que sobre la base, sin duda, de una falsa comprensión quisieron también dividir toda la historia humana en unos cuantos periodos basados en el

pecado, la salvación y el reino milenario, o relativos a las cuatro monarquías profetizadas por Daniel.[4] De este modo se quiso capturar la totalidad de los fenómenos mediante unas cuantas proposiciones ínsitas en la Revelación, tal y como la teología entendió a ésta.

Por el uno así como por el otro camino perdería la *historia* todo interés científico; no se podría hablar de ningún modo de un principio de suyo propio y del cual ella viviría.

Pero nosotros observamos que la *historia* permanece en firme y constante oposición frente a estas exigencias; por cierto que inclusive la filosofía no ha podido ejercer su dominio. Por lo que respecta a obras impresas no he encontrado tampoco que cualquier filosofía se haya incluso adueñado o que haya logrado deducir la diversidad de los fenómenos del concepto especulativo; porque a la idea de especulación se le evade y substrae por todos lados la realidad del hecho.

Además, nosotros encontramos que la *historia* se ha opuesto siempre con energía y con todas sus fuerzas a aquellas demandas. De tal manera prueba ella la distintividad de su inherente principio histórico, contrario al filosófico.

Antes de que lo expresemos, preguntémonos primero a través de qué acciones se manifiesta.

En primer lugar la filosofía nos recuerda siempre su pretensión al pensamiento supremo. La *historia*, en su turno, la condición de la existencia. Aquélla pone invariablemente en la balanza todo el peso de su interés por lo universal; ésta lo pone en el interés por lo particular. La primera considera como cosa esencial el progreso (todo lo particular vale únicamente para ella como parte de la totalidad); la segunda torna asimismo, por simpatía, a lo particular. La filosofía está rechazando siempre; coloca en el futuro lejano la situación que ella aprobaría y es

[4] Daniel 7, 2-28.

FACULTAD DE F. Y LETRAS BIBLIOTECA

de suyo, por naturaleza, profética y se siente compelida a ir hacia delante. La *historia* ve el bien y lo benéfico en lo existente, busca comprenderlo y vuelve su mirada hacia atrás.

Ciertamente, en esta oposición una ciencia pasa inmediatamente al ataque contra la otra. En tanto que, como lo hemos visto, la filosofía intenta someter a la *historia*, ésta hace a veces parecidas reclamaciones a aquélla; ella no quiere considerar los resultados de la filosofía como absolutos, sino sólo como fenómenos en relación con el tiempo; asume que la más exacta filosofía está contenida en la historia de la filosofía; a saber, que la verdad absoluta reconocible en el género humano subyace en las teorías que de vez en cuando aparecen, no importa cuánto se contradigan ellas entre sí. La historia da incluso un paso más adelante y acepta que la filosofía, en especial en su definirente procedimiento, es tan sólo la manifestación del conocimiento nacional preexistente en el lenguaje; de esta suerte niega a la filosofía toda su absoluta validez y la concibe bajo otro aspecto. Por esta razón la *historia* tiene a su lado incluso a los filósofos, los cuales solamente admiten, por regla general, todos los sistemas precedentes como pasos, sólo como relativo fenómeno, y confieren absoluta validez únicamente a su propio sistema.

No quiero decir que esto sea así; sólo deseo mostrar que en la histórica visión de las cosas hay un activo principio que siempre se opone al modo filosófico de verla. La cuestión consiste en preguntarse, ¿qué es lo que se halla en el fondo de semejante expresión? Mientras que el filósofo busca lo infinito únicamente en el progreso, en la evolución y en la totalidad cuando contempla a la *historia* desde su propio campo filosófico; la *historia* reconoce un infinito en cada existencia, en cada condición, en cada ser, algo eterno que proviene de Dios, y en esto consiste su principio vital.

¿Cómo podría algo ser sin el fundamento divino de su existencia?

Por eso, como dijimos, la *historia* torna con simpatía hacia lo individual; por eso es válido para ella el particular interés; reconoce lo benéfico, lo existente, se opone al rechazo de la variabilidad e inclusive reconoce en el error la porción de verdad de éste; por tal razón, ella ve una parte del eterno entendimiento en las filosofías anteriormente rechazadas.

No es necesario que probemos por extenso que lo eterno mora en lo particular; éste es el fundamento religioso sobre el cual se basan nuestros esfuerzos. Creemos que nada hay sin Dios y que nada vive sino por medio de Él. En tanto que nos substraemos a las reclamaciones de una cierta restringida teología, conocemos no obstante que todos nuestros esfuerzos brotan de una más elevada fuente religiosa.

Solamente debe uno rechazar esto: que inclusive el esfuerzo histórico tiene que ser dirigido tan sólo a la búsqueda de aquel elevado principio en el fenómeno. Pues bien, de este modo la *historia* se aproximaría demasiado a la filosofía, dado que ella presupondría más bien el principio que contemplarlo.

El mundo fenoménico es incluso elevado, santificado y trascendido a causa de lo que él contiene en y por sí mismo. La historia consagra su esfuerzo a lo concreto, no sólo a lo abstracto que en aquél estuviese contenido.

Una vez que hemos vindicado éste, que para nosotros es supremo principio, tenemos que considerar qué exigencias se derivan de ello en relación con el trabajo histórico:

1. La primera exigencia es puro amor a la verdad. Admitiendo nosotros algo sublime en el acontecimiento (la condición, la persona) que queremos reconocer, concebimos una cierta gran estima por lo que ha acontecido, pasado, aparecido. El primer objetivo es reconocer esto. Si quisiéramos anticipar este reconocimiento a nuestra imaginación, tendríamos incluso que contrariar nuestro objetivo mismo y tendríamos también que examinar el reflejo de nuestras fantasías y teorías. Pero esto no quiere decir que uno deba quedarse simplemente adherido a la apariencia

fenoménica, a su cuándo, a su dónde o a su cómo. Porque entonces capturamos solamente lo exterior, en tanto que nuestro propio principio nos dirige hacia algo interno.

2. Por consiguiente, es necesario un estudio documental penetrante y profundo. Primero nos dedicaremos al estudio del fenómeno, a su condición, a su contorno, por la razón principal de que si lo hiciésemos de otra manera seríamos incapaces de conocerlo; después, a su esencia, a su contenido, porque de acuerdo con el último análisis cada unidad es espiritualmente una y sólo puede ser comprendida mediante la apercepción espiritual. Ésta se establece en conformidad con las leyes, de acuerdo con las cuales el espíritu observante procede con las que determinan la presencia del objeto sometido a la contemplación. Aquí ya puede darse un talento mayor o menor. Todo genio depende de la conformidad o congruencia del individuo con la especie. El productivo principio que la naturaleza formó y creó se opone a lo individual, que reconoce y que a través de él llega a ser claramente autocomprensible para sí mismo. Este don es posible en un mayor o menor grado; pero todo el mundo lo tiene hasta cierto punto. Inteligencia, ánimo y honradez para decir la verdad son suficientes. Cada quien puede esperar descubrirlo y penetrarlo si dedica a ello sus esfuerzos y si realiza sus estudios con imparcialidad y modestia. ¿Empero, qué es la imparcialidad? Esta cuestión nos remite a la tercera exigencia de nuestro principio.

3. Un interés universal. Hay quienes se interesan tan sólo en las instituciones civiles, en las constituciones o bien únicamente en los adelantos científicos, en las creaciones artísticas o en los enredos políticos. La mayor parte de la historia ha tratado hasta ahora de la paz y de la guerra. Pero dado que aquellos rumbos sociales nunca existen separadamente sino siempre se dan juntos, requiriéndose, por cierto, recíprocamente —puesto que, por ejemplo, las tendencias científicas suelen influir tanto en la política exterior como en la interna— debe dedicarse

a todos estos factores un interés proporcional. En caso contrario quedaríamos incapacitados para comprender al uno sin el otro, contrariando así el propósito del conocimiento. En este punto radica la imparcialidad de la que nosotros hablamos. No se trata de una falta de interés, sino más bien el interés en el puro conocimiento; es decir, por el que no está enturbiado por nociones preconcebidas. ¿Pero cómo? ¿Este esfuerzo en procura y penetración de la verdad no nos dividirá simplemente el campo total en partes individuales y nos ocupará tan sólo con una serie de fragmentos?

4. Indagación del nexo causal. En principio debemos contentarnos con una sencilla información que únicamente corresponde al objeto; la original petición habría sido satisfecha siempre que entre los diversos acontecimientos hubiese habido solamente una secuencia; pero entre ellos existe una conexión. Los eventos se tocan y actúan simultáneamente unos sobre otros; lo que precede determina lo que sigue; existe una interna conexión de causa y efecto. Aunque este mismo nexo causal no es determinado por fechas, existe no obstante: él es y porque es debemos intentar reconocerlo. Esta contemplación de la *historia*, que deduce efectos de las causas, es lo que se llama observación pragmática; sin embargo, no deberíamos comprenderla por completo a la manera usual, sino conforme a nuestras ideas.

A saber, desde que la moderna historiografía se constituyó, el pragmatismo, con tal que se refiera a hechos, ha declarado vigente un sistema en el que el principal móvil de todas las cosas consiste en egoísmo y afán de poder. Por lo general, lo que se requiere es el libre examen de las acciones de los individuos, las cuales deducimos como resultado de tales o cuales pasiones del hombre. De este modo la visión total de las cosas recibe un barniz de sequedad, irreligiosidad e insensibilidad que nos lleva a la desesperación. No niego que el egoísmo y el afán de poder sean muy poderosos impulsos y que posean una vigorosa influencia, solamente rechazo que sean los únicos. Ante

todo hay que investigar suficientemente en la genuina información, y hasta el punto en que ello sea posible, para determinar si podemos descubrir los motivos reales de las acciones; pues bien, ello es posible con más frecuencia de lo que uno pudiera imaginar; sólo cuando ya no podamos avanzar más nos será permitida la conjetura. No debe creerse que esto perjudique la libertad de observación; no, cuanto más documentada, más exacta y más rica la investigación tanto más libremente podrá nuestro arte abrirse paso. Únicamente en el elemento de la inmediata e innegable verdad florecerá éste. Sólo los motivos inventados se hacen áridos; los variados y profundos, los derivados de frescas observaciones son los verdaderos. De acuerdo con esto, inclusive nuestro pragmatismo es documentario al igual que el conocimiento general. Incluso puede ser muy taciturno y no obstante muy esencial. Donde los acontecimientos mismos hablan, donde la pura composición manifiesta la conexión, no es necesario utilizar muchas palabras para hablar de ella.

5. Imparcialidad. En la historia universal aparecen como regla dos partidos contendientes. Las luchas que estos partidos llevan a cabo son en verdad diferentísimas, pero están estrechamente emparentadas. Siempre vemos desarrollarse las unas a partir de las otras.

No hay que pensar que ellas lleguen a ser fácilmente olvidadas en el transcurso del tiempo. Existe en el hombre una feliz y firme esperanza sobre el juicio de la *historia*, de la posteridad, al cual apela miles de veces. Pero este juicio no ha sido muy frecuentemente imparcial. No vive dentro de nosotros un interés análogo hacia ese efímero pasado. Con demasiada frecuencia juzgamos al pasado según la situación actual. Tal vez nunca fue tan grave dicha situación como en el presente, en que unos cuantos intereses, que atraviesan de un extremo a otro toda la historia universal y ocupan más que nunca a la opinión general, la dividen en un gran pro y contra.

Esto puede que sea político, pero no es propiamente

histórico. Nosotros, que buscamos la verdad incluso en el error; que consideramos cada existencia como permeada con vida original, debemos ante todo desembarazarnos de dicho yerro. En donde se presente una lucha semejante debemos mirar ambos partidos sobre su propio terreno, en su ambiente, por así decirlo, especialmente en su interna integridad. Debemos comprenderlos antes de juzgarlos.

Se nos objetará que, no obstante, el escritor, asimismo el que describe, debe tener su opinión, su religión, de las cuales no puede retractarse ni escapar.

Se tendría derecho a esta objeción siempre que nos atreviésemos a decir quién tiene la razón en cada conflicto. Es muy posible que nosotros sepamos bien con frecuencia, porque incluso estuvimos en medio de la disputa, por cuál opinión decidirnos; también es muy posible que aquella imparcialidad, que frecuentemente ve la verdad en medio cuando se trata de un conflicto entre dos opiniones discrepantes, llegue a ser imposible para el historiador en tanto que éste se muestre decididamente determinado a sustentar su opinión; pero todo esto tampoco importa. Podemos ver el error ¿pero dónde no existe éste? Sin embargo, no negaremos por ende la realidad de la existencia. Junto al bien reconoceremos en efecto el mal; pero es igualmente un mal intrínseco.

Nosotros no examinamos las opiniones; tenemos que ver con la existencia que tiene muy frecuentemente el más decisivo influjo en las controversias políticas y religiosas. Aquí nos elevamos a la contemplación del carácter esencial de los opuestos y contendientes elementos, y vemos cuán enmarañada y compleja es. No tenemos por qué juzgar en modo alguno sobre el error y la verdad. Únicamente observamos como una forma *(Gestalt)* se levanta junto a otra, una vida al lado de otra vida, una acción cabe a una reacción. Nuestra tarea consiste en penetrarlas hasta llegar al hontanar de su existencia e interpretarlas con absoluta objetividad.

Actualmente hay dos grandes partidos en pugna para los cuales el santo y seña han sido en cierto modo las palabras: movimiento y resistencia. La *historia*: ella se distingue esencialmente de los dos partidos; del que desea una perpetua preservación, así como del que exige un movimiento continuo. Algunos consideran la preservación como el principio jurídico; encuentran una legalidad en la conservación de una reconocida situación, de una ley definitiva; no quieren reconocer que lo que existe se ha formado por la transformación de lo antes existente mediante aniquiladoras luchas. Pero entonces la *historia* dejaría de ser. Ella alcanzaría su meta en alguna parte; no ofrecería, por decirlo así, ninguna legal condición, ninguna que la razón pudiera atacar; una imposible conclusión. Empero, tampoco puede ella aprobar el derrocamiento de lo viejo, como si éste fuera algo completamente muerto, inservible, sin consideración a los intereses locales y particulares. Si ella se muestra ya adversa a la violencia en la contemplación, mucho más se mostrará recelosa en la ejecución. Este demoler y cambiar y de nuevo destruir no es el camino de la naturaleza. Ésta es una situación de interna ruina que se manifiesta de ese modo; es un organismo que ha entrado en conflicto consigo mismo, que por cierto resulta curioso de observar, pero que no es muy alentador. Ciertamente la *historia* reconoce el principio del movimiento; pero como evolución, no como revolución: justo por ello admite el principio de resistencia. La humanidad sólo puede prosperar allí donde ambos principios se equilibran recíprocamente sin incurrir en esas violentas y omnidevorantes batallas. Precisamente por eso, porque ella reconoce ambos principios, es por lo que puede ser justa para los dos. Ni siquiera teóricamente ha de dictaminar sobre la contienda que el pasado le muestra; porque ella sabe muy bien que el combate se decidió de acuerdo con la voluntad de Dios.

6. Concepto de la totalidad. Ahora bien, así como existe lo particular, el nexo de lo uno con lo otro, así también

posee finalmente existencia la totalidad. Si hay una vida, nosotros atrapamos su apariencia; nosotros percibimos la sucesión en virtud de la cual un factor sigue a otro; pero eso no es aún suficiente, porque hay también algo total en cada vida; hay un llegar a ser, una vigencia, un hacerse valer, un perecer. Esta totalidad es tan cierta en cada momento como toda expresión. Nosotros debemos consagrarle toda nuestra atención. En tratándose de un pueblo no podemos preocuparnos solamente de los momentos individuales de sus vivientes expresiones, sino que más bien nos interesaremos en la totalidad de su desarrollo, de sus hechos, de sus instituciones y de su literatura; de suerte que la idea nos habla de tal modo que no podemos negarle en lo absoluto nuestra atención. Cuanto más lejos lleguemos tanto más difícil será alcanzar en efecto la idea; porque también aquí sólo podremos lograr algo mediante exactas investigaciones, actuando paso a paso y por medio de una documental penetración. Si procedemos mediante la inducción, desde lo bien conocido, se trata entonces de adivinación (conocimiento intuitivo); si lo hacemos desde lo poco conocido, se trata entonces de proposiciones filosóficas. Se ve cuán infinitamente difícil llega a ser la situación con la *historia* universal. ¡Qué infinita masa de material; cuántos diversos esfuerzos; cuánta dificultad para abarcar tan sólo lo particular! Puesto que, además de esto, no sabemos mucho, ¿cómo lograremos aprehender el nexo causal por todas partes y menos aún entender la esencia de la totalidad? Tengo para mí como cosa imposible el resolver completamente este problema. Sólo Dios conoce la historia universal. Nosotros conocemos las contradicciones, "las armonías", como expresa un poeta hindú, "son conocidas por los dioses, pero desconocidas para los hombres". Nosotros podemos únicamente adivinarlas, sólo aproximarnos a ellas, pero quedándonos a una enorme distancia. Mas para nosotros existe claramente una unidad, un progreso, un desarrollo.

De este modo llegamos por el camino de la historia al

problema de la filosofía. Si ésta fuera lo que ella debiera ser, si la *historia* fuese perfectamente clara y plena, entonces estarían ambas completamente de acuerdo. La ciencia histórica penetraría a su campo temático con espíritu filosófico. Si el arte histórico consiguiese entonces dar vida a sus temas de investigación y pudiese reproducirlos mediante esa porción de fuerza poética que no imagina nada nuevo, sino que sólo recrea lo emocional, lo erigido con los rasgos de su verdad, se reunirían entonces y al mismo tiempo, según se dijo en un principio, ciencia y arte en su propio elemento.

2. *La esfera de acción de la historia universal*

Es triple: respecto a la secuencia (1), a la simultaneidad (2) y al desarrollo particular (3).

1. Secuencia. En y para sí la *historia* abarcaría la vida total de la humanidad tal y como temporalmente se presenta. Pero de ella es demasiado lo que se ha perdido y nos es desconocido. El primer periodo de su existencia así como los miembros intermedios conectantes están perdidos sin que exista esperanza alguna de encontrarlos.

Podemos hacer notar que la *historia* posee una significación. Si damos por perdidos a los autores de otro género, se puede pasar por alto la expresión de un solo individuo. Pero en un libro de *Historia* se expresan no sólo la existencia y el punto de vista del autor, sino que también lo que nos interesa de dicha obra histórica son las vidas ajenas que ella contiene. Mucho de lo que fue escrito se perdió; otras muchas cosas nunca fueron escritas y todo está amenazado por la muerte. Solamente aquellas cosas que la *historia* ha pensado no están del todo muertas y su carácter y existencia seguirán existiendo en tanto que sean concebidos por el hombre: sólo con la extinción de la memoria sobrevendría propiamente la muerte.

Donde todavía quedan huellas documentales nos sentimos felices. Por lo menos éstas pueden ser comprendidas. Empero ¿cómo, en donde no hay ninguna; por ejemplo en la prehistoria? Sostengo, por consiguiente, que hay que excluir radicalmente a ésta de la *historia* porque contradice el principio histórico, el cual se funda en la investigación documental.

Habría que excluir del todo lo que en la *historia* universal suele ser adquirido de la combinación geológica y de los resultados de la *historia* natural sobre la primera formación del mundo, del sistema solar y de la tierra. Con nuestro método no se necesita nada de esto; lícito es reconocer nuestra ignorancia.

Por lo que toca al mito no puedo negar en general que de vez en cuando contiene quizás un elemento histórico. Pero lo más importante es que él expresa la opinión que un pueblo tiene de sí mismo y del lugar que ocupa en el mundo, etcétera. El mito es importante con tal de que en él se haya formulado lo subjetivo de un pueblo, su pensamiento; pero no lo es por lo que atañe a lo objetivo que en sí mismo pueda contener. Respecto a lo primero resulta muy confiable para la investigación histórica, puesto que tiene un firme fundamento; en relación con lo segundo no acontece lo mismo.

Finalmente podemos, asimismo, dedicar tan sólo una menor atención a aquellos pueblos que todavía hoy permanecen en una especie de estado natural, lo que nos lleva a suponer que es el mismo que desde el comienzo han tenido, que en ellos se ha conservado la condición prehistórica. La India y la China pretenden una gran antigüedad y poseen respectivamente una cronología larguísima. Pero incluso los cronologistas más sagaces no pueden distinguirlas. Su antigüedad es fabulosa. Su condición pertenece más bien a la historia natural.

SELECCIÓN V

FINAL DE LA INTRODUCCIÓN AL CURSO DE HISTORIA MODERNA (?)

Cada momento positivo, aun cuando no tuviese por lo general una significación tan grande, es importante para nosotros porque en sí contiene una modificación de la vida espiritual.

El círculo total de la historia universal se nos cierra y realiza con intelectual contenido: pleno de interna verdad, necesidad y energía, en cuya sucesión hay un progreso inmenso y en cuyo centro nosotros mismos figuramos por de pronto.

Porque ya no se solicita ahora la palabra de cada pueblo. En cambio es ley del Creador el desaparecer; pero el contenido que se ha desarrollado mediante el talento y el empeño de sus fuerzas pertenece al reino de lo imperecedero, del ideal. Asimismo tiene él además una eficaz virtud jamás abatida, una vez que ha sido introducida en aquel grande y al mismo tiempo siempre más aniquilante y anchuroso torrente de la vida espiritual.

En este sentido la historia no es una antinomia, sino una realización de la filosofía. Se diferencia así de ésta porque ella no sólo finca la vida del espíritu en el supuesto de su necesidad, sino que también la percibe en su aparición fenoménica y en su desarrollo. Ella, la historia, es a su esencia según intuición y comprensión. Se apoya firmemente en los hechos; pero en hechos comprendidos y poseídos espiritualmente.

Que esto acontece, pues, en el territorio de la historia, lo tenemos muy particularmente ante los ojos incluso en los acontecimientos más recientes. Aquí tiene toda existencia no sólo un contenido ideal, según consideramos antes, sino que también es la misma en sumo grado consciente. Armado con esta idea uno confronta los límites, en tanto que, además de esto, abarca toda la existencia. Uno se pronuncia por aquello por lo que batalla. Esta penetración de lo real por medio de la idea; la contemplación de las fuerzas espirituales que se desarrollan y enfrentan recíprocamente y que intentan luchar unas contra otras, resulta también aquí particularmente necesaria.

SELECCIÓN VI

INTRODUCCIÓN A UN CURSO SOBRE HISTORIA UNIVERSAL (1840)

No quiero decir que sea necesario; pero es ciertamente útil para una comprensión recíproca que un profesor (*Docent*) indique al comienzo del curso el punto de vista que él tomará, o que piensa tomar en relación con el reino de las ideas generales y respecto al conflicto de las opiniones dominantes que agitan a su ciencia. Consideraremos especialmente el método, que no sólo determina la forma de la exposición de la clase, sino que también ejerce el máximo influjo en el tratamiento de la materia a impartir.

Deseo asimismo anticipar algunas observaciones sobre la concepción científica de la *historia* universal e indicar ante todo algunos procedimientos metodológicos de los cuales difiero.

1ª El antiguo método tradicional o teórico se atiene, ante todo, *a lo externo*. Busca la *fijación del tiempo, lugar, secuencia; en suma, busca establecer lo fáctico de los fenómenos del pasado, hasta penetrar y alcanzar el primer principio y progresar hasta llegar a lo más reciente, apuntándolo todo, meramente recolectando datos, registrándolos principalmente en libros*. Pero este método encuentra así algunas dificultades. Las tradiciones son inseguras, la masa de hechos ilimitada, la impresión infinitamente desconsoladora. Todo lo que uno alcanza a ver, es cómo el más fuerte domina a los más débiles, hasta que nuevamente otro más fuerte cae sobre él y lo aniquila; hasta que finalmente la fuerza llega a nuestro tiempo, la cual seguirá viajando

y operando del mismo modo. Ésta es la idea, tal y como es expresada por Homero: llegará el día en que la sagrada Ilión caerá. Y lo mismo será repetido sobre las ruinas de Cartago. Asimismo lo dirá Mahomet II tras haber conquistado a Constantinopla: siente que todo es vano, tanto lo que destruye como lo que construye; tiene presente a la araña que teje su tela en los aposentos de Constantino.[1] Nada queda salvo el sentimiento de la nadería de todas las cosas y una repugnancia frente a las variadas clases de crímenes con los cuales los hombres se han manchado. Uno no acierta a ver por qué han sucedido tales cosas, por qué estos hombres fueron y vivieron así; inclusive es tergiversada la conexión interna.

Ahora se ha levantado pues la filosofía; pero no en el sentido en que se acostumbraba durante los pasados siglos, donde solamente lo pragmático valía en tanto que filosófico, sino con una más amplia libertad, como lo intentó Fichte y como lo ensayó Hegel con gran vigor. Esta concepción, que se ha perfeccionado durante la época moderna, sostiene la afirmación siguiente: que la razón rige al mundo; pero que lo que ella explica al instante con mayor detalle, es que el propósito del mundo espiritual, que es el mundo sustancial —por consiguiente, el propósito final del mundo para siempre— es, en suma, la conciencia espiritual de su libertad, la realidad de su libertad. Los abogados de esta posición señalan en primer lugar las abstractas definiciones de la naturaleza del espíritu y discuten después acerca de los medios que éste emplea para realizar su idea. Y para no incurrir en la falta que Platón[2] censura en Anaxágoras,[3] el cual afirmaba que la razón, νοῦς,

[1] Se refiere, según parece, al palacio del emperador bizantino comenzado por Constantino el Grande y abandonado tras el saqueo de Constantinopla (1204) por los cruzados. También alude Ranke a Mahomet II (1453) y a la leyenda de la araña en su *Historia Universal* (vol. IX, sec. 1).

[2] Filósofo griego nacido en Atenas (427-438 a. C.), autor de *Diálogos* y *Apología*.

[3] Filósofo griego nacido en Clazomene (Asia Menor), autor (?) de *Sobre la naturaleza*.

domina al mundo, pero que entonces sólo opera sobre causas externas, ellos pasan acto seguido a probar su abstracto principio en lo concreto. Establecen firmemente el desarrollo gradual a través del cual se despliega y realiza el espíritu: inmersión en la naturalidad, parcial separación de la misma y elevación a la pura generalidad; o bien consideran la manera en que estas categorías, que son lógicas por su naturaleza, son concebidas y formuladas más detalladamente en su aplicación a lo concreto. El espíritu del mundo continúa su camino siguiendo un desarrollo necesario, abandonando y sacrificando así lo individual. Él se sirve, como dice Hegel, de una especie de astucia contra los individuos del mundo histórico; les permite llevar a cabo con todo el furor de la pasión su propio objetivo, en tanto que él, el espíritu, se autogenera de este modo. No es éste el lugar para debatir acerca de todos los detalles de este método; pero es asimismo innegable para los inconformes, que en este esfuerzo hay algo en extremo grandioso (ciertamente gigantesco si consideramos la energía que aplica el autor del sistema) y que por eso merece un gran elogio.

Mas, pese a ello, no se puede decir que tal concepción sea suficiente para la investigación histórica. Pero hubo de suyo menos especulaciones filosóficas en sí, de donde la teoría procedía, que reflexiones sobre los hechos conocidos de todos modos y que son diariamente mejor investigados. Puede ocurrir que alguien se resista vivamente a los más seguros resultados de la crítica histórica.

Pero lo esencial es que esta concepción se opone a la verdad de la conciencia individual. Si este punto de vista fuese correcto, el *espíritu del siglo viviría verdaderamente solo; él sería el único actor; incluso los grandes hombres serían instrumentos en sus manos y realizarían lo que ellos mismos no comprendían ni querían. Desde este punto de vista la historia es en verdad una historia de un Dios revelante. Yo, señores míos, creo por mi parte en el que fue, es y será, y en la naturaleza esencialmente inmortal*

del hombre individual, en el Dios vivo y en los hombres vivientes.

Estas dos opiniones constituyen dos distintos modos de tratamiento que sin cesar se desafían mutuamente; la insuficiencia de la primera provoca el gran esfuerzo con que la segunda actúa. Sin embargo, como suele suceder con las oposiciones, ellas resultan asimismo parientes entre sí. La enumeración de las condiciones externas (hombre, número, hechos) tiene cierta similitud con una esquematización introducida desde fuera. Ninguna de las citadas opiniones gana terreno en el interior de la grandiosa substancia histórica.

La tarea queda en cierto modo expresada con dos palabras [alemanas] con las que se designa nuestra ciencia: *Geschichte* o *Historie*. La primera es meramente el substantivo para "lo que aconteció" (*Gescheben*). Lo que ha sucedido debe coincidir por completo con la ciencia. A la inversa, ἱστορία significa originalmente el saber, el conocimiento, el ὅτι, como dijo Aristóteles cierta vez,[4] pero no el διότι, de aquí, por tanto, el mal empleo de la palabra en historia natural [*Naturgeschichte*], que sólo es una traslación. La palabra historia (*Geschichte*) expresa más lo objetivo; la palabra *historia* (*Historie*), la relación subjetiva. Allí el sujeto materia (*Sache*) se eleva a la categoría de ciencia; aquí la ciencia lo acepta (*Gegenstand*) dentro de sí. Ellos coinciden entre sí, o más bien la gran tarea consiste en hacerlos coincidir.

Detengámonos además un momento para saber cómo puede ser quizás alcanzado esto. Desde los tiempos más remotos hasta los más modernos tenemos tablas genealógicas y series de reyes; los antiguos romanos tenían anales de sus magistrados; de los jeroglíficos se desprende y se nos transmite una tradición de imágenes. ¿Constituye ya esto la historia?

Únicamente son monumentos, símbolos mudos y lacónicos. La historia no puede ser transmitida sino mediante

[4] Es decir el *qué* y el *porqué*. En la *Metafísica A*, I, 981 a, 24-30.

el recuerdo y el relato. Así es como, según Dionisio de Halicarnaso,[5] surgió entre los griegos.

En nuestra época se ha puesto el mayor énfasis en la relación de la poesía con la *historia*, lo que obedece a que la primera ha recibido mucho de lo que pertenece a la segunda; pero el carácter distintivo de la ciencia comienza ante todo donde poesía e *historia* se separan.

Los historiadores más antiguos, según Dionisio de Halicarnaso, quienes tenían por lo general las dos en sus manos, hacían dos cosas distintas: recopilaban los registros públicos...[6]

[5] Historiador griego de la época de Augusto, autor de *Arqueología romana*, y muerto el año 8 a. C.

[6] "Aquí se interrumpe —escribe el editor Eberhard Kessel— el manuscrito y, hasta ahora, no se ha hallado el resto."

SELECCIÓN VII

[*EL QUEHACER HISTORIOGRÁFICO*]

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN DE LAS HISTORIAS DE LOS PUEBLOS LATINOS Y GERMÁNICOS

(octubre, 1824)

El libro presente, debo admitirlo de buena gana, me parecía más perfecto antes de ser impreso que ahora cuando ya lo está. Hago votos para que los lectores presten menos atención a los errores del mismo que a sus posibles aciertos.

La intencionalidad de un historiador depende de su punto de vista, acerca de lo cual pueden decirse aquí dos cosas. Ante todo el hecho de que considero a las naciones latinas y germánicas como una unidad. Rechazo tres conceptos análogos: uno, el de cristiandad universal (que incluiría inclusive a los armenios); dos, el de unidad europea, y dado que los turcos son asiáticos y puesto que el imperio ruso comprende todo el norte de Asia, la situación de Europa no sería completamente comprensible sin penetrar y sacar a la luz la situación total de Asia. En tercer lugar, mi punto de vista excluye asimismo el cabal y casi análogo concepto acerca de una cristiandad latina. Las tribus eslavas, latvianas y magiares, pertenecientes a Rusia, tienen una naturaleza especial que no se incluye aquí. El autor permanece estrechamente ligado a lo europeo y sólo estudiará a los pueblos tribalmente emparentados, de origen ya puramente germánico o latino-germánico, cuya historia constituye el núcleo de toda la historia moderna. Lo rela-

tivo a otros pueblos y naciones sólo es abordado de paso y como algo periférico.

En esta introducción se intentará demostrar, principalmente, siguiendo el hilo de las empresas extranjeras, hasta qué punto dichas naciones han desarrollado un movimiento de unidad y parentesco. He aquí, pues, una expresión del punto de vista sobre el que se basa este libro. El otro aspecto viene expresado directamente por el contenido mismo de la obra. Ésta comprende tan sólo una pequeña parte de la historia de tales naciones, que bien podríamos denominar acaso el comienzo de la historia moderna; relata no la *historia* sino solamente historias. En este libro se considera, por un lado, la fundación de la monarquía española y el ocaso de la libertad italiana; por el otro, la creación de una oposición dual: una política para Francia y una otra eclesiástica frente a la Reforma; en otras palabras, la escisión de nuestra nación en dos bandos hostiles sobre la cual descansa toda nuestra historia. Mi relato comienza desde el momento en que Italia, unida en sí misma, gozó cuando menos de libertad exterior y pudo ser considerada tal vez como una fuerza dominante desde el momento en que ella suplió al papa. Intentó con él presentar la división de Italia, la invasión de los franceses y de los españoles, el colapso final para algunos estados de toda libertad, de toda soberanía en otro y, por último, la victoria de los españoles y el comienzo de su dominio. Además, mi libro se inicia con la insignificancia de los reinos españoles y nos lleva hasta su unificación, al enfrentamiento del reino unido contra los infieles y a su influjo sobre el desarrollo interno del cristianismo. Busca poner en claro cómo el conflicto contra los infieles condujo al descubrimiento de América y a la conquista de los grandes imperios allí existentes; pero sobre todo muestra cómo el intento de fortalecer a la cristiandad llevó a los españoles al dominio de Italia, Alemania y los Países Bajos. En tercer lugar mi crónica continúa a partir del momento

en que Carlos VIII[1] se sitúa como vanguardia de la cristiandad en su lucha contra los turcos, pasando a través de los cambios de fortuna e infortunios de los franceses, hasta llegar al punto, cuarenta años después, cuando Francisco I llama a estos mismos turcos para que lo ayuden contra el emperador. Finalmente esta crónica intenta preparar el terreno, presentando los inicios de la oposición de un partido político en Alemania contra el emperador y de otro eclesiástico en Europa contra el papa, para lograr una más completa penetración en la historia del gran cisma provocado por la Reforma. Este mismo cisma es estudiado en su curso tempranero. El libro intenta asimismo comprender unitariamente todas estas historias de las naciones germánicas y latinas, juntamente con las demás relacionadas con ellas. A la *historia* se le ha encomendado la función de juzgar al pasado y de instruir al hombre en provecho de los años por venir. La presente tarea no aspira a una tan elevada empresa. Simplemente quiere mostrar lo que verdaderamente ocurrió (*wie es eigentliche gewesen ist*).

¿Pero a partir de qué fuentes podría ser esto nuevamente investigado? El fundamento del presente trabajo, los orígenes del tema, son memorias, diarios, cartas, informes de embajadas y narraciones originales de testigos visuales. Otros escritos fueron únicamente considerados cuando parecían haber sido deducidos inmediatamente de esas fuentes primeras o de ser iguales a éstas mediante alguna especial información original. Cada página muestra cuáles fueron estas fuentes; un segundo libro se publicará simultáneamente con el primero, en donde se presentará el método de investigación y los resultados críticos.

La forma es la resultante del propósito y del material. No se puede exigir de una obra histórica el mismo libre desenvolvimiento que, cuando menos en teoría, se busca en un trabajo poético, y yo no sé si uno tiene razón en

[1] Carlos VIII (1483-1498), de la casa de Valois

persuadirse que un tal desarrollo libre puede haberse encontrado en las obras de los maestros griegos y romanos. Estricta presentación de los hechos, no importa cuán condicionados e inatractivos podrían ser ellos, es sin duda alguna la ley suprema. El desenvolvimiento de la unidad y progresión de los acontecimientos sigue en orden de importancia. Por consiguiente, en lugar de comenzar con una descripción general de las condiciones públicas existentes en Europa, como podría haberse esperado, lo que hubiera dispersado si no es que confundido mi punto de vista, preferí examinar con gran detalle a cada pueblo, a todo poder, a cada individuo en el momento en que ellos aparecen en escena de un modo activo o representando un dirigente papel. Fui descuidado acerca del hecho de que ocasionalmente ya los había de antemano mencionado. Porque, ¿cómo podría yo dejar de mencionar su existencia? De esta manera la línea general de su desarrollo y la dirección que tomaron las ideas que los motivaron podrían ser comprendidas de la mejor forma.

En conclusión, ¿qué se podrá decir del tratamiento en particular de los hechos que constituyen una parte tan importante del trabajo histórico? ¿No parecerá con frecuencia duro, fragmentado, sin colorido, cansado y aburrido? Hay nobles modelos para este procedimiento, antiguos los unos y —no omitamos reconocer esto— también otros modernos. Pero no me he atrevido a imitarlos porque su mundo era diferente del mío. Todos se inspiran en un elevado ideal: el de los acontecimientos mismos en su inteligibilidad humana, en su unidad y plenitud. Este ideal supone para mí una meta; pero sé cuán lejos me encuentro de haberla logrado. Uno lo intenta, se esfuerza; pero, a fin de cuentas, no la alcanza. ¡Sólo que no hay por qué impacientarse por este fracaso! El asunto principal es siempre aquel con el que contendemos: como dice Jacobi,[2] nuestro tema es el género humano tal y como él es, expli-

[2] Juan Jorge Jacobi (1740-1814), poeta alemán.

cable o inexplicable; humanidad formada por la vida de los individuos, de las generaciones de los pueblos, cuya ruta traza a veces la mano de Dios que se levanta sobre ellos.

SELECCIÓN VIII

PRIMERA CONFERENCIA
(25-IX-1854)

Introducción

A fin de desarrollar de modo conveniente la presente conferencia, es necesario ante todo ponernos de acuerdo sobre dos cosas distintas: 1) sobre la pauta que tendremos que adoptar; 2) sobre las ideas principales.

Por lo que toca a lo primero, o punto de partida, nos llevaría muy lejos del presente objetivo el intento de trasladarnos intuitivamente a tiempos muy alejados y situaciones remotas, que aunque todavía pudieran ejercer un influjo en el presente, de hecho sólo lo ejercen de modo indirecto. Por consiguiente, para no perdernos en lo puramente histórico, partiremos de la época romana en la que es ya posible encontrar una combinación de los más heterogéneos factores.

Tras decir esto tenemos que ponernos de acuerdo en estos otros dos puntos: 1) sobre la idea de progreso en general; 2) sobre lo que, en relación con ello, se ha de entender por "ideas dirigentes".

1. *Cómo se ha concebido la idea de "progreso" en la historia*

Si uno aceptase como muchos filósofos que toda la humanidad se ha ido desarrollando desde un determinado estado

primitivo a otro positivo (*positiven*), esto bien podría imaginarse de dos maneras distintas: o que una voluntad dirigente general ha favorecido el desenvolvimiento de la raza humana desde un punto hacia el otro; o bien que en la humanidad existe, en cierto modo, una tendencia de naturaleza espiritual que impulsa necesariamente las cosas hacia una determinada meta. No me gustaría sostener ambas opiniones como filosóficamente sólidas ni como históricamente demostrables.

Estos puntos de vista no son filosóficamente aceptables porque, en el primer caso, la libertad humana quedaría completamente suprimida y se convertirían los hombres en herramientas carentes de voluntad; y en el caso segundo, porque el hombre tendría francamente que ser Dios o no sería nada en lo absoluto.

Pero estas dos opiniones no son tampoco históricamente probables porque, en primer lugar, la mayor parte de la humanidad se encuentra todavía en un estado primitivo, en el mero punto de partida. En segundo lugar, la pregunta a formularse: ¿En qué consiste el progreso? ¿Dónde es perceptible el progreso de la humanidad? Existen elementos de gran desarrollo histórico que han sido incorporados a la nación latina y germánica. Verdad es que aquí se encuentra un poder espiritual que se desarrolla gradualmente. Por supuesto, no puede desconocerse que en la historia existe, en cierto modo, toda una fuerza histórica del espíritu del hombre; un movimiento comenzado en los tiempos primitivos y que prosigue con una cierta regularidad. No obstante, sólo hay generalmente en la humanidad un sistema de pueblos que es el que participa en este movimiento histórico general, en tanto que otros son excluidos de él. Pero generalmente podemos también considerar las nacionalidades comprometidas con el movimiento histórico, las cuales están situadas al margen del progreso constante. Por ejemplo, si dirigimos nuestra atención al Asia, vemos que la cultura se originó allí y que esta parte del mundo ha tenido más de una época cultural. Sólo

allí el movimiento cultural ha sido regresivo; porque la época más antigua de la cultura asiática fue la más floreciente; la segunda y la tercera épocas, en las que dominaron los elementos griegos y romanos, ya no fueron tan importantes y con la irrupción de los bárbaros mongoles la cultura en Asia llegó por completo a su ocaso. Ante tal situación se ha querido reforzar este hecho con la hipótesis del progreso geográfico. Debo aclarar, sin embargo, desde un principio, que resulta una vacía conjetura sostener, como lo hacía Pedro el Grande, por ejemplo, que la cultura va dando la vuelta al globo terráqueo, que ha venido del Oriente y que torna allí de nuevo.

En segundo lugar, hay aquí otro error que debemos evitar; a saber, que la progresiva evolución de los siglos abarcó al mismo tiempo todas las ramas de la naturaleza humana y del saber. La historia nos muestra, para poner de relieve un ejemplo, que en la época moderna el arte del siglo XV y de la primera mitad del XVI floreció al máximo; por lo contrario, el arte a fines del siglo XVII y durante los tres primeros cuartos del XVIII declinó en extremo. Lo mismo ocurre justamente con la poesía: también aquí sólo se dan momentos durante los cuales este arte adelanta realmente; pero esto no prueba que ella logre alcanzar un alto nivel en el transcurso de los siglos.

Así pues, si nosotros excluimos una ley geográfica de desarrollo y si tenemos que aceptar por otra parte, como nos enseña la historia, que ciertos pueblos pueden decaer y perecer junto con aquéllos que no abrazan firmemente todo el desarrollo iniciado, reconoceremos mejor en qué realmente estriba el movimiento progresivo de la humanidad. Ésto se fundamenta en el hecho de que las grandes tendencias espirituales que gobiernan al género humano, tan pronto se superan las unas a las otras como se enlazan muy pronto entre sí. Empero en estas tendencias hay siempre una determinada dirección particular que es la que predomina y hace que las demás se releguen. Así ocurrió, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XVI,

en donde el elemento religioso fue tan preponderante que ante el mismo hubo de retroceder el literario. En cambio, en el siglo XVIII el elemento utilitario ganó tanto terreno que el arte y sus actividades afines tuvieron que ceder ante éste.

Por consiguiente, en cada época de la humanidad se expresa una determinada gran tendencia, y el progreso estriba en el hecho de que un cierto movimiento del espíritu humano se revela en cada periodo, y que tan pronto la una como tan presto la otra tendencia acentúan y se manifiestan en aquella de un modo particular.

Pero si en contradicción con lo expresado aquí quisiera uno asumir que este progreso consiste en el hecho de que en cada época la vida de la humanidad alcanza un potencial más alto, que, por lo tanto, cada generación supera cumplidamente a la anterior y que, por lo mismo, siempre es preferida la última época, la precedente sólo sería y serviría de peldaño a la que sigue; mas si esto fuera así, sería una injusticia de Dios. En cierto modo una generación tal, mediatizada, no tendría en y por sí misma ninguna importancia; tal vez únicamente importaría en tanto que escalón de la generación siguiente y no estaría en una cercana relación con lo divino. Pero yo sostengo que cada época está inmediata a Dios y su valor no radica en modo alguno en lo que de ella brote, sino que se basa en su propia existencia. De esta suerte la contemplación de la *historia,* a saber, de la vida individual en la *historia,* adquiere su propio particularísimo encanto, puesto que ahora cada época debe ser vista como cosa en sí misma válida y aparecer como algo digno en extremo de consideración.

En primer lugar el historiador tiene así que fijar particularmente su atención para saber cómo han pensado y vivido los hombres en un determinado periodo; después encontrará que, prescindiendo de ciertas inmutables y eternas ideas capitales, verbigracia: las morales, cada época tiene su específica tendencia y su propio ideal. Pero si cada

época tiene también su justificación y su valor en sí y para sí misma, no se podrá, sin embargo, pasar por alto lo que de ella surja. En segundo lugar, el historiador tiene, por consiguiente, que recurrir a la diferencia entre las épocas individuales para percibir la necesidad interna de la secuencia. No es posible negar que existe un cierto progreso aquí; pero no afirmaré que éste se mueve en línea recta, sino que lo hace más bien a la manera de un río cuyo propio lecho determina su curso. La divinidad —si es que me permito aventurar esta observación— como no conoce, por cierto, ningún tiempo anterior a ella, me la imagino abarcando con su mirada la totalidad histórica de la humanidad y considerándola en todas partes de igual valor. La idea de la educación del género humano tiene, cómo no, algo de cierta en sí misma; pero ante Dios aparecen todas las generaciones humanas dotadas con iguales derechos, y así es como el historiador debe también considerar la cuestión.

Hasta el punto en que podemos seguir de cerca el curso de la historia, un progreso incondicional, una decisiva gradación máxima han de ser aceptados en la esfera de los intereses materiales, en la cual difícilmente ocurrirá un retroceso al menos que se produzca un inmenso cataclismo. Pero con respecto a la moral no puede trazarse el curso del progreso. En verdad, las ideas morales pueden progresar extensivamente y lo mismo puede afirmarse en relación con lo cultural; por ejemplo, las grandes obras que el arte y la literatura han producido son gustadas hoy por mayor número de gente que antes. Mas sería ridículo querer escribir actualmente una epopeya como la que escribió Homero [1] o una gran tragedia como Sófocles. [2]

[1] Homero (siglo IX a. C.), poeta griego autor de la *Ilíada*, y la *Odisea*.

[2] Sófocles (496 o 494-406 a. C.), poeta trágico griego autor de siete tragedias: *Antígona, Electra, Edipo Rey*, etcétera.

2. *Lo que se ha de considerar de las llamadas ideas directrices en la historia*

Los filósofos, pero particularmente los de la escuela hegeliana, han formulado acerca de esto ciertas ideas, según las cuales la historia de la humanidad se entreteje como un proceso lógico en tesis, antítesis y síntesis, y a base de elementos positivos y negativos. Pero en la escolástica la vida se consume, y asimismo esta institución de la historia, este proceso desenvolvente del espíritu de acuerdo con las diferentes categorías lógicas, nos haría retroceder al punto rechazado ya por nosotros en páginas atrás. De acuerdo con esta intuición solamente la idea llevaría una vida independiente y todos los hombres serían meras sombras o fantasmas insuflados por dicha idea. El dogma filosófico, según el cual el espíritu del mundo crea las cosas y lleva a cabo su plan mediante el engaño y el uso de las pasiones humanas, se fundamenta en una idea absolutamente indigna acerca de Dios y del género humano. Llevando esta doctrina en forma conveniente a sus conclusiones lógicas, ella puede únicamente conducirnos a un panteísmo. La humanidad es entonces Dios en el proceso de llegar a ser, la cual se autoengendra y da nacimiento a sí misma a través de un proceso espiritual implícito en su naturaleza.

Por tal razón puedo únicamente entender por ideas directrices (conductoras o dirigentes: *leitenden*) las tendencias dominantes en cada siglo. Estas tendencias pueden ser tan sólo descritas; pero, a fin de cuentas, no pueden ser subsumidas a ningún concepto. De otro modo tendríamos que retornar nuevamente a lo que ya en líneas arriba rechazábamos como falso.

El historiador debe distinguir las grandes tendencias de los siglos y desplegar la gran historia de la humanidad, lo cual es justamente la suma total de estas diversas tendencias. Desde el punto de vista de la idea divina no puedo opinar del asunto de modo diferente, excepto que el género humano posee dentro de sí una infinita multiplicidad de

evoluciones, que van apareciendo paulatinamente y gradualmente con arreglo a leyes desconocidas para nosotros, las cuales resultan más misteriosas, numerosas y voluminosas de lo que comúnmente se piensa.

3. *Diálogo*

REY MAX: Tú hablas del progreso moral ¿estabas también pensando en el progreso interno individual?

RANKE: No, solamente en el progreso de la raza humana. Pero el individuo debe siempre elevarse a un más alto grado de moralidad.

REY MAX: Mas como el género humano está constituido por individuos, el problema a resolver consiste en decidir si cuando el individuo se eleva a un plano moral cada vez más alto, este progreso no abarcará también a toda la humanidad

RANKE: El individuo muere; su existencia es finita; mas, por lo contrario, la del género humano es infinita. Admito el progreso en las cosas materiales porque unas derivan de las otras; pero en los asuntos de moral la cosa es diferente. Pienso que cada generación es en grandeza moral equivalente a cualquier otra y que no existe un potencial más alto de grandeza moral, pues, por ejemplo, no podríamos sobrepasar la grandeza moral del mundo antiguo. Ocurre con frecuencia en la esfera del mundo espiritual que la grandeza intensiva está en relación inversa a la extensiva grandeza. Bástenos tan sólo comparar nuestra actual literatura con la clásica.

REY MAX: ¿Pero, no se podría aceptar que la providencia divina, sin menoscabo de la libre autodeterminación individual, ha establecido una cierta meta hacia

la cual se encamina la humanidad, inclusive incompulsivamente?

RANKE: Ésta es una hipótesis cosmopolita que, sin embargo, no puede ser históricamente comprobada. En efecto, las Sagradas Escrituras contienen un pasaje según el cual llegará el día en que sólo habrá un pastor y un rebaño;[3] pero hasta ahora el dominante curso de la historia mundial no da pábulo para ello. Prueba de esto es la historia de Asia, que después de periodos del mayor florecimiento cultural se precipitó en la barbarie.

REY MAX: ¿Pero no han alcanzado más alto nivel de desarrollo moral en nuestra época un mayor número de individuos que antes?

RANKE: Lo admito, mas no como principio; porque la *historia* nos enseña que muchos pueblos no fueron capaces de alcanzar cultura y que, no obstante, en las épocas tempranas fueron frecuentemente más morales que en las tardías. A saber, Francia fue mucho más moral y poseyó mayor cultura hacia mediados del siglo XVII que a fines del XVIII. Según lo entiendo se puede sostener una mayor difusión de las ideas morales, pero sólo en ciertas áreas. Desde un punto de vista general humano me parece factible que la idea de humanidad, que históricamente sólo ha tomado cuerpo en las grandes naciones, abarcará gradualmente a todo el género humano y en esto consistirá entonces el progreso moral interno. La ciencia histórica no se opone a esta idea; mas no nos la puede probar. Debemos especialmente guardarnos de hacer de tal perspectiva un principio histórico. Nuestra tarea consiste simplemente en registrar hechos (*Unsere Aufgabe ist nur Tatsachen zu registrieren*).

[3] Ezequiel 37-24.

SELECCIÓN IX

[LO PARTICULAR Y GENERAL EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA]

(Manuscrito de 1860)

Reconocemos que la *historia* nunca podrá tener la unidad de un sistema filosófico; pero ella no carece de conexión interna. Vemos desfilar ante nosotros una serie de acontecimientos los cuales se rigen y condicionan mutuamente. Si digo condicionan [*bendingen*], esto no quiere decir, claro está, que denote una necesidad absoluta. Antes bien, lo importante es que la libertad humana reclama por doquier atención: la historia sigue de cerca las escenas de la libertad; esto forma parte de su gran atractivo. Pero a la libertad se suma la fuerza; a saber, fuerza original. Sin esta fuerza la libertad dejaría de estar en los acontecimientos del mundo así como en el reino de las ideas. En cualquier momento puede comenzar otra vez algo nuevo, que sólo puede llevarse hasta la primera y colectiva fuente de toda la conducta humana. Nada existe enteramente por razón de otro; nada es absorbido absolutamente en la realidad de otro. Pero hay además una más profunda e interna relación de la que nadie queda por completo libre y que todo lo penetra. La necesidad subsiste junto con la libertad. La necesidad se encuentra en lo que ya ha sido formado y que no puede ser nuevamente trastrocado, lo cual constituye el fundamento de toda nueva actividad preponderante. Lo que ha sido constituye la conexión con

lo que ha de suceder; pero incluso este enlace tampoco es arbitrariamente adoptado, sino que existe de un modo determinante y no de otro. Ella es asimismo un objeto de conocimiento. Una larga serie de eventos —en sucesión y concurrencia— ligados de este modo los unos con los otros, constituye una centuria, una época. La diversidad de las mismas reside en el hecho de que a consecuencia de la lucha de los principios opuestos por la libertad y la necesidad, surgen otros tiempos, otras condiciones. Si tenemos esto en cuenta, en este sentido, las secuencias de los siglos, cada uno con su original carácter y todos encadenados entre sí, tendremos ante nosotros la historia universal desde el comienzo hasta el día de hoy. La historia universal comprende la pasada vida del género humano y, ciertamente, no en sus individuales relaciones y direcciones, sino en su plenitud y totalidad.

De este modo la investigación especializada se distingue de la ciencia de la *Historia* universal, en que ésta, inclusive explorando en lo particular, tiene siempre ante sí que ella trabaja sobre la gran totalidad. La investigación de lo particular, incluso de un punto único, tiene su mérito cuando está bien hecha. Si está consagrada a las cosas humanas, sacará siempre a la luz algo digno de ser conocido en sí mismo; también es instructiva cuando se ejercita en lo pequeño, pues lo humano es siempre interesante de conocer. Pero asimismo la investigación de lo particular se referirá siempre a un contexto más amplio; incluso la *historia* local se encuentra estrechamente relacionada con la de un país; la biografía emparentada con un acontecimiento mayor en el Estado y en la Iglesia, a una época de historia nacional o general. Empero todas esas épocas pertenecen nuevamente, como he dicho, a la gran totalidad que nosotros llamamos *historia* universal. El mayor alcance y complejidad de la investigación tiene correspondientemente un gran mérito. El último objetivo, todavía no alcanzado, permanente, es la concepción y producción de una historia de la humanidad. Dado el curso que han tomado en nuestro

tiempo los estudios, el cual deben ellos conservar si es que han de describir pormenorizadamente cosas conocidas y profundamente investigadas, corremos por cierto el peligro de perder de vista el conocimiento general que todo el mundo desea. Porque no solamente estudia uno la *historia* para la escuela: el conocimiento de la historia de la humanidad debe ser un bien común del género humano y ante todo de la nación a la que pertenecemos, y sin la cual nuestros estudios incluso no existirían ni redundarían en provecho de nadie.

No tenemos por qué temer poner fin a las vagas generalidades con las que se contentaba la época anterior. De un modo tan fructífero y tan profundamente eficaz han operado los diligentes y a la par enérgicos estudios, que en cada lugar han sido emprendidos, que tales generalidades ya no podrían ser ahora, en absoluto, llevadas adelante. Tampoco podríamos retornar a las sistemáticas categorías en las que de vez en cuando se ha preocupado uno. Una acumulación de noticias históricas con un somero juicio sobre el carácter y la moralidad tampoco conducen a un fundado y satisfactorio conocimiento. En mi opinión debemos avanzar en dos direcciones: investigación de los efectivos momentos del suceso y percepción de su conexión general.

Comprender la totalidad y hacer justicia, no obstante, a la ley de la investigación quedará siempre, por cierto, como un ideal: ello presupondría la comprensión de la totalidad de la *historia* humana sobre un seguro fundamento y sólido terreno. Inclusive la investigación de uno o de otro detalle requiere de un profundo y penetrantísimo estudio. Sin embargo, hoy día todos estamos de acuerdo en que crítica, concepción objetiva y amplia combinación sintética deben y pueden ir juntas. La referencia a lo general no puede menoscabar en modo alguno la investigación: sin aquélla ésta se entibiaría; sin una rigurosa investigación la interpretación bastardearía en quimérica fantasía.

SELECCIÓN X

LOS GRANDES PODERES
(1833)

Introducción

Con los estudios y lecturas se procede de no distinto modo que con las observaciones de un viaje, o ciertamente con los acontecimientos de la vida misma. Por mucho que nos pueda atraer y estimular el detalle, mientras lo disfrutamos, con el tiempo pierde, no obstante, su importancia, se nos borra y disipa; sólo las grandes impresiones que experimentamos ya en este o en aquel lugar; solamente las percepciones totales que se nos hacen patentes de modo maquinal, voluntaria e inconscientemente, o por medio de observaciones particularmente atentas, son las que permanecen e incrementan la suma de nuestra intelectual posesión, de nuestro conocimiento. Aquellos momentos de nuestra existencia que más intensamente gozamos se funden en nuestra memoria y constituyen su contenido vivencial.

Por cierto que resulta muy conveniente, tras la lectura de una obra importante, ordenar por separado las conclusiones de la misma, hasta donde ello es posible, y abarcar de nuevo con la vista los más importantes parajes leídos. A veces es oportuno sacar la suma de un estudio más detallado y comprensivo de diversas obras. Yo iré más adelante e invito al lector a representarse la sucesión de los acontecimientos históricos de un largo periodo, los últimos ciento cincuenta años transcurridos, que sólo mediante diversos esfuerzos y estudios puede ser entendido.

Sin duda tiene también un precio incalculable en la *historia* la contemplación del momento concreto en su verdad, del desarrollo especial en sí y para sí, porque lo particular carga consigo lo general. Por sí solo nadie se atreve a rechazar la exigencia de abrazar con la mirada el todo desde un punto de vista significativo; asimismo todo el mundo, de una o de otra manera, se esfuerza en esto. De la variedad de las observaciones individuales surge involuntariamente una visión de su unidad.

Sólo que resulta difícil presentar una tal visión convenientemente justificada en unas cuantas páginas y con cierta esperanza de claridad. Sin embargo, me aventuraré a hacerlo.

Porque ¿cómo podría iniciar mejor un nuevo volumen de esta revista [1] que esforzándome en disipar algunos errores sobre el proceso de formación de los tiempos modernos, equivocaciones que casi se han generalizado por todas partes, y procurando traer ante la vista, de modo claro e inequívoco (como por lo general sucede) el momento mundial histórico en que nos encontramos?

Si me atreviese a hacerlo ahora en este ensayo no podría remontarme demasiado en el pasado, porque de otro modo sería necesario que escribiera una historia universal; por tanto me sujetaré de propósito a los grandes sucesos, al desenvolvimiento de las relaciones exteriores de los diferentes Estados; la explicación clave de las condiciones internas con las que aquéllos se hallaron sometidos a las más variadas acciones y reacciones estará en su mayor parte contenida aquí.

El período de Luis XIV

En el siglo XVI la libertad de Europa estuvo basada, según nos parece, en la oposición y en el equilibrio político entre

[1] La dirigida por el propio Ranke (1831-1836): *Historischpolitische Zeitschrift*, vol. II (1833).

España y Francia. Los países subyugados por la una hallaban un amparo en la otra. El que Francia estuviese debilitada y desorganizada durante algún tiempo por causa de la guerra civil, fue considerado una desgracia general. Si a Enrique IV[2] se le aclamó y saludó tan vivamente, fue porque no sólo puso fin a la anarquía en Francia sino porque justo por eso restauraba en Europa un orden de cosas más estable.

Sin embargo, aconteció que Francia, en tanto que asestaba peligrosos golpes a sus rivales por todas partes, en los Países Bajos, en Italia, en la Península Ibérica, y vencía a los aliados de España en Alemania, alcanzó una preponderancia mayor que la que había tenido España en el apogeo de su poder.

Representémonos la situación de Europa tal como estaba hacia el año de 1680.

Francia, tan en extremo adecuada y tan habituada desde hacía mucho tiempo a mantener a Europa en jaque, tenía un rey que comprendía cabalmente que él era el príncipe de su país y que sabía perfectamente cómo gobernarlo; la nobleza francesa, tras larga y obstinada resistencia, sirvió con igual celo en la corte y en el ejército; la clerecía se alió al rey y se opuso al papa, con lo cual quedó el país más unificado y más poderoso que nunca antes lo había estado.

Para poder tener, en cierto modo, una visión de conjunto, sólo se necesita recordar que cuando el emperador establecía sus primeros regimientos permanentes de infantería y coraceros, Luis XVI[3] ya mantenía, en tiempo de paz, 100 000 hombres de guarnición y 14 000 de la guardia; que mientras la marina inglesa de guerra en los últimos años del reinado de Carlos II[4] declinaba cada vez más

[2] Enrique IV, primer Borbón reinante en Francia (1589-1610).

[3] Luis XIV (1638-1715), tercer Borbón y rey de Francia ("El Rey Sol") de 1643 a 1715; hijo de Luis XIII y Ana de Austria.

[4] Carlos II (1630-1685), rey de Inglaterra y Escocia (1660-1685).

(en el año de 1678 poseía 83 navíos), en el año de 1681 la flota francesa llegó a tener 96 navíos de línea de primera y segunda clase, 42 fragatas, 36 falúas y otros tantos brulotes. Las tropas de Luis XIV eran las más adiestradas, las más acostumbradas a guerrear que se podían hallar; sus navíos estaban muy bien construidos. Ningún otro príncipe poseía así para el ataque como para la defensa fronteras tan fortificadas como las suyas.

Pero no únicamente por medio del poder militar sino, más aún, mediante la política de alianzas pudieron los franceses vencer a los españoles. Las circunstancias en que lo lograron les dio una especie de hegemonía.

Consideremos primeramente el Norte y el Este. En el año de 1674 emprendió Suecia una guerra peligrosa sin estar preparada para ello, sin tener dinero, sin una justa causa; sólo la comenzó bajo el patrocinio de Francia y confiada en recibir subsidios franceses. La elevación al trono de Polonia de Juan Sovieski [5] fue anunciada en una hoja oficial como un triunfo de Luis XIV; el rey y la reina polacos favorecieron durante largo tiempo los intereses franceses. Desde Polonia, porque ya no era posible hacerlo vía Viena, se dio apoyo al elemento húngaro descontento. Los franceses intervinieron para relacionar a estos húngaros con los turcos, supuesto que siguiendo el procedimiento habitual continuaron ejerciendo sin estorbo su vieja influencia sobre el Diván. Una preocupación principal de la política exterior francesa fue mantener la paz entre polacos y turcos, y con ese fin se pusieron incluso en contacto con el Jan de Tartaria. [6] Otra precaución fue no dejar hacer la guerra a los rusos contra los suecos. Como dice Contarini [7] en 1681, apenas ponían los mosco-

[5] Juan III "Soviesky", reinó en Polonia de 1674 a 1696.

[6] Jan [príncipe] de Tartaria.

[7] Alvise di Nicolò Contarini, que ocupó el dogado del 26-VIII-1676 al 15-I-1684; enderezó las finanzas públicas y privadas después de la guerra de Candia contra los turcos. Sucedió como dux de Venecia a Franceso, Nicolò y Carlo di Andrea Domenico Contarini.

vitas cara de atacar a Suecia, aliada de Francia, amenazaban los turcos con invadir la tierra de los zares con un poderoso ejército. Pero baste con esto, la guerra y la paz en estas apartadas regiones dependían de Francia.

Es bien sabido cuán directamente afectó a Alemania el mismo sistema mediante el concurso de Suecia. Pero incluso sin ello nuestra patria se hallaba desunida y débil. Baviera y el Palatinado estaban atados a la corte francesa por medio de alianzas matrimoniales y casi todos los restantes príncipes recibían subsidios de Francia bajo una u otra forma. El elector de Colonia, en virtud de un formal tratado, que él ocultó recurriendo a diversos acuerdos fingidos, entregó su fortaleza de Neuss a una guarnición francesa.

Tampoco fue diferente la situación en la Europa central y del sur. Los suizos sirvieron en los ejércitos franceses sobrepasando a veces los 20 000 hombres; y de la independencia de sus asambleas no podían ya jactarse mucho por causa de una influencia pública tan poderosa y, aún más, tan poderosamente secreta. Para mantener libre el acceso a Italia, Richelieu [8] se había apoderado de Pinarolo; incluso más importante era Casale, a través de la cual Milán y Génova quedaban inmediatamente amenazadas. Todo el mundo veía el peligro que significaba el que cayese también dicha plaza en manos francesas; sin embargo, ningún hombre se atrevió a oponerse seriamente a la negociación que Luis XIV sostenía con el duque de Mantua, a pesar de que ésta se había alargado bastante, y finalmente una guarnición francesa quedó acantonada en la plaza fuerte. Al igual que el duque de Mantua, los restantes príncipes italianos estaban asimismo, en su mayor parte, obligados con Francia. La duquesa de Saboya y, más allá de los Pirineos, la reina de Portugal eran francesas. El

[8] Armando Juan du Plessis, cardenal de Richelieu (1585-1642), primer ministro de Luis XIII, rey de Francia, desde 1620.

cardenal d'Estrées[9] ejercía tanto sobre la una como sobre la otra una autoridad tan incuestionable, que se ha dicho que él las dominaba despóticamente y soguzgaba también, a través de ellas, sus países.

¿Pero cómo admitir que al mismo tiempo lograse Francia una decisiva influencia sobre su adversario, la Casa de Austria, contra el cual había adquirido precisamente un dominante poder? Ella se las arregló para separar la rama española de los Habsburgos de la rama alemana. El joven rey de España se casó con una princesa francesa y muy pronto se acusó la activa eficacia del embajador francés incluso en los asuntos internos de España. El hombre más importante que por entonces tenía el país, el segundo don Juan de Austria,[10] fue, según me parece, llevado al descrédito mediante la influencia francesa, y a consecuencia de ello murió. Mas también en Viena, incluso en medio de la guerra, sabían los franceses, si bien sólo en secreto, cómo andar con paso firme. Únicamente bajo un tal supuesto comprendería uno, cuando menos, las vacilaciones del gabinete vienés. Las órdenes del consejo imperial de guerra, como se queja Montecúccoli,[11] fueron antes conocidas en Versalles que en el cuartel general austriaco.

Ante tal estado de cosas era Inglaterra la que tenía la misión, por sobre todas las demás naciones europeas, de oponerse a los franceses, porque sólo ella poseía propiamente la fuerza para ello. Pero es bien sabido que Carlos II estaba atado a Luis XIV por medio de una singular asociación de variados móviles, como la política

[9] César, "cardenal d'Estrées" (1628-1714), prelado y diplomático francés.

[10] Juan José de Austria (1629-1679), hijo natural de Felipe IV y María Calderón o "La Calderona", actriz y amante del rey. Don Juan se sublevó contra Carlos II "El Hechizado", de quien era hermanastro.

[11] Raimundo, príncipe de Montecúccoli (1609-1680), general italiano vencedor de los turcos a la orilla del Raab y victorioso frente a Turena en Salzbad, lo cual le costó al mariscal francés la vida.

y el amor, el lujo y la religión, el interés y la intriga. Para el rey de Francia estos vínculos no eran, empero, todavía suficientes. Al mismo tiempo se aplicaba afanosamente a ganar para su causa a los más importantes miembros del Parlamento. El rey Luis XIV, no importa qué tan independientes o qué tan republicanos fuesen dichos miembros, utilizó siempre el mismo método para ganárselos y emplearlos. "Las razones que yo le alegué —expresa el ministro plenipotenciario francés Barillon,[12] refiriéndose a uno de los parlamentarios— no le convencieron pero el dinero que le di, eso me lo aseguró." Por este procedimiento Luis XIV consiguió primeramente tener a Inglaterra en su poder. Si el Rey Carlos II se hubiese alejado del rey francés habría encontrado oposición en el Parlamento; y tan pronto como el Parlamento hiciese sitio a la antipatía nacional contra los franceses, el rey inglés se opondría. La política de Luis XIV, y Barillon manifiesta explícitamente que la misma resultaba grata a su corazón, consistía en impedir la unidad de los ingleses y evitar la reconciliación entre el rey y el Parlamento. Sencillamente todo lo consiguió demasiado bien y el poder inglés quedó de este modo completamente neutralizado.

Y así estaba Europa, en efecto, desunida e impotente frente a Francia; "sin corazón y sin hiel", como hacía notar un veneciano: ¡Cuán triste la situación política general de Europa cuando Luis XIV, a solicitud de uno de sus consejeros legales, convocó en Metz a las Cámaras de Reunión, ante las cuales citó también a los poderosos príncipes, para resolver sobre sus derechos al territorio y a los habitantes —derechos garantizados por medio de tratados públicos— como si fuesen derechos privados y, por lo mismo, sujetos a la determinación de los jueces reales! ¡Qué situación la del imperio germano cuando se dejó arrebatar Estrasburgo[13] de un modo tan violento y tan

[12] Pablo Barillon (1630-1691), marqués de Branges, diplomático francés y embajador de Inglaterra (1677).

[13] Ocupada desde 1681 y asegurada tras la paz de Rijswik (1697).

contrario a la naturaleza de las cosas! Permítaseme citar lo que registró más tarde un extranjero sobre la conquista de Alsacia:

> Cuando uno lee la historia de esto —manifiesta Young [14] en un relato de sus viajes— no provoca la misma una impresión tan profunda; pero yo, que vengo de Francia, que he cruzado a través de altas montañas y que después bajé a una llanura (la misma que entonces fue conquistada) en la que vive un pueblo completamente distinto del francés en costumbres, lengua y linaje, lo que vi me impresionó.

Tal injuria soportó Alemania y en seguida de esto concertó un armisticio.

¿Pero lo que aquí se concedía a Luis XIV no era incluso algo que él no habría debido pedir? No quiero además detenerme en la manera en que él ofendió a Génova ni cómo hizo entrar en Roma con una fuerza armada, a despecho del pontífice, a su embajador regio ante el papa; sólo recordaremos que el propio rey no trataba bien a sus amigos. Se posesionó de Zweibrücken aunque pertenecía a su viejo aliado el rey de Suecia; el almirante francés bombardeó Quíos, porque los piratas tripolitanos se habían refugiado en la isla, no obstante que los turcos eran aliados suyos; se adueñó en plena paz de algunos de los fuertes que pertenecían a la Compañía Inglesa de la Bahía de Hudson, en tanto que mantenía el mejor entendimiento con Inglaterra. A la ya mencionada reina de Polonia negó Luis XIV una fútil satisfacción ambiciosa. Tras que se ha hecho de amigos, ya por dinero o por protección, le gusta desatenderlos, bien sea acaso para probarlos (puesto que, después de todo, no los necesitaba) bien porque tiene la firme convicción de que únicamente el temor ante su enojo los mantendría fieles. En cada negociación quería hacer sentir su predominio. De uno de sus ministros de

[14] Arthur Young, viajero por Francia durante la revolución francesa y autor de *Travels in France*.

negocios extranjeros se expresó el propio rey de esta suerte: "He tenido que removerlo porque todo lo que por su mano emprende carece de la fuerza y grandeza que se debe mostrar cuando se ejecutan las órdenes de un rey de Francia que es afortunado."

Se podría asumir que este modo de pensar fue incluso el impulso principal causante de su belicosidad. Difícilmente había en él, en efecto, una extravagante codicia de tierras ajenas; el lenguaje del rey no era propiamente la expresión de una vasta conquista territorial para sí. Inclusive las campañas militares mismas sólo formaban parte justamente de los pasatiempos cortesanos —se reúne y moviliza un ejército, se le hace desfilar ante las damas; todo está preparado, el golpe ha tenido éxito; el rey entra en la ciudad conquistada y después regresa a toda prisa a Versalles—, lo que le placía principalmente era el triunfante fausto del regreso, la admiración de la corte. No le preocupan tanto la conquista y la guerra como el fulgor que de ellas emanan. ¡No!, no busca una gloria universal grande e imperecedera; la encuentra simplemente en los homenajes de su corte; esto constituye para él el mundo presente y la posteridad.

Mas por esto mismo la situación de Europa no era menos expuesta. Si había que admitir una suprema autoridad ésta debería ser determinada cuando menos conforme a derecho. Esta supremacía realmente ilegal perturbaba de modo arbitrario la paz, amenazaba con destruir la fundamentación del orden europeo de cosas y su desarrollo. No siempre se ha observado que este orden fuese distinto de otros que han aparecido en la historia mundial por causa de su legal e incluso jurídica naturaleza. Cierto es que las agitaciones del mundo destruyen de nuevo el sistema de derecho; pero después de que pasan se reconstruyen nuevamente la ley y el orden, y todos los esfuerzos sólo tienden una vez más a la perfección.

Y esto no sería ni siquiera el único peligro. Otro no menos importante se encuentra aquí en el hecho de que

la influencia tan decisivamente dominante de una nación con dificultad permite el desarrollo independiente de las restantes, y tanto menos lo permite cuanto más se apoya este dominio en la preponderancia de la literatura. La italiana había ya completado el círculo de su original carrera; la inglesa no se había elevado aún a una significación general; una literatura alemana no existía por entonces. La literatura francesa, ligera, brillante y animada, estrictamente regulada en la forma y, no obstante, encantadora y comprensible para todo el mundo pese a su singularidad nacional, comenzaba a dominar a Europa. Casi parece cosa de broma, si es que uno llega a percibirlo, el hecho de que el *Diccionario de la Academia Francesa*, por ejemplo, mediante el cual la lengua quedó fijada, es especialmente rico en expresiones cinegéticas y militares que eran usuales en la corte; pero es innegable que esta literatura respondió por completo a las necesidades del estado y una parte de ella ayudó a éste a alcanzar la supremacía. París se convirtió en la capital de Europa. Como ninguna otra ciudad, ejerció un dominio sobre el lenguaje, sobre las costumbres y precisamente sobre el mundo de la moda y sobre las clases gobernantes; la comunidad europea encontró aquí su centro. Resulta, sin embargo, muy notable que los franceses hayan ponderado desde entonces su constitución ante todo el mundo, jactándose de "la feliz condición de sometimiento en la que se encuentra Francia bajo el extremado amparo de su rey, bajo la égida un príncipe que por sobre todos los demás merece, dados su valor e inteligencia, gobernar al mundo y unificarlo justa y convenientemente".

Si uno evoca aquella época con el espíritu de un contemporáneo de la misma, qué turbio, qué opresivo y doloroso panorama se contempla. Sin embargo, bien podría haber sucedido que el erróneo rumbo de los Estuardos en Inglaterra hubiese prevalecido y que la política inglesa hubiera quedado encadenada para siempre a la francesa.

Después de la Paz de Nimega [15] se llevaron a cabo las más activas negociaciones para que la elección de un rey de Roma recayese sobre el propio Luis XIV o cuando menos en el delfín. Significativos sufragios fueron ganados para la causa, "porque sólo el Rey Cristianísimo es capaz de restaurar al imperio en su antiguo esplendor". Y de esta suerte no era completamente imposible que bajo circunstancias tan favorables una elección tal hubiese en efecto tenido éxito. ¿Y qué alegar posteriormente si quedaba la monarquía española en manos de un príncipe de esta casa? Si la literatura francesa hubiese cultivado al mismo tiempo las dos direcciones de que era capaz, la protestante así como la católica, el estado y el espíritu franceses habrían sometido a Europa con fuerza irresistible. Si, como he dicho, se retrotrae uno a aquella época, ¿cómo imaginar que un giro tan infortunado en el curso de los acontecimientos podría haber sido detenido?

Pero contra el incremento de poder y contra la política de predominio, los poderes menores de Europa podían unirse. Y estos poderes establecieron alianzas y asociaciones Entonces se forjó la idea de la balanza de poder; [16] es decir, que la unión de muchos otros estados debía servir para resistir las petulantes y desmesuradas exigencias de la "exorbitante" corte, que así fue como la calificaron. En torno a Holanda y Guillermo III [17] se agruparon las fuerzas de la resistencia. Con mancomunado esfuerzo se rechazaron los ataques y se emprendió la guerra. No obs-

[15] Por dicha paz adquirió Luis XIV el Franco Condado, Friburgo y Lorena.

[16] De hecho esta teoría y práctica del equilibrio europeo se remonta a la época de la pugna europea entre Carlos V el emperador, Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra (siglo XVI), cuando este último, en una suntuosa fiesta de paz celebrada en Francia, expresó esta idea con el lema *Cui adhaereo prae est* ("A quien me uno está presente"), que más tarde había de ser la expresión más cabal de la política inglesa de equilibrio.

[17] Guillermo III (1650-1702), rey de Inglaterra e Irlanda y estatúder de Holanda.

tante se habría errado al suponer que con ello se alcanzaba un remedio permanente. A despecho de la alianza europea y de una guerra afortunada un Borbón llegó a ser rey de España y las Indias.[18] Durante el paulatino progreso de los acontecimientos el dominio de esta familia se extendió inclusive sobre una parte de Italia.

En los grandes peligros puede confiarse con seguridad en el genio de Europa, que siempre la defiende de toda unilateral y violenta tendencia; frente a cada presión ejercida por un lado, opone siempre la resistencia del otro, y mediante la unificación del todo, que de década en década llega a ser más y más firmemente estrecha, se ha felizmente preservado la libertad general y mantenido la separación de cada estado. Puesto que el predominio de Francia se basaba sobre la superioridad de sus fuerzas armadas y sobre el vigor interior, sólo podía ser realmente desafiada si frente a ella se levantaba otro poder oponente que hubiese reganado o de nuevo alcanzado unidad interna, fuerza independiente e importancia general. Mediante unos cuantos rápidos trazos nos daremos cuenta de cómo sucedió esto.

Inglaterra, Austria, Rusia

Inglaterra fue la primera nación que llegó a tener conciencia de su propia fuerza. Hemos visto cómo esto había sido impedido e incluso retardado por Luis XIV, que manipulaba simultáneamente a Carlos II y al Parlamento, utilizando ya el uno ya el otro para alcanzar su propio objetivo. Pero con Jacobo II[19] se halló Luis en una relación mucho más íntima que con Carlos. Sin considerar otras circunstancias, los unía sus sentimientos religiosos, la devo-

[18] Felipe V (1683-1746), primer rey de España de la Casa de Borbón, nieto de Luis XIV, reinó de 1700 a 1746.

[19] Jacobo II (1633-1701), rey de Escocia e Inglaterra. Reinó en esta última tres años (1685-1688) y fue destronado por Guillermo III de Nassau, de la Casa de Orange (1689-1702).

ción común. Que Jacobo favoreciera al catolicismo tan ostensiblemente resultaba grato para un príncipe que perseguía cruelmente a los protestantes. Luis se volcó en alabanzas y el embajador inglés no se cansaba de describir la cordialidad con que se le brindó toda suerte de imaginable asistencia cuando Jacobo dio el paso decisivo y puso en prisión a los obispos anglicanos. Empero, tal resolución provocó precisamente que todas las fuerzas populares e inclusive las aristocráticas se opusieran al mismo tiempo a su rey y a los franceses, puesto que la iglesia nacional inglesa había sido atacada. Surgió entonces un movimiento religioso nacionalista que actuó a favor de la amenazada Europa y que acabó con la dinastía estuardina. Justamente el que encabezó el movimiento, que había sido hasta entonces el alma de todas las empresas contra Francia, fue Guillermo III.[20] El nuevo rey y su Parlamento formaron a partir de entonces un solo partido. Entre ambos podían presentarse diferencias e incluso riñas violentas; pero a la larga permanecían unidos en lo principal, sobre todo cuanto mayor era el antagonismo que ellos expresaban en común. Los partidos, que hasta entonces se habían hecho la guerra, lanzándose los unos contra los otros desde posiciones extremas a causa de sus opuestos puntos de vista, fueron forzados a integrarse en la órbita política vigente, en donde ellos, verdad es, disputaban también entre sí; pero en donde al mismo tiempo se reconciliaban, permitiendo así que su antagonismo se convirtiese en un animado fermento constitucional.

No deja de tener interés el comparar esta situación con la francesa, si bien los dos países tenían, no obstante, muchas cosas en común. En Francia así como en Inglaterra el poder pertenecía a las familias aristocráticas, las cuales, en ambos casos, gozaban de exclusivas ventajas por sobre todas las demás clases. Estos privilegios los poseían ambas en virtud de su religión: las unas por su catolicismo,

[20] Guillermo III (1650-1702), príncipe de Orange, rey de Inglaterra y Escocia (véase nota anterior) y estatúder de Holanda.

las otras por su protestantismo; pero subsistió a despecho de esto la mayor diferencia entre ellas. En Francia todo era uniformidad, subordinación y dependencia en la vida de una corte ricamente desarrollada pero moralmente pervertida. En Inglaterra se desarrollaba una tremenda lucha, una competencia política entre dos partidos, casi iguales en fuerza, que se llevaba a cabo dentro de un determinado y circunscrito límite. En Francia la devoción, implantada por la violencia, degeneró demasiado pronto y de modo notorio en su contraria. En Inglaterra se desenvolvió una religiosidad tal vez limitada, pero completamente varonil y confidente, que superó sus antagonismos. Aquélla se desangró en empresas de una falsa ambición; ésta colmó sus venas con vigor juvenil. Fue como si por primera vez el torrente de la energía nacional inglesa saliera ahora de las montañas entre las cuales había cavado profunda, plena, pero todavía estrechamente su lecho, y sobre la llanura se desbordara para dominarla con orgullosa majestad, surcarla de navíos y ver las ciudades del mundo fundadas en sus orillas.

El derecho de autorización de fondos, que hasta el momento había causado la mayor parte de los litigios entre el rey y el Parlamento, comienza ahora antes bien a unirlos. Carlos II había recibido durante el cuarto de siglo de su reinado cuarenta y tres millones de libras esterlinas en total; Guillermo setenta y dos millones en el transcurso de trece años. ¡Pero cuán enormemente se incrementaron estos ingresos después de tales esfuerzos! Se acrecentaron, justo por eso, porque fueron voluntarios, porque se vio que su rendimiento no servía para aumentar el lujo de unos cuantos cortesanos, sino que estaba al servicio del bien común. Muy en breve, entonces, nadie puso en duda la preponderancia de la marina de guerra británica. En el año de 1678, como muestra de la floreciente situación de la flota real, se contaba con 83 navíos de guerra, brulotes incluidos, con una dotación de 18 323 hombres; en diciembre de 1701 se tenían, en cambio, 184 navíos de primera

hasta sexta clase, brulotes y buques pequeños excluidos, con una dotación de 53 921 hombres. Si, como se piensa, el ingreso producido por el sistema postal nos proporciona una regla para medir el tráfico interno, entonces se puede decir que éste se había también incrementado extremadamente. En el año de 1660 el correo se dice que debe haber producido 12,000 libras; en el año de 1669 se pasó por este concepto a 90,504.

Desde entonces ha sido observado que el verdadero motivo nacional de la Guerra de Sucesión[21] española fue el temor de que Francia y España reunidas pudiesen de nuevo arrebatar el comercio indooccidental a los ingleses y holandeses. Aun cuando la paz finalmente concertada mereció las censuras que los *whigs* [liberales] expresaron vivamente, dicha paz eliminó, sin embargo, aquel temor. Nada mejor muestra el predominio de los ingleses sobre las potencias borbónicas que el hecho de que retuviesen Gibraltar. El más lucrativo comercio con las colonias españolas lo obtuvieron ahora mediante el tratado de paz, en tanto que el de sus propias colonias se expandía con extraordinario progreso. Así como Batavia cedió ante Calcuta, así también se eclipsó desde entonces el antiguo lustre marítimo de Holanda ante el inglés. Federico el Grande hizo notar que Holanda seguía a su vecino del mismo modo que un esquife a su barco. La unión con Hannover trajo además consigo un interés nuevo, continental y no menos antifrancés.

En el transcurso de este gran desenvolvimiento la literatura inglesa alcanzó primero una eficacia que la puso al nivel de las literaturas europeas y comenzó a rivalizar con la francesa. Las ciencias naturales y la filosofía, esta última tanto en una como otra dirección, produjeron una nueva y original concepción del mundo en la cual se concebía y reflejaba por sí mismo el dominante espíritu del universo. A decir verdad resultaría excesivo el intento de querer

[21] De 1700 a 1714.

atribuir a los ingleses la creación de monumentos poéticos o artísticos, formas perfectísimas e imperecederas en este tiempo; pero ellos tenían entonces muchos magníficos genios y desde hacía mucho poseían al menos un gran poeta cuyas obras —comprensibles y vigentes para todas las épocas— estaba aprendiendo ahora Europa a conocer por vez primera. Dado que durante algún tiempo no habían desdeñado las formas francesas, ahora los más distinguidos franceses aceptaban la influencia del espíritu inglés y de su ciencia.

De tal manera Luis XIV encontraba oposición en aquel rival que él había creído dominar mediante la política o por influencia de la religión; un rival mucho más poderoso, magnífico y peligroso que lo que él esperaba encontrar. Todas las relaciones respecto al poder marítimo, todas las condiciones de la Europa Occidental fueron así radicalmente cambiadas.

Entre tanto el Levante europeo fue también reorganizado. No puedo compartir la opinión de que la germana Austria, tal como lo sabemos ahora, pueda ser llamada un antiguo poder. Durante la Edad Media, sin el imperio, tuvo ella muy poco que decir. Después fue a la par arrastrada y oscurecida por la monarquía española. A fines del siglo XVI quedó despojada de su autoridad en el exterior a consecuencia de la disensión religiosa y de los derechos hereditarios de los estados del reino en sus distintas comarcas. Al comienzo de la Guerra de Treinta Años [22] los ejércitos alemanes reconquistaron para el emperador los territorios originalmente adscritos por herencia a su corona. Incluso la gloria que alcanzó Fernando II [23] tras las empresas mili-

[22] De 1618 a 1648; pero los holandeses hablaban de una guerra de liberación de ochenta años. De hecho hubo dos etapas: de 1517 a 1555 y de 1555 a 1648; que desde el punto de vista protestante han sido denominadas "Reforma" y "Contrarreforma".

[23] Fernando II de Austria (1578-1637), emperador germánico desde 1619, fue hijo de Fernando. Nació en Alcalá de Henares, hermano menor del emperador Carlos V.

tares de Wallenstein[24] fue tan sólo pasajera y provocó una violenta y poderosa reacción. ¡Cuán frecuentemente fueron amenazadas desde entonces las principales ciudades de las provincias orientales por los ejércitos suecos! Sin embargo, la Casa de Austria logró precisamente entonces, mediante la aniquilación de sus enemigos, la elevación de sus satélites, la consolidación final del catolicismo y la cimentación para siempre de su poder en el interior. Éste fue el primer paso en el prestigio que Austria ha adquirido en época reciente. Pero ella llegó a ser primeramente un poder importante de Europa por medio de la conquista de Hungría. En tanto que Ofen [Budapest] estuviese en manos de los turcos, podían los franceses amenazar a Austria (por cierto sumamente expuesta al peligro) cada vez que a ellos les placía ejercer su influencia sobre el Diván. Si ellos no habían causado la expedición de Kara Mustafá en el año de 1683, al menos habían sabido de ella. Su intención no fue dañar a Alemania o a la cristiandad, pues no pretendían llegar tan lejos; pero los franceses deseaban que los turcos conquistaran a Viena y que se abriesen paso hasta el Rin. Entonces Luis XIV se habría destacado como el único sostén de la cristiandad; en la confusión que un acontecimiento semejante habría podido producir, él no podría haber fallado en disponer de la corona alemana o incluso para sí tomarla si apetecía hacerlo.

Bajo los muros de Viena este plan fracasó. Fue el último gran esfuerzo de los turcos, que repercutió en ellos muy desastrosamente, puesto que habían gastado además todas sus fuerzas con bárbaro exceso. A partir de entonces, las hordas guerreras turcas retrocedieron desordenadamente ante las tropas alemanas, las cuales habían avanzado, al decir de un italiano, "como una fuerte e impenetrable muralla". En vano proclamó un *fetua* del Mufti que Ofen era la llave del imperio otomano y que la defensa de la

[24] Alberto Wenzel von Wallenstein (1582-1634), general alemán al servicio del partido católico durante la Guerra de Treinta Años; el mejor general del emperador Fernando II.

plaza era un deber de los creyentes; la ciudad se perdió no obstante. Toda Hungría fue reconquistada y constituida en un reino hereditario. Los descontentos se sometieron; en los límites de las tierras bajas húngaras se instaló una población que servía para defenderlas en lo sucesivo contra los turcos. Desde entonces se afincó Austria sobre una fundamentación totalmente distinta. En otros tiempos todas las guerras en Hungría fueron realizadas por ejércitos alemanes, y se dijo que todos los ríos de la región estaban teñidos con sangre germana; ahora aparecieron los húngaros y constituyeron el corazón de los ejércitos austriacos en las guerras alemanas. Entonces ya no le fue posible a la diplomacia francesa alentar a los turcos, con el más fútil motivo, a penetrar en el corazón de la monarquía. Sólo una vez más halló Francia cooperación y ayuda entre los elementos descontentos; finalmente todo quedó en paz. Precisamente en aquella provincia, que para el emperador había significado hasta ahora el mayor peligro, fundamentó desde entonces su poder. Cae de suyo que la consolidación de este estable, rico y bien armado poder, que refrenó a los turcos e incluso les infundió temor, produjo un cambio en las condiciones del este europeo.

Luis XIV vivió lo bastante [1638-1715] para experimentar por lo menos el comienzo de otro cambio similar.

La situación de Polonia, a favor de la cual siempre le había sido fácil al rey francés el mantener en este país una facción; el poder de los suecos, que por tradición y antigua alianza estaba ligado a él, cuando menos de un modo general, diole sin mucho esfuerzo una decisiva supremacía en el norte. Carlos XII [25] no introdujo ningún cambio en esta situación. Una de sus primeras resoluciones fue, como se la expresó a su canciller, "concertar por todos

[25] Carlos XII (1682-1718), rey de Suecia desde 1617. Vence a los daneses en 1700, en Copenhage; a los rusos en Narva y a Augusto II, rey de Polonia, en Riga (1708). A pesar del valor de sus tropas fue vencido por Pedro el Grande, de Rusia, en Poltava (1709).

los medios la alianza con Francia y contarse entre sus amigos". Cierto es que la Guerra de Sucesión española y la nórdica,[26] que comenzaron casi al mismo tiempo, no fueron premeditadas ni estuvieron conectadas mediante negociaciones previas, si bien se ha sospechado frecuentemente lo contrario. De hecho los acontecimientos poseyeron una tendencia similar. En tanto que la Guerra de Sucesión española sirvió a los Borbones para poner en sus manos el sur de Europa; los suecos, por su parte, estuvieron a punto de alcanzar completamente el dominio en el norte. Después de que Carlos XII atacó por sorpresa a los daneses y los obligó a pedir la paz; después de haber conquistado a Polonia e impuesto un rey a la misma; después de que cruzó la mitad de Alemania, que en el este no estaba mejor fortificada que en el oeste, y ocupó Sajonia durante largo tiempo, nada más le quedaba por hacer para consolidar su supremacía, que aniquilar al zar al que ya una vez había derrotado. Con ese fin se puso en campaña con su ejército que había sido remozado en Sajonia. Entre tanto el zar había hecho un supremo esfuerzo para prepararse.

La batalla decisiva tuvo lugar en 1709. Estos dos héroes nórdicos, Carlos XII y Pedro I,[27] productos originales, respectivamente, de la nacionalidad germánica y eslava, volvían a enfrentarse. Un memorable contraste. El germano era en extremo reflexivo y sencillo, sin tacha en su conducta; un héroe de los pies a la cabeza, fiel a la palabra empeñada, audaz en sus empresas, devoto, terco hasta la obstinación, impávido. El eslavo era al mismo tiempo bondadoso y cruel, extremadamente voluble, aún semibárbaro, pero atraído a los estudios y progresos de las naciones europeas con todo el apasionamiento de una fresca y ávida

[26] Véase la nota anterior y la 21. Transcurrió de 1701 a 1720.

[27] Pedro I el Grande, de la dinastía Romanov (1672-1725) y emperador de Rusia desde 1682; fundador de San Petersburgo (1703), hoy Leningrado; venció a Carlos XII de Suecia en Poltava (1709) y por el Tratado de Nystadt (1721) obtuvo Livonia, Estonia y Finlandia.

naturaleza llena de grandes proyectos e infatigable para realizarlos. Es un espectáculo sublime observar la lucha de estas dos naturalezas. Uno podría preguntar cuál de las dos era superior; pero lo que resulta bastante cierto es que el futuro mayor estaba enlazado al éxito del zar. En tanto que Carlos mostró poca comprensión para el verdadero interés de su nación, Pedro había atado a su persona el perfeccionamiento de su pueblo, que él mismo había preparado y emprendido, e hizo de este programa su más noble mira. Él obtuvo la victoria. En la relación que mandó publicar para su nación sobre la batalla de Piltava,[28] añadió la siguiente coletilla: "Con esta victoria ha sido puesta la primera piedra de San Petersburgo." Fue, en efecto, la piedra fundamental en el edificio total de su estado y de su política. A partir de entonces comenzó Rusia a dar órdenes en el norte. Sería un error suponer que ello requirió un largo proceso; pero tal cosa ocurrió antes bien en el acto. ¿Cómo habría podido sustraerse asimismo Augusto II,[29] rey de Polonia, a su influjo, supuesto que debió su restauración únicamente a las armas rusas? Pero, además, él tuvo que recurrir nuevamente a su ayuda para dirimir los conflictos internos, en lucha contra la nobleza polaca. De este modo Pedro I llegó a ser inmediatamente el árbitro de Polonia, poderoso sobre ambas facciones y tanto más prepotente dado que Polonia redujo su ejército en tres cuartas partes, en tanto que el ruso, siempre más numeroso, llegó a estar mejor adiestrado y, pues, a ser más formidable y terrible. El zar, expresó en 1717 un veneciano, que en otras épocas recibió órdenes de Polonia, ahora se las da con ilimitada autoridad y a su antojo. Desde entonces el influjo de los franceses en Polonia cesó más y más por necesidad; ellos ya no pudie-

[28] Tras la pérdida de la batalla Carlos XII se refugió en Turquía; intentó renovar las hostilidades con ayuda del sultán de Turquía Ahmed III; volvió a Suecia en 1715 y murió asesinado.

[29] Augusto II (1670-1733), elector de Sajonia (Estanislao Lesczyinski, 1704-1709, 1733-1735).

ron promover su candidato al trono, incluso si tenían a la nobleza polaca de su parte. Entre tanto Suecia, a causa justamente de estos acontecimientos, se había ido debilitando y había quedado territorialmente reducida. Todavía durante sus últimos días Luis XIV había garantizado a la corona sueca todas sus posesiones; sin embargo, ésta perdió finalmente una parte importante de las mismas. Los franceses mantenían ciertamente su influencia en Stocolmo. En 1756 la gente se quejaba de que Suecia era gobernada desde París como si fuese una provincia francesa. Pero como ha sido dicho, Suecia había quedado reducida a un papel insignificante. Estallaron allí las miserables desavenencias internas entre los gorros y los sombreros, en las cuales influyeron los franceses. Aunque estos conflictos fueron utilizados algunas veces para suscitar una guerra contra Rusia, esto resultó antes bien un inconveniente, pues se dio a este imperio la ocasión para lograr nuevas victorias y expansiones territoriales.

Así fue como el norte quedó bajo un dominio bastante más distinto que el indirecto de Francia; una gran nación dio allí comienzo a un nuevo y verdadero desarrollo europeo. En el este la influencia francesa no se eclipsó; pero ya no tenía allí la antigua importancia de antes, aunque Austria, bajo el cetro de Carlos VI,[30] se hallaba muy debilitada. El mar estaba en manos de los rivales; la ventajosa conexión que Francia había comenzado a establecer desde Cádiz con la América española era tolerada o interrumpida de acuerdo con la conveniencia de Inglaterra.

Por contra, en el sur de Europa, mediante el natural acuerdo de las cortes borbónicas, que tras una breve interrupción llegaron hasta elaborar planes políticos mancomunados, conservó todavía Francia un gran predominio y asimismo en Alemania.

Existen reflexiones documentales sobre la realidad política de Europa en el año de 1736, que nos describen de

[30] Carlos VI (1685-1740), emperador germánico, fue pretendiente a la corona de España durante la Guerra de Sucesión.

modo terminante y elocuente la situación, en particular, de los asuntos alemanes poco antes de la Guerra de Sucesión austriaca.[31] Aunque el autor de dichas reflexiones admite que Carlos VI se esforzaba en ampliar su poder imperial y en hacer más monárquica la Constitución, y que el emperador, por su alianza con los rusos, que ya por entonces se asomaban al Rin, había incluso infringido algunos artículos de su capitulación, él no encuentra, pese a todo, que el peligro fuese tan grande por este lado. La última guerra, opina él, hizo evidente la debilidad de la corte imperial. En la arrogancia y en la violencia con las que ella busca imponer sus planes se encuentra un remedio contra tales propósitos. Guardémonos en cambio, clama el autor, muchísimo más de aquellos que mediante secretos artificios, por insinuantes maneras y por medio de una fingida bondad, buscan reducirnos a la esclavitud. Le parece que el cardenal Fleury,[32] entonces primer ministro de Francia, aunque adopta el semblante de la más excepcional moderación, prosigue no obstante bajo tal guisa y, a decir verdad, directamente los planes políticos de un Richelieu y de un Mazarino.[33] Por medio de su aparente generosidad adormece a sus vecinos; en cierto modo su suave y tranquilo carácter se presta para la política de su corte. Con cuánta prudencia, sin ostentación, ruido ni alarma ha sabido ganar la Lorena para Francia; para conquistar la deseada frontera del Rin, de la que no estaba muy lejos, esperó tan sólo las confusiones que la muerte del emperador traería indefectiblemente consigo.

En el año de 1740 murió Carlos VI, el cardenal Fleury se aventuró con pasos aún más audaces de lo que se le

[31] Oposición a la heredera de Carlos VI, su hija María Teresa; pretendieron la corona imperial de Austria, Sajonia, Baviera y Polonia. Federico II de Prusia intervino también en esta disputa guerrera.

[32] Andrés Hércules de Fleury (1653-1743), cardenal y estadista francés, ministro de Luis XV.

[33] Julio Mazarini, llamado "Mazarino" (1602-1661), cardenal y político francés de origen italiano; sirvió a Luis XIII y fue primer ministro hasta la subida al trono de Luis XIV (*L'État c'est moi*).

hubiese creído capaz. Expresó con franqueza que no deseaba que el esposo de María Teresa[34] fuese el sucesor del padre de ésta, porque aquél no sentía ninguna simpatía por los franceses. El cardenal aseguró sobre todo la corona alemana para Carlos VII de Baviera; concibió el plan de establecer en Alemania cuatro estados de aproximadamente igual poder, limitando así a la Casa de Austria, poco más o menos, a Hungría; entregando, en cambio, Bohemia a Baviera, Moravia y la Alta Silesia a Sajonia y contentando a Prusia con la Baja Silesia. Cuán fácilmente habría podido entonces Francia mantener una sempiterna hegemonía sobre los tales cuatro estados, que por su propia naturaleza nunca se habrían entendido los unos con los otros.

Prusia

En este momento en que el peligro para la patria alemana era real y manifiesto, una patria que no poseía Estados poderosos ni hombres distinguidos de acción y ni siquiera un pronunciado y firme sentimiento nacional (ninguna literatura, ningún arte ni una cultura propia con la que contrarrestar la preponderancia de sus vecinos), se presentó Federico II[35] y Prusia se levantó.

No es aquí el lugar apropiado para describir a tal príncipe ni el estado que él encontró al subir al trono y el que después conformó; tampoco quisiéramos atrevernos a mostrar a la ligera la fuerza original del uno y del otro y la plenitud vital que ambos desplegaron. Nosotros sólo buscamos hacer patente su posición en el mundo.

Entonces debemos conceder, en efecto, que el primer movimiento de Federico fue sustentado por el giro que

[34] Francisco I, emperador germánico de 1745 a 1765, padre de María Antonieta.

[35] Federico II el Grande (1712-1786), rey de Prusia, subió al trono en 1740, victorioso en la Guerra de Siete Años contra Austria, Francia y Rusia. Típico representante del despotismo ilustrado.

tomó la política francesa inmediatamente después de la muerte de Carlos VI. Empero, el problema consiste en saber si él debió o no alinearse con la misma mucho más estrecha y extensamente. El propio Federico, cuando aún era príncipe heredero y estaba todavía alejado de los verdaderos asuntos de estado, había redactado unas reflexiones de las cuales intento dar una idea. Ellas son, como podrá verse, del todo contrarias a la política trazada por Francia. Claramente vio el riesgo que desde este lado se cernía sobre Alemania y lo sintió tan vivamente como es posible imaginarlo. Pero justo por esto emprendió su guerra por decisión absolutamente personal; nunca quiso que el éxito de sus armas fuese provechoso para los franceses. Con qué seriedad explicó a su ministro plenipotenciario que él era un príncipe alemán y que no toleraría que sus tropas permaneciesen sobre el suelo alemán más tiempo del que estaba acordado por los tratados. Hacia finales de 1741 no debía haber parecido tan imposible someter completamente a Austria. Bohemia y Austria superior estaban casi tan en manos enemigas como lo estaba Silesia; Viena se encontraba tan por completo amenazada como Praga. ¿Si se hubieran proseguido estos ataques empleando todas las fuerzas, quién podría decir a dónde hubiesen podido llegar? No deseo atribuir lo ocurrido a la magnanimidad de Federico, puesto que él evitó este último paso; supo muy bien que su ventaja no consistía en desembarazar a Francia de su antiguo adversario. Cuando vio a la reina de Hungría al borde de la ruina quiso dejarla tomar aliento, se dijo a sí mismo. Conscientemente se detuvo y suspendió el avance. Su objetivo era no depender de Francia ni de Austria; deseaba sentirse completamente libre y ocupar entre ambas naciones una posición independiente fundamentada en su propia fuerza. En este simple propósito radica la explicación de su política durante las Guerras Silesianas. Nunca fue mantenida una adquisición con más celosa vigilancia que la suya. Desconfía de los amigos no menos que de los enemigos;

siempre se mantiene armado y presto a combatir; luego que se siente en desventaja o ve aproximarse el peligro, aunque todavía esté lejano, empuña las armas; tan pronto como está en una situación ventajosa y tan pronto como ha alcanzado la victoria extiende la mano buscando la paz. Por supuesto, no podía actuar a favor de los intereses extranjeros; pero tiene sin embargo los suyos propios, sin que sean exagerados y sin que ninguna alucinación voluntaria se plante ante sus ojos. Sus exigencias jamás son excesivas, sólo tienen por objeto el interés inmediato; mas por lo que toca a esta ventaja permanece firme hasta el punto extremo.

A pesar de todo, esta inesperada y próspera independencia alcanzada por una atrevida y arrogante actitud no produjo sino el disgusto y la enemistad de los vecinos.

Se comprende que María Teresa no se consolase inmediatamente de la pérdida de una rica provincia y que viese con desazón el ascenso en el imperio de un rival tan afortunado y diestro. Pero asimismo el prestigio de Prusia afectó de manera importante al sistema nórdico, puesto que un tratado absolutamente inofensivo contraído con Francia y Suecia, con objeto de mantener el equilibrio de poder en el norte, concitó el odio absoluto de algunos ministros rusos, que creyeron ver amenazada su supremacía en tal región. El rey Federico podría haber encontrado en Francia un apoyo más equitativo; pero dado que él no era gobernable como los suecos, puesto que se atrevía a seguir una política internacional libre e independiente, se atrajo también la animadversión de la corte de Versalles. Aunque esta corte percibió muy bien lo que estaba en juego, resolvió no obstante modificar todo su sistema y aliarse de aquí en adelante con Austria. La opinión pública, en uno de esos súbitos arrebatos que son característicos singularmente en Francia, aprobó de muy buena gana el nuevo tratado. De este modo logró la emperatriz conciliar consigo a los dos grandes poderes continentales; los poderes menores, sus vecinos de Sajonia y Pomerania, se les unieron.

Una alianza estaba en marcha, la cual no era muy distinta de la que había sido concertada contra Austria tras la muerte de Carlos VI, y que incluso fue más fuerte por la participación de Rusia. Se hablaba de un reparto de los estados prusianos no menos de como se habló antes del reparto de Austria, y Federico únicamente en el mar encontró aliados, los mismos que se habían coaligado anteriormente a Austria. Mas el poder del rey de Prusia resultaba muy moderado, no obstante la nueva ayuda, e insignificante para poder hacer frente a la alianza en su contra. Y, pues siendo así ¿cómo es que Federico se atrevió a encarar la lucha contra la misma?

Según sabemos, había solicitado de la corte de Viena una categórica declaración sobre el armamento de ésta. "Si la respuesta resulta moderadamente satisfactoria —dijo a uno de sus ministros— no marcharemos." Finalmente arribó el esperado correo. La respuesta estaba bien lejos de ser suficientemente satisfactoria: "La suerte está echada —dijo él— mañana nos pondremos en marcha."

Así fue como se precipitó animosamente al peligro; lo buscó, casi lo desafió; pero sólo cuando estuvo en medio de éste aprendió a conocerlo por entero.

Nunca un acontecimiento ha dependido más de una gran personalidad, tal como ocurrió en el caso de la Guerra de Siete Años.

Las guerras de nuestro tiempo suelen ventilarse tras unas cuantas batallas decisivas; antes duraban más tiempo, sin embargo se combatía más por reclamaciones y pretensiones que por el total de la existencia o por el ser o no ser del estado mismo. La Guerra de Siete Años[36] se caracterizó por el hecho de que a través de su larga duración en cada momento estuvo en juego la existencia de Prusia. Ante semejante estado de cosas, ante la enemistad

[36] Guerra de Siete Años (1756-1763). Pugna mundial entre Inglaterra y Francia (en el ínterin, pugna austroprusiana). Paz de París; imperio colonial inglés (paz de Hubertusburg: sin modificaciones territoriales; Federico el Grande en posición de gran potencia.

general, se necesitaba únicamente una sola jornada aciaga para ocasionar la ruina del estado prusiano. El propio Federico lo sintió cabalmente. Después de la derrota de Kollin exclamó: "¡Es nuestra Poltava!" Y si esta frase no se le cumplió felizmente, es, sin embargo, cierto que desde entonces se sintió amenazado a cada momento por el desastre.

No haré mención de los recursos que su genio militar puso en juego en una situación tan desesperada ni tampoco aludiré al valor de sus tropas, a la fidelidad de sus súbditos o a las fortuitas circunstancias. Lo principal es que él se mantuvo moralmente en pie.

La filosofía francesa solamente lo había adiestrado en ligeros ejercicios intelectuales, en poesía superficial, en trabajos académicos; ella parecía antes bien invitarle al goce de la vida, en tanto dura ésta, que prepararlo para esfuerzos tan poderosos. Pero debemos decir que el verdadero genio permanece invulnerable, incluso para las falsas doctrinas. Él es su propia norma, reposa sobre su propia verdad, sólo necesita que ésta se le haga consciente. La vida y el esfuerzo que se desarrolla para llevar a cabo una gran empresa cuidan de ésta. La desgracia lo hace madurar.

Federico II fue un gran general; los infortunios que experimentó hicieron de él un héroe. La resistencia que ofreció no fue únicamente militar, sino que fue simultáneamente interna, moral y espiritual. El rey condujo la guerra con reflexión constante sobre el último fundamento de las cosas, con grandiosa intuición de la fugacidad de toda existencia terrena.

No deseo elogiar sus poesías considerándolas como distinguidas obras de fuerza poética; a tal respecto ellas pueden tener muchos defectos; pero cuando menos aquellas que se originaron durante las vicisitudes de la guerra poseen un entusiasmo grandioso de pensamiento sencillo. Ellas nos descubren las agitaciones de un alma varonil angustiada, combatiente y consciente del peligro. Él se ve "en medio de un mar embravecido; el rayo zigza-

guea desgarrando la tempestad; el trueno —dice— descarga sobre mi cabeza; de escollos estoy rodeado; los corazones de los pilotos se han paralizado; la fuente de la fortuna se ha secado, las palmas se han desvanecido y los laureles marchitado".

Tal vez haya buscado ocasionalmente un apoyo, una confortación en los sermones de Bourdaloue;[37] con frecuencia torna a la filosofía de los antiguos. Sin embargo, el tercer libro de Lucrecio,[38] que tan asiduamente ha estudiado, sólo le dice que el mal es necesario y que no existe ningún remedio posible contra él. Era Federico II un hombre que incluso de esta plenidesesperante doctrina extraía exaltados pensamientos. A la muerte, que él había deseado encontrar con frecuencia en el campo de batalla, vio asimismo de un modo distinto, sin temor, mirándola directamente a los ojos. Al igual que comparaba de buena gana a sus enemigos con los triunviros, así también apelaba a los manes de Catón y Bruto[39] y estaba decidido a seguir el ejemplo de éstos. Sin embargo, no era tal su caso, en lo absoluto, como lo fue el de los dos romanos. Éstos se encontraron implicados en la marcha general del destino del mundo, pues Roma era el mundo, sin otra consideración que la significación de sus propias personas y de las ideas por las que se batieron; pero él tenía un país propio que representar y defender. Si sobre Federico actuó un pensamiento especial, diremos que fue el de su país, el de su patria. Hay quien nos lo describe después de la batalla de Kunersdorf, cuando juzgaba sobre el círculo de su infortunio y lo desesperado de su situación; cuando daba

[37] Luis Bourdaloue (1632-1704), jesuita francés, "predicador del rey y rey de los predicadores". Sus sermones integran doce tomos.

[38] Lucrecio Caro (99 al 95-55 al 51 a. C.), poeta latino autor de *De rerum Natura* (*De la naturaleza de las cosas*).

[39] Catón el Censor (234-149 a. C.), enemigo de Cartago: *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam* (y también creo que Cartago debe ser destruida). Bruto, Marco Junio (85-42 a. C.), con Casio conspiró contra César, quien lo había protegido, y lo asesinó en el Senado en los idus de marzo (15-III) del año 44 a. C.

todo por perdido ante el odio y la suerte de sus enemigos; cuando sólo veía para él y para su país una única salida y tomó la resolución de sacrificarse. Pero entonces se le fue mostrando paulatinamente la posibilidad de una renovada resistencia y a este casi desesperado deber se dedicó de nuevo. Era imposible para él dejar a su país en la situación en que durante largo tiempo hubo de verlo:

> Inundado por los enemigos, despojado de su honor, sin recursos, en peligro extremo. A ti —dijo él— quiero consagrarte el resto de mi infortunada vida; no deseo consumirme en infructuosas preocupaciones; me lanzaré una vez más en medio del peligro. ¡Opongámonos al hado —exclamó a sus tropas—, seamos nuevamente valerosos contra tantos enemigos, confabulados contra nosotros, ebrios de orgullo y arrogancia!

De este modo perseveró Federico. Finalmente vivió lo bastante para ver el día de la paz. "La constancia —dijo al final de su historia de la guerra— es la única virtud en los grandes negocios del estado que puede salvarnos del peligro." Mantuvo intacta su tierra y desde el momento en que se sintió nuevamente señor de ella su único y más dedicado cuidado fue curarla de las heridas que la guerra le había causado.

Si se pudiese formular la definición de una gran potencia como aquella que puede hacer frente a todas las demás, inclusive si éstas se unen, entonces eso fue lo que hizo Federico al elevar a Prusia a dicho rango. Por primera vez desde la época de los emperadores sajones y de Enrique el León [919-936], se vio en el norte de Alemania un poder autosuficiente que no necesitaba de alianza alguna y que dependía sólo de sí mismo.

Sucedió entonces que Francia ya no pudo ejercer ni poca ni mucha influencia en los asuntos alemanes; asimismo la oposición que ella había creado o favorecido durante la Guerra de Sucesión austriaca pertenecía ya totalmente al pasado. Si Prusia se había emancipado, Baviera y Sajonia se aliarían de nueva cuenta con Austria.

Era también demasiado pronto para pensar en una renovación de estas relaciones; la propia Francia lo había así prevenido, puesto que ella, al establecer aquella estrecha y precisa alianza con Austria, había provocado la Guerra de Siete Años. No deseo examinar hasta qué punto dicha alianza causó todos los otros efectos que los franceses le atribuyeron, por lo menos no sin exageración; pero lo cierto es que Francia renunció a la postura que hasta entonces había tenido y en virtud de la cual había alentado a la oposición alemana mediante este mismo arbitrio, y que "desde este momento en adelante —como se dijo en Francia— el rey de Prusia, en detrimento de la supremacía de Francia sobre el continente, se convirtió en el protector de las libertades germanas". Es improbable suponer que Austria permitiría ejercer a los franceses su antigua influencia. Todavía como corregente y desde un principio declaró José II [40] que él consideraba sagrado el derecho a la corona imperial; insistió que no se le tocase este punto si es que se deseaba estar en buenos términos con su persona. Había ya que reconocer que la verdadera salvaguardia de la independencia política consistía en una unión libre y firmemente fundada de ambas potencias frente al extranjero.

Sin embargo, este gran cambio no alcanzó plena significación hasta que en la literatura de lengua alemana tuvo lugar la emancipación de los modelos franceses y de su falsa imitación. No quiero decir que nuestra nación no hubiese gozado hasta ese momento de un cierto grado de independencia intelectual. Pero en su mayor parte radicaba ésta en el desarrollo y perfeccionamiento de los sistemas teológicos que habían capturado a todos los espíritus que en lo esencial eran de origen alemán. Pero éstos sólo pertenecían a una parte de la nación; después el idealizado, puro e intuitivo conocimiento de la religión se encontró injertado en una extraña forma escolástica. No puede des-

[40] José II (1741-1790), hijo de Francisco I y María Teresa de Austria.

conocerse la actividad y el éxito parcial con que se trabajó en muchas otras ciencias; más todas ellas habían tenido que someterse a la misma forma. Fueron difundidas mediante complicados sistemas adecuados a la tradición de la cátedra, rara vez por medio de una real comprensión intelectual. Las universidades tiranizaban en general en la educación, no sin coacción y estrechez de espíritu. Pero así, sencillamente, fueron poco a poco desinteresándose de este sistema de educación las clases superiores de la sociedad, las cuales, como se dijo anteriormente, se habían dejado dominar por las influencias francesas; mas desde mediados del siglo XVIII comenzó un nuevo desarrollo del espíritu nacional. No podemos ignorar que éste partió ampliamente, por cierto, del punto de vista crítico del antiguo sistema, aunque fue concebido en una cierta oposición con el mismo. Aun resultaba poco satisfactorio; en verdad todavía estaba sujeto mas no limitado por el sistema dogmático; pero el espíritu alemán se elevó a una expresión más poética del mismo. La religión fue finalmente acercada otra vez al corazón del pueblo en todas sus relaciones humanas, y, lo que es más fundamental de todo, se realizó sin fanatismos, sin arrebatos fantasiosos. En atrevidos ensayos la filosofía se animó a un nuevo debate sobre el fundamento superior del conocimiento. Una junto a otra, en el mismo lugar, en lo esencial distintas entre sí, pero estrechamente emparentadas, la una más analítica y la otra más intuitiva, surgieron las dos tendencias de la filosofía alemana, que desde entonces se han desarrollado una cabe a la otra, atrayéndose y repeliéndose, pero que sólo conjuntamente han expresado la plenitud de una conciencia original. La crítica y la arqueología se abrieron paso a través de la masa de erudición y apremiaron hasta lograr una intuición más viva. El espíritu de la nación despierto de repente y favorecido por su profundidad y madurez, desarrolla y experimenta libre e independientemente una literatura poética mediante la cual pudo formarse una nueva y amplia visión del mundo, en conjunto bastante coherente pese a las con-

FACULTAD DE F. Y L.

tradicciones internas. Esta literatura tenía entonces la inestimable cualidad de que ya no estaba limitada a una parte de la nación, sino que la abarcaba por completo; consciente, en efecto, por vez primera, de su unidad. Aun cuando no siempre las nuevas generaciones de grandes poetas suceden a las anteriores, uno no debe admirarse de ello. Las grandes tentativas se han realizado y se han trocado en éxitos; bien mirado, ya se había dicho todo lo que había que decir y el verdadero espíritu desdeñaba marchar hacia adelante por vías ya trilladas, transitables y cómodas. Sin embargo, la obra del genio alemán no estaba ni con mucho todavía terminada; su tarea consistía en abrirse paso hasta llegar al fondo de la ciencia positiva [*die positive Wissenschaft*]. Toda clase de obstáculos se han interpuesto además en su camino, brotados de su propio desenvolvimiento y asimismo de otras influencias. Nosotros podemos ahora esperar que él los superará todos; que logrará una más cabal comprensión de sí mismo y que será entonces capaz de una incesante nueva creación.

No obstante me detengo aquí, pues de la política quisiera hablar, aunque estas cosas están estrechamente relacionadas y la verdadera política sólo puede ser sufragada por una gran existencia nacional. Tan cierto es esto que ningún otro fenómeno ha contribuido tanto a la autoconfianza con que este entusiasmo espiritual fue acompañado, como la vida y la fama de Federico II. Para ese fin conviene que una nación se sienta independiente, si es que ella ha de desenvolverse libremente, y nunca ha florecido sin haber sido preparada por los grandes momentos de la *historia*. Pero fue extraño que el propio Federico nada supiese ni vislumbrase de esto. Él trabajó en la liberación de la nación, y la literatura alemana se elaboró con él; sin embargo, no conoció a su aliado. Ella, no obstante, sí lo conoció bien. Esto convirtió a los alemanes en orgullosos y audaces por haber surgido entre ellos un héroe.

Fue, como vimos, una necesidad del siglo XVIII restringir a Francia. ¡Esto había ahora sucedido de una manera que

excedía a toda expectación! Pensándolo bien no puede decirse que un artificioso sistema de complicada política se haya constituido con ese fin; lo que así se menciona fueron las formas; pero lo esencial consiste en que los grandes poderes brotaron por su propia fuerza y que los nuevos Estados nacionales independientes ocuparon con todo su poder original el escenario del mundo. Austria, una nación católica y germana, militarmente estable, de suyo henchida de fresca e inagotable fuerza vital, rica, era un mundo en sí mismo concluso y acabado. El principio greco-eslavo se revela en Rusia con más poder que el que nunca tuvo en la historia mundial. Las formas europeas que Rusia adoptó estaban muy alejadas para poder sofocar este elemento original; ellas, antes bien, lo penetraron, vivificaron y por primera vez suscitaron sus fuerzas. Lo mismo que por entonces en Inglaterra se desplegaron los intereses marinos germánicos en un colosal poder mundial que dominaba todos los mares, ante el cual todos los recuerdos de los poderes navales anteriores empalidecían, así también encontraron en Prusia los protestantes alemanes el apoyo que durante mucho tiempo habían buscado; su representación y expresión. "Aun cuando conociésemos el secreto —dice un poeta— quién se atrevería a divulgarlo." No quiero atreverme a expresar con palabras el carácter de estos Estados; sin embargo, vemos claramente que están fundados sobre principios que habían nacido de los varios grandes progresos de las centurias anteriores; que se formaron de acuerdo con estas divergencias originales y con constituciones diferentes, y que satisficieron las grandes exigencias históricas que conforme a la naturaleza de las cosas se fueron presentando en el transcurso de las generaciones. En su nacimiento, en su formación, que, como se comprende, no podía ocurrir sin diversas reorganizaciones de las condiciones internas, yace el principal acontecimiento de los cien años que precedieron a la erupción de la Revolución Francesa.

Revolución Francesa

Pero si bien ese acontecimiento (el nacimiento de los poderes continentales) tuvo, sin duda, una significación en sí misma tan legítima, no es posible negar, pese a todo, que se alcanzase, por tanto, a costa de una limitación de Francia y que ésta pudiese ver el éxito de las otras naciones como su propia pérdida. Asimismo Francia siempre se había enfrentado activamente a ellas. ¡Cuán frecuentemente buscó la manera de frenar los avances de Austria en Hungría y sus progresos contra los turcos! ¡Cuán frecuentemente los mejores regimientos austriacos, apostados en el Danubio contra los turcos, tuvieron que ser trasladados al Rin en defensa contra los franceses! Rusia había ganado su influencia en el norte gracias a la política francesa. Cuando el gabinete de Versalles descubrió el lugar que ocupaba Prusia en el mundo y que buscaba mantener, olvidó sus intereses americanos para, no diré reducir sino aniquilar, ni más ni menos, a dicho poder. ¡Con cuánta frecuencia habían los franceses intentado restaurar las antiguas relaciones con Inglaterra, para favorecer a los jacobitas y enviar tal vez un Estuardo con vista a la rebelión! En cambio consiguieron tener también a los ingleses por adversarios cada vez que apoyaron a Prusia contra Austria o bien a Austria contra Prusia. Francia sostuvo sus guerras sobre Tierra Firme y perdió el dominio del mar. Como expresó Chatam,[41] durante la Guerra de Siete Años perdieron los franceses su América en Alemania.

Y de este modo Francia se encontró ciertamente en una situación mucho menos determinante, como centro del mundo europeo, que cien años atrás. Vio consumar ante sus ojos el reparto de Polonia sin ser consultada sobre el caso. Tuvo que tolerar, lo cual sintió profundamente, que en el año de 1772 penetrase una fragata inglesa en la rada

[41] Lord Chatham, William Pitt (1708-1778), estadista inglés que dirigió la política de su país durante la Guerra de Siete Años.

de Tolón para vigilar el desarme de la flota de acuerdo con lo estipulado. Incluso los pequeños Estados independientes como Portugal y Suiza dieron cabida a otras influencias.

De inmediato se debe observar ciertamente que el daño no fue tan grave como con frecuencia se ha imaginado. Francia sostenía no obstante su antiguo influjo sobre los turcos; por medio del Pacto de Familia [42] había encadenado a España a la política francesa; la flota española, las riquezas de las colonias se encontraban a su disposición; asimismo las restantes cortes borbónicas, entre las cuales se contaba poco más o menos la de Turín, estaban aliadas a Francia y la facción francesa triunfaba finalmente en Suecia. Pero esto no era ni con mucho suficiente para una nación que más que cualquier otra sustentaba la fulgurante idea de su superioridad universal. Ella sólo sintió la pérdida de las pretensiones que había sustentado como si fueran derechos; reparó únicamente en lo que las otras naciones habían conquistado y no lo que ella había conservado. Con indignación se vio frente a rivales fuertes, poderosos y bien constituidos ante los cuales ya no podía competir.

Mucho se ha dicho de las causas de la Revolución y se han buscado también donde jamás se podrán hallar. Una de las más importantes, a mi parecer, se encuentra en este cambio de las circunstancias exteriores, las cuales habían desacreditado profundamente al gobierno. Es cierto que éste no había sabido administrar correctamente al Estado ni conducir la guerra de un modo apropiado; había dejado de crecer excesivamente los más peligrosos abusos, lo que originó en buena parte la ruina de su prestigio europeo. Pero los franceses atribuyeron también a su gobierno todo lo que, no obstante, era tan sólo resultado de la situación cambiante del mundo. Vivían en el recuerdo de la época plenipotente de Luis XIV, y todos los efectos que

[42] Principalmente el mantenido por los Borbones franceses y españoles en tres fechas distintas: 1733, 1743 y 1761; de aquí que sería mejor escribir *Pactos de Familia.*

resultaron de la situación indicada —el surgimiento de otros Estados provistos con nuevas fuerzas y liberados ya del influjo que se había ejercido sobre ellos— fueron atribuidos a la incapacidad de su política exterior y, por supuesto, a la innegable decadencia de su situación interna.

De aquí procede que los movimientos de Francia, cuando ellos presentaban por un lado un carácter reformista, se transformaban demasiado pronto en revolucionarios, los cuales desde un principio tomaban un rumbo antiextranjero.

La guerra americana por la independencia reveló en seguida esta diplopía. De no saberlo uno, no podría ver en las *Memorias* de Ségur[43] la singular mezcla de belicosidad y de presunta filosofía que motivó a la juventud de la más distinguida nobleza de Francia que participó en dicha guerra.

> La libertad —dice Ségur— se nos presentaba con el atractivo de la gloria. Mientras los hombres más maduros aprovechaban la oportunidad de hacer valer sus principios y de restringir el arbitrario poder, nosotros los jóvenes marchamos únicamente bajo las banderas de la filosofía para hacer la guerra, para distinguirnos y para ganar honores. Llegamos a ser filósofos al margen del caballeresco sentimiento; pero paulatinamente estos jóvenes llegaron a filosofar en serio. ¡Extraña combinación! Aunque atacaron a Inglaterra e hicieron motivo de su ambición el debilitarla, para despojarla de sus colonias, lo que ellos habrían anhelado particularmente ganar para sí era la independencia de un *peer* [par o lord], la digna posición de un miembro de la Cámara de los Comunes.

Esta guerra americana se convertía ahora en decisiva, no tanto a través de un cambio en la escala de poder como por los indirectos efectos que la guerra produjo. Porque aun cuando las colonias inglesas fueron arrancadas a la madre patria, se mostró bien pronto que ésta se hallaba

[43] Luis Felipe, conde de Ségur (1753-1830), embajador, diplomático, maestro de ceremonias y consejero de Napoleón I. Escribió entre otras muchas cosas *Mémoires ou Souvenirs et Anecdotes.*

por sí misma afincada en una posición tan sólida que no le afectó demasiado la pérdida, y aunque la marina francesa alcanzó nuevamente cierto prestigio, Inglaterra logró no obstante salir vencedora en las batallas decisivas y mantener la supremacía sobre los rivales unidos.

No me refiero únicamente al progreso de las tendencias republicanas, pues allí se dio también un resultado más directo por causa de la guerra.

Con gran energía se opuso Turgot[44] a la guerra; sólo en la paz esperaba él restablecer las finanzas, ya por entonces agobiadas por un déficit, por medio de una economía ahorrativa y realizar al mismo tiempo las reformas requeridas. Pero tuvo que ceder ante el torrente de entusiasmo juvenil. La guerra fue declarada y conducida con excesivos gatos. Necker,[45] con todo y su talento de banquero, que en alto grado poseía, quiso establecer nuevos empréstitos; pero cuanto más altos eran tanto más crecía el déficit. Desde el año de 1780 había declarado Vergennes[46] al rey que el estado de las finanzas públicas era verdaderamente alarmante y que dicha situación hacía que la paz fuese necesaria y que se hiciese inmediatamente. Entre tanto la paz se demoró y solamente después de que fue firmada, la confusión financiera se puso cabalmente de manifiesto. Se percibió también aquí un evidente contraste. Inglaterra salió no menos agotada y cargada de deudas después de la guerra americana; pero Pitt agarró el mal por la raíz y restableció la confianza por medio de estrictas medidas; en cambio las finanzas francesas pasaron de manos débiles a otras que lo eran aún más y, al mismo tiempo, menos experimentadas y más intrépidas; de modo que el mal se fue empeorando de mes en mes y el gobierno,

[44] Roberto de Turgot (1727-1781), barón de L'Aulne, economista francés y ministro de Hacienda de Luis XVI.

[45] Jacobo Necker (1732-1804), hacendista ginebrino al servicio de Francia y padre de la famosa Madame Staël.

[46] Carlos Graviers, conde de Vergennes (1717-1787), embajador de Francia y ministro de Negocios Extranjeros.

amenazado en su consistencia, quedó desprovisto de toda autoridad.

¡Cualquiera puede imaginar la repercusión de todo esto en el respeto y prestigio de Francia en el exterior! Francia ya no tenía otra alternativa y la guerra debía ser evitada a toda costa. Mas a despecho de la pésima situación financiera en que el país estaba, éste se inclinó a liquidar, por ejemplo, la exacción que Austria impuso a Holanda, pagando Francia la mitad de la suma exigida. Si hubiese dependido únicamente de Francia, el emperador no habría encontrado ningún impedimento en la ejecución de sus planes sobre Baviera. A pesar de que el gobierno francés estaba tan estrechamente ligado a los llamados patriotas holandeses, no pudo evitar que Prusia los invadiera y conquistara tranquilamente. A mi parecer no puede ser muy criticado por ello. ¿Qué podría haber hecho el gobierno francés en el mes de julio de 1787, cuando apareció la proclama de Prusia contra Holanda, para impedir su ejecución, puesto que precisamente entonces se negaban los parlamentos a registrar los nuevos impuestos, sin los cuales el Estado no podía administrar, ya que en breve, en aquella famosa sesión del 15 de agosto [47] la *Grand'Chambre* abrió sus puertas y declaró a la multitud allí reunida que el rey ya no podría en lo futuro exigir nuevos impuestos sin convocar antes los Estados Generales? En un momento en que se ponía en duda todo el orden interno no era probable que se pudiese ejercer cualquier influencia en el extranjero. Y, sin embargo, éste era un oportunísimo momento, porque justamente entonces se decidieron ambas cortes imperiales a atacar a Turquía. Los franceses no pudieron auxiliar a sus antiguos aliados, y si los turcos no querían sucumbir tendrían que solicitar la ayuda de Inglaterra y Prusia.

Verdad es que la insignificancia y futilidad de la política

[47] Data incorrecta de Ranke, pues la sesión tuvo lugar el 7-VIII-1787. El 15 de agosto los representantes de la Cámara eran desterrados a Troyes mediante la determinación arbitraria de una *lettre du cachet*.

exterior de Francia no era conveniente para las naturales exigencias del país ni respondía en lo absoluto a los intereses de Europa. Si esta nulidad provino de la confusión interna, como no puede negarse, la política que entonces la continuó no hizo sino acrecentarla por este arbitrio hasta límites extremos. La política del arzobispo de Brienne [48] sufrió la más violenta y general censura; fue acusado de cobardía e incluso de deslealtad porque no había auxiliado a Holanda y había, pues, perdido la ocasión de restablecer la reputación militar de los franceses en el país; el honor francés había quedado de tal modo afrentado que sólo podía ser purificado mediante torrentes de sangre.

Por exagerado que parezca esto ahora, no se puede censurar, sin embargo, el sentimiento que sirvió de base a este descontento. La conciencia nacional de un gran pueblo exige una adecuada posición en Europa. Las relaciones internacionales no constituyen un dominio de la conveniencia, sino del poder efectivo, y el prestigio de un Estado dependerá siempre del grado de desarrollo de sus fuerzas internas. ¡Cualquier nación se siente resentida si no se ve situada en el lugar debido; mucho más la francesa que tan frecuentemente se ha levantado a la singular exigencia de ser preferentemente la gran nación!

No me adentraré en la diversidad de causas que produjeron el terrible desenvolvimiento de la Revolución Francesa. Sólo deseo traer a la memoria que la decadencia de la política exterior francesa tuvo mucha participación en ello. Únicamente se necesita pensar en el papel que representó además una princesa austriaca, la reina desgraciada, [49] sobre la que recayó todo el odio acumulado que la nación francesa, desde hacía tanto tiempo, había experimentado por la Casa de Austria, y en la siniestra escena ocasio-

[48] Enrique Luis Lomenie de Briennes (1638-1698), secretario de Estado y diplomático francés, llamado "Le jeune Brienne."

[49] María Antonieta, esposa de Luis XVI. Hija del emperador Francisco I y de María Teresa de Austria. Nació en 1755 y murió, guillotinada, en París en 1793.

nada por el fantasma de un comité austriaco. No era suficiente que los franceses vieran que ya habían perdido la antigua influencia ejercida sobre sus vecinos; llegaron incluso a persuadirse que el extranjero ejercía un influjo secreto y fuerte sobre su propio estado. En todas las disposiciones de la administración interna imaginaban percibirlo y esto fue precisamente lo que provocó la flama de la indignación general, de la efervescencia y furia de la multitud. Si nos detenemos firmemente en este punto de vista relativo a la situación de la política exterior francesa, lograremos formarnos de la Revolución la opinión siguiente:

Dondequiera se habían concentrado las energías nacionales de un modo imprecedente para constituir un gran poder; con ese fin muchos obstáculos, que siempre se encuentran en las condiciones internas, fueron eliminados y no rara vez se atentó contra los antiguos privilegios. Esto fue lo que sucedió en los distintos países en mayor o menor medida y con más o menos éxito. Un libro muy instructivo y lleno de vida sería el que describiese cómo fue ensayado esto por todas partes, cómo fue, bien que mal, logrado y hacia donde condujo. Finalmente se emprendió también en Francia la misma tarea. El poder absoluto de los anteriores reyes franceses había sido ya reducido; pero la verdad es que se ejerció todavía éste en algunos casos arbitrarios, aunque en lo esencial había en cambio decaído hasta el punto de resultar inoperante. Cuando el gobierno intentó modernizarse era ya demasiado débil para llevarlo a cabo; también lo realizó con insegura mano y no pudo vencer la oposición de los estamentos privilegiados. Por esto apeló al Tercer Estado, al poder de las ideas democráticas que ya habían comenzado a adueñarse de la opinión pública; pero éste era un aliado que resultaba, con mucho, demasiado fuerte. Mientras tanto el gobierno vacilaba; mas tan pronto como reconoció la fuerza de este Tercer Estado abandonó el camino emprendido y retrocedió en busca de aquellos a quienes había querido debilitar y justamente

ofendió a los que había llamado en su auxilio. Esta inseguridad despertó todas las pasiones políticas, entró en conflicto con las convicciones y tendencia del siglo, en lucha precisamente contra la suya propia, y provocó un movimiento en el que el Tercer Estado, o más bien el elemento revolucionario desarrollado en su interior y en torno a él, llevó a cabo un gigantesco progreso que no solamente destruyó a los estamentos privilegiados y a la aristocracia, sino al rey y al trono mismo y aniquiló el antiguo régimen.

Fue una empresa política que, a decir verdad, había ya reforzado o consolidado a algunos otros gobiernos, si bien no a todos; pero que llevó a los franceses a la ruina a causa del desarrollo que ella tomó y debido a sus consecuencias.

Habría errado quien hubiera supuesto que con motivo de este gran desastre el poder y el prestigio exterior de Francia habían perecido completamente. Tan fuertes fueron las tendencias hacia la restauración del antiguo poder francés, que ellas, pese a tan amenazadoras circunstancias, no sólo fueron despojadas de sus privilegios, sino asimismo, de un modo como nunca antes lo habían sido y mucho más allá del poder de otros estados europeos.

Mientras que los poderes medios vigentes fueron en otras partes limitados en su independencia y obligados a tener una mayor participación en los esfuerzos comunes, aquí fueron completamente aniquilados. La nobleza y el clero no sólo fueron despojadas de sus privilegios, sino asimismo, en el curso de los acontecimientos, de sus posesiones. ¡Fue una confiscación a lo grande, en inaudita extensión! Las ideas que Europa había celebrado como saludables, humanas y liberadoras fueron súbitamente volteadas y aparecieron ante sus ojos con todo el horror de la devastación! El fuego volcánico, del que se había esperado un nutritivo y vivificante calentamiento para la tierra, se desparramó provocando terribles erupciones sobre ésta. Pero en medio de tanta destrucción los franceses nunca renunciaron al principio de la unidad. ¡Cuánto más poderosa que antes

se presentó precisamente Francia a la vista de los demás estados europeos! Se puede afirmar que aquella poderosa explosión de todas las fuerzas se proyectó al exterior. Entre la vieja y la nueva Francia mediaba, por cierto, la misma diferencia que entre la aristocracia, que dominaba al viejo estado (vivaz, valiente por naturaleza, pese a la vida cortesana, afectada por mezquinas ambiciones, fina y libertina) y el salvaje, violento y sangriento jacobino, embriagado con unas pocas ideas, que gobernó el nuevo. Si consideramos el curso de los acontecimientos, no se encuentra, en verdad, una aristocracia totalmente igual que la francesa; pero si se halla, no obstante, una más o menos parecida a la cabeza de los demás estados; por ello no fue ningún milagro que los jacobinos, mediante aquella feroz tensión de todas las fuerzas, obtuviesen la supremacía en Europa. Sólo se necesitó de la primera victoria, ganada por una coincidencia de inesperada circunstancia, [50] para despertar el entusiasmo revolucionario que inmediatamente prendió en la nación francesa y durante largo tiempo llegó a ser el principio de su vivir.

Ahora bien, no se podría decir que Francia hubiera llegado por sí misma a ser más fuerte que el resto de los grandes poderes tomados en conjunto o inclusive que sus vecinos más próximos si éstos hubiesen permanecido unidos. Se conocen bastante bien los errores de la política y de la estrategia ocasionantes de un resultado tan desfavorable para esos países. Ellos no pudieron despojarse en seguida de sus acostumbrados previos celos. Incluso la unilateral coalición de 1799 supo liberar a Italia y adoptar una poderosísima situación militar, hasta que una desgraciada discordia los dividió. Pero no se puede negar que el estado francés, constituido en plena lucha contra Europa

[50] Batalla de Valmy (20-IX-1792). El ejército prusiano invadió la Champagne, pero sus altos jefes militares impidieron el avance victorioso ("cañoneo de Valmy"). Según Goethe dicha jornada daba comienzo a un nuevo periodo de la historia, lo cual resultó cierto. Los generales Kellerman y Demouriez resistieron al ejército prusiano al mando del duque de Brunswick.

y designado para contender contra ella mediante la centralización de todas las fuerzas del país, logró así sobrepujar a cualquiera de los poderes continentales. Aunque Francia ha tenido siempre el prestigio de que busca la libertad, se ha encaminado de revolución en revolución y paso a paso hacia el despotismo militar, el cual excedía con mucho al perfeccionamiento de los otros sistemas militares, no importa lo grande que hubiesen sido éstos. El afortunado general se ciñe la corona imperial; [51] tenía así el poder de lanzar todas las fuerzas disponibles de la nación a cada instante y ponerlas en campaña. Por este camino recuperó entonces Francia su antigua supremacía. Logró excluir a Inglaterra del continente, despojar a Austria de sus antiguas provincias en Alemania y, en Italia, mediante sucesivas guerras, logró asimismo destruir al ejército y a la monarquía de Federico II, someter a la propia Rusia a la obediencia y avanzar, finalmente, por las provincias interiores hasta llegar a la vieja capital de los zares. El emperador francés necesitaba exclusivamente la guerra contra aquellas potencias para ejercer un dominio directo sobre la Europa media y del sur, sin excluir una gran parte de Alemania. De este modo ¡todo lo que había ocurrido en la época de Luis XIV había sido ahora excedido! ¡Cuán profundamente doblegada quedó la vieja libertad de Europa! Ésta parecía querer hundirse y desaparecer en Francia. ¡Aquella monarquía universal que en otro tiempo se había visto como un remoto peligro estaba casi realizada!

Restauración

¿Pero las enérgicas fuerzas que habían surgido como grandes poderes podían ser sofocadas y destruidas de un solo golpe?

[51] Napoleón Bonaparte (1769-1821).

La guerra, dice Heráclito,[52] es el padre de las cosas. De la colisión de las fuerzas oponentes, en los momentos de más grave peligro —desastre, sublevación, liberación— surgen las más decididas y nuevas transformaciones.

Francia había únicamente alcanzado la preponderancia a causa de que en medio de su atroz turbulencia había sido capaz de conservar más vivo que nunca el sentimiento de unidad nacional y había sabido también cómo emplear sus recursos en una extraordinaria expansión, con el único propósito de extremar la guerra.

Si alguien se decidía a resistir o concebía la esperanza de romper una vez más el predominio de Francia, no era bastante hacerlo con los medios que antes habían sido considerados suficientes; más aún, ni siquiera una reforma en la organización militar hubiese por sí sola ayudado; era necesario una profunda renovación para concentrar todas las fuerzas disponibles; había que decidirse a despertar con autoconsciente actividad aquel dormido espíritu de las naciones que hasta ahora les había sostenido y dado vida de un modo más bien inconsciente.

Sería un trabajo magnífico indagar sobre este rejuvenecimiento del espíritu nacional en el ámbito total de los pueblos y estados europeos; observar los acontecimientos que le excitaban de nuevo; los signos que anunciaban su primer entusiasta despertar; la diversidad de movimientos e instituciones en los que él se manifestaba por doquier; los hechos por último, en los que se había destacado victoriosamente. Sin embargo, esta empresa es de tan alto vuelo que nosotros no podemos tampoco tocarla aquí.

Es cierto que se empezó a combatir con cierta perspectiva de éxito —1809— cuando se comenzó a dar entrada a la demanda del destino mundial. Cuando en imperios bien ordenados, poblaciones enteras abandonaron y dieron a las llamas sus heredades, a las cuales se sentían

[52] Heráclito (540-475 o 576-480 a. C.), filósofo griego de sobrenombre "El Obscuro." Defendió la teoría de la constante mutabilidad de la materia y de que el fuego es el elemento primitivo.

incluso vinculados por los lazos tradicionales de la religión; cuando el grueso de la población, habituado de siempre a una pacífica y burguesa vida, hombre tras hombre empuñó las armas; cuando asimismo el pueblo se olvidó finalmente de sus hereditarias contiendas y de veras se unificó, sólo entonces, no antes, se logró derrotar al enemigo, se alcanzó a restablecer la antigua libertad, contener a Francia en sus límites y rechazar hasta su lecho al desbordado torrente.

Así como el acontecimiento por excelencia de los últimos cien años antes de la Revolución Francesa fue el levantamiento de los grandes poderes europeos para defender la independencia de Europa, así también el máximo evento del periodo transcurrido desde entonces ha sido el hecho de que las nacionalidades se rejuvenecieran, renovaran y se desarrollaran de nuevo. Ellas pasaron a formar parte del estado, con la convicción de que sin ellas el estado no podría existir.

Se sustenta casi por lo general el parecer de que nuestro tiempo posee no sólo la fuerza de la disolución sino también la tendencia a la unificante y cautivas instituciones que aún restan de la Edad Media. Hacia allí, hacia adelante se camina con la seguridad de un impulso innato y éste es el resultado final de todos los grandes sucesos y descubrimientos; de hecho, de toda nuestra cultura. Pero del mismo lugar procede también la irresistible inclinación hacia las ideas e instituciones democráticas, las cuales provocan necesariamente todos los grandes cambios de que somos testigos. Es un movimiento general en el que Francia tomó la delantera a los otros países. Una opinión que, a la verdad, sólo puede conducir a lúgubres consideraciones; empero pensamos, no obstante, que no es posible sostenerla frente a la verdad de los hechos.

Lejos de conformarse únicamente con negaciones, nuestro siglo ha producido los resultados más positivos; ha consumado una gran emancipación, pero no completamente en el sentido de la disolución, sino más bien reali-

zándola constructiva, unificadoramente. No es suficiente decir que creó los grandes poderes; también renovó asimismo el principio vital de cada uno de ellos.

Precisamente en esto radica lo que es característico de nuestro tiempo.

En la mayor parte de las épocas de la *historia* mundial han sido los lazos religiosos los que han mantenido unidos a los pueblos. Sin embargo, de vez en cuando ha habido también otras épocas que pueden ser mejor comparadas con la nuestra, en los que vemos cómo coexistían grandes reinos y estados libres ligados por un sistema político. Sólo quiero mencionar el periodo de los reinos macedonio-helénicos después de Alejandro.[53] Dicho periodo ofrece mucha similitud con el nuestro: una cultura común en extremo desarrollada, perfeccionamiento militar, acción y reacción frente a la complicada situación política externa, gran importancia de los intereses comerciales, de las finanzas, rivalidad en las industrias, florecimiento de las ciencias exactas en relación con la matemática. Pero esos estados, surgidos de la empresa de un conquistador y de la desunión de sus seguidores, no poseyeron ningún principio particular de existencia y ni siquiera les fue posible imprimirlo en su espíritu. Tales estados se basaron en soldados y dinero únicamente. Justo por ello fueron muy pronto disueltos y, por último, desaparecieron del todo. Se ha preguntado con mucha frecuencia cómo pudo Roma dominarlos tan rápida y completamente. Sucedió así porque Roma en tanto que tuvo enemigos de importancia mantuvo con admirable rigor y fidelidad el principio constitutivo de su existencia.

También se pensó entre nosotros que sólo eran dignos de la preocupación del estado la extensión de las posesiones, la fuerza de las armas, la magnitud del tesoro y una cierta participación en la cultura común. Si es que alguna vez se han dado acontecimientos a propósito para arruinar tal concepción, éstos han sido justamente los de nuestro tiempo.

[53] Alejandro Magno (356-323 a. C.).

Finalmente se ha presentado de nuevo ante la conciencia general la imagen de la importancia que tiene para el estado la fuerza moral y la nacionalidad. Quién sabe lo que habría llegado a ser de nuestros estados si no hubiesen recibido nueva vida del principio nacional sobre el cual se fundaron. Nadie podrá persuadirse de que el estado pueda existir sin él.

La historia mundial no ofrece, como a primera vista pudiera parecer, una tan caótica, tumultuaria y azarosa sucesión de diversos pueblos y estados. Tampoco tiene por único contenido la presentación tan frecuentemente dudosa y presuntuosa de la cultura. Hay en ella, en verdad, fuerzas espirituales que dan vida, fuerzas creadoras, no sólo la vida misma, y hay energías morales cuyo desarrollo vemos. Ellas no pueden ser expresadas en términos abstractos ni tampoco son definibles; pero uno puede contemplarlas, percibirlas. Incluso puede uno mostrarse simpáticamente inclinado ante su existencia. Ellas florecen, hacen suyo al mundo, aparecen en las más variadas expresiones; disputan, se impugnan y triunfan unas a costa de las otras. El secreto de la historia mundial se encuentra en la acción recíproca y en la sucesión de tales fuerzas y energías, en su vida, en su declinación o rejuvenecimiento, todo lo cual abarca entonces un círculo de plenitud siempre mayor, de la más alta importancia y de la más holgada extensión.

[*Adición final*][54]

Como al presente somos atacados por un poder espiritual, debemos oponernos a él con una anímica fuerza. La hegemonía que otra nación amenaza ganar a costa nuestra sólo puede ser enfrentada desarrollando nuestro sentido de na-

[54] En las sucesivas ediciones de este ensayo Ranke suprimió, a partir de aquí, los dos parágrafos últimos. Nosotros los restituimos en beneficio del lector. Como el texto empleado por nosotros no incluye el apéndice, lo hemos tomado de la edición de dicho ensayo (*Die Grossen Mächte*) preparada por Friedrich Meinecke, edición Inselbucherei, núm. 200.

cionalidad. No quiero decir que inventemos una nacionalidad ilusoria, sino que forjemos una que sea real y cuya existencia se exprese en el estado. Pero, se nos replicará, ¿no está avanzando el mundo en este momento hacia una más estrecha comunidad? ¿Y esta tendencia no se impedirá y limitará por la oposición entre los diferentes pueblos, cada uno con su estilo nacional, o cada estado con sus principios específicos?

Si no me equivoco existe una estrecha analogía en este punto con la literatura. No se hablaba de literatura universal en la época en que la francesa dominaba en Europa, sino que a partir de entonces se cobró conciencia de esta idea, se la expresó y divulgó; en otras palabras, sólo después de que los pueblos principales de Europa habían desarrollado su propia literatura de modo independiente y, con frecuencia, en marcado contraste con la francesa. Si se me permite hacer una comparación trivial, diré que me gustaría recordar al lector esa clase de reuniones en donde una persona toma la palabra y no la suelta, y toda la plática así sustentada no causa ningún placer ni proporciona ningún provecho; ni resulta tampoco agradable un conjunto de personas que siempre dicen las mismas cosas por pertenecer al mismo nivel o, si se prefiere, a la misma mediocridad. Uno se siente singularmente a gusto allí donde muchas personalidades afines, libres y progresistas se reúnen para conversar sobre un elevado principio general, o ciertamente conducen esta auténtica reunión pública estimulándose y complementándose las unas a las otras. Resultaría en extremo desagradable y monótono el que las diversas literaturas nacionales permitieran que sus caracteres individuales se mezclaran y fundieran juntos. No, la unión de todas debe descansar sobre la independencia de cada una. Entonces podrían estimularse unas a las otras vivamente, siempre y cuando ninguna de ellas pretendiese dominar a las demás ni menguar su propia existencia.

Lo mismo ocurre entre los estados y entre las naciones. El predominio absoluto, positivo, de una acarrearía la ruina de las otras. Una amalgama de todas ellas provocaría la muerte de cada una. La verdadera armonía sólo se entronizará mediante la separación y el desarrollo independiente de todas y cada una.

SELECCIÓN XI

DIÁLOGO POLÍTICO
(1836)

FEDERICO: ¿Vaya, así de resplandeciente vienes a visitarme, embutido en tu uniforme de consejero de Estado y luciendo incluso tus condecoraciones extranjeras?

CARLOS: Te apuesto a que tú ni siquiera has oído rodar estrepitosamente los carruajes; pero si tú quisieras acompañarme dos pasos, te mostraría los ventanales luminosos de la mansión de donde vengo. Relucen por toda la calle.

FEDERICO: ¿Y de todo ese lustre te privas para venir a la soledad de este cuarto de estudio?

CARLOS: Sí, para dar a mí benedictino hermano las buenas noches. Después de que uno ha visto el gran mundo se va asimismo a visitar a un hombre; tras que se ha conversado se desea también gozar del diálogo.

FEDERICO: La distinción de que me haces objeto puedo dejarla pasar, me halaga; sin embargo, sé cordialmente bienvenido.

CARLOS: ¿Crees realmente que me satisfaría el codearme con todas las dignidades del mundo, que cambiaría por las diversas opiniones y noticias, que reinan y se divulgan en un salón, los matices de las mías?

FEDERICO: Hablas como lo hacen la mayor parte de los hombres mundanos a partir de Byron; [1] te sientes fatigado y abatido.

[1] Jorge Gordon, Lord Byron (1788-1824), poeta inglés romántico.

CARLOS: El mundo y las pláticas mundanas sólo proporcionan, no obstante, un contacto o comunicación con elementos generales, con la superficie del espíritu; se observa a los hombres que por favor de las circunstancias o por el nacimiento se han elevado a un gran nivel social; se oye de cosas acerca de las cuales se dirige al instante la atención. Es una comunidad de la más efímera especie, que se transforma continuamente y que año tras año permanece no obstante la misma. Hay gente que encuentra solaz en ello; para mí resulta algo vejatoria esta variada monotonía.

FEDERICO: Sin embargo, no querrás renunciar por completo a ella. En la elegante sociedad se manifiestan asimismo los intereses del mundo, mediante los cuales se pone ella efectivamente en movimiento, aunque sólo de un modo fugaz y, como tú dices, superficialmente. Debe ser interesante para todos vosotros verlos emerger hasta alcanzar la superficie, llegar a ser más y más poderosos, lograr influencia y eclipsarse de nuevo. ¿De qué se hablaba hoy especialmente?

CARLOS: Dios mío. Se repite la noticia como cada quien la interpreta: tensión entre Inglaterra y Rusia; el caso del *Portafolio*; [2] la restitución de Silistria; el viaje del príncipe francés Alibaud; la menor atención que uno dedica hoy día a los debates de la Cámara; los ferrocarriles y los rifles de percusión; la guerra y la paz y, en una palabra, todo lo que tú quieras.

[2] "O Cartera Ministerial." Con el título citado más abajo se publicó en 1836, en Londres, una colección de documentos y papeles de estado; especialmente despachos del diplomático italiano Pozzo di Borgo, al servicio de Rusia, sobre la tensa cuestión en el Este, que fueron publicados por el violento y antirruso diplomático inglés David Urquhart con objeto de enemistar al imperio austrohúngaro de su aliada, Rusia. Durante la insurrección polaca de 1831 ("la paz reina en Varsovia", recuérdese) cayó esta documentación en manos enemigas. Véase, *The Portfolio, or Collection of State Papers, etc., Illustrative of the History of Our Times*, London, 1836, 6 vols. Parece ser que se fueron dando al público los documentos y comentarios en forma periódica.

FEDERICO: ¿Pero algunos puntos de vista, algunas opiniones tuvieron que prevalecer?

CARLOS: Sí, de acuerdo con las diversas posiciones. A los oficiales les brillan los ojos con la mera mención de la guerra, sin que suelan cuestionar mucho contra quién lucharán; se atienen a las animosidades provocadas por el *Portafolio*; creen que en Inglaterra se desea en serio llegar al rompimiento y no dudan entonces que el fuego se extenderá sin tardanza por el resto de Europa y del mundo.

FEDERICO: En efecto, ¿pues qué ejército no desea cordialmente la guerra: acción, prestigio, ascensos? No censuro a ninguno de ellos.

CARLOS: Esto resulta sencillamente asombroso: jamás se han tenido armas tan poderosas como hoy y se está más universalmente armado que ahora, y, sin embargo, nunca se ha disfrutado de una paz más duradera.

FEDERICO: Pues bien, lo encuentro natural. La guerra fue llevada a cabo en otros tiempos con exceso de fuerza, prescindiendo de la gente sobrante, utilizando el dinero que se hallaba en el tesoro o reuniéndolo sin mayor esfuerzo; pero armadas como lo están ahora las naciones, combaten con todo su poder, hombre casi contra hombre; los costos del equipo inicial de combate son ya exorbitantes; hay que hacer preparativos para una lucha a vida o muerte. No es, por consiguiente, ningún milagro que se reflexione un poco antes de desencadenar la guerra. Pero tú querías hablarme incluso de otra opinión.

CARLOS: La administración, por contra, ve con placer la perspectiva de una paz duradera; cesa el temor provocado por el antagonismo entre las monarquías absolutas y constitucionales, temor que nublaba las esperanzas de todos esos años y que parecía tan peligroso. El *juste milieu* [3] que se mantuvo inoperante tanto tiempo, cobra nuevo aliento. Se espera que todos comprenderán la imposibilidad de gobernar utilizando los extremos.

[3] Justo medio.

FEDERICO: Y en este sentido me parece que tú también simpatizas con esta idea.

CARLOS: ¿Cómo podría hacerlo de otro modo? ¿Capitularíamos a la política de la agitación incesante del partido popular o a los retardatarios principios del aristocrático partido? ¿Y no debería uno ante este conflicto tomar una posición para no dejarse arrastrar por ellos y para no quedar forzado a pasar desde lo que se quiere a lo que uno no quiere?

FEDERICO: Muy prudente.

CARLOS: Y muy necesario. ¿Dónde existe un Estado que no se vea en la necesidad de decidirse por este arbitrio? Se habría podido creer que después de la reciente Revolución Francesa, el partido de la movilidad y del liberalismo llegaría a alcanzar una preponderancia irresistible; pero después de unos cuantos días el propio gobierno se vio obligado a marcar el alto a la revolución, pasar a la oposición. A la vista está la repercusión que esto ha ejercido sobre toda Europa y muy especialmente sobre el movimiento constitucional en nuestra Alemania. Los *Whigs* [liberales] navegan entre principios radicales y conservadores; sin embargo, aunque ellos parecen favorecer mucho a los primeros, no han abandonado a los segundos.

FEDERICO: ¿Crees que se pueda gobernar de tal modo?

CARLOS: ¿No opinas como yo?

FEDERICO: Me encuentro en el caso especial de asentir en lo general y, no obstante, tener que rebatirte.

CARLOS: ¿Pero qué puedes decir contra esto? Explícame tu punto de vista.

FEDERICO: ¿Estás dispuesto, viniendo como vienes de un alegre sarao, a abordar pacientemente el examen de una muy seria cuestión? Si es así podríamos profundizar en el asunto mucho más de lo que piensas.

CARLOS: ¿Por qué no? Solamente así pasaremos ciertamente de la conversación al diálogo serio; de la opinión convenida a la búsqueda y al descubrimiento.

FEDERICO: Entonces respóndeme primeramente a esta pre-

gunta: ¿has encontrado siempre confirmado lo que con frecuencia se expresa, de que la verdad se encuentra en medio?

CARLOS: Por lo menos siempre he observado que no hay que buscarla en los extremos.

FEDERICO: Pero de los extremos no podrás deducir la verdad. La verdad está generalmente fuera del ámbito del error. No puedes abstraerla de todas las formas del error tomadas en conjunto; ella quiere ser encontrada, en y por sí misma, en su propio círculo. De todas las herejías del mundo no puedes inferir lo que el cristianismo es; tienes que leer los Evangelios para aprender a conocerlo. Sin duda podemos afirmar que de toda la alabanza y censura del mundo jamás se formulará un sano juicio, no importa lo escrupulosamente que rebusques también el punto medio entre ambas.

CARLOS: Acepto tu hipótesis por el momento; ¿pero qué tiene que ver ella con el *juste milieu*?

FEDERICO: También en el Estado percibirás los extremos de opinión; admito contigo que ellos no pueden contener el correcto, ¿pero quién te dice que éste se encuentra en medio?

CARLOS: El Estado no es una doctrina. Los partidos no defienden solamente opiniones; ellos mismos son fuerzas, poderes que están mutuamente enfrentándose, que luchan entre sí y que, como percibimos diariamente, son desplazados de su sitio.

FEDERICO: ¿Y entre ellos piensas tú que el gobierno podrá ahora mantener el equilibrio?

CARLOS: Ciertamente: gobernar es conducir, dirigir.

FEDERICO: Sin embargo, te pregunto, ¿cómo podrá hacerlo? ¿De dónde sacará la fuerza para realizarlo?

CARLOS: En nuestra época no hay una constitución que no haya otorgado una significativa medida de poder incluso a un limitado gobierno.

FEDERICO: Permíteme: el poder por sí mismo no basta, es un instrumento cuya utilidad depende, ante todo, de

los fines para los que se usa y si por lo general se sabe como emplearlo. Por sí mismo tu gobierno no tendría ninguna significación.

CARLOS: ¿Cómo se entiende esto? ¿No tiene ninguna significación el prevenir el conflicto, el promover la prosperidad general? ¡Escúchame! Como quiera que intentemos definir el Estado y la sociedad, queda siempre un antagonismo o contraste entre autoridad y súbdito, entre la masa de los gobernados y el pequeño número de gobernantes. Si se acepta que las cosas sean como ellas pueden ser, entonces encontrarás siempre que el interés del mayor número prevalecerá de uno u otro modo sobre el de los gobernantes. Pero en la masa siempre habrá discordias y partidos opuestos, lo cual no siempre consideramos precisamente como desorganización; con frecuencia es tan sólo un medio de vida en la que el bien común medra y se desarrolla a sus anchas. ¿Qué más puede hacer el gobierno sino prevenir la prepotencia de uno o de otro partido, o el peligroso choque de ambos?

FEDERICO: No te me escabullas con eso. De acuerdo con tu explicación el mundo pertenecerá a los partidos; en ellos radicará el centro de la vida y el gobierno sólo será el punto de inferencia. Este argumento es precisamente el que no puedo admitirte.

CARLOS: ¿Y por qué no?

FEDERICO: Me concederás, y esto se encuentra implícito en tus palabras, que los partidos de que me hablas representan fuerzas espirituales y no únicamente una determinada medida de poder.

CARLOS: Sin duda: fuerzas y tendencias espirituales.

FEDERICO: ¿No deberá el gobierno mismo convertirse en el más potente poder espiritual para combatir y refrenar estas fuerzas? Tú recetas acción al gobierno, ¿mas cuál es el agente, cuál su eficiencia? Con sólo la buena voluntad para la mediación no será suficiente. Debes tener una razón esencial de ser, una personalidad.

CARLOS: Sea lo que fuere, esto permanece siempre más o

menos cierto: que el gobierno debe situarse en el punto medio entre los partidos.

FEDERICO: En esto estriba justamente nuestra concordancia y nuestra diferencia. Me parece que hay un doble concepto sobre el *juste milieu*. Según una concepción, que me parece que es la tuya, él es, a decir verdad, de género negativo. Puesto que los partidos forman parte del Estado, el poder gobernante se aplica teniendo únicamente en cuenta el deseo de no causar agravios e injusticias, procurando así mantener el equilibrio entre ellos. Pero de acuerdo con otra concepción, resulta mucho más positivo. Verdad es que ella excluye a los partidos, a los extremos; pero sólo porque tiene de suyo un contenido positivo, su propia tendencia natural que debe hacer prevalecer ante toda otra.

CARLOS: En esto tienes ciertamente razón, porque este problema nos hará profundizar más. Nuestro diálogo, lo confieso para satisfacción mía, tiende a considerar la pregunta sobre la naturaleza en general del Estado. Frecuentemente he percibido que sobre este asunto te has formado una idea que discrepa de la mía. Si nada te lo impide, dame ahora una detallada cuenta de ella. ¿Qué es lo que tú entiendes por positivo contenido espiritual del Estado? ¿No tienen todos el mismo origen? ¿No tienen todos ellos idénticas obligaciones? ¿Sus diferencias, no son de índole contingente?

FEDERICO: En efecto, a todas estas cuestiones que tú pareces afirmar contesto con un decidido no. Si queremos mutuamente entendernos debemos dar, desde luego, un paso más adelante. ¿Conoces el librito que tengo aquí sobre la mesa?

CARLOS: *Le deux derniers chapitres de ma philosophie de la guerre.*[4]

¿De quién es?

FEDERICO: Lee también el título interior

[4] Los dos últimos capítulos de mi filosofía de la guerra.

CARLOS: Ah, de Chambray,[5] el activo e inteligente historiógrafo [*Geschichtschreiber*] de la campaña de Rusia. Asimismo el contenido está indicado en la página titular del capítulo IX: *Des institutions militaires dans leur rapports avec les constitutions politiques et avec les institutions civiles.*[6] En verdad una ocurrencia felicísima. Estoy ansioso por conocer tu opinión.

FEDERICO: Él reconoce que las instituciones militares responden por interna necesidad al estado de la sociedad, a la constitución civil.

CARLOS: Ponme un ejemplo.

FEDERICO: El ejército inglés corresponde al Parlamento no-reformado. La aristocracia que tiene asiento en ambas Cámaras vota anualmente el mantenimiento del mismo. Como el interés de la aristocracia —puesto que ella constituye el fundamento del Estado— es el mantenimiento del orden de cosas existentes, tiene consecuentemente que extraer y nombrar oficiales de las peculiares organizaciones aristocráticas, lo cual todavía realiza. Suboficiales, clases y soldados son, por contra, enganchados. Ellos gozan de mejor paga y más cuidadosa atención que cualesquiera otras tropas extranjeras, lo cual es necesario y posible dado el alto nivel de la nación inglesa, razón por la cual se mantienen en filas con la mejor voluntad del mundo, a la par que están sometidos a la más estricta disciplina y subordinación mediante durísimos castigos.

CARLOS: De aquí parece seguirse que si la constitución experimentase ulteriores cambios también en el ejército no faltarían modificaciones.

FEDERICO: No lo dudo, tan pronto como las reformas calen más hondo.

CARLOS: Por lo tanto, la diferencia entre el ejército inglés

[5] Jorge, marqués de Chambray (1783-1850), general y escritor francés.
[6] De las instituciones militares en su relación con las constituciones políticas y con las constituciones civiles.

y el prusiano radica en la dependencia de las instituciones militares respecto a la constitución.

FEDERICO: El autor encuentra también en Prusia instituciones militares y civiles en perfecta concordancia. El servicio militar general concuerda con la libertad individual y con la división de la propiedad; la organización de la reserva o guardia territorial [*Landwehr*] con los derechos municipales; las ventajas concedidas a las clases instruidas en el servicio militar anual, con la posición social que dichas clases por lo general ocupan. Puesto que el suboficial tiene la esperanzadora perspectiva de obtener la pensión, esto lo ata estrechísimamente al estado. "Un país —escribe el autor— que tiene una milicia como la *Landwehr* e instituciones como la *Städteordnung* [régimen municipal] posee de hecho libertad.

CARLOS: Cuán absolutamente distintos fueron los dos ejércitos que vencieron a Napoleón no lejos de Waterloo: los dos formados por pueblos estrechamente emparentados; pero constituidos según diferentes motivos internos: uno de los ejércitos a base de hombres alquilados, bien pagados, ejército tenaz, aristocrático; el otro, de nacionales reclutados, movible e incansable, dispuesto asimismo a sufrir privaciones en caso necesario. Es verdaderamente significativo que la unión de dos hermandades militares tan opuestas —una de las cuales representaba lo viejo y la otra el nuevo estado de la Europa germánica— lograra la victoria. Se comprende que Wellington [7] declinase entonces la persecución y que igualmente no manifestase tampoco ningún deseo de cambiar las instituciones de su ejército. Él se muestra precisamente en eso como un antirreformador. De sus compañeros de armas no fue siquiera capaz de procu-

[7] Arturo Wellesley, duque de Wellington (1769-1852), el vencedor de Napoleón en Waterloo (1815). Fue llamado "El duque de hierro" (*Iron Duke*) y fue jefe del Partido Conservador y presidente del Consejo en 1831.

rarse una idea. ¿Habla también Chambray del ejército francés después de Napoleón?

FEDERICO: No es precisamente su admirador. No puede avenirse al hecho de que un general que ha ganado veinte batallas, no pueda ejercer más derechos políticos que los que ejerce un tendero que paga un par de cientos de francos de impuesto. El ascenso lo encuentra mucho más dependiente de la recomendación de un diputado, que no obstante sólo tiene un interés personal en el recomendado, que del comandante general en jefe que lo ha sopesado y probado bajo las más diversas situaciones y en competencia con el candidato opositor. Los oficiales parecen, en buena parte, estar interesados en la revolución, porque es previsible que en ese caso muchos dejarán el servicio y se retirarán y, en consecuencia, habrá numerosos ascensos.

CARLOS: Singular resulta el que las condiciones de la sociedad impriman sus rasgos predominantes en cada particular institución. Y es doblemente extraño en el caso de las fuerzas armadas, las cuales tienen un objetivo autónomo e irrestricto y son totalmente independientes del curso de la administración civil del Estado. Todo lo que en el vecino o en el enemigo ha dado pruebas de ser útil, ha sido siempre afanosamente apropiado por ellas.

FEDERICO: Precisamente, ésta es mi observación: la idea que vivifica y domina el todo; el dominante impulso de la mente y las condiciones, en general, son las que condicionan la formación y el carácter de cada institución. Se podría en verdad decir que esta institución posee de suyo una significación propia absolutamente independiente. Pero, en cuanto a eso, no veo de hecho sino un postulado, una posibilidad. Solamente en el desempeño práctico alcanza la institución una realidad espiritual; mas entonces las diferencias saltan asimismo a la vista.

CARLOS: Confieso que he creído con frecuencia percibir

algo semejante. Frecuentemente se nos aconseja adoptar ésta o aquella institución de otro país, ¿pero quién nos garantiza que entre nosotros no se transforme en otra cosa distinta? Los franceses deseaban hacer suyo el sistema alemán de enseñanza. Este sistema está tan firmemente enraizado en las necesidades, las ideas y el desarrollo de la iglesia protestante alemana; tan por completo penetrado e impregnado por el espíritu de ésta, que probablemente sólo podrían apropiarse el mero contorno, solamente lograrían reproducir una apariencia o copia del sistema acarreado. Nosotros percibimos las diferencias existentes entre las universidades de los distintos países, si bien sabemos que todas ellas descansan en los mismos fundamentos históricos.

FEDERICO: Muy bien. Me place ver que en esto estás de acuerdo conmigo. Existe aquí una parte esencial teórica que tenemos que poner en claro. Idénticas instituciones, con propósitos semejantes y basadas en fundamentos históricos comunes, adoptan, no obstante, en los distintos países, según podemos ver, las formas más diferentes. ¿De dónde, piensas tú, se deriva esto?

CARLOS: Sin duda alguna de sus diferentes constituciones. La iglesia anglicana produce las universidades inglesas, la constitución parlamentaria, las instituciones militares. Todas nuestras instituciones están conectadas muy estrechamente con nuestra iglesia y nuestro Estado.

FEDERICO: De acuerdo, pero te pregunto además: ¿de qué depende la constitución?

CARLOS: Creo que no me estarás preguntando sobre cómo se ha desarrollado cada una en el transcurso del tiempo. Sólo se trata de saber, pienso yo, en qué consiste hoy su vigencia en relación con el antagonismo del cuerpo político, las relaciones entre las diversas ramas gubernamentales, el predominio de unas o de otras, la total economía interna de un país y finalmente el grado de cultura en que la nación se encuentra.

FEDERICO: Si esto fuera así podrías ciertamente copiar

constituciones y después de alguna preparación y transformación las trasplantarías a otra tierra. Pero si, como tú admites y te parece prácticamente evidente, es ya tan difícil trasladar simples instituciones, ¿no será en verdad imposible hacerlo respecto a una constitución general? Incluso si el experimento resultase mejor de lo que se podía esperar, ¿se obtendría algo diferente?

CARLOS: Sí, conforme a las diversas modificaciones de la situación, tal como justamente una constitución viva experimenta asimismo incesantes transformaciones en su propio país.

FEDERICO: No nos engañemos con posibilidades en las que propiamente no creemos; las formas se dejan trasplantar; pero ese elemento en el que las mismas tienen su origen, no solamente sus raíces históricas sino también el espíritu que liga pasado y presente y que asimismo debe animar al futuro, ¿cómo podrías copiarlo? O más bien —porque esta operación ni siquiera ayudaría algo— deberías adueñarte de ese espíritu e insuflarlo en tu nueva creación.

CARLOS: Pero yo debería creer que, de todos modos, hay aquí una afinidad interna. Por todas partes observo los tres estados, formas constitucionales parecidas, partidos análogos, que tienen el máximo interés en asuntos que en modo alguno les atañen directamente. Existe un espíritu de aristocracia, de democracia y de monarquía pura o mezclada. No quiero decir que todo deba ser igual, lejos estoy de ello. Mas una constitución tiene un desarrollo más perfeccionado en un aspecto y otra lo tiene en otro diferente. ¿Por qué no se ha de tomar por modelo esta perfección y por qué no podríamos apropiárnosla?

FEDERICO: Me parece que tasas demasiado alto estas clases de constituciones. Son clasificaciones como las de la botánica; pero, ¿tú crees que un enamorado de las flores las reconozca por los estambres? Aquellas distinciones se hicieron en la antigüedad y por ello se han conser-

vado vigentes. Sin embargo, en Atenas se vivían algo más que el espíritu democrático. La democracia no creó el ideal del arte bello. Platón fue un mal demócrata. Reflexiona acerca de todos los predicados de la aristocracia; nunca podrías imaginarte a Esparta, sólo por ellos; no quiero decir sus hechos y costumbres, sino solamente referirme a la clase y modo operativo de su constitución, solo a la relación entre espartanos, lacedemonios e hilotas.

CARLOS: Sin embargo, no considerarás de poca importancia estas distinciones. No negarás que los diversos estados tienen algo en común.

FEDERICO: Pero me parece que nosotros debemos distinguir entre lo real y lo formal. Lo formal es la generalidad, lo real es la particularidad, el elemento vital. Ciertas formas de constitución, especialmente aquellas que proponen una restricción a la arbitrariedad personal y determinaciones de las circunstancias y relaciones de clase, podrían ser necesarias para todos los estados. Pero ellos no son la fuente vital mediante la cual obtienen antes bien todas las formas su contenido. Hay un elemento que hace que cada estado no sea una subdivisión de categorías genéricas, sino algo vivo, individual, una cosa única.

CARLOS: Sí, te comprendo correctamente, tu opinión difiere de la de otros a causa de que, por lo general, se parte de las diferencias de las formas constitucionales y se procede a destacar lo particular de las diferentes categorías establecidas; pero tú, de modo contrario, consideras esas formas sólo como un elemento secundario, subordinado, porque pones como hecho primario la propia existencia espiritual del estado individual, su principio.

FEDERICO: Podemos poner en claro esto con el ejemplo de las lenguas. Las formas mediante las cuales opera la gramática responden a una general conformidad; en cierto modo se repiten siempre y se dan en todos los idiomas. Mas el espíritu de cada lenguaje particular pro-

duce una infinita gama de variaciones. Si consideramos el asunto desde el punto de vista del Estado, no tenemos un concepto abstracto, sino que tenemos que comprender su vida interna. Este principio sólo se confiere a aquellas formas de sociedad humana las cuales, no lo niego, son indispensables; su determinante modificación es tan sólo la consumación de la realidad.

CARLOS: Según esto, tú postulas, en cierto modo, diferentes sustancias espirituales que únicamente vivifican a todas las variantes de constitución y de sociedad. ¿Pero no escarneces entonces la posibilidad de toda política general? Me parece que pasas por alto la primera cuestión fundamental de la que debe partir la teoría política del Estado.

FEDERICO: Tú quieres decir las cuestiones sobre la formación original del Estado, el *pactum unionis et subjectionis.* [8]

CARLOS: ¿Cuál fue, en suma, el comienzo del Estado, la fuerza o el contrato? ¿Ejerció el gobierno una autoridad delegada o una naturalmente inherente?

FEDERICO: Perdóname, éste es un campo que abordo a disgusto. Se encuentra más allá de nuestra observación. ¿Has visitado acaso nuestro observatorio y manejado nuestro nuevo telescopio Fraunhofer? [9]

CARLOS: ¿A qué traes esto a colación?

FEDERICO: Cuando se ha observado todo el firmamento, incluso las inmensas constelaciones que integran la Vía Láctea, y se hunde la mirada siempre más profundamente en el espacio infinito, entonces encontramos, en cierto modo, a la distancia última, una segunda noche todavía más profunda y oscura sobre cuyo fondo percibimos un nuevo mundo de más y más maravillosas formas y fenómenos.

CARLOS: ¿Te refieres a las nebulosas?

FEDERICO: Meteoros tenuemente luminosos, meteoros flui-

[8] Pacto de unión y sujeción.

[9] José de Fraunhofer (1787-1822), óptico y físico alemán.

dos, ya como discos o arcos, ya como anillos, y, sin embargo, un mundo sideral que uno podría imaginar que aún se halla en proceso de formación. Y te pregunto ahora: ¿debe quizás fundarse la astronomía sobre las precarias observaciones que nosotros podemos reunir de aquel sector?

CARLOS: ¿Y te parece a ti que las teorías sobre el origen del Estado, que se describen en forma tan rigurosa, pueden realmente compararse con una empresa tan quimérica?

FEDERICO: Se pasa por alto lo que uno tiene más cerca, y desde la más oscura distancia se colectan hechos dispersos para aplicarlos de inmediato a aquella segunda noche. Pero Kepler [10] descubrió las leyes que después han llevado su nombre, tras realizar las más exactas y cuidadosas observaciones de un cuerpo celeste que pudo ser realmente observado y calculado. [11]

CARLOS: ¿Querrías, en suma, negar la validez de las leyes generales de la política como hasta ahora las formulamos?

FEDERICO: Me resultan tan problemáticas como el valor de la llamada gramática filosófica. Tampoco ésta lleva nunca algo a su fin mediante el análisis lógico de las formas lingüísticas generales. Cada lenguaje representa miles de singulares modificaciones de dichas formas. Sólo por medio de amplias y detalladas investigaciones históricas y combinaciones puede uno elevarse, con adivinante imaginación, a la contemplación de las leyes que gobiernan en lo profundo y que son sin excepción espiritualmente dominantes. Así como con la gramática,

[10] Juan Kepler o Klepero (1571-1630), astrónomo alemán que enunció las llamadas "leyes keplerianas".

[11] Según estas leyes las órbitas planetarias son elipses en las que el Sol ocupa uno de los focos (1ª); las áreas descritas por los radios vectores son proporcionales a los tiempos (2ª) y los cuadrados de los tiempos de las revoluciones planetarias son proporcionales a los cubos de los ejes mayores de las órbitas (3ª).

así sucede también con la política que surge de un vacío concepto del Estado. Acuérdate de Fichte: "Así como la superficie terrestre está dividida —dice él— por océanos, ríos y montañas y por eso mismo los hombres se hallan separados, así también fue necesario que surgiesen diversos estados." [12] Crees tú que se puede alcanzar una real percepción y apreciaciones de lo que es originalmente único y espiritualmente diferente desde este punto de vista?

CARLOS: Pero la discusión general del problema siempre será indispensable. El hombre debe ciertamente saber por qué es él un miembro del Estado y por qué acata la autoridad de éste.

FEDERICO: Tienes razón, puesto que la teoría se origina en esta necesidad. Ella se presenta como el mediador entre el derecho privado y el público. Aquél busca en éste su amparo, su garantía final; éste asimila los elementos del primero.

CARLOS: ¿Y, en efecto, no es esta mediación lo que importa? ¿No es la seguridad general uno de los resultados más excelentes de la moderna administración del Estado?

FEDERICO: No lo niego. Pero desde este axioma general que, no obstante, representa una diferencia para con la vida humana, solamente podrás deducir la necesidad de ciertas formas e instituciones, del mismo modo que en aquella nebulosa las etéreas y fluidas formas se mostraban por aquí y por allá más compactas y agrupadas en torno a un núcleo. De este modo resultan factibles de explicar los primeros comienzos de integración de la forma; pero no se puede conseguir la percepción y apreciación de la plena realidad individual.

CARLOS: ¿Sostienes entonces que el concepto general del Estado no sirve de mucho?

FEDERICO: Sostengo que la política auténtica debe tener un fundamento histórico; debe basarse en el estudio de

[12] Juan Gottlieb Fichte (1762-1814).

los estados poderosos que han alcanzado un notable grado de interno desarrollo.

CARLOS: Si fuese así no se podría entonces progresar de lo general a lo particular.

FEDERICO: Sin un salto, sin un nuevo comienzo tampoco se puede progresar de lo general a lo particular. Lo real-espiritual, que con inopinada originalidad se presenta súbitamente ante tus ojos, no puede ser derivado de ningún alto principio. Desde lo particular puedes tal vez, con cuidado y atrevimiento, ascender a lo general; mas no existe ningún camino que nos conduzca desde la teoría general a la percepción de lo particular.

CARLOS: ¿Pero en dónde insertas tú lo particular?

FEDERICO: Permíteme comenzar por el ejemplo más pequeño. Observa a nuestro Jacobo, una especie cosmopolita de ayuda de cámara que ha ejercitado su talento de sirviente en Italia, en Constantinopla y en San Petersburgo, y que, por causa de vientos desfavorables, ha sido desviado finalmente hacia esta ermita de un profesor alemán. ¿En cada uno de sus movimientos no es un viejo francés?

CARLOS: Así, como un viejo francés, mueve los brazos cuando va por la calle; así sostiene la lámpara; así se comporta si algo inesperado le sucede; así son sus sentimientos, acaso también sus pensamientos.

FEDERICO: Nuestra patria no está allí donde por fin la pasamos bien; nuestra patria se encuentra más que nada con nosotros, dentro de nosotros. Alemania vive en nosotros, nosotros la representamos, queramos o no, en cada país a donde vamos, bajo cualquier clima. Dependemos de ella desde un principio y no podemos emanciparnos de ella. Este misterioso algo que anima igualmente lo más bajo y lo más alto; este aire espiritual que inhalamos y expelemos precede a toda constitución; vigoriza e hinche todas sus formas.

CARLOS: No obstante, sucede esto en menor escala de lo que podíamos suponer. Las naciones tienen la tendencia

de convertirse en estados; sin embargo, no conozco ni una que lo sea realmente. Francia, que acaso es la que más se aproxima a este ideal, no abarca ni con mucho a todos los franceses, ni siquiera aquellos canadienses que con su alejamiento y aislamiento continúan imitando, según se dice, el viejo sistema feudal de Francia; ni tampoco sus vecinos más cercanos de Saboya y de Suiza. Inglaterra está aún más lejos de ello; sus colonias se han aislado en masa de ella y en muchas otras se sigue un curso propio de desarrollo opuesto al de la Madre Patria. De Alemania no es necesario hablar en modo alguno. Incluso si se quisiera considerar la unión alemana como una especie de Estado, lo cual sólo en un sentido muy impropio sería ciertamente defendible, estaría lejos de abarcar a todos los alemanes bajo la confederación. ¿Cómo te explicas el fenómeno? De acuerdo con tu idea el Estado debería ser, no obstante, la base de la nacionalidad.

FEDERICO: El concepto de estado es, por naturaleza, mucho más implícitamente estrecho que el de nación; es una modificación no sólo de la existencia humana sino también de la nacional.

CARLOS: ¿Y cómo se realiza esta modificación?

FEDERICO: No podemos descender a las épocas antediluvianas del mundo. Nuestra historia comprende un breve espacio de tiempo, y cuán incompleto y dudoso asimismo resulta éste. ¿No nos ayudaría bastante el retornar a otras épocas, en donde otras ideas acerca de la tierra y del cielo, otras religiones dominaron al mundo; en donde, además, diferentes necesidades, virtudes y defectos crearon sus propias y adecuadas instituciones? Nos encontramos con un mundo invadido por constituciones burguesas; mas pese a ello la evaluación no descansa un momento. A partir de lo insignificante se yergue lo poderoso mediante un nuevo estímulo; de la destrucción se originan incluso nuevas formas, bajo convulsiones, por cierto, pero con efectos permanentes. La

observación de este proceso y el descubrimiento de las leyes de desarrollo y crecimiento las considero más importantes y, cuando menos para mí, las hallo más interesantes, en cuanto temas, que toda abstracta especulación.

CARLOS: Tú habrás comenzado ya a organizar tus observaciones. No te cuestionaré sobre ellas esta noche. Pero, en general, ¿cómo te explicas que estas nuevas formas broten?

FEDERICO: La naturaleza de las cosas y la ocasión propicia, el genio y la fortuna actúan conjuntamente.

CARLOS: ¿La fortuna? ¿Te refieres a la oscilación de los acontecimientos, a la victoria?

FEDERICO: Al momento en que la independencia es ganada y queda asegurada.

CARLOS: En tu política parece ser que las circunstancias extranjeras representan un gran papel.

FEDERICO: El mundo, como se sabe, ha sido repartido. Para llegar a ser algo uno debe hacerlo por su propio esfuerzo; desarrollar una auténtica independencia. Tenemos que luchar hasta alcanzar nuestros derechos, porque éstos no nos han sido acordados voluntariamente.

CARLOS: Luego entonces no todo depende de la fuerza bruta.

FEDERICO: No tanto como el término lucha parece indicar. La fundación ha quedado establecida de modo independiente, una comunidad completada; empero para elevarse a una significación universal necesita, sobre todo, energía moral. Sólo mediante ésta pueden ser vencidos los rivales, los enemigos en la competencia mundial.

CARLOS: Tú consideras el sangriento oficio de las armas como una competencia de energía moral. ¡Cuídate de no convertirte en demasiado sublime!

FEDERICO: Sabes muy bien que nuestros ancestros, que no fueron ciertamente sublimes, pensaron también así. Por ejemplo, los tencterianos y los amsivarianos estuvie-

ron en competencia con los romanos por las tierras desocupadas; pero de hecho pocas guerras importantes podrás nombrarme en las que no pueda probarse que una auténtica energía moral alcanzó la victoria.

CARLOS: ¿Y de la guerra y de la victoria pretendes asimismo ahora deducir las formas de la organización política interna?

FEDERICO: No del todo, no primordialmente, sino tal vez la modificación de la misma. Del grado de independencia alcanzado depende la posición de un Estado en el mundo. Esto le pone en la necesidad de organizar todos sus recursos internos con objeto de asegurarlo y preservarlo. Ésta es su ley suprema.

CARLOS: Tú pareces favorecer una tiranía militar.

FEDERICO: ¡Cómo sería posible alcanzar una grandiosa posición sin contar con la voluntaria y perfecta solidaridad de todos los cooperantes ciudadanos! Mediante la invisible actividad y las ideas coherentes se forman paulatinamente las grandes comunidades. Felizmente se realiza el proceso si se cuenta con un hombre de genio que las guíe, pues este hombre nunca emplearía la fuerza para subyugarlas.

CARLOS: De este modo sería, a lo sumo, un estado militar voluntario el que tú constituirías.

FEDERICO: Pareces censurarme lo que Aristóteles [13] reprochaba a algunos antiguos legisladores: paréceme mejor construir un estado grande y poderoso que hacer ciudadanos buenos y sabios. Legislo más para épocas de lucha y agitación que para tiempos de paz y tranquilidad. No yerras si te refieres a los comienzos de la existencia, a la época en que hubo de alcanzarse la independencia mediante la lucha. Pero poco a poco se irá abriendo paso la necesidad de paz, ínsita en la naturaleza humana,

[13] Filósofo griego (348-322 a. C.), nació en Estagira, fue preceptor de Alejandro Magno y murió en Caleis. Fundador de la escuela peripatética y creador de una vastísima obra filosófica (*Órganon, Física, Poética, Política, Metafísica, Ética,* etcétera).

y entonces todo tendrá que quedar nivelado. Hablaremos de ello más tarde. Al presente quedémonos tan sólo con nuestras conclusiones y procedamos primeramente a resumirlas. No es tanto el distinto origen sino lo ya factualmente ocurrido, que es lo que tenemos ante los ojos, lo que cautiva nuestra atención.

CARLOS: ¿Y respecto a esto, qué es lo que tú ves?

FEDERICO: Todos los estados que algo cuentan y significan en el mundo se han realizado gracias a sus propias tendencias. Sería ridículo explicarlas precisamente recurriendo a tantas organizaciones de seguridad como existen para beneficio de aquellos individuos que, por ejemplo, se asocian contractualmente en defensa de la propiedad privada. Más bien estas tendencias son de naturaleza espiritual y el carácter de cada ciudadano está determinado de este modo y queda estampado indeleblemente en cada uno de ellos. Mediante las diferencias que de aquí surgen se modifican las formas de constitución, las cuales brotaron, en efecto, por todas partes de una necesidad común. De la idea suprema depende todo. Esto quiere decir que los estados tienen su origen en Dios. Porque la idea es de procedencia divina. Cada estado independiente tiene su propia idea original, que pasa también por diferentes fases y que, como todo lo viviente, puede perecer; mas por de pronto penetra, llena y domina completamente su ámbito político y no es igual a ningún otro.

CARLOS: ¿En este sentido entiendes tú que los estados son individuos?

FEDERICO: Individuales, análogos los unos a los otros; pero esencialmente independientes. En lugar de aquel fugaz conglomerado que la teoría contractual del Estado crea, según lo ves, como una formación nebulosa, percibo sustancias espirituales, creaciones originales de la mente humana e inclusive, se podría decir, pensamientos de Dios.

CARLOS: No quiero contradecirte, me parece demasiado

sólida tu opinión y te confieso que estoy interesado en ella. Pero descendamos un poco desde esa reflexión general. ¿Dime, sigues manteniendo que los estados actuales tienen también este origen y contenido sustancial?

FEDERICO: Precisamente de ellos extraigo mi teoría. Me parece que ella puede ser demostrada con máximo rigor; sin embargo, las horas de la noche no bastarían para probarla.

CARLOS: Una pregunta, empero, debo formularte. Si esto fuese como tú dices, cada Estado seguiría su propio curso y nosotros no veríamos a los reinos europeos divididos en dos enemigas mitades, recíproca, incesantemente amenazantes, en lucha principalmente de instituciones internas.

FEDERICO: En efecto, existe una comunidad europea. Pero con todo y eso, cada Estado ha avanzado siguiendo su característico desarrollo y no dudo que cada uno tornará a su propio desenvolvimiento una vez que finiquiten las repercusiones de las guerras revolucionarias.

CARLOS: Pero justamente estas guerras son las que parecen refutar tu tesis. ¿No se levantó toda Europa contra la guerra revolucionaria? ¿Cómo se habrían entendido todas las naciones europeas si no hubiesen sustentado intereses comunes contra la Revolución?

FEDERICO: Recordarás muy bien con cuánta dificultad llegaron al acuerdo. Asimismo tampoco ocurrió la cosa como tú la describes, si es que quieres profundizar y llevar tu recuento del caso más hacia atrás. Porque, en primer lugar, fueron atacadas y, en segundo lugar, porque dejaron pasar mucho tiempo antes de concertar la alianza. Fue necesario el gran peligro que amenazó la independencia de todas las naciones europeas por la presencia de un poder recientemente erigido, para que finalmente se promoviese en cierto modo una defensa común que hiciese frente a la intimidadora aniquilación.

CARLOS: Pero inclusive en estos momentos se es testigo de

la animosidad que existe entre los partidarios del principio liberal y los defensores del principio absolutista. De nuevo se habló asimismo hoy del más reciente número del *Portafolio*. ¿Lo has visto?

FEDERICO: Aquí lo tengo; pero si ahora queremos volver desde las reflexiones universales a lo concreto que está ante nosotros y deseamos además enlazarlos, deduzco de esto lo contrario de lo que, por regla general, descubren los diarios.

CARLOS: ¿Lo encuentras conciliador?

FEDERICO: Es, sin duda, la publicación más hostil y enemistosa que desde hace mucho se haya escrito; pero no puedo entender por qué los grandes poderes continentales se han de sentir agraviados por tal diario.

CARLOS: ¿Qué me dices de los despachos de Pozzo di Borgo?[14]

FEDERICO: Verdaderamente son obras maestras. No creía que la diplomacia moderna produjera trabajos tan excelentes.

CARLOS: ¿Apruebas también su contenido?

FEDERICO: Cuando menos logramos evitar algún error. Cuán frecuentemente los tres poderes continentales han sido acusados de participar exagerada y unilateralmente en apoyo de los partidarios del principio monárquico en Francia o en España e inclusive de haberlo provocado y recomendado. No conozco mejor refutación a estos cargos que las contundentes afirmaciones de Pozzo di Borgo en sus despachos del año de 1826, que han sido aquí publicados.

FEDERICO: No se puede decidir sobre esto de un modo definitivo; por lo menos tienen buena impronta e incluso su razonable contenido habla a favor de su autenticidad.

CARLOS: Me parece que tienes especialmente en tu pensamiento los despachos sobre Fernando VII, en los que

[14] Andrés, conde de Pozzo di Borgo (1764-1842), político corso enemigo de Napoleón, miembro del Congreso de Viena y embajador, al servicio de Rusia, en Francia e Inglaterra.

realmente se destaca con claridad el origen de los conflictos hispanoportugueses y que finalmente se admita que la expedición a Portugal del marqués de Chávez,[15] fuente de tantísimos desastres, fue provocada por una facción que dominaba a Fernando VII.[16]

FEDERICO: Sé justo. No solamente esto sino que también sucedió contra el expreso consejo de los grandes poderes, y por cierto, incluso contra la palabra a ellos dada.

CARLOS: No sostendrás, sin embargo, que hayan favorecido la constitución de don Pedro.[17]

FEDERICO: Ciertamente no, ¿pero se ha mostrado desde entonces esta constitución tan apropiada, como para hacer la felicidad de Portugal? Por lo demás, como aquí se dice, los grandes poderes querían que el tiempo revelase su naturaleza, pensando, tengo que admitirlo, que la constitución perecería por sus propias fallas. No obstante, no encuentro que sea tan peligrosa una tal animosidad. Asimismo este periodo de prueba debía revelar, por cierto, sus preferencias, si hubiese tenido alguna. Además, en ningún caso se pronunciaron por la violencia mal calculada y a la que Fernando VII fue inducido.

CARLOS: También mencionaste a Francia.

FEDERICO: Con verdadera maestría y penetrante conocimiento son descritas las fallas que cometió Carlos X[18] a despecho de todas las exhortaciones y consejos. Son las mismas a las que todavía nosotros, hoy día, debemos adscribir las desgracias de este príncipe; a saber: que

[15] Manuel Silveira Pinto de Fonseca Teixeira, marqués de Chávez (1784-1830).

[16] Rey de España y, según él, también rey de las Indias (1784-1833); de entre todos los Borbones, el más nefasto, despótico y cruel.

[17] Pedro I (1798-1834), emperador de Brasil, hijo de Juan VI, a cuya muerte (1826) ocupó el trono de Portugal con el nombre de Pedro IV.

[18] Carlos X (1757-1836), hermano de Luis XVI y Luis XVIII a quien sucedió en el trono de Francia en 1822. Fue impopular por su política reaccionaria e injusta; pese a la conquista de Argel provocó la revolución de Julio de 1830 y el advenimiento de Luis Felipe (1773-1850), rey de los franceses desde 1830 a 1848, año este último en que se estableció la república.

se rodeó estrechamente de un círculo de "congreganistes" [congregantes] exaltados; que gobernó a Francia como si ésta hubiese recaído en el paganismo; que se esforzó poquísimo en ganarse a los tribunales, especialmente los de Justicia Suprema; que las Cámaras no parecían otra cosa sino instrumentos sin voluntad propia, porque Villèle [19] no toleraba ningún hombre de talento junto a él.

CARLOS: ¿No deberíamos llegar todavía algo más al fondo en los inconvenientes: considerar, verbigracia, la fuerte posición que se permitió alcanzaran los intereses revolucionarios y la oposición natural de estas fuerzas a la monarquía?

FEDERICO: Todo puede sumarse. Después de que los realistas habían dado cabida a sus enemigos y les habían dado poder, hicieron todo lo posible para incitar su ira e incluso aislarlos. Entonces se realizó textualmente lo que previamente se pronosticó en estas páginas: ante la primera crisis verdadera que se avecinó, el gobierno se encontró sin ningún apoyo moral, sin autoridad, no obstante los inmensos recursos de poder que tenía en sus manos.

CARLOS: ¡Vaya con el afortunadísimo abogado en que te has convertido hoy!

FEDERICO: Los otros documentos que aquí se dan a conocer no necesitan de ninguna ulterior aclaración. ¿Puede uno expresarse más razonablemente que el conde Bernstorf, [20] como sucede en su memorándum, quien con cegado celo encabeza las páginas de su cuaderno con hostil enemistad? En él se dice que el gobierno debe ganar para sí a la mayoría de los intelectuales; que si un go-

[19] José Juan Bautista Serafín, conde de Villèle (1773-1854), ministro y presidente del Consejo de Francia, intervino en España y disolvió la Comuna francesa en 1828. Autor de *Mémoires et Correspondance.*

[20] Andrés Pedro, conde de Bernstorf (1735-1797), político danés nacido en Hannover (Alemania), jefe del gobierno prusiano desde 1784 hasta su muerte. Abolió la servidumbre de los campesinos.

bierno desea voluntaria y espontánea obediencia ha de crear firmemente la convicción de que no gobierna según los intereses de un partido, sino de acuerdo con el bienestar general. Cuán lejos se está ya de aquel odio contra el gobierno constitucional con el que el mundo se dejó engañar. Todo proyecto que dondequiera en Alemania quiera ponerse en vía de obra utilizando medios que no sean legales será rechazado.

CARLOS: Y sobre esto, según parece, fundamentas tu teoría de que el antagonismo entre dos hostiles partidos en Europa propiamente no existe.

FEDERICO: Simpatías y antipatías se dan aquí. Ellas han sido causadas por la marcha de los acontecimientos. Pero la presunta hostilidad de estos dos antagonismos prestos y preparados a recurrir a las armas no deja de ser sino una quimera.

CARLOS: ¿Y qué piensas de la animosidad entre Austria y Rusia, tal y como se revela en esos documentos?

FEDERICO: No puedo menos de sonreírme. Parece que hoy todo me sirve y viene en mi ayuda. Muy ignorante debe ser uno acerca del estado de las cosas en el año de 1828 cuando se asombra de modo tan extraordinario de la vehemente expresión de este equívoco. ¿Quién no oyó entonces del caso y lo explicó poco más o menos como ahora leemos aquí que sucedió? Precisamente esto tan sólo prueba que la unión entre las grandes potencias continentales, la alianza en primer término entre Rusia y Austria, no fue más fuerte que sus respectivos intereses. No existe ninguna opinante tendencia, no importa cuán decisiva y dominante sea, que pueda romper la fuerza de los intereses políticos. A este respecto el *Portafolio* es incluso un caso particularmente notable. Es la primera sensacional y excitante publicación europea que, al menos inconscientemente, abstrae los antagonismos de la política doméstica y, en cambio, lleva a la política al territorio del poder y de los negocios extranjeros, que es a donde ella pertenece.

CARLOS: Verdaderamente me parece que tienes razón en sostener esto. No te rías, me encuentro casi en la misma situación de ese joven y buen hombre[21] que acompañó a Goethe en sus últimos años y publicó precisamente las conversaciones que con él sostuvo. Yo también puedo decir: celebro tu observación, puesto que en cada uno de nuestros grandes Estados hay un vivo, único e inherente principio del cual dependen todos los negocios extranjeros y la forma del desarrollo interno. Lo tendré en cuenta y lo examinaré en mis momentos de sosiego. Permitámonos por ahora volver a aquellas cuestiones generales. Todavía tengo algunas objeciones pendientes que, si me lo permites, quisiera plantearte.

FEDERICO: Intentaré aclarártelas.

CARLOS: Reclamas una extraordinaria participación de la fuerza vital del individuo a beneficio del Estado; ¿cómo lo remuneras tú, qué le das a cambio a cada ciudadano?

FEDERICO: No creo haberme expresado como si hubiese descrito el Estado ideal; sólo intento comprender lo que tenemos ante los ojos y, en efecto, no se exige una gran parte de la energía de todos y cada uno. Los impuestos absorben una suma importante de renta de la actividad total de la nación. Muchos son los que invierten su fortuna y arriesgan sus años juveniles preparándose para el servicio del Estado; en nuestras comarcas nadie está dispensado del cumplimiento del servicio militar; la neta vida privada ya no existe. Nuestra actividad pertenece original, natural y principalmente al Estado.

CARLOS: ¿Pero qué recibe el ciudadano particular por toda su participación?

FEDERICO: En el Estado justamente constituye ella misma su propia recompensa; ningún ciudadano piensa sustraerse a ella y reconoce la necesidad de la misma; para

[21] Juan Pedro Eckermann (1792-1854), secretario de Goethe; escribió *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida* (1837-1848).

él no hay ninguna existencia puramente privada y no sería quien es si no perteneciese a un determinado Estado y no lo reconociese como su patria espiritual.

CARLOS: ¿Empero, te pregunto, esta espontaneidad de devoción existe realmente en el mundo con el mismo grado de fuerza que aquella exigencia?

FEDERICO: Estoy bien lejos de sostener esto. Conozco países donde los deberes se realizan de mala gana y con repugnancia; por ejemplo en Italia. Allí demanda también el Estado grandes sacrificios personales y materiales conforme al nivel de las necesidades europeas; pero desgraciadamente no puede conseguir de los ciudadanos una cooperación voluntaria. El ciudadano siente las obligaciones que le son impuestas como una carga. Se ve como un hombre dominado y vencido y se substrae al deber tanto como le es posible. Justamente por ello la unidad de negocios y asuntos públicos y privados que caracteriza al verdadero Estado no puede realizarse. Temo que esto causará finalmente una quiebra incluso en la energía moral del Estado. Tampoco se desarrolla la actividad privada como podría y debería hacerse. Confieso todo esto; mas es una situación anormal.

CARLOS: ¿Pero podrías evitarlo, lo mismo aquí que en cualquier otra parte?

FEDERICO: Por lo menos nada es más urgente y necesario que mediar sobre esto y considerar la manera de prevenirlo. Aquí se halla el secreto de un poder progresivo. El que animosamente se le resiste no llega a poseerlo a la perfección. El esfuerzo más importante de la política interna debe dirigirse entonces a la unificación de todos los miembros por cooperación voluntaria.

CARLOS: ¿Pero será posible eso?

FEDERICO: De esto se trata precisamente. Puedes preservar las peculiaridades de una provincia, las costumbres de una región y no obstante anudarlas al todo mediante indisolubles vínculos.

CARLOS: ¿Y sobre qué se basará, según tú, esta unión de

las provincias y de cada particular ciudadano con la totalidad?

FEDERICO: A fin de cuentas a que la idea del Estado captura a todo ciudadano, puesto que éste siente en sí mismo algo de la fuerza espiritual de aquél; se considera un miembro de la totalidad y experimenta amor por ella, puesto que el sentimiento de la comunidad es más fuerte en él que el de aislamiento provincial, local y personal.

CARLOS: ¿Qué medios emplea el Estado para alcanzar esto?

FEDERICO: Hoy día cada poder estatal tiene que ser benevolente. Sus poderes, convengamos en ellos, se basan en el beneficio general; pero de todos modos debe mostrar que ejerce la benevolencia de manera correcta. Por consiguiente, debe el Estado cuidar de que se conozca, que el pueblo sepa lo que hace, que cualquier simple ciudadano vea que sus propios asuntos, en tanto que se hallen relacionados con los negocios públicos, estén manejados tan eficientemente como sea posible. Si la resistencia es vencida, este misterioso, operante y consistente impulso abrazará en breve todos los ciudadanos. El deber coercitivo se convertirá automáticamente en espontaneidad individual, el precepto compulsivo en libertad.

CARLOS: ¿Exigirías también patriotismo en días usuales?

FEDERICO: Sí, puesto que debe ser cultivado a fin de que no falte en días extraordinarios; en cierto sentido él debe ser, en suma, el principio de toda actividad humana.

CARLOS: Tú conviertes al hombre cabal en un ente político.

FEDERICO: Estoy convencido de que el desarrollo de las cualidades personales del hombre común no depende de las formas de una constitución, sino del progreso de la prosperidad pública; del real interés con que dicho hombre participe en el bien común.

CARLOS: ¿Así pues no exigirías de él una directa y formal participación en consejos y decisiones?

FEDERICO: No niego que podría ser provechoso; pero si nos atenemos a nuestra experiencia, admitirás conmigo que no ocurre así en todas partes. Me temo incluso que no sería aplicable en todos lados. En el espíritu de nuestras monarquías hay algo que se resiste a la coparticipación.

CARLOS: Estoy ansioso por saber en dónde radica el espíritu de nuestras monarquías.

FEDERICO: No profundicemos demasiado en esto; tendríamos que hacer muchísimas referencias en torno a los factores de la política, del derecho y de la historia. Mas para detenernos en el campo de nuestra administración e inclusive darte una respuesta, te diré que el sentido de las instituciones monárquicas es que el hombre idóneo ocupe el idóneo lugar.

CARLOS: ¿Pero no podrás sostener que éste es, justo siempre, el caso?

FEDERICO: El desempeño depende de muchas circunstancias; pero el sentido y la tendencia permanecen siempre.

CARLOS: De nuevo temo que favoreces el despotismo. ¿Por qué no debe cada quién, hasta el punto en que ello puede hacerse, ser convocado a consejo? ¿Por qué tiene uno que estar condenado a obedecer?

FEDERICO: No todos, como tú recordarás en Platón,[22] debemos hacer todo. Hay innumerables ramas de actividad humana y el fascinante misterio de la naturaleza crea constantemente nuevos talentos para cada una de ellas. El beneficio general requiere que cada quien haga lo suyo; al poeta se le aniquilará si se le consulta sobre la situación del diezmo. Ésta es la ventaja del Estado, puesto que se realizan actividades privadas que, a decir verdad, aunque animadas por el espíritu del Estado, no por ello desean participar en el gobierno.

[22] Filósofo griego (428-347 o 348 a. C.), discípulo de Sócrates; autor de los famosos diálogos *Critón, Fedón, Fedro, Gorgias,* el *Banquete,* la *República.*

CARLOS: Veo que evitas tocar el punto relativo a la obediencia.

FEDERICO: Precisamente se comenta a veces como si se hubiese introducido en el gobierno una raza desconocida. Pero te pregunto: ¿quiénes son, pues, los gobernadores y administradores? ¿No surgen directamente de la nación? No comprendo cómo es que puede lastimarse el sentimiento de la propia dignidad si de un número de hermanos y parientes, digamos que el uno se dedica a la industria, el otro al comercio, un tercero a la erudición y el cuarto a la agricultura, etcétera, y si luego uno de ellos se eleva a la actitud de tomar parte en el gobierno, donde él, finalmente, se dedica al cuidado de los asuntos colectivos de los otros. A él le costará mucho esfuerzo llegar allí. Gobernar no consiste en dar órdenes ni en la satisfacción que una pequeña vanidad pudiera encontrar en ello; gobernar es el arte difícil de cuidar bien los asuntos públicos; sin innato talento, preparación y mucha práctica nadie puede alcanzarlo. Comparado este arte con las restantes actividades de la vida, tal vez sea el más difícil de todos; exige asimismo el más profundo discernimiento intelectual en las relaciones existentes y una cabal libertad del espíritu para dar vida a lo todavía inexistente. ¿El que deje uno esta tarea en manos de aquellos que son los únicos que la comprenden, lo consideras un infortunio? Ellos representan la selección de los más diestros de toda la nación y con ese fin se han perfeccionado y capacitado.

CARLOS: ¿Pero ocuparán siempre los cargos los hombres que son asimismo dignos de que se les obedezca?

FEDERICO: La naturaleza, que siempre es cabal, nos garantiza que tales hombres están aquí. Todo depende, por consiguiente, de encontrarlos.

CARLOS: Mas considerando entonces la inclinación de los hombres al abuso de poder, será necesario establecer alguna limitación.

FEDERICO: Por una vez siquiera no se ha de regular todo

desde el punto más alto. Hay profusión de círculos profundos en los que nada es más deseado y bienvenido que la espontaneidad de las expresiones. Tampoco quiero decir que esta forma de administración sea en y por sí misma perfecta, pues puede degenerar de mil maneras diferentes. Sólo que me parece evidentísimo que está fundada en la naturaleza de las cosas, que es inherente a la idea de nuestras monarquías y capaz del más grandioso desarrollo.

CARLOS: ¿Exigirías entonces del ciudadano particular su buena voluntad, fundado en el convencimiento de que lo mejor es proceder así?

FEDERICO: Esta espontaneidad compensa de todo trabajo. Generalmente los asuntos privados y públicos coinciden de nuevo en un plano elevado. Las tareas privadas son impulsadas y adquieren ímpetu mediante el progreso de los intereses públicos y la propiedad pública dimana de la privada. En todos los ciudadanos debe subsistir la fuerza espiritual del estado.

CARLOS: Tú dices *debe*. Sin embargo no ocurre así con muchos de ellos.

FEDERICO: Sí, a proporción y medida en que un estado tome o no vivamente a su cargo a todos sus miembros. Aquí hay también grados y categorías.

CARLOS: Con esto aludes a otra cuestión que quiero preguntarte: ¿cómo puedes admitir que haya gradaciones? ¿No son todos los estados igualmente perfectos según tu punto de vista?

FEDERICO: Probablemente en tanto que tengamos sólo en cuenta la idea, a la que atribuimos ciertamente un origen divino; pero no su realización, su representación en el mundo.

CARLOS: ¿Qué gradación existe entre vida y vida?

FEDERICO: La analogía nos lleva de la mano a ello. Encuentro sólo la diferencia que hay entre salud y enfermedad. Un cuerpo sano está en posesión de todas sus fuerzas, de todos sus miembros; no siente el influjo de

los elementos o, cuando menos, lo resiste sin mayor esfuerzo. Un cuerpo débil o enfermo es afectado por los elementos e inclusive sucumbe ante ellos: él no es dueño de sí mismo. De modo semejante, una existencia política sana colma e inspira a todos los miembros del Estados, se apoya con más seguridad en su principio; los conflictos de las facciones en el mundo frontero desgarrado, a decir verdad, le afectan; pero no, por ende, su vida interior. Uno se siente infectado y ya no se pertenece a sí mismo del todo si se preocupa demasiado vivamente con lo que le ocurre al vecino.

CARLOS: En cuanto a esto ¿sería posible entonces que el Estado llegara a ser más perfecto; permitiría un progreso?

FEDERICO: ¿Sólo lo permitiría? El Estado es un ser viviente cuya naturaleza está concebida como un desarrollo continuo, como un progreso irresistible.

CARLOS: ¿De acuerdo con qué modelo, conforme a qué idea?

FEDERICO: Toda vida lleva consigo su propio ideal; el impulso más hondo e íntimo de la vida espiritual es el movimiento en pos de su idea, hacia su mayor perfección. Este estímulo es innato, plantado originalmente en ella.

CARLOS: No me negarás que frecuentemente se presentan obstáculos, que ocurren desaciertos y, como nosotros mismos decimos, retrocesos.

FEDERICO: ¿Cómo quieres que en las cosas humanas falten éstos? Mas, pese a ello, no se debe perder el ánimo; por otra parte cuando uno está sano los inconvenientes resultan pasajeros.

CARLOS: No puedo ver, sin embargo, por dónde podrán convertirse en innocuos, puesto que tu teórico gobierno no tiene ningún formal contrapeso.

FEDERICO: Existe no obstante un espíritu de la comunidad al que no hay que eliminar tan fácilmente. Puede ser oscurecido, pero en tanto le quede todavía alguna energía vital reaparecerá de nuevo, obtendrá ventajas y

finalmente imperará en todo y arrastrará a todos consigo. Por lo demás, resulta grandioso que el interés general del pueblo quede personificado autoconscientemente en el príncipe y aparezca por necesidad como la propia causa de éste.

CARLOS: ¿Mas por qué no llevas el espíritu de la comunidad a su cabal conocimiento, representación y expresión? ¿Por qué huyes de las formas deliberativas?

FEDERICO: La latente armonía, dice Heráclito,[23] es mejor que la evidente. Debes también no malcomprenderme. No repruebo esos cuerpos o instituciones deliberantes y deseo que en donde existan logren desarrollarse tan saludable y brillantemente como sea posible; pero no los creo necesariamente indispensables. Tengo para mí que el espíritu público posee todavía otro órgano que, incluso, le sirve frecuentemente mejor.

CARLOS: ¿Quieres decir que la coherencia o unidad interna es mejor que todas las formas del contrato social?

FEDERICO: Lo que constituye naturalmente un conjunto no necesita de tales formas. Entre padres e hijos, entre hermanos y los miembros de la familia no es necesario ningún contrato.

CARLOS: Todavía tengo una cuestión más en la cabeza: das a tu estado tantos atributos de unidad espiritual y la devoción que exiges es tan absoluta que temo penetres de este modo en el dominio de la iglesia.

FEDERICO: Yo no lo pensaría así: estado e iglesia están eternamente separados. La iglesia anuda a los hombres a la más alta y suprema comunidad. Ella establece sin duda una invariable y firme regla de conducta para las acciones; la regla de esta misteriosa comunidad, la regla de la religión. Se esfuerza por mantener alejado todo aquello que podría violar a la misma. Pero aquí se halla también el límite de su eficacia. Ella no ejerce de un modo positivo [*positiver Weise*] ningún influjo

[23] Heráclito de Éfeso. Véase la nota 52 de la selección X.

sobre las cosas humanas; lo que reclama en autoridad secular lo pierde en poder espiritual; en la organización del Estado, como se ha dicho, no tiene nada directamente que hacer.

CARLOS: Pero ambos son ciertamente de naturaleza espiritual. ¿Dónde trazarás tú el límite entre el uno y la otra?

FEDERICO: El espíritu de la iglesia resulta a todo trance vigente para todo el género humano, el espíritu de lo universal. De acuerdo con su naturaleza cada iglesia reclama cuando menos para sí lo universal. La idea del Estado, por contra, quedaría aniquilada si quisiera abarcar al mundo entero. Los estados son muchos y diversos. El espíritu del Estado es en verdad de inspiración divina. Pero al mismo tiempo es acicateado mediante el impulso de los hombres. Representa una comunidad de más limitada naturaleza; pero sobre la cual se levanta esa más elevada comunidad liberada de condiciones.

CARLOS: Ahora pienso haber aprehendido tu pensamiento en general. Los estados son sustancias espirituales y por necesidad e idea son asimismo diferentes los unos de los otros. Las formas de constitución, las instituciones particulares son necesidades generales de la existencia humana; pero que a través de esa idea son modificadas y sólo mediante ella alcanzan su plena realidad y son asimismo, por esto, necesariamente distintas. La vida privada y la pública son hasta cierto punto idénticas; también depende la vida privada de la idea que vivifica al Estado. Estas múltiples creaciones de la vida espiritual están subordinadas a la más elevada comunidad de la iglesia.

FEDERICO: ¡Considera, pues, a estas entidades en su significación plena! De tal suerte, estas comunidades muy terrenal y espiritualmente separadas, promovidas por el genio y la energía moral, van desarrollándose irresistiblemente y progresando en medio de las turbaciones del mundo hacia el ideal, cada una por su camino. ¡Con-

templa a esos astros, velos en sus órbitas, en su efecto gravitacional recíproco, en sus sistemas!

CARLOS: Basta por hoy. Ya oigo el rodar de los carruajes que de la fiesta parten hacia las casas. Hablaremos posteriormente de las dudas que por lo pronto me has suscitado.

FEDERICO: Sin embargo, debería haberme expresado con mayor lucidez e integridad. No obstante, tengo que agradecerte el que hayas aceptado mis ideas y que, desde un principio, no las hayas rechazado. Resulta tranquilizador y fortificante en y para nosotros mismos el haber motivado en un espíritu afín una convicción análoga.

BIBLIOGRAFÍA

BLOCH, Mark. *Introducción a la historia,* trad. de P. González Casanova y Max Aub. México, Fondo de Cultura Económica, 1975. (Breviarios, 64).

CALVEZ, Jean Yves. *El pensamiento de Carlos Marx,* 2ª ed. * trad. de Florentino Trapero, Madrid, Ediciones Taurus, 1960.

CARR, E.H. *¿Qué es la historia?,* 4ª ed., trad. de Joaquín Romero Maura. Barcelona, Editorial Seix Barral S. A., 1970.

CASSANI, Jorge Luis y A. J. *Pérez Amuchástegui, Del epos a la historia científica.* Buenos Aires, Editorial Nova, 1961.

CASSIRER, Ernst. *Filosofía de la Ilustración,* 3ª ed. * trad. de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

COLLINGWOOD, Robin George. *Ensayos sobre filosofía de la historia,* trad. de José Luis Cano Tembleque. Barcelona, Barral Editores, 1970.*

————. *Idea de la historia,* trad. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.*

* Indicamos con asterisco aquellas obras de las que nos sentimos más deudores y de las cuales hemos hecho más uso para redactar las partes teóricas primera y segunda, y la introducción de la tercera. Pensamos que sería abrumador recargar el texto con notas y más notas relativas a las ideas claves de los filósofos de la historia y a las exégesis de los comentaristas e intérpretes. Puede que ello no sea muy rankeanamente científico; pero así lo hemos realizado pensando que no intentábamos probar ningún hecho ni tesis históricas, sino sólo facilitar la lectura de los once textos seleccionados y traducidos directamente del alemán. Pese a lo dicho, en ciertos casos (como lo habrá podido comprobar el lector) hemos creído que era necesario apoyar el débito intelectual con la reglamentaria nota al calce. Por supuesto, nos hemos también auxiliado, aunque en escala muchísimo menor, de las obras que aparecen sin asterisco en la bibliografía, y las mismas razones arriba indicadas nos inclinaron a no particularizar, mediante notas, los datos y detalles extraídos; pongamos por caso, a guisa de ejemplo, el año y título de una obra o las fechas (nacimiento y muerte) de un autor.

COMTE, Augusto. *Principes de philosophie positiviste.* Paris, J. B. Baillière, 1868.

———. *Catechisme positiviste.* Paris, Garnier Flammarion, 1906. *

———. *Discurso sobre el espíritu positivo,* trad. de Consuelo Berger. Buenos Aires, Aguilar, [1905].

CHESNEAUX, Jean. *¿Hacemos tabla rasa del pasado?,* trad. de Aurelio Garzón del Camino. México, Siglo XXI Editores, 1977.

DANTO, Artur C. *Analytical Philosophy of History,* Cambridge, England, University Press, 1968.

DUJOVNE, León. *La filosofía de la historia. Desde la Antigüedad a la Edad Media.* Buenos Aires, Editorial Galatea, 1959.

———. *La filosofía de la historia. Desde el Renacimiento al siglo* XVIII. Buenos Aires, Editorial Galatea, 1959.*

FÈBVRE, Lucien. *Combates por la historia,* trad. de F.L. Fernández Buey y E. Argullo. Barcelona, Editores Ariel, 1970.

FERNÁNDEZ-SANTOS, Francisco. *Historia y filosofía,* 2ª ed., Barcelona, Ediciones Península, 1969.

FERRATER MORA, José. *Diccionario de filosofía.* México, Editorial Atlante S.A., 1941.*

FEUERBACH, Ludwig. *La esencia del cristianismo. Crítica filosófica de la religión,* trad. de Franz Huber. Buenos Aires, Editorial Claridad S. A., p. 194 (Reedición Juan Pablos, Editor, México, 1971.*)

FICHTE, Johann Gottfried. *Los caracteres de la edad contemporánea.* Madrid, Edición Revista de Occidente, 1934.*

FUETER, Ed. *Historia de la historiografía,* 2 vols., trad. de Ana María Ripullone. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953.

GAOS, José. *Historia de nuestra idea del mundo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

GONZÁLEZ ROJO, Enrique. *Teoría científica de la historia.* México, Editorial Diógenes S.A., 1977.

GOOCH, G.P. *Historia e historiadores en el siglo* XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1942. *

HEGEL, [George Wilhem Friedrich]. *Filosofía de la historia,* 2ª ed., trad. de José María Quintana Cabañas. Barcelona, Ediciones Zeus, 1971. *

HERDER, J.G. *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad,* trad. de Elsa Taberning. Buenos Aires, Editorial Nova, 1950. *

KANT, Immanuel. *Filosofía de la historia*, trad. de Emilio Estiú, Buenos Aires, Editorial Nova, 1958. *

KAHLER, Erich. *¿Qué es la historia?*, trad. de Juan Almela. México, Fondo de Cultura Económica, 1974. (Breviarios, 187).

LASKI, Melvin J. *Utopia and Revolution*. Chicago, University Press, 1967.

LEFEBVRE, George. *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de Alberto Méndez. México, Ediciones Roca, 1975.

LEIBNIZ, Gottfried Wilhem. *Obras completas*, trad. de Patricio Azcárate. Madrid, s/a.

LÖWITH, Karl. *El sentido de la historia*. Madrid, Aguilar, 1956.

MARX, Carlos. *El capital: crítica de la economía*, 5ª ed., 3 vols., trad. de Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

MARX, Carlos-Federico ENGELS. *Obras escogidas*, 2 vols. Moscú, Editorial Progreso, 1971.

MEINECKE, Friedrich. *El historicismo y su génesis*, trad. de José Mingarrón y Tomás Muñoz. México, Fondo de Cultura Económica, 1943. *

Nota: Apéndice sobre Leopoldo Ranke (p. 497-511).

MESSER, Augusto. *Historia de la filosofía moderna*. Madrid, Editorial Revista de Occidente, 1927. *

O'GORMAN, Edmundo. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, 1943.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A. Prólogo a la edición de *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, de Ramón Iglesia. México, 1972. (Sep-Setentas, 16).

RANKE, Leopoldo. *The Theory and Practice of History*. Indianapolis-New York, The Bobb-Merrill Co., Inc., 1973.

Nota: Somos en extremo deudores a la "Introducción" de G.G. Iggs y Karl von Moltke. *

———. *Grandes figuras de la historia*, trad. de Wenceslao Roces, México, Biografías Gandesa, 1952.

———. *Historia de los papas en la época moderna*, 2 vols., trad. de E. Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

———. *La monarquía española de los siglos* XVI *y* XVII, trad. de M. Pedrozo. México, Editorial Leyenda, 1946.

———. *Pueblos y Estados en la historia moderna,* trad. de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1948. *

SCHILLER, Federico. *Filosofía de la historia,* trad. y prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956. *

SHAFF, Adam. *Historia y verdad,* trad. de Ignasi Vidal Sanfeliú. México, Editorial Grijalbo, 1974.

SUÁREZ, Luis. *Las grandes interpretaciones de la historia.* Bilbao, Ediciones Moretón, S. A. s/a.

VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina. *Historia de la historiografía.* México, 1973. (Sep-Setentas, 93).

VEYNE, Paul. *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología,* trad. de Mariano Muñoz Alonso. Madrid, Editorial Fragua, 1972.

WAGNER, Fritz. *La ciencia de la historia,* trad. de Juan Brom. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958. *

XIRAU, Ramón. *Introducción a la historia de la filosofía.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Ahmed III: sultán de Turquía, 192 n.
Alcalá de Henares: 188
Alejandro de Afrodisia: 81
Alejandro Magno: 218, 218 n., 242 n.
Alemania: 30, 89, 156, 157, 175, 177, 180, 189, 191, 193, 195, 196, 201, 206, 215, 226, 239, 240, 247 n., 248
——, Federal: 8
Alibud, príncipe francés: 224
Alsacia: 180
América: 156, 193, 206
Ana de Austria: 175
Anaxágoras: 150
Andrea Domenico Contarini, Carlo di: 177 n.
Andrea Domenico Contarini Francesco di: 177 n.
Andrea Domenico Contarini, Nicolo di: 177 n.
Antiguo imperio chino: 28
Apio Claudio: 92 n.
Argel: 246 n.
Aristóteles: 152, 242
Asia: 28, 37, 155, 163
Atenas: 89, 150 n., 235
Augusto II, de Polonia: 190 n., 192, 192 n.
Austria: 184, 188, 188 n., 189, 190, 193, 195 n., 196, 197, 198, 201, 202, 205, 206, 210, 215, 248
——, casa de: 178, 189, 195, 211

B

Bacon, Francis: 34
Barillón marqués de Branges, Pablo: 179 n.
Batavia: 187
Baviera: 122, 177, 194 n., 195, 201, 210
Berlín: 81 n., 102 n.
——, Universidad de: 82, 119
Bernstorf, Andrés Pedro conde de: 247, 247 n.
Bodino, Juan: 49
Boeckh: 82
Bohemia: 195, 196
Bourdaloue, Luis: 200, 200 n.
Brasil: 246 n.
Bravante: 89
Briennes, arzobispo Enrique Luis Lomenie de: 211, 211 n.
Brom, Juan: 8
Brunswick, duque de: 214 n.
Bruto: 200, 200 n.
Budapest: 189
Byron, lord George Gordon: 223, 223 n.

C

Cádiz, 193
Calahorra: 132 n.
Calcuta: 187
Calderón, María o "La Calderona": 178 n.
Caleis: 242

Candia, guerra de: 177n.
Caribdis: 32
Carlos: 223-258
Carlos II, de Inglaterra: 175, 179, 184, 186
Carlos II, "El Hechizado": 178, 178 n.
Carlos V, de Alemania y I de España: 89, 183 n., 188
Carlos VI, de Austria: 193, 193 n., 194 n., 196, 198
Carlos VII de Baviera: 195
Carlos VIII, de Francia: 157
Carlos X, de Francia: 246, 246 n.
Carlos XII, de Suecia: 190, 190 n., 191 n., 192, 192 n.
Carnot: 46
Cartago: 200 n.
Casale: 177
Casio: 200 n.
Catón el Censor: 200, 200 n.
Cerdeña: 102 n.
César: 200 n.
Clazomene (Asia Menor): 150 n.
Colonia: 177
Comte, Augusto: 32, 40, 41, 42, 43, 44, 46
Constantino: 150
Constantinopla: 150, 239
Contarini, Alvise de Nicolo: 176, 177 n.
Copenhage: 190 n.
Copérnico: 44
Cristo: 46
Croce: 82

CH

Chambray, Jorge marqués de: 230, 230 n., 232
Champagne, la: 89, 214 n.
Chatham, lord William Pitt: 206, 206 n.
Chávez, Manuel Silveira Pinto de Fonseca Teixeira marqués de: 246, 246 n.
China: 121, 145

D

Damasco: 38
Daniel, (el Profeta): 135, 135 n.
Danubio, río: 206
Darmstadt: 84 n.
Darwin: 44
Demouriez, general: 214 n.
Descartes: 41, 50
d'Estrées, César cardenal: 178, 178 n.
Dionisio de Halicarnaso: 153
Dove, Alfred: 119 n., 120 n.

E

Eckermann, Juan Pedro: 249 n.
Egipto: 16, 112
Eichorn: 82
Enfantin: 46
Engels: 31, 34, 39
Enrique IV, rey de Francia: 175
Enrique VIII, rey de Inglaterra; 183 n.
Enrique el León: 201
Eranzo, Eugenio: 8
Erasmo: 15
Escila: 32
Escocia: 175, 184 n., 185 n.
España: 175, 178, 184, 184 n., 187, 193 n., 194 n., 245, 246 n., 247 n.
Esparta: 89, 235
Estados Unidos: 37
Estagira: 242
Estonia: 191 n.
Estrasburgo: 179
Europa: 8, 45, 122, 123, 155, 157, 158, 174, 175, 177, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 188, 189,

191, 193, 211, 213, 214, 215, 217, 226, 244, 248

F

Federico: 223-258 * * Federico es propiamente Ranke y al tomar este nombre es símbolo del absolutismo de Federico el Grande.
Federico el Grande: véase Federico II de Prusia
Federico II de Prusia: 187, 194 n., 195, 195 n., 196, 197, 198, 198 n., 199, 200, 201, 204, 215
Federico Guillermo III: 82
Felipe IV: 178 n.
Felipe V: 184 n.
Fenicia: 16
Fernando: 188 n.,
Fernando II, de Austria: 188, 189 n.
Fernando VII, de España: 245, 246, 246 n.
Feuerbach, Ludwig: 31, 32, 33
Fichte, Gottlieb Teófilo: 17, 22, 23, 27, 28, 82, 120, 124, 127, 133, 150, 238, 238 n.
Finlandia: 191 n.
Fleury, Andrés Hércules de, cardenal de: 194, 194 n.
Francia: 49, 89, 124, 156, 168, 175, 177, 177 n., 178, 179, 180, 180 n., 181, 182, 183 n., 185, 186, 187, 190, 191, 193, 194, 195, 195 n., 196, 198 n., 201, 202, 204, 206, 207, 208, 209 n., 210, 211, 212, 214, 215, 216, 217, 240, 245, 245 n., 246 n., 247 n.
Francisco I: 157, 183 n., 195, 202 n., 211 n.
Franco Condado: 183 n.
Fraunhofer, José de: 236 n.
Friburgo: 182 n.
Fueter, Ed.: 50, 50 n.

G

Génova: 177, 180
Gibraltar: 187
Goethe: 29, 214 n., 249, 249 n.
González Rojo: 34 n.
Gottfried, Juan Godofredo: 15
Gramsci: 34
Grecia: 16, 28, 112
Guillermo III de Inglaterra e Irlanda: 183, 183 n., 185, 185 n., 186
Guillermo III de Nassau: 184 n.
Gurría Lacroix, Jorge: 9

H

Hannover: 187, 247 n.
Hanoi: 32
Hegel, Jorge Federico Guillermo: 14, 17, 21, 24, 25, 27, 28, 29, 30, 32, 34, 35, 37, 81, 82, 120, 121, 150, 151
Heráclito de Éfeso "El Obscuro": 216, 216 n., 256, 256 n.
Herder: 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 25, 27, 28
Hispania: 132 n.
Hispanoamérica: 37
Ho Chi Min: 33
Holanda: 183, 183 n., 185 n., 187, 210, 211
Homero: 150, 165
Huberstusburg, Paz de: 198 n.
Hudson, bahía de: 180
Humboldt, Alejandro: 8, 102, n.
Humboldt, Guillermo: 7, 8, 82, 83, 84, 119, 120, 125
Hungría: 189, 190, 195, 196, 206

I

Ilión: 150
Imaz, Eugenio: 8

India: 28, 37, 39, 121, 145
Indias: 184, 246 n.
Inglaterra: 37, 175 n., 178, 179, 179 n., 180, 182, 183 n., 184, 184 n., 185, 185 n., 186, 193, 198 n., 205, 206, 209, 210, 215, 224, 225, 240, 245 n.
Irlanda: 183 n.
Italia: 89, 156, 175, 177, 184, 214, 215, 239, 250

J

Jacobi, Juan Jorge: 158, 158 n.
Jacobo: 239
Jacobo II de Inglaterra y Escocia: 184, 184 n., 185
José II de Austria: 202, 202 n.
Juan VI de Portugal: 246 n.
Juan José de Austria, don: 178, 178 n.

K

Kant, Immanuel: 17, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 27, 28, 37
Kara, Mustafá: 189
Kellerman, general: 214, n.
Kepler o Klepero, Juan: 44, 237, 327 n.
Kessel, Eberhard: 120 n., 121 n., 153 n.
Kollin: 199
Königsberg: 21
Kunersdorf: 200

L

Lachmann: 82
Lamarck: 44
Lamprecht, Karl: 82
Laski: 44, 44 n.
L'Aulne, barón de: 209 n.
Leibniz, Godofredo G.,: 14, 15, 28, 41
Leipzig: 119 n., 122 n.
Lenin, Vladímir Ilich Ulianov: 32, 37
Leningrado: 191 n.
Leroux: 46
Lesczyinski, Estanislao: 192 n.
Lessing. Gotlhold Ephraim: 14, 15
Linneo, Carlos (o Carolus Linnaeus): 129, 129 n.
Livonia: 191 n.
Lombardía: 89
Londres: 224 n.
Lorena: 183 n., 194
Louis Sebastien: 50
Lucrecio Caro: 200, 200 n.
Luis XIII de Francia: 175 n., 177 n., 194 n.
Luis XIV de Francia: 89, 123, 174, 175 n., 176, 177, 178, 179 n., 180, 183, 184, 184 n., 185, 188, 189, 190, 193, 194 n., 207, 215
Luis XV de Francia: 194 n.
Luis XVI de Francia: 175, 209, 211 n., 246 n.
Luis XVIII de Francia: 246 n.
Luis Felipe: 246 n.
Lutero, Martín: 15, 29

M

Mabillon, Jean: 49, 50
Madrid: 8
Mahomet II: 150, 150 n.
Mantua, duque de: 177
Marco Fabio Quintiliano: 132 n.
Marco Junio: 200 n.
María Teresa de Austria: 194 n., 195, 197, 202 n., 211 n.
María Antonieta: 195 n., 211 n.
Marx, Carlos: 31, 32, 34, 35, 37, 37 n., 38, 40
Max, rey: 167, 168
Maximiliano II de Babiera: 122
Mazariano, Julio Mazarini, llamado: 194, 194 n.

Meinecke, Friedrich: 219 n.
Metz: 179
México: 8, 37
Milán: 177
Moisés: 38
Monjaraz-Ruiz, Jesús: 8
Montecúccoli, Raimundo príncipe de: 178 n.
Montesquieu: 16, 124
Montfaucon, Bernard de: 50
Moravia: 195
Moscú: 32
Mufti: 189
Munich-Leipzig: 122 n.

N

Napoleón I: 208 n., 215 n., 231, 232, 245
Narva: 190 n.
Necker, Jacobo: 209, 209 n.
Neuss, fortaleza de: 177
Newton, Isaac: 41, 44, 83
Nimega, Paz de: 183
Notre Dame: 45
Nystadt, Tratado de: 191 n.

O

Ofen: 189
O'Gorman, Edmundo: 32 n.
Oncken, Lorenzo: 129, 129 n.
Orange, casa de: 184 n.
——, príncipe de: 185 n.
Oriente: 163

P

Países Bajos: 156, 175
Palatinado: 177
Papebroek: 49
París: 34, 182, 193, 198 n., 211 n.
Pedro I, el Grande, de Rusia: 163, 190 n., 191, 191 n., 192
Pedro I, de Brasil: 246 n.
Pedro IV, de Portugal: 246 n.
Pedrozo, Manuel: 8
Peloponeso, guerra del: 89
Península Ibérica: 175
Pinarolo: 177
Pirineos: 177
Pitt, Guillermo: 209
Platón: 150, 235, 252
Plaza Roja de Moscú: 32
Polonia: 176, 180, 190, 190 n., 191, 192, 194 n., 206
Poltava: 190 n., 191 n., 192, 199
Pomerania: 197
Portugal: 177, 207, 246
Pozzo di Borgo, Andrés conde de: 224 n., 245, 245 n.
Praga: 196
Prusia: 7, 82, 194 n., 195, 195 n., 197, 198, 201, 202, 205, 206, 210

Q

Quintiliano: 132
Quíos: 180

R

Raab, río: 178 n.
Rampolt, Ute: 8
Ranke, Leopoldo von: 7, 8, 41, 49, 82, 84, 85, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 167, 168, 174 n., 210 n., 219 n.
Richelieu, Armando Juan du Plessis cardenal de: 177, 177 n., 194
Riga: 190 n.
Rijswik, Paz de: 179 n.
Rin, río: 189, 194
Roces, Wenceslao: 8, 119 n., 125
Roma: 16, 88, 102 n., 180, 183, 200, 218

Romanov, dinastía: 191 n.
Rusia: 124, 155, 184, 190 n., 191 n., 192, 193, 195 n., 198, 205, 206, 224, 224 n., 230, 245, 248

S

Saboya: 240
Saboya, duquesa de: 177
Saint-Simon: 46
Sajonia: 89, 191, 192 n., 194 n., 195, 197, 201
Salamina, batalla de: 89
Salzbad: 178 n.
San Agustín: 39
San Mauro: 49
San Petersburgo: 191 n., 192, 239
Savigny: 82
Schaff: 34 n.
Scheleiermacher: 82
Schelling, Federico Guillermo José: 17, 24, 25, 27, 29
Schiller, Federico: 17, 19, 20, 21, 22, 23, 27, 28, 29
Ségur, Luis Felipe conde de: 208, 208 n.
Sicilia: 89
Silesia: 196
——, Alta: 195
——, Baja: 195
Simon, Richard: 50
Sócrates: 252 n.
Sófocles: 165 n.
Sovieski, Juan: 176, 176 n.
Spencer: 44
Spinoza: 31, 41, 50
Staël, madame: 209 n.
Stalin, José: 37
Stocolmo: 193
Strauss, David Federico: 30
Stuart Mill: 41
Suecia: 177, 180, 190 n., 191 n., 192 n., 193, 197, 207
Suiza: 207, 240

T

Tartaria: 176, 176 n.
Thierry: 46
Tillemon: 49, 50
Tlalpan: 9
Tolón, rada de: 206, 207
Troyes: 210
Tubinga: 25
Tucídides: 85
Turena: 178 n.
Turgot, Roberto de: 209, 209 n.
Turín: 207
Turingia: 8
Turquía: 192 n., 210

U

Unamuno, Miguel de: 29
Universidad de Jena: 19
Urquhart, David: 224 n.

V

Valmy, batalla de: 214 n.
Valois, casa de: 157
Varsovia: 224 n.
Venecia, duque de: 177 n.
Vergennes, Carlos Graviers conde de: 209, 209 n.
Versalles: 178, 181, 197, 206
Veyne, Paul: 81
Viena: 176, 178, 189, 196, 198, 245
Villele, José Juan Bautista Serafín, conde de: 247, 247 n.
Virginia: 92
Virginio, centurión: 92 n.
Voltaire: 16, 17, 26

W

Wagner, Fritz: 8
Wallenstein, Alberto Wenzel von: 189, 189 n.

Waterloo, batalla de: 231
Wellington, Arturo Wellesley duque de, "El duque de Hierro": 231, 231 n.
Wiehe: 8
Wolf: 82

X Y Z

Xirau, Ramón: 32 n.
Young, Arthur: 180, 180 n.
Zweibrücken: 180

ÍNDICE GENERAL

Advertencia breve y necesaria 7

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DE LOS ORÍGENES

1. La recaída teológica 13
2. La historia filosófica 15
3. La interpretación dialéctica idealista 21
4. La interpretación dialéctica materialista 29
5. El mesianismo judío del *Manifiesto comunista* 36
6. El positivismo comtiano 40

SEGUNDA PARTE

LA IDEA DE LA HISTORIA EN RANKE

1. Antecedente del método 49
2. De la filología a la historia 53
3. Ranke como profesor 54
4. Directrices y reglas de investigación 56
5. El problema de la verdad en la historia 58
6. La historia instrumental 60
7. La intuición historiográfica 63
8. Obras, vida y eventos 66
9. La historia universal según Ranke 76

TERCERA PARTE

LOS TEXTOS

1. Procedencia y breve análisis crítico 81

SELECCIÓN I

REFLEXIONES SOBRE LAS CAUSAS DETERMINANTES EN LA HISTORIA UNIVERSAL (1818) 87

SELECCIÓN II

SOBRE LA TAREA DEL HISTORIÓGRAFO (1821) . . 95

2. Origen y procedencia. Somera crítica 119

SELECCIÓN III

[DE HISTORIA Y FILOSOFÍA (1830)] 127

SELECCIÓN IV

IDEA DE LA HISTORIA UNIVERSAL (1830) . . . 131
Introducción 131
1º Del principio histórico 133
2º La esfera de acción de la historia universal 144

SELECCIÓN V

FINAL DE LA INTRODUCCIÓN AL CURSO DE HISTORIA MODERNA 147

SELECCIÓN VI

INTRODUCCIÓN A UN CURSO SOBRE HISTORIA UNIVERSAL (1840) 149

SELECCIÓN VII

[EL QUEHACER HISTORIOGRÁFICO] PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN DE LAS HISTORIAS DE LOS PUEBLOS LATINOS Y GERMÁNICOS (1824) 155

SELECCIÓN VIII

PRIMERA CONFERENCIA (1854) 161

Introducción 161
1. Cómo se ha concebido la idea de "Progreso" en la historia 161
2. Lo que se ha de considerar de las llamadas ideas directrices en la historia 166
3. Diálogo 167

SELECCIÓN IX

[LO PARTICULAR Y GENERAL EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA] (1860) 169

SELECCIÓN X

LOS GRANDES PODERES (1833) 173
Introducción 173
El periodo de Luis XIV 174
Inglaterra, Austria, Rusia 184
Prusia 195
Revolución Francesa 206
Restauración 215
[Adición final] 219

SELECCIÓN XI

DIÁLOGO POLÍTICO (1836) 223

Bibliografía 259

Índice onomástico 263

FACULTAD DE F. Y LETRAS · BIBLIOTECA ·

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos, se terminó la impresión de *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, en la Imprenta Universitaria, el día 10 de julio de 1980. La composición se hizo en tipo Garamond 12:12, 11:11, 10:11 y 9:10. La edición consta de 3 000 ejemplares.